

Precuela de la bilogía:

Mientras mirábamos al cielo y Mientras soñábamos mirando al cielo

XAVIER

C. G. DE LA CRUZ



Contents

[Título](#)

[Creditos](#)

[Descripción](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras obras de la aurora](#)

[Notas](#)

Xavier

Precuela bilogía Mientras mirábamos al cielo y
Mientras soñábamos mirando al cielo



C.G. De La Cruz

Copyright © 2019 C.G. De La Cruz

Título: Xavier

Fecha de edición: Abril de 2019

Todos los derechos reservados.

ASIN: B07QGLSK34

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático.

DESCRIPCIÓN

Esta es la historia de Xavier, o al menos, parte de ella.
Es la historia de un hombre que conoce el amor y que lucha por él.
Un hombre sincero, apasionado y que tiene que lidiar con un trabajo complicado donde solo él puede hacer que parezca sencillo.
La vida de Xavier es sacudida por terribles acontecimientos que le harán decidir sobre el destino de sus sentimientos.
Su vida correrá peligro..., pero él no puede dejar de arriesgarlo todo por la persona que ama.
En Xavier vas a encontrar el apasionante inicio de la historia de la biología de
Mientras mirábamos al cielo y Mientras soñábamos mirando al cielo y...,
mucho más.
¿Te atreves a sumergirte en ella?

*Y sin darme cuenta, ante mis ojos fueron muriendo
todos esos lugares donde tú y yo fuimos felices.*

Prólogo



No puedo evitar levantarme enfurecido, hace un jodido espléndido día y la mayoría de las nubes se han disipado. Todo va a salir bien y no va a ser conmigo. Todavía no puedo creer que esta situación haya llegado hasta aquí. No debería ser así, no debería estar allí, no debería estar sucediendo o podría estar sucediendo, pero no con él. No me ha dado tiempo a encontrar el momento para hablar con ella. Todavía no he decidido si estoy cabreado o desesperado, solo sé que pienso en ella andando hacia él, sonriéndole y me entran ganas de agarrarla, cargarla al hombro y llevármela lejos de todo esto. Debería haber hablado con ella, haber sido más claro. Puede que no le explicara bien lo que sucedía. No puedo permitir que esto continúe. Debo hablar con ella. Debo hablar con Amelia.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Bruno, tú tenías que controlarle —espeta Rachel cabreada frenándome cuando me tropiezo con ella saliendo del ascensor—. Xavier, por favor, no. Ella te adora, no hagas que te odie el resto de su vida por esto. Si la quieres, debes dejarla marchar.

—No puedo hacerlo, Rachel —contesto apretando los puños contra mi cuerpo—. Me estoy rompiendo por dentro y no puedo más. Esto me está matando.

—Ella no te quiere, Xavier. Al menos como tú quieres que lo haga. Ella es feliz con Aiden y se merece este momento —me intenta explicar Rachel colocando sus manos en mi acelerado pecho que sube y baja con mi respiración. Esto provoca que mi espalda choque contra la pared del pasillo de la planta—. Xavier, mírame a los ojos. Mírame. No lo hagas, por favor.

Un silencio frío inunda la planta. Bruno y Rachel me miran desconfiados mientras solo se oye mi respiración agitada.

—Vamos. Salgamos de aquí —me ordena Bruno tras unos interminables segundos dándome un golpe en el hombro—. Respiremos algo de aire.

Me meto las manos en los bolsillos y con la cabeza gacha me giro de nuevo hacia el ascensor dejando atrás a Rachel que continua mirándonos

desafiante en mitad del pasillo.

—Gracias, Xavi. Sé que es duro, pero es lo que debes hacer —dice Rachel a mi espalda.

Giro la cabeza y le lanzo una mirada llena de tristeza y rabia. Sé que no se la merece, pero es la persona que me ha impedido que hable con Amelia y que pare esta locura. Salimos por una de las puertas principales. Me estoy viniendo abajo, apenas puedo respirar y camino unos pasos por delante de Bruno. No puedo dejar de pensar en lo rápido que ha ido todo, no creí que finalmente pudiera suceder. Soy tan estúpido que por segunda vez se me ha escapado de las manos, de mi vida, mi mundo. Siento que me ahogo y continúo caminando acelerado con la cabeza agachada unos pasos por delante. Me estoy volviendo loco con el corazón totalmente roto y, cuando paso junto a una señal de precaución que avisa de la cercanía del precipicio, la golpeo con fuerza con el puño cerrado.

—¡Mierda, Xavier! —exclama Bruno corriendo los escasos metros que lo separan de mí—. ¿Qué narices estás haciendo?

—Joder, joder, joder —rujo agarrándome la mano del dolor que siento en esos momentos mientras la señal no deja de tambalearse.

—¿Estás bien? —pregunta Bruno a mi lado.

—No, joder. No estoy bien —confieso en un lamento roto dejándome caer en el suelo—. No estoy bien. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Cierro con fuerza los ojos, creo que he entrado en pánico y sin esperarlo los ojos se me llenan de unas lágrimas que intento reprimir. ¡Joder! ¿Qué narices me pasa? Yo no lloro por nadie. Al menos, no desde la muerte de mi madre cuando tenía siete años. La echo de menos, ella seguro que me habría ayudado con todas estas estúpidas situaciones del amor.

—Xavi, tienes que calmarte, tío. No te destroces de esta manera —dice Bruno sentándose a mi lado sobre una roca mirando al horizonte.

—La he perdido —contesto totalmente derrotado.

—No la has perdido. Ella va a estar siempre, ya te lo ha demostrado —sentencia con voz firme.

—No puedo vivir sin ella —confieso llevándome la mano izquierda a los ojos intentando respirar.

—Sí, lo harás. No sé cuándo, ni cómo, pero lo superarás Xavi —sentencia firme a mi lado. El aire agita nuestro pelo y solo se escucha el mar embravecido chocando con furia contra el acantilado—. Al menos sabes que lo hace con un buen hombre.

—Lo sé. He investigado cada día de ese jodido gilipollas y no tiene ningún asqueroso secreto para poder joderle el día —digo con voz seria dándome cuenta por primera vez que ya no tengo nada que hacer.

Nos mantenemos en silencio mirando al horizonte.

—¿Te das cuenta de que lo que has dicho es de ser un verdadero tarado?
—pregunta Bruno con burla cuando me nota más tranquilo.

—Lo sé —respondo bastante avergonzado y añado con una mueca—. No se lo digas a nadie.

—¿Qué tal la mano? —pregunta señalándome con una mano en dirección a la muñeca que no me suelto.

—Creo que me he roto algo —contesto resignado.

—Eres un bruto. Anda, vayamos a buscar un médico antes de que se te inflame más. Así estarás distraído y no volverás a tener ideas perversas sobre como fastidiarle la vida al pobre hombre —sentencia levantándose y mirándome crítico.

—Tú habrías hecho lo mismo —sentencio ofuscado.

—Lo sé —responde serio.

Empezamos a caminar de nuevo hacia el pueblo mientras Bruno se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón, saca su teléfono móvil y hace como que habla con Chiara, su novia. No se da cuenta de que oigo susurrar a Rachel preguntando por la situación.

—Rachel, sé que eres tú —voceo acercándome a Bruno—¿Podéis dejar ya de preocuparos porque pueda hacer daño a Amelia?

—Sabemos que nunca harías daño directamente a Amelia, pero sí a Aiden y como sigas con esa actitud de desequilibrado vas a conseguir que te odie —grita Rachel a través de la línea del teléfono móvil—. Volved aquí que hay cosas que hacer.

—No podemos en estos momentos —responde con calma Bruno.

—¿Qué? ¿Por qué no podéis? —pregunta Rachel confusa.

—Ya te contaremos luego. No te preocupes que, aunque tenga que llevar a este cabezón a rastras, estaremos allí —garantiza Bruno antes de colgar.

No dejo de darle vueltas a la cabeza. Tal vez no debería haber ido, tendría que haber puesto un pretexto, algo creíble, haber aceptado una misión lejos y no estar aquí como un loco, viendo cómo se aleja de mí.

La caminata de vuelta hasta el pueblo se me hace mucho más larga. Hemos llegado al acantilado de forma acelerada con mi desasosiego donde he tenido que parar. Bruno va con su teléfono móvil intentando encontrar un

médico en este pequeño pueblo. A la salida del pueblo vi una farmacia esta mañana. En una localidad de menos de dos mil habitantes deben de conocer adonde poder acudir. Mientras Bruno continúa atareado en su empeño de encontrarme un médico, yo me dirijo con él a mi lado hacia la acera de enfrente. Es un pequeño establecimiento con elegantes escaparates y una puerta de cristal antigua que cuando abro hace que repique una campanita que me trasporta a mi infancia con su peculiar sonido. Es entonces cuando Bruno levanta la vista y se percata de dónde estamos.

Es algo que siempre agradeceré a mi padre. El obligarme a aprender idiomas me ha abierto muchas puertas en la vida y, además, me ayuda a buscar un médico que me mire la mano cuando he sido tan gilipollas de cargar con toda mi rabia contra una señal de aviso en mitad de un precioso paisaje. Amablemente nos indican que la localidad no tiene servicio de urgencias y que el hospital más cercano a donde acudir está a una media hora de camino en coche. Definitivamente tengo algo roto. La mano ha empezado a hincharse y un horrible hematoma que empieza a adquirir color oscuro domina parte del dorso hasta la muñeca. Tengo que reconocer que me duele bastante.

—Bruno, vete al hotel. Yo iré hasta Fécamp y volveré —digo convencido—. Estaré de regreso para no joder nada más.

—Voy contigo —sentencia raudo Bruno—. Tú no puedes conducir.

—He conducido en situaciones peores así que vete al hotel. Yo estaré bien —digo decidido, aunque sin crearme mis propias palabras.

—Sí, pero lo has hecho en mitad del desierto, no con tráfico y por carreteras que no conoces —contesta Bruno testarudo—. Vamos, no perdamos tiempo.

Recogemos el coche del pequeño hotel en el que nos alojamos y Bruno emprende la marcha. Por su forma de conducir, en varios momentos creo que voy a morir de un infarto o después de despeñarnos por un acantilado. Cualquiera diría que es hijo de Enzo Ferrari.¹

—¿Estás loco? ¡Frena! —grito cuando veo un camión delante y que Bruno no aminora la velocidad.

—Jajaja. —Ríe Bruno mirándome divertido sin frenar—. Es conducción *sportiva*.

Para mi tranquilidad, no tardamos mucho en encontrar el centro médico donde nos atienden amablemente. Tras hacerme radiografías de la mano me anuncian que tengo una fractura limpia, así que doy gracias de que no sea con desplazamiento. Proceden a la inmovilización de la articulación y me recetan

medicación para el dolor.

Durante el trayecto de vuelta, Rachel nos atosiga con numerosas llamadas junto a otras que recibimos de Gabrielle.

—¿Dónde estáis? —pregunta cabreada Rachel nada más descolgar el teléfono ,y antes de permitirnos contestar continúa—. Amelia ha preguntado por ti, Xavier.

Tras escuchar esta última frase en los altavoces del coche se me congela el corazón y no consigo articular palabra. No puedo volver a fallarle y más por mi estupidez. Bruno se da cuenta de que me he quedado paralizado.

—Joder, ya vamos de vuelta, hay tiempo. Deja ya de llamar. No fallaremos —contesta Bruno acelerando y mirando el reloj del coche. Se gira hacia mí por un instante y tras colgar añade—. Sabes que yo nunca digo palabrotas, pero joder Xavier, tienes que salir de esta mierda en la que te has metido, no puedes continuar así, tú eres diferente, eres fuerte y esto no puede hundirte.

Sus palabras resuenan como un terrible eco en mi cabeza, pero no contesto. No me apetece contestar, no me apetece estar allí, no me apetece tener que ceder a esta locura. Continuamos en silencio el resto del viaje hasta Étretat. Bruno no deja de sorprenderme con su forma de conducir cuando llega a la entrada del hotel y casi atraviesa el coche para estacionar cuando ve un hueco en el aparcamiento.

Subimos a nuestras habitaciones. Es un hotel pequeño y está todo reservado por familiares y amigos. Se oye un pequeño alboroto al final del pasillo y corro a vestirme, prefiero no pensar. La simple operación de ducharme y vestirme se convierte en una penosa imagen de mí mismo. Estoy a medio vestir con la camisa abierta intentando abrocharme los botones cuando tocan a la puerta.

—Gabrielle, ¿qué haces aquí? —digo sorprendido ante su presencia.

—Eres mi acompañante y Bruno me acaba de contar qué ha pasado —dice haciéndome a un lado para acceder a la habitación—. Tranquilo, no diré nada.

—Gracias —digo serio.

—Déjame que te ayude con eso. Llegamos tarde —dice acercándose a mí y empezando a abrochar los botones de mi camisa con seguridad. La voy observando en silencio cuando interrumpe el silencio con su cálida voz—. Agáchate un poco, te pondré la corbata. ¿Sabes? Cuando era pequeña me rompí el dedo pulgar y recuerdo lo difícil que era vestirse. Creo que ya está.

Mírate en el espejo a ver qué te parece —dice con una sonrisa satisfecha con su trabajo.

—Gracias, Gabrielle —digo sincero mirándola a los ojos. No puedo hacer ninguna objeción, Gabrielle me acaba de hacer el nudo más perfecto que he llevado nunca en la corbata.

—¿Estás bien? —me pregunta con gesto cariñoso apoyando su mano en mi espalda.

—Estoy bien, no te preocupes Gabrielle —contesto intentando guardar la compostura.

—Tú eres parte de mi familia, al igual que ella y no es agradable verte así —manifiesta serena—. Creo que todos siempre pensamos que los dos acabaríais juntos. Siempre unidos, vuestra complicidad, vuestro trabajo..., hay veces que nuestras decisiones tienen consecuencias y sin darnos cuenta en muchas ocasiones sacuden nuestras vidas de una manera terrible.

—¡Vaya! Gracias por pintármelo tan claro —contesto resignado.

—Xavi, todo pasará. Lo sabes, ¿verdad? —pregunta sujetándome la chaqueta en alto para que pueda ponérmela sin problema.

—Pasará —contesto en un susurro roto.

—Estás muy guapo —dice Gabrielle con una sonrisa—. Vayamos a intentar divertirnos.

—Gracias Gabrielle —digo sincero mientras agarro el pomo de la puerta para abrirla y dejarla pasar—. Gracias por ser parte de mi familia —añado inclinándome hacia su rostro para depositarle un beso en la mejilla.

—Yo voy en el coche con Ame y Rachel. Espero verte en la iglesia —dice una vez estamos en el pasillo alejándose en sus altos tacones.

—La has enviado tú, ¿verdad? —pregunto a Bruno arqueando una ceja con desconfianza cuando lo veo en el pasillo junto a Chiara esperándome.

—No, ha insistido ella. Ya sabes cómo es. Además, hubiera quedado muy gay ayudarte a vestirme yo —dice con una sonrisa traviesa—. Vamos, hay que llegar antes que ellas.

El trayecto hasta la iglesia es corto, pero hay que coger el coche o tener que subir una empinada cuesta, y las mujeres desde el principio se negaron a esta última opción. Una vez en la cima de la colina nos indican dónde parar el coche para dirigirnos a la entrada.

No va a ser un evento multitudinario, pero debo decir que, hasta llegar a la pequeña iglesia, todo está decorado con mucha clase. Bruno y Chiara entran al interior mientras yo me quedo fuera y camino por el sendero de tierra que

lleva al acantilado. Necesito que me dé el aire. Además, la mano me está matando de dolor. Estoy absorto en mis pensamientos cuando oigo a Gabrielle a mi lado.

—¿Estás preparado? —me pregunta con una sonrisa.

—Nunca lo estaré —respondo sincero cabizbajo.

Escuchamos pasos y movimientos a nuestra espalda. Cuando nos giramos es como si perdiera la cabeza. Allí está ella con su precioso traje blanco andando hacia nosotros a pesar de que Rachel le advierte de que se le va a llenar de tierra el vestido. Anda segura, agarrando con una mano los bajos del vestido para intentar que no le roce el suelo y en la otra mano un pequeño ramo de flores silvestres. La suave brisa de la tarde hace que el velo y el pelo se muevan con gracia mientras ella continúa sonriendo dirigiéndose a nosotros.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta con una sonrisa nerviosa Amelia—¿No me acompañáis?

—Necesitábamos un poco de aire —contesta Gabrielle cuando ve que me he quedado sin habla.

—Ahh, perfecto. Es precioso, ¿verdad? —pregunta inocentemente Amelia situándose a nuestro lado.

—¿Chicos? Es la hora —informa Rachel en un suspiro nerviosa cuando nos ve a los tres mirando al horizonte.

—Rachel, ven. Relájate, nunca volveremos a disfrutar de este momento. Además, las novias se suelen retrasar y no pasa nada porque entremos unos minutos más tarde —le insta Amelia tranquila.

—No os entiendo cuando os ponéis así —exclama Rachel permaneciendo tres segundos escasos a nuestro lado—. Iré dentro a decir que ya hemos llegado y que se prepare todo.

Gabrielle me mira por unos instantes y tras darme un pequeño apretón en el antebrazo veo que se marcha con Rachel. Es como si supiera que necesito despedirme de ella, estar unos instantes a su lado. Pasan unos instantes cuando siento que no puedo más y doy un paso hacia atrás.

—He sabido en todo momento que querías hablar conmigo —dice Amelia en un leve susurro provocando que deje de respirar—¿Creías que no me había dado cuenta?

—Y, ¿por qué no has hablado conmigo? —pregunto angustiado.

—Porque sé qué es lo que querías decirme y tenía miedo. Tenía miedo a no ser capaz de estar aquí y hacer daño a la persona que más quiero en estos

momentos. Ya no hay vuelta atrás —dice mirándome a los ojos—. Tú y yo tenemos algo especial. Ambos sabemos qué le pasa al otro sin pronunciar una palabra. Conocemos cómo hablamos, el modo en el que nos movemos, lo que pensamos... Con solo una mirada nos decimos tantas cosas..., tantas cosas que el resto de personas necesitarían mil palabras para expresar lo mismo. Xavier, si estoy aquí es gracias a ti. Me has salvado de todas las formas posibles y jamás podré agradecértelo suficiente. Por favor, no me dejes sola. No puedo hacer esto sin ti —añade cuando veo que le caen dos enormes lágrimas de los ojos que se deslizan por sus mejillas.

—No llores, por favor. No lo hagas, sabes que no soporto verte llorar —digo acercándome a ella. Sin esperarlo Amelia, suelta su vestido y alarga las manos hacia mí fundiéndonos en un abrazo—. Llámame siempre que lo necesites, enana. Yo siempre estaré ahí —le digo en un susurro acercando mi boca a su oído con el alma rota en mil pedazos.

No sé cuánto tiempo pasamos sintiendo que nuestras almas vuelven a unirse y que nuestros latidos se acompañan, pero escuchamos un fuerte silbido a unos pasos de distancia.

—¿Vais a venir o me caso yo con James? —pregunta sarcástica Rachel vociferando.

—Ya vamos —responde Amelia en dirección a Rachel y cuando ve que vuelve a dirigirse hacia la entrada de la iglesia se gira hacia mí y me pregunta preocupada—. Ohh, madre mía, ¿qué te ha pasado en la mano? ¿Estás bien? ¿Te duele?

—Nada, no te preocupes —respondo empezando a caminar.

—¿Cómo que nada? —pregunta Amelia mirándome la mano que he intentado en todo momento esconderle.

—No ha sido nada, solo un mal golpe. No te preocupes, cielo —digo con cariño al verla angustiada.

Es allí en la puerta de esa pequeña iglesia cuando subo los escalones a su lado y veo a Horwood nervioso esperando su llegada. Me mira con recelo. Amelia sonrío al entrar y se le ilumina la cara cuando lo ve junto al pequeño altar. Me aprieta la mano y la suelta con suavidad cuando empieza a sonar la música y camina en su dirección para reunirse con él.

Por unos instantes sopeso entrar y sentarme al lado de mi acompañante, pero cuando veo a Amelia caminar tan decidida hacia Horwood, mi mundo empieza a desmoronarse. No puedo soportarlo y girando sobre mis talones

empiezo a caminar sin rumbo alejándome a cada paso de esa pequeña iglesia mientras temo que mi corazón se detenga por el profundo dolor que siento al dejarla atrás.

Capítulo 1



Años antes...

Miro el reloj del teléfono móvil, llego tarde. Vuelvo a apretar el botón del ascensor con insistencia, pero no baja. En esos momentos veo que entra la señora Carmen por el portal cargada con una bolsa de la compra y temo lo peor, ahora va a entretenerme con su charla y voy a llegar definitivamente tarde.

—Buenos días, jovencito —la oigo decir detrás de mí—. Benditos los ojos que te ven. Has crecido mucho.

—Buenos días, señora Carmen. Estoy pasando unos días aquí —le informo con una rápida sonrisa—. La veo muy guapa, ¿se ha cortado el pelo?

—Oh, Xavier. Precisamente vengo de la peluquería. Ya sabes, aquí detrás, en la esquina... —Me empieza a explicar con una sonrisita en los labios. Vuelvo a accionar el pulsador del ascensor preocupado por llegar tarde—. Seguro que es la señora Rosario, últimamente va muy despacio. Ya sabes, los años no perdonan—me dice en un susurro jocoso.

—Subiré por las escaleras —anuncio decidiendo que va a ser lo más rápido—. Señora Carmen, deme usted la bolsa. Yo se la subo y se la dejo en la puerta. Me ha encantado volver a verla.

—Qué caballeroso eres, jovencito. Un chico como tú quiero yo para mi nieta. Sabes que tengo una nieta, ¿verdad? —dice elevando la voz cuando ya he empezado a subir de dos en dos los escalones.

—Señora Carmen, créame que yo no le convengo a su nieta —digo sonriendo por las ocurrencias de la señora Carmen, siempre intentando

emparejarme con su nieta.

Efectivamente, la señora Rosario está intentando sacar el carro de la compra del antiguo ascensor que tiene la finca y se le ha quedado atascado con otra bolsa. Me detengo y tras saludarla la ayudo a sacarlo rápidamente. Le dejo a la señora Carmen la compra junto a su puerta y continúo corriendo escaleras arriba. Llego solo diez minutos tarde, pero en casa de los Martínez a la hora de la comida no se llega ni un solo minuto tarde. Para mi padre, militar toda su vida, es considerado una falta grave. Frente a la puerta, me detengo y respiro antes de introducir la llave en la cerradura. El silencio es absoluto, solo se oye el ruido del roce de platos en la zona de la cocina. Me dirijo hacia allí y veo a Pilar salir de la cocina vivaracha.

—*Tete*², llegas tarde —me dice en un susurro cuando me agacho para darle un beso en la mejilla.

—Lo sé, canija. Lo sé —digo guiñándole un ojo con cariño y acercándome al cuarto de baño a lavarme las manos.

Entro al salón donde ya están todos sentados alrededor de la mesa con mi padre presidiéndola. No hay nada más formal en la familia Martínez que las comidas familiares.

—Àngels —digo a modo de saludo a la mujer de mi padre con una inclinación de cabeza y continúo—, padre.

—Deberías respetar a esta familia y ser puntual para no hacernos esperar tu milagrosa presencia —expresa mi padre serio sin mirarme.

—Siento llegar tarde —digo en un suspiro resignado.

Me siento en la mesa y miro a mi hermana que es bastante menor que yo haciendo gestos y burlas hacia mí sin que nadie más se percate. Yo la miro y le guiño un ojo. Es un soplo de aire fresco en esta casa. La comida transcurre en un ambiente tenso. Apenas se habla mientras nos sirven la comida. La única que se atreve es Pilar para comentar insignificantes particularidades de sus exámenes y su próxima estancia en Londres. Mi padre y Àngels la escuchan con atención hasta que decide incluirme en sus planes.

—*Tete*, la semana que viene podrías llevarnos a mis amigas y a mí un día

a la playa —dice causando que me atragante.

Lo que menos me apetece es pasar un día con tres o cuatro adolescentes quinceañeras en la playa escuchando todos sus cotilleos.

—Creo que Xavier ya tiene sus propios planes —dice casi en un rugido mi padre mirándome serio.

—¿Te vuelves a marchar? —pregunta con un puchero triste Pilar—. Pensaba que esta vez te ibas a quedar un tiempo por aquí. No me habías dicho nada —me recrimina.

Me hubiera gustado hablar con Pilar antes de que mi padre adelantara la noticia de mi marcha sin ningún tacto durante la comida. No he querido distraer a Pilar en estos últimos días que tenía exámenes y ahora me observa con desconfianza. Terminamos la comida en absoluto silencio. El único sonido que se escucha es el de la cubertería contra la vajilla en alguna ocasión aislada. De repente, cuando mi padre da por concluida la comida se levanta y tras depositar la servilleta de tela blanca impoluta sobre la mesa, se excusa y se marcha a su despacho. Pilar me lanza una mirada furibunda y se marcha en silencio rápidamente hacia su cuarto.

—Habla con ellos —me aconseja Àngels con una leve sonrisa—. Solo están enfadados porque te echan de menos.

La observo en silencio. Es una mujer elegante, con un rostro delicado, la tez blanca y cabello oscuro como Pilar. Nunca nos hemos llevado ni bien ni mal, simplemente he evitado conocerla. Pero lo que siempre he sabido es que mi padre regresó a la vida con ella después de diez años tras la muerte de mi madre. Y sin esperarlo por mi parte, llego al mundo Pilar. Estaba deseando odiarla con todas mis fuerzas, pero cuando acudí al hospital tres días después de que naciera, no pude hacerlo. Para la ocasión había solicitado un permiso. Tras varias escalas de viaje, llegué a darle la bienvenida al mundo. Era tan pequeña que tenía que permanecer unos días en la incubadora. Con la tez blanca y el pelo oscuro como su madre, pero sus ojos..., sus ojos eran como los de nuestro padre, como los míos. Llevaba dos años destinado fuera del país y no asistí a la boda. Tampoco fue algo a lo que quisiera acudir. Algo que mi padre no me perdonó hasta que vio lo mucho que me importaba mi nueva hermana.

Me disculpo dejando la servilleta sobre la mesa, y levantándome me dirijo a la habitación de Pilar.

—¿Canija? —digo golpeando con los nudillos la puerta de su cuarto. Escucho ruido en el interior, pero no me contesta. Vuelvo a insistir —¿Pilar?

—¿Qué quieres? —contesta refunfuñando.

—¿Puedo entrar? —pregunto abriendo unos pocos centímetros la puerta.

—Haz lo que quieras, pero estoy ocupada —dice sin girarse hacia mí desde el escritorio.

—Canija, me hubiera gustado explicártelo yo. Tu padre se me ha adelantado —digo en un suspiro cansado.

—No necesito explicaciones. Es tu vida —espeto enfadada sin mirarme mientras me siento en el borde de su cama intentando encontrar las palabras exactas mientras añade triste—, pero parece que no te importamos. Siempre estás fuera, nunca hacemos cosas de hermanos.

—Canija, no digas eso. Sabes que no es cierto, pero mi trabajo es exigente.

—Escuché a papá hablar que te vendrías a España, que te habían ofrecido un puesto en operaciones especiales en Rabasa³ —dice girándose hacia mí con ojos tristes.

—Cielo, no deberías escuchar las conversaciones de los mayores —le reprendo con cariño.

—Es lo único interesante que se puede hacer en esta enorme casa estando yo sola —contesta testaruda.

Me quedo observándola con cariño. Pilar ya no es una cría y se aburre de las normas tan estrictas que siempre han reinado en casa. La entiendo más de lo que ella cree. Hablo con ella y aunque al principio insiste testaruda, la convengo de que es la mejor opción.

—Además, puedes venir a verme cuando no esté de misión —digo pasándole un brazo por los hombros acercando su hombro al mío.

—Y, ¿me llevarás a un *Coffee Shop*? —pregunta pizpireta más animada para mi sorpresa.

—*Nooo* —contesto con expresión ceñuda sorprendido—. Tú no deberías conocer esos sitios.

—Ya he crecido —contesta resuelta.

—Para mí nunca crecerás lo suficiente —contesto serio y le pregunto—. ¿Tienes planes para mañana?

—Iba a ir con mamá a comprar unas cosas que necesito al Nuevo Centro⁴ —contesta subiendo los pies a la cama más animada.

—¿Quieres que os acompañe y luego nos vamos a comer tú y yo solos? —pregunto dudoso.

—¿En serio? —responde sorprendida lanzándose a mis brazos alegremente— ¡*Síiii!* ¿Iremos a comer una hamburguesa?

—Iremos adonde tú quieras —sentencio firme sabiendo que voy a arrepentirme de ello.

Le doy un beso en la frente y me doy cuenta de una foto que tiene sobre el escritorio. Es una foto que tenemos juntos. Nuestra primera foto en el hospital en la que yo acababa de llegar tras dos años en Oriente Próximo y llevaba el pelo bastante largo. Me caía en ocasiones sobre los ojos y recuerdo que no dejaba de apartármelo. Además, la poblada barba que me había dejado destacaba en mi cara. Todavía recuerdo cuando Àngels me vió junto a su hija. Por poco muere de un infarto creyendo que la iba a secuestrar.

—Canija, tienes que modernizar esa foto —digo señalando la foto con la cabeza.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? Es mi foto favorita, nuestra primera foto cuando tú y yo nos conocimos —dice alegremente cogiendo su teléfono móvil y contestando un mensaje que le acaba de entrar.

Ahora me queda la parte más tediosa, hablar con mi padre.

Me dirijo al despacho de mi padre sin pensarlo dos veces. Sé que va a ser

mucho más difícil enfrentarme a él y así es. En menos de un minuto alza la voz.

—¿Pero se puede saber qué se te ha perdido a ti en los Países Bajos? — pregunta enojado.

—Es donde me han destinado —contesto incapaz de calmar el ambiente.

—No tenías otro sitio más lejos... —dice con resignación —y, he tenido que enterarme por otros que te habían concedido el puesto allí y rechazabas el de Rabasa.

—Tú fuiste el que siempre quiso que fuera una persona autónoma —le espeto serio.

—Mira Xavier, desde que murió tu madre siempre has sido muy independiente a la hora de decidir sobre tu vida, pero necesito que te centres, ya eres un adulto —dice enojado.

—Ya soy adulto como dices, por eso tomo mis propias decisiones para bien o para mal —digo serio dirigiéndome hacia la puerta.

No me apetece discutir más.

—Eres terco como una mula —dice haciendo una exhalación profunda y sonora mientras gira el rostro hacia el ventanal del despacho.

—En eso me parezco a ti —digo mientras cierro la puerta a mi espalda exasperado.

Antes de salir por la puerta aviso a Àngels de que esa noche no cenaré en casa y que ya les veré mañana. He decidido marcharme a mi piso. No quiero que nadie más me diga que me estoy equivocando en mis decisiones.

Me levanto a la mañana siguiente con un terrible dolor de espalda. Todavía no he comprado muebles, ni he terminado de reformar, así que he dormido en el suelo con el macuto como almohada. No es la primera vez que lo hago, pero esta noche he dormido incómodo dando demasiadas vueltas a las decisiones tomadas.

Miro la hora, todavía hay tiempo así que me ducho y bajo a tomar un café al bar de la esquina. Cuando estoy leyéndome el periódico en la terraza, empieza a sonar mi teléfono móvil.

—*Tete*, tengo un problema —escucho al otro lado de la línea nada más descolgar, causando que me sobresalte y que por inercia me ponga de pie al escuchar el tono angustiado de su voz.

—¿Qué te sucede? ¿Dónde estás? —pregunto inquieto.

—Estoy en casa, *tete*..., nadie puede acompañarme al centro comercial y no me dejan ir sola —me informa Pilar con voz acongojada.

«La madre que la parió», pienso al instante sentándome de nuevo en la silla. Había olvidado hace mucho los enormes problemas que se tienen a esos años.

—Yo te llevo —digo más tranquilo—. Estoy en el bar de Pepe. Vente para aquí.

—En cinco minutos estoy allí —dice alegremente y cuelga sin darme tiempo a contestar.

Tras colgar, continúo tomando mi café tranquilamente. No es la primera vez que sufro los cinco minutos de la canija. Me da tiempo a terminarme el café, a pagar la cuenta y hasta a deleitarme observando con las gafas de sol puestas a las personas que deambulan por la zona.

—*Tete*... —Pilar viene hacia mí dando saltitos alegremente moviendo su mano. Treinta minutos tarde, todo hay que decirlo. —Ya estoy aquí.

No puedo evitar sonreír al verla llegar tan animada. De pronto un grupo de chicos que pasa por su lado le dan un empujón y trastabilla por un instante. Observo con atención poniéndome en alerta.

—¡Ehh, pija! Aparta —exclama uno de ellos riendo.

Pilar simplemente sonrío y le levanta el dedo corazón ante mi asombro. El resto del grupo estallan en una risotada ante su atrevido gesto.

—¡La tienes en el bote! —exclama uno de ellos golpeándole en el hombro al primero que la ha llamado pija.

Pilar hace un gesto displicente y continúa hacia la terraza desde donde estoy controlando la situación.

—Canija, no deberías hacer esos gestos —digo cumpliendo a la perfección mi papel de hermano mayor.

—Todo el mundo lo hace —resuelve rápidamente lanzándose a mi cuello y dándome un abrazo.

—No todo el mundo lo hace. Yo no lo hago —respondo con una media sonrisa reprendiéndola.

—Porque tú eres un muermo —sentencia tirando de mi brazo para que andemos más rápido hacia el garaje—. Por cierto, dice mamá que la llames para asegurarse de que estoy contigo. No me quedan minutos en la aburrida tarifa de teléfono que me han puesto, así que llama desde tu móvil —dice agarrándose a mi alegremente.

En ese preciso instante sé que durante todo el día va a hacer conmigo lo que quiera.

En el centro comercial, tira de mi brazo continuamente entrando y saliendo de una y otra tienda. Hay algunas que visitamos dos veces. Se prueba montones de ropa y me muestra los modelitos mientras espero en el exterior sujetando las compras. En ocasiones ejerzo de hermano mayor protector y cuando sale del probador con algún vestido muy corto o pieza de ropa muy atrevida, simplemente le digo que le hace unas pequeñas arrugas por la espalda que ella no puede apreciar y lo desecha sin rechistar. Sé que puede sonar machista, pero no puedo evitar seguir viéndola como a mi canija.

A las tres horas y agotados por las compras nos dirigimos a uno de los numerosos establecimientos de comida.

—¿Comeremos hamburguesas? —pregunta dando saltitos alegremente.

—Comeremos lo que tú quieras —contesto resignado.

Una vez sentados estudia la carta con determinación. Y selecciona los diferentes platos que quiere probar. Charla animadamente y me da las gracias por haberle pagado las compras mientras esperamos nuestro pedido. Me quedo observándola mientras habla y habla. Somos tan diferentes que en muchas ocasiones me sorprende. Aunque si en algo nos parecemos, es en el apetito que tenemos siempre. Así que cuando llega la comida, la devoramos

con gusto.

—Mamá nunca quiere venir a estos sitios y a papá..., comer una hamburguesa como esta sería una tortura para él, ya le conoces —dice dicharachera y añade—. *Tete*, ¿eres gay? —pregunta directa haciendo que me atragante con el refresco que estoy bebiendo en esos momentos.

—¿Por qué piensas eso? —pregunto sorprendido.

—Nunca me has presentado a ninguna chica —apunta reflexiva.

—Eso es porque nunca ha habido nadie suficientemente importante para mí como para presentártela, canija —respondo con una sonrisa guiándole un ojo.

—De acuerdo, pero avísame si no encuentras a nadie —dice resuelta Pilar y con un movimiento cómico de cejas añade—. Todas mis amigas están loquitas por ti.

Sus palabras provocan que me atragante por segunda vez en menos de cinco minutos.

—Ya encontraré a alguien —digo zanjando el tema—. Además, ahora tengo mucho trabajo y no puedo entretenerme en esas cosas.

—Para el amor siempre encontramos tiempo —dice con una amplia sonrisa llevándose a la boca una patata frita de mi plato.

Es sorprendente como intenta organizarme la vida, en eso ha tenido que salir a nuestro padre. Decidimos dejar las compras en el coche y dar un paseo. Me habla de las clases, de casa, de sus sueños, de sus amigos...

Es tarde cuando subimos a casa. Àngels nos recibe con expresión de sorpresa al ver todas las bolsas que llevamos. Con un pequeño gesto de cabeza y gesticulando me da las gracias por haber acompañado a la canija y, sobre todo, por pasar tiempo con ella antes de irme. Pilar irrumpe como un torbellino en el salón donde se encuentra nuestro padre. No deja de hablar y antes de que nadie pueda impedirlo empieza a sacar compras y a enseñárselas colocándoselas sobre el cuerpo. Mi padre parece de buen humor mientras mira despreocupado hacia ella hasta que su mirada se enfrenta con la mía y endurece el rostro. No me lo está poniendo nada fácil, pero finalmente les

comunico que me marchó y que esa noche no cenaré con ellos.

—Piénsate lo que te han propuesto. Es un buen puesto —dice mi padre levantándose de su sillón y alargando una mano que estrecho con fuerza. Sin esperarlo me atrae hacia su pecho para darme un fuerte abrazo.

No contesto, es algo que ni me he planteado, pero no quiero continuar con la discusión. Àngels me da un corto abrazo y se retira junto a mi padre mientras Pilar se abraza a mí y parece que no me va a soltar nunca.

—*Tete*, espero que esta vez vengas más a menudo —dice con su rostro en mi pecho.

—También puedes venir a verme esta vez. Montaremos en bicicleta —digo meciéndola con cariño cuando separa su rostro y, levantando una ceja me mira extrañada—. Además de ir de compras —añado con una media sonrisa.

—Eso me gusta —dice sincera y añade con preocupación en su voz—. No te pases de héroe.

—No va a pasarme nada —contesto acariciándole la espalda.

—Te echaré de menos..., y por favor, no te lées con una extranjera o ya no volverás a pasar tu tiempo libre a Valencia —dice con un profundo suspiro.

—Como tú dices siempre..., las cosas del corazón no las controla la razón —objeto estrechándola más entre mis brazos.

—¿Desde cuándo me haces caso en las cosas que te digo? —farfulla la canija irónicamente.

—Yo siempre tengo en cuenta todo lo que me dices —digo guiñándole un ojo—. ¿Vendrás a verme?

—¿Convencerás a mamá para que me deje ir? —pregunta liberándose de mis brazos.

—No te quepa duda —respondo con seguridad mirando a Àngels que nos mira con cariño.

Sonrío, pero me estremezco solo al pensar en la posibilidad de tener que controlar a la canija durante unos días yo solo. Ella y sus planes de

adolescente. No es que no haya querido pasar tiempo con ella. Es la persona más especial que hay en mi vida, pero mi trabajo siempre ha tenido prioridad.

Esa noche, salgo con los amigos de la infancia. Uno de ellos va a casarse con su novia de toda la vida y observándolos me encuentro un poco desubicado, pero charlamos, y hacen que por unas horas olvide todo el traslado y la tensión del trabajo.

Ya ha amanecido cuando suena la alarma para ponerme en pie. La noche se alargó más de lo que tenía pensado y me llevo una mano a la frente. Me froto el entrecejo intentando despejarme y tras respirar profundamente en dos ocasiones lo consigo. Intento recordar cuándo fue el momento en el que decidí aceptar este puesto de trabajo y las dudas acuden a mi mente. Puede que estuviera cansado de permanecer tanto tiempo en Oriente Próximo, puede que no lo pensara lo suficiente..., pero aquí estoy despidiéndome de nuevo de la ciudad que me vio nacer mientras cargo con mi macuto.

Llamo a un taxi. Antes de ir al aeropuerto necesito despedirme de una última persona.

—Al cementerio —solicito intentando que no se me quiebre la voz.

El trayecto es lento por la enorme cantidad de vehículos que hay a esas horas de la mañana y yo, me distraigo observando a los viandantes y recordando los años vividos. En el fondo me pregunto si ha sido la ciudad la que ha cambiado durante estos años de ausencia o en realidad he sido yo el que ha cambiado. Pago la carrera y me dirijo a una de las pequeñas floristerías que se encuentra frente a la puerta principal.

—Buenos días —dice con una amplia sonrisa la dependienta que se seca las manos en el delantal verde.

—Buenos días —contesto absorto en mis pensamientos—. Querría un ramo de...

—Peonías rosas —dice la señora terminando mi frase lo que provoca que enfoque la mirada de nuevo y la fije en ella—. Señor Martínez, cada mes soy yo la persona responsable de cumplir su encargo.

—¡Ahh! Discúlpeme, estaba distraído —contesto centrándome en la

conversación—. Gracias.

—No se preocupe. Entonces, ¿quiere que el ramo de este mes lo preparemos para llevarlo usted? —pregunta amable entrando a una cámara acristalada que tiene tras el mostrador.

—No, por favor. Continúen como hasta ahora —digo observado la agilidad de sus manos y el buen hacer con las flores.

Salgo de la floristería con el macuto al hombro, un delicado ramo de flores en mi mano derecha y, con paso decidido me dirijo hacia la puerta principal del cementerio. Es día laboral así que en el interior no me tropiezo con mucha gente. Hace más de dos años que no piso ese mismo suelo y respiro profundamente sin dudar el camino a seguir. Antes de que me dé cuenta estoy frente al panteón de piedra blanca de la familia de mi madre, provocando que se me corte la respiración. Busco la pequeña llave de la puerta que da acceso. El silencio lo envuelve todo, si acaso se escucha el maullido de un gato a lo lejos. La portezuela metálica se desliza suave sin hacer apenas ruido y entro en la fresca y pequeña cavidad del monumento fúnebre. Todo está immaculado, parece como si no hubiera pasado el tiempo. Mi mente me lleva con pequeños *flashbacks* a ese fatídico día. Como contuve las lágrimas durante todo el día en presencia de conocidos y extraños hasta que llegué a mi habitación, donde me rompí en mil pedazos y ya no pude dejar de llorar en toda la noche. En la pequeña repisa de la tumba de mi madre veo unas rosas blancas. Deduzco que no son de hace mucho tiempo. Apoyo el macuto junto a un pequeño banco de piedra interior. Busco un jarrón y tras poner agua, deposito las flores frente a ella.

Las peonías rosas eran las flores favoritas de mi madre, nunca olvidaré cuando iba agarrado de su mano al mercado a comprar un ramo cada semana. Y cómo las separaba y distribuía por la casa. El aroma que lo impregnaba todo. Ella sonriendo. Los bocadillos de onzas de chocolate que me preparaba los viernes y me llevaba a la salida del colegio. Son tantas las pequeñas cosas que recuerdo de ella, que sin darme cuenta empiezo a hablar en voz alta con añoranza de los cambios que vienen. No puedo evitar que en alguna de las palabras me tiemble la voz. ¡Joder, la echo tanto de menos!

Me distraigo por el sonido de una alarma del reloj de muñeca. Debo marcharme, así que me levanto y acercando mi mano a los labios, beso mis

dedos y los apoyo sobre el frío mármol donde se encuentra mi madre.

—Te quiero y no te olvido —digo en un susurro triste.

Salgo de allí con la cabeza gacha con el macuto cargado al hombro. Cierro la portezuela y me encamino al exterior del recinto para conseguir un taxi.

En el exterior, miro hacia un lado y otro, y cuando voy a sacar el teléfono móvil del bolsillo del pantalón, levanto la mirada y me encuentro casi frente a frente con la canija.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto sorprendido al verla allí de pie junto al coche de mi padre.

—Espero que no te moleste que hayamos venido a buscarte. Ayer se me olvidó darte un pequeño regalo que tenía para ti y cuando me he dado cuenta me he puesto triste y papá ha dicho que él sabía dónde encontrarte, pero no queríamos molestarte y... —dice agobiada retorciéndose las manos sin saber cómo continuar.

—No te preocupes canija. Ven aquí —digo pasándole un brazo por el hombro y atrayéndola hacia mí—. ¿Qué me tenías que regalar?

—Espera —dice emocionada abriendo la puerta trasera del vehículo y sacando un paquete envuelto cuidadosamente—. Para que no te olvides de mí —añade con una gran sonrisa.

Mientras, nuestro padre ha abierto el maletero y yo dejo el macuto.

—Te llevamos al aeropuerto —dice sin darme opción a negarme a ello—. Sube —añade indicándome con la mano la puerta del acompañante.

Una vez subidos los tres al vehículo, emprendemos la marcha hacia el aeropuerto mientras Pilar me anima a abrir su regalo. Lo abro lo más delicadamente que puedo mientras que ella desesperada por mi medida, se quita el cinturón de seguridad y me lo arrebató de las manos causando que un pitido empiece a sonar en todo el habitáculo.

—¡Canija! Vuelve a ponerte el cinturón a la de ya —espeto serio.

—¡Ya, yaaa! —exclama a la defensiva. Vuelve a ponerse el cinturón y me

entrega el paquete con parte del papel desgarrado.

Cuando termino de desenvolver el paquete aparece un bonito marco con una foto.

—Es nuestra primera foto juntos —dice alegremente explicándome y me pregunta—. ¿Te gusta?

—Me gusta mucho —digo con una sonrisa mostrándoselo a mi padre que sonrío disimuladamente.

—Ahora los dos tendremos la misma foto y no me olvidarás, y vendrás más a menudo —dice orgullosa.

No tardamos en llegar al aeropuerto y les pido que me dejen allí mismo. Odio las despedidas. Así que bajamos del coche y rápidamente abrazo a Pilar con cariño. Mi padre se acerca y vuelve a estrecharme la mano para acabar abrazándome y dándome unas palmadas en la espalda. Agarro el macuto que me cargo al hombro y tras una sonrisa, le guiño un ojo a Pilar y empiezo a caminar hacia la puerta de cristal de la entrada. No quiero girarme, pero es algo que me obligo a hacer cuando, a pocos metros de la puerta, escucho a Pilar que me llama.

—*Tete*, espera —grita a mi espalda mientras corre hacia mí y se lanza a mis brazos—. Por favor, cuídate y salva muchas vidas —añade en un susurro mientras le beso el pelo.

—No te preocupes —contesto más serio de lo que pretendo.

—Escríbeme y mándame fotos —dice con lágrimas en los ojos dando un par de pasos hacia atrás.

Doy un fuerte suspiro volviendo a girarme y, con el corazón encogido, entro al aeropuerto para coger mi vuelo.

Atrás dejo una etapa de mi vida para empezar de nuevo otra, esta vez fuera de casa.

Capítulo 2



Al aterrizar en el aeropuerto de Ámsterdam la ciudad me recibe con una densa niebla. No sé si me voy a acostumbrar al frío y a la lluvia. Siempre he estado en zonas cálidas de misión y, en Valencia, siempre hay una temperatura agradable con veranos calurosos. Según el avión va iniciando la maniobra de aterrizaje todo el paisaje que se ve es verde y con canales. De repente el aparato da una fuerte sacudida y observo a varios pasajeros aferrarse a los brazos de sus asientos. Los tripulantes de cabina avisan para calmar al pasaje que son unas pequeñas turbulencias antes de aterrizar. «¿Pequeñas?», pienso sorprendido, «pues no me gustaría aterrizar con unas fuertes turbulencias».

Me inclino hacia la ventanilla y veo la pista de aterrizaje. El piloto se está acercando a ella casi perpendicularmente así que me pongo tenso por momentos cuando siento una nueva sacudida. Vuelvo a observar cómo actúan los tripulantes de cabina y los veo cómodamente charlando sentados en sus asientos. Al momento siento que el avión toca tierra en medio de un último zarandeo.

Sigo las indicaciones del aeropuerto hasta llegar a las cintas de recogida de equipajes. Ayudo a una señora que está a punto de caer al intentar recoger una pesada maleta mientras que sale mi macuto que me cargo al hombro. Salgo al exterior, allí está el chofer que me han enviado que me saluda atento mientras sujeta un cartel con mi apellido.

Lo sigo hasta el exterior. En esos momentos está cayendo un tremendo aguacero. Me solicita que espere unos minutos bajo un pequeño techado mientras él con paso acelerado y bajo un pequeño paraguas va a por el coche.

—No se preocupe. Pronto habrá despejado —dice cuando subo en el asiento del acompañante.

Yo le miro extrañado, no creyendo que eso pueda suceder, pero antes de darme cuenta ha dejado de llover. No hablamos mucho más durante el camino. Según vamos avanzando observo sorprendido los enormes campos con vacas separados por pequeños canales hasta ver unos altos edificios donde el chofer

me indica que es el centro de la ciudad. Me lleva a la dirección que le han indicado. Allí me espera una señora con una simpática sonrisa que se sorprende al verme descargar solo un macuto del coche.

—Señor Martínez —dice atenta.

—Sí.

—Trae usted muy poco equipaje —expresa sorprendida.

No puedo más que evitar sonreír ante su asombro. Son muchos años llevando a cuestas casi todas mis cosas. Los últimos he estado destinado en lugares donde todo tu espacio era una cama y un pequeño armario. Hace años que no disfruto de una casa para mí solo y parece que la organización no ha escatimado en ese sentido.

Es una casa muy amplia con dos plantas, dos dormitorios y parcialmente amueblada. La señora de la agencia me muestra cada estancia y cuando finaliza me pide que le acompañe a la calle, donde vuelve a llover. Allí me entrega las llaves de la casa, las llaves del coche aparcado frente a la entrada y una tarjeta con su nombre y su teléfono. Me quedo asombrado verla sacar de su bolso un ligero chubasquero, colocárselo y marcharse en su bicicleta con una amplia sonrisa.

Me paso la mano por el pelo y lo revuelvo para quitarme la lluvia. Subo las escaleras y con las manos en la nuca miro a mi alrededor. Hay demasiado espacio. Decido vaciar el macuto y encender el ordenador portátil para revisar el correo. Allí está mi cita programada para mañana por la mañana con recursos humanos.

Paso la tarde recorriendo la casa y apuntando cosas que creo que voy a necesitar. A última hora de la tarde decido ponerme mi ropa de deporte y salir a correr para conocer la zona. Encuentro varias tiendas e incluso un supermercado a poca distancia. También una amplia zona para ejercitarme con varias hectáreas de bosque y pequeños lagos. Es todavía de día cuando regreso caminando a casa. Por un momento he pensado que me había perdido por los pequeños caminos de tierra de la zona boscosa, hasta que escucho el ruido de los coches y me dirijo hacia la salida.

—¡Joder! —exclamo cuando una bicicleta está a punto de arrollarme al salir corriendo de uno de los senderos.

—*Sorry* —escucho disculparse ya a lo lejos a una joven con coleta y una bicicleta negra destartalada.

—Será descerebrada —murmuro empezando a caminar después de orientarme por la posición del sol y a un edificio alto que hay en la zona.

Mi primera noche en la ciudad tengo sentimientos bastante contradictorios. Por un lado hacía tiempo que no tenía una maravillosa cama donde dormir, pero por otra, el cambio de trabajo y ciudad no me dejan conciliar fácilmente el sueño. Me despierto por el sonido de la lluvia contra los cristales de mi habitación y no me puedo volver a dormir. Así que me levanto y le mando un mensaje a la canija.

Yo_08: 43 AM

¿Qué te parece este cuarto para cuando vengas a verme?

Escribo adjuntando una foto de una de las habitaciones.

Pilar_08: 44 AM

Le falta un poco de rosa y purpurina ☺

¿Qué haces despierto a estas horas?

Llámame

Escribe haciendo que mi teléfono móvil vibre en tres ocasiones.

Para que se quede más tranquila, me paso más de media hora recorriendo la casa con una vídeo llamada. Quiero hacerle ver que voy a estar bien y que puede venir a verme cuando no esté de misión. Da todo tipo de opiniones sobre la casa. Que si necesito unos cojines para el sofá del salón, que si un edredón más masculino, unas velas, flores y no sé cuántas cosas más. Corto la llamada antes de que me vuelva loco. Tengo una cama donde dormir y una ducha donde poder lavarme, es un gran avance en comparación con los últimos años.

Acudo a mi primera reunión en mi nuevo trabajo. Me he puesto traje. Todo es tan de oficina que por un momento siento claustrofobia después de tantos años trabajando en campo. Menno, de recursos humanos, lo hace todo más sencillo. Me enseña el edificio y cuando nos vamos tropezando con unos y otros, va presentándome a gente de la organización. Me preparan mi acreditación y vamos a tomar un café. A lo lejos escucho unos canturreos y unos golpes nada sutiles contra algo metálico.

—Menno, ¿cuándo vais a reparar esta maldita máquina del café? — espeta una joven cargada de una bandeja con varios vasos.

—Walker, ¿y eso que no estás en tu planta? —contesta Menno con una sonrisa forzada.

—En la máquina de arriba no queda leche y necesitaba aire —contesta con una amplia sonrisa dejándonos allí plantados frente a la máquina de café—. Toma nota y que alguien reponga. No se puede trabajar sin música y sin leche para el café.

Menno me explica que Walker está en el departamento de eventos y comunicaciones. No tendré que trabajar con ella. Mi trabajo allí va a ser muy diferente, pero siempre es bueno conocer a gente de los distintos departamentos. Además, se la ve resuelta.

Subimos a la planta donde voy a tener un pequeño despacho. Nunca he tenido uno, y la verdad es que no me atrae la idea de estar entre cuatro paredes encerrado todo el día. Nada más salir del ascensor observo la seguridad de la planta, que es algo que me gusta. Me van presentando a gente que camina por los pasillos acelerada acudiendo a un sitio y a otro, pero por mucho que intento no puedo retener todos los nombres.

—*Pardon* —dice la chica que acaba de tropezar con nosotros.

—Toussard, ¿sabes dónde está Navarro? —le pregunta Menno con una sonrisa.

—Creo que tenía una reunión. Lleva toda la semana de reuniones —dice con un gesto más bien serio—. ¿Eres nuevo?

—Sí, perdona. Martínez, Xavier Martínez —digo más formal de lo que pretendía.

—Toussard, Gabrielle Toussard —dice más desenfadada y pregunta con una sonrisa—. ¿Español?

—Sí —confirmo.

—Creo que Navarro y tú os vais a llevar bien —dice, y a modo de despedida añade—. Si necesitas algo, estoy al final del pasillo.

Menno también ha comentado lo mismo y conocer al tal Navarro es algo que me intriga por momentos. Espero que tengamos cosas en común y le guste trabajar en equipo.

Mi despacho es bastante amplio, no lo esperaba tan grande. Cuando me ofrecieron el puesto pensé que sería una especie de cubículo que utilizaría poco. Hay una mesa, armarios y un perchero. Me comentan que el próximo lunes, que es cuando empiezo, tendré un ordenador y todo el material de oficina necesario.

Menno continúa con sus presentaciones hasta llegar a dirección.

—Martínez —dice acercándose a mí y dándome un par de fuertes palmadas en el hombro.

—Schmidt —digo con una sonrisa al ver una cara conocida.

—Bienvenido, ¿empiezas hoy? —pregunta con curiosidad.

—El próximo lunes —digo más relajado ante su presencia.

—Y has venido a un reconocimiento previo... —dice haciendo un leve movimiento de afirmación con la cabeza.

—Exacto —confirmo.

Schmidt propone tomar un café en la sala de descanso de la planta, Menno aprovecha para dejarnos a solas y que nos pongamos al día. Hacía años que no nos veíamos. Recuerdo que fue en una misión en Irak que no salió del todo bien y allí estaba él. Ha cambiado las botas y el desierto por un impoluto traje y el nublado tiempo de los Países Bajos. Durante el café nos ponemos al día de los años transcurridos, entonces entra un italiano a la sala buscándolo.

—Martínez, te presento a Ferri. El mejor italiano que tenemos en la planta —anuncia Schmidt con un guiño.

—Eso lo dice porque soy el único italiano de la planta —dice Ferri estrechándome la mano—. Llámame Bruno.

Calculo que más o menos es de mi edad y eso hace que me relaje todavía más. Esto indica que no voy a trabajar todo el día con sexagenarios en traje.

—¿Has visto a Navarro? —le pregunta Schmidt a Ferri.

—Tiene que estar en una de esas interminables reuniones en las que lleva toda la semana —contesta Ferri serio—. Navarro te caerá bien, ¿vienes a tomar algo al Hudson con nosotros?

Ferri me ve dudar al no entender la pregunta y me explica que es un restaurante tipo bar donde se reúnen los viernes por la tarde para desconectar del trabajo y tomar algo. Me da los datos y quedamos en vernos allí a las cinco menos cuarto. Me resulta bastante extraña la hora, pero teniendo en cuenta que aquí se come a las doce del mediodía, no digo nada. Tengo que acostumbrarme a los horarios.

Las primeras impresiones del trabajo no han sido malas, así que salgo de allí más tranquilo. A la hora acordada con Ferri me paso por la dirección que me ha facilitado por un mensaje de wasap. Antes, cuando he regresado a casa, tras pasar por una panadería francesa que hay en una calle paralela, he descansado, entrenado, he dejado el traje aparcado hasta el lunes y he optado por algo más desenfadado como una camisa y unos vaqueros.

Decido ir con tiempo y cuando llego me siento en una mesa en una especie de reservado que tienen en la parte de dentro. Vuelve a llover. Hoy ha llovido ininterrumpidamente todo el día y me he empapado en dos ocasiones. Tengo que comprar un paraguas y una bicicleta.

—¡Hola! —exclama una voz femenina haciendo que salga de mi ensimismamiento—. ¿Me recuerdas? Gabrielle.

—Sí, sí. Disculpa, no te había visto —digo levantándome de la butaca.

—Dejo esto por aquí —dice con una sonrisa depositando todo lo que lleva en las manos en una esquina tras la mesa donde estamos—Ferri y Navarro estaban terminando una reunión. Enseguida aparecerán.

Gabrielle pide una copa de vino blanco y se sienta en la misma mesa. Habla relajada y comenta pocas cosas del trabajo y muchas de vivir en una ciudad como La Haya. Antes de que nos demos cuenta Bruno aparece por la puerta y pide otra ronda para la mesa. Siento una pequeña desilusión cuando habla con Gabrielle y le comenta que Navarro no se unirá a nosotros. No hablo mucho, pero los escucho y no puedo negar que paso una agradable tarde con ellos mientras me explican sitios que visitar o cosas que hacer nada más llegar a la ciudad.

Durante el fin de semana no hago mucho, me leo un par de informes que me han pasado desde la oficina para ir conociendo lo más urgente y estar al día la próxima semana, entreno, paseo por el barrio y salgo a cenar a casa de Schmidt.

Capítulo 3



El lunes madrugo. No quiero llegar tarde a mi primer día de trabajo y además, quiero observar cuánto tráfico hay a esas horas de la mañana. El viernes me dieron mi identificación de seguridad así que entro sin ningún contratiempo. En la entrada me vuelvo a tropezar con la cantarina que daba golpes a la máquina cargada de dos cafés y sube en el ascensor conmigo sonriendo hasta la primera planta. Se despide de mí mirándome de arriba abajo con una sonrisita y un «que tengas un buen día» que hace que me sonroje sin quererlo. Subo hasta la séptima planta y abro la puerta con mi identificación. Me paro en seco en la puerta y respiro tranquilo. El cambio de trabajo ha sido tan drástico que empiezo a dudar de que esté hecho para este puesto.

Sobre la mesa sigue sin haber nada, no hay rastro de ordenador o material. Doy un fuerte suspiro y me acerco a la mesa. Miro los cajones. Están completamente vacíos, no hay ni un fastidioso teléfono. Dejo la cartera sobre la silla que hay detrás de la mesa cuando escucho alboroto que se acerca a la puerta.

—Buenos días, ¿señor Martínez? —pregunta una mujer decidida entrando por la puerta seguida de dos hombres.

Me acerco a ella y la ayudo con la caja que carga.

—¿Sí? —pregunto con duda.

—Soy McAdams. Puede llamarme Daina, pero solo si me trata bien. No soy su secretaria, pero lo soy de Navarro y me han pedido que le haga su incorporación más fácil —sintetiza rápidamente moviéndose por el despacho y dando órdenes a los hombres que le acompañan que ya están instalando un ordenador y una línea de teléfono—. Aquí tiene una caja con todo lo que pueda necesitar. La impresora es común y la puede utilizar con su identificación y un código... —dice interrumpiéndose y mirando con diligencia a los dos hombres que trabajan como si no hubiera un mañana. Uno de ellos la mira de reojo nervioso y anota en un *post-it* amarillo unos

garabatos que parece ser que es mi primera contraseña. Les hace una señal y los dos salen casi horrorizados de allí ante mi asombro. Daina se sienta en la silla y enciende el ordenador—. Le dejo en el escritorio el directorio con todos los teléfonos que pueda necesitar. Ya tiene su cuenta de correo y debería usted cambiar su contraseña cuanto antes. Debe ser alfa numérica. Aquí su agenda..., tiene una reunión en una hora en la octava planta. El teléfono parece complicado, pero simplemente es descolgar, marcar línea interna o externa y añadir número de teléfono. Lo pillaré enseguida. Y para finalizar, en esta caja tiene material de oficina. Llámame si me necesita, mi extensión es la siete, cuatro, cuatro, uno, pero hágalo solo si es urgente..., siempre estoy ocupada.

Esto último lo dice cuando ya sale por la puerta. Me quedo totalmente anonadado como si los últimos quince minutos hubieran sido un espejismo. No he podido ni reaccionar o hablar. No puedo evitar reír solo y empezar a mirar las cosas de la caja. Las coloco en los cajones y sobre la mesa. Recuerdo que he traído la foto que me regaló Pilar, así que la coloco sobre el escritorio, cerca de la pantalla del ordenador. He cambiado la contraseña y empiezo a pelearme con la moderna grapadora. «¿Cómo narices se pondrán las grapas?», pienso observando el artilugio. Estoy abstraído casi golpeando la grapadora contra la mesa, cuando un sutil perfume inunda la estancia seguido de dos leves golpes en el marco de la puerta entreabierta.

—Hola. Bienvenido —me saludan en castellano desde la puerta con una amplia sonrisa—. ¿Puedo ayudarte con eso? Soy Amelia.

Por un momento me quedo embobado ante su presencia, pero finalmente me levanto como un resorte y la invito a pasar.

—Hola. Soy Xavier —contesto mirándola fijamente a los ojos. Tengo una extraña sensación cuando alarga la mano y me la estrecha para darme la bienvenida—. ¿Trabajas en esta planta?

—Sí, estoy en el departamento del final del pasillo. Es tu primer día, ¿verdad? —dice tranquila señalando la grapadora que continúo llevando en las manos—. Lleva cuidado, son peligrosas. — me dice mientras señala hacia la grapadora que tengo en la mano, la abre con facilidad y me la vuelve a entregar—. No te preocupes, solo hay que pillarle el truco.

Me doy cuenta de que en escasos segundos ha hecho con un movimiento rápido de cabeza un barrido de todo el despacho, deteniéndose en la foto que tengo sobre la mesa con Pilar.

—Gracias —contesto observándola—. ¿Española?

—Más que la tortilla de patatas con cebolla —dice alegremente con una

sonrisa girando su rostro hacia la derecha.

No puedo evitar reír ante el símil utilizado.

—¿Quieres tomar un café? —pregunto directo intentando retenerla cuando veo que mira el reloj y se levanta de la silla.

—Me encantaría, pero tengo una reunión importante —murmura sin poder evitar sonreír—. He decidido pasar rápidamente a darte la bienvenida cuando me han dicho que había un español en la planta.

—Veo que las noticias vuelan —digo guiñándole un ojo.

—No lo sabes tú bien —dice saliendo por la puerta, y riendo abiertamente añade—. Ven a buscarme luego y nos tomamos ese café, te contaré todos los cotilleos sobre ti que ya corren por el edificio. —No puedo evitar levantar las cejas asombrado por sus palabras cuando exclama en una carcajada— ¡Es broma!... Nos vemos.

Miro el reloj. Ya casi es la hora de subir a la octava planta y acudir a la reunión que tengo programada. Me alegra que el viernes decidiera llevarme a casa dos de los proyectos en los que voy a trabajar, para estar más informado de lo que se pueda tratar en la reunión. Miro por la ventana, vuelve a llover. Son sorprendentes los cambios en la climatología en esta ciudad. Bloqueo la pantalla del ordenador tras revisar el correo electrónico. Me coloco bien la corbata y los puños de la chaqueta. Al fin voy a conocer a Navarro. He intentado mirar su expediente, pero todavía no tengo acceso a ese tipo de información. No voy a negar que estoy nervioso por conocerlo. Vamos a pasar muchas horas juntos, así que espero que nos llevemos bien. Sé por experiencia lo que es trabajar con alguien que no se implica del todo. Fue una pesadilla, y más cuando nuestro trabajo implica tantos riesgos.

Subo a la octava planta y nada más salir del ascensor pregunto en la recepción por la sala de conferencias indicada en la agenda. Todo el edificio tiene una seguridad admirable. Una amable asistente me acompaña sonriente hasta la sala de conferencias. Al contrario que en las otras dos plantas que conozco, en la octava no hay casi nadie por los pasillos y se respira un aire especial de formalidad, que mezclado con solemnidad intimida.

—Aquí es —me indica la amable asistente indicándome la puerta—. Avíseme si necesita cualquier otra cosa.

—Gracias —digo a modo de despedida.

Allí estoy, delante de la puerta de una sala donde se deciden cosas importantes, y que puede cambiar mi vida. El silencio lo envuelve todo cuando de repente escucho una carcajada de mujer al otro lado de la puerta. Frunzo el

ceño sorprendido. Doy dos pequeños golpes en la puerta y espero.

—Adelante —escucho desde el interior.

Se abre la puerta frente a mí y aparece Schmidt muerto de risa.

—Martínez, pase. Lo estábamos esperando. Coja asiento —dice indicándome varios asientos vacíos que hay alrededor de la mesa ovalada de madera.

En la sala hay dos jefazos con los que hice varias entrevistas, que ríen abiertamente con Schmidt. Inesperadamente, la persona que me da la espalda se gira.

—Hola. —repite con una amplia sonrisa.

—Martínez, le presento a Navarro. Ustedes trabajarán juntos —puntualiza Schmidt.

No puedo creer que Amelia, sea Navarro, pero allí está, hablando de todos los temas de seguridad como si estuviera en su casa. En varias ocasiones la observo y no puedo evitar fruncir el ceño. Mal vamos a empezar si lo hace mintiendo.

Inesperadamente, empieza a exponer varios problemas que se encuentra el departamento en Somalia. La claridad de sus palabras, el tono de su voz, su seguridad y la increíble cantidad de datos que empieza a dar me asombran y a la vez me seducen de una forma sorprendente. En varias ocasiones intenta que participe en la exposición preguntándome directamente por mi opinión, y no lo hace por dejarme en evidencia. Amelia quiere que me integre y que empecemos a trabajar en equipo desde el primer minuto. Es asombrosa la manera en la que sin haberlo hecho nunca antes, nos compenetramos en los pensamientos sobre lo que se debe o no hacer para encontrar soluciones a los conflictos. Hay algo que fluye entre los dos que es innegable y la pequeña opresión que sentía en el pecho por la incertidumbre de saber si podría desempeñar este trabajo empieza a disiparse. Me tiene embelesado y me percato que el enfado inicial trasmuta a admiración.

Es una de las reuniones más intensas que he vivido en toda mi trayectoria profesional y aunque hay tira y afloja durante varias horas considero que todas las opciones que se determinan son las correctas. Hay que investigar esa línea de trabajo y está excelentemente documentada.

Terminada la reunión, Amelia está satisfecha mientras recoge todas las cosas que tiene sobre la mesa y habla animadamente de asuntos triviales de su departamento. Suena un golpeteo en la puerta y la asistente que me ha mostrado el camino hace unas horas solicita muy formal la atención de dos de

los jefes. Schmidt intercambia unas frases conmigo y se marcha.

Finalmente, allí estamos los dos en silencio. Amelia se gira hacia mí y sonrío tímidamente.

—He observado tu cara y parecías molesto cuando has descubierto que era conmigo con la persona con la que ibas a trabajar —dice segura.

—No me ha molestado —contesto serio.

—Tengo un máster en comportamiento humano y otro en comportamiento no verbal y detección de la mentira —rebate Amelia tranquila.

—No me gusta que me mientan —espeto serio.

—No me habían dicho tu nombre. Ni siquiera sabía que eras el español de la planta. Siento si estás en una de esas fases de sentirse decepcionado, pero yo no te he mentado. Soy la misma que te he dado la bienvenida hace un par de horas —resuelve recogiendo su teléfono móvil que está sobre la mesa y que no deja de iluminarse.

No puedo dejar de observarla, su seguridad, su forma de hablar y moverse me tienen obnubilado mientras, espera unos segundos en silencio a mi reacción.

—¿Te apetece ese café ahora? —pregunto cediendo y yo mismo me sorprendo de mis palabras.

—Tengo veinte minutos hasta la próxima reunión. Será un placer —contesta con una sonrisa que le llega a los ojos y que hace que le brillen de una manera especial—. Vamos.

Abro la puerta y le cedo el paso. Amelia pasa por la puerta cargada con sus cosas y una sonrisa. Determina que es más rápido y práctico bajar por las escaleras y así lo hacemos.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —pregunto sorprendido cuando me hace una exposición sobre el tiempo que pierdes esperando al ascensor y sobre cuánto tardas en bajar por las escaleras.

—Ohh, muy poco tiempo, unos ocho días —explica con una sonrisa—, pero soy analista de nacimiento, así que lo hago sin darme cuenta.

Me conduce hasta un pequeño pasillo de servicio que hay cerca del departamento. Se detiene junto a la puerta de cristal de acceso donde nos tropezamos a McAdams, que ahora sé que es su asistente. Ésta le comunica que ha llegado una documentación que ha estado esperando, pero tras dudar un poco, decide continuar y tomar ese café conmigo. Entramos a una pequeña salita con todo lo necesario para un pequeño descanso.

—¿Qué tomas? —pregunto frente a la cafetera.

—Espera que lo mío es complicado. Yo los preparo —dice haciéndome a un lado y empezando a toquetear los botones—. Solo, ¿verdad?

No puedo evitar mirarla fijamente sorprendido.

—Solo —confirmo con una sonrisa.

—No me mires así —sentencia colocando un café solo frente a mí—. He trabajado con muchos militares y sé que al final por practicismo acaban acostumbrándose a tomar café solo.

Amelia continúa hablando mientras observo como saca de la nevera un pequeño envase de leche de avena en el que hay marcado en rotulador su nombre y una divertida amenaza hacia quien ose beber de su contenido. No puedo evitar sonreír mientras me giro y meto varias monedas en la máquina de los chocolates que hay en un lateral de la salita.

—¿Un chocolate? —pregunto haciendo una mueca.

—Eso no es muy sano que digamos —dice con una pequeña sonrisita y añade ante mi desconcierto—. Para mí, un paquetito de stroopwafels.

—¿Y eso es sano? —pregunto introduciendo las monedas.

—No —dice en una carcajada—, pero lo descubrí la semana pasada y son las galletas más deliciosas que he probado en mi vida. —No puedo evitar mirarla atentamente. Creo que tiene algo que me embelesa y no dejo de observarla como abre el paquete y empieza a saborear una de las galletas ofreciéndome la segunda a mí—. No te cortes, pruébalas. Están realmente de escándalo. ¿Por qué me observas tanto? —No deja de hablar y por momentos no sé si es que está nerviosa o simplemente es así—. ¿Es porque no soy el machorro musculado que todo el mundo cree que va a encontrar? ¿Decepcionado?

—*Nooo* —aseguro inquieto rápidamente—. Puede parecer machista, pero nunca me planteé que Navarro fuera una chica.

—¿En serio? —dice continuando con su galleta y pregunta reflexiva—. ¿No has mirado mi expediente?

—No me ha llegado la clave de seguridad —contesto resignado— ¿Y tú?

—¿La verdad? Me han tenido super liada estos días y cuando me hablaron de ti ya era tarde —dice con una sonrisa de autosuficiencia.

No puedo evitar reír. En ese aspecto parece que somos iguales.

Durante los minutos que pasamos tomando café me doy cuenta de que toda la conversación gira en torno a mí y no expone ningún dato significativo de ella, aunque yo tampoco doy míos. Parece encantadora, pero también tiene un muro de lo más sólido cimentado alrededor. Frente a mi metro ochenta y

cinco, se la ve menuda, a pesar de llevar tacones. Estaba muy equivocado sobre qué tipo de persona me iba a encontrar. Es expresiva para algunas cosas, pero muy comedida y sensata para otras. Lo único que tengo claro de este encuentro, es que necesito saber más de ella.

Mira su teléfono móvil y de un salto baja del taburete, se recoloca la falda y la chaqueta, y se despide de mí.

—Llego tarde. Ya sabes dónde está mi despacho —dice decidida—. Gracias por el café y la charla.

Me quedo unos instantes pensativos sin moverme de la silla. Son apenas unos segundos, pero no dejan de pasarme imágenes de ella por la mente. Tras esta encantadora pausa, voy a mi despacho. Tengo trabajo que empezar y Amelia me ha dado un nuevo punto de vista sobre los temas a estudiar que no tenía contemplado el fin de semana cuando leí los informes. No llevo ni media hora analizando un expediente cuando tocan a mi puerta de nuevo.

—¿Bajas a comer? —pregunta desde la puerta Bruno. Miro mi reloj, apenas son las doce y media del mediodía.

—¿Tan temprano?

—Te entiendo, soy italiano del sur y como los españoles soy de comer más tarde. Pero si te descuidas, luego no quedará nada en el comedor —expone satisfecho con un gesto en la cara levantando las cejas.

—Voy contigo —sentencio haciéndole reír ante mi convencimiento después de su explicación.

Esta vez bajamos en ascensor. Nos tropezamos con varios compañeros de la planta y Bruno se encarga de ir presentándome a todos. Según descendemos del ascensor, en la quinta planta la algarabía es evidente. Hasta llegar a la zona de las bandejas he podido saber que Bruno lleva varios meses en la organización, que odia el deporte excepto el fútbol y, aunque él no lo diga, me percató del respeto y aprecio que le tienen sus compañeros. A pesar de que la cola para la comida es enorme, el servicio se efectúa con celeridad y antes de que me dé cuenta, estamos buscando mesa cargados de nuestras bandejas.

Cerca de uno de los ventanales vemos sentada a Gabrielle en una mesa quien nos recibe con una sonrisa mientras nos acercamos a ella.

—¿Qué tal tu primer día? ¿Cómo lo llevas? —pregunta con amabilidad.

—Bastante perdido, pero espero ponerme pronto al día —contesto sincero.

Me explican que ellos dos entraron por la misma época a la organización y que más tarde se les ha unido Amelia, aunque ella, dicen que siempre va muy

ocupada con el trabajo. Por lo que he podido comprobar tiene bastantes responsabilidades. El ambiente es bastante tranquilo, pero los compañeros no se entretienen en el almuerzo y presurosos vuelven a sus puestos de trabajo. Gabrielle y Bruno hablan con cariño del trabajo y eso me da ciertas esperanzas de haber acertado con el cambio. Levanto la mirada y veo a Amelia entrar por la puerta del comedor riendo con la chica que siempre va canturreando. Se la ve tan natural y feliz que estaría observándola el día entero. Lleva el pelo recogido en una coleta y va con ropa de deporte; unas mallas, camiseta y deportivos. Parece que busca a alguien cuando veo que Gabrielle levanta la mano y le hace un gesto para que la vea. Amelia la ve y se dirige hacia nosotros esquivando mesas con una sonrisa dando pequeños saltitos.

—Hola, chicos —dice sentándose en el taburete que hay frente a mí y junto al de Gabrielle—. Llevo un día de locos, ¿algo interesante?

—Nada destacable —contesta Bruno divertido sabiendo que no le preguntaba a él sino a Gabrielle.

—Uff, qué hambre —dice. Amelia se lleva una de las manos al estómago y casi se deja caer sobre la mesa en una especie de representación dramática.

—El yoga tiene ese efecto —apunta Bruno haciendo broma.

—No quedan patatas y he tenido que salir a mitad de mi clase cuando estaba en una posición invertida por una maldita firma —murmura sobre la mesa.

—Yo no las he tocado. Puedes comértelas —digo sin pensar con una media sonrisa. No puedo evitar observarla en todo momento.

—Eres todo un caballero —dice erigiéndose de súbito con una sonrisa de nuevo. Amelia estira su mano derecha y agarra una patata frita de mi plato con una sonrisa—. Deberías probarlas, estas patatas están muy buenas. ¿De qué hablabais?

—Trabajo —contesta Bruno.

—¿No desconectáis nunca? —pregunta comiendo más patatas.

En ese momento aparece Menno de recursos humanos y viene a saludar a la gente de mi mesa. Mantiene una pequeña charla con nosotros hasta que Amelia mira su reloj. Se baja del taburete y tras despedirse se marcha rápidamente diciendo que tiene algo urgente.

La primera semana transcurre entre nervios, incertidumbre y satisfacción al ver que me voy adaptando al trabajo y a la ciudad. He conocido al equipo que saldrá conmigo a las misiones y es un equipo totalmente preparado. El

viernes incluso quedo con ellos a tomar unas cervezas a la salida del trabajo y el fin de semana entreno con Joseph, mi segundo en el equipo.

Capítulo 4



Empieza una nueva semana y mientras llego al trabajo me cae un terrible chaparrón encima. Entro corriendo en el edificio con la bolsa de entrenar al hombro para resguardarme cuando veo a Amelia sonriendo tras el cristal.

—Buenos días —dice con una sonrisa.

—Serán para ti —digo algo malhumorado.

—Tranquilo, te acostumbrarás —contesta tranquila—. Sígueme, tengo una toalla y un secador en mi despacho. Es solo agua, secará enseguida.

—¿Cómo es posible que con tan poco tiempo que llevas trabajando aquí estés tan aclimatada? —pregunto extrañado.

Hay algo que no me encaja en mi mente cuadriculada. Amelia se detiene y me mira fijamente de arriba a abajo. Frunce el ceño y creo que está pensando la respuesta adecuada.

—Colaboraciones —sentencia finalmente.

Continuamos en silencio hasta llegar a nuestra planta. Amelia insiste en que debo cambiarme antes de pillar un resfriado, así que mientras yo me dirijo a mi despacho, ella va hacia el suyo en busca de un secador.

Continúa lloviendo en el exterior. Me he sacado la chaqueta del traje que está totalmente empapada y me estoy desanudando la corbata cuando tocan a la puerta.

—Soy Amelia —escucho su voz de nuevo.

—Pasa —digo encendiendo el ordenador.

—Deberías hacer algo con este despacho —me dice volviendo a revisarlo con la mirada —Llevas aquí una semana y lo tienes igual que el primer día.

Amelia se acerca a la mesa y me deja un secador de pelo y una toalla.

—¿Siempre eres tan previsor? —pregunto con una mueca divertida.

—Lo intento. Siempre intento adelantarme a lo que pueda suceder, es mi trabajo. Además, aquí en La Haya es muy fácil adelantarse al tiempo. Siempre lloverá —explica decidida con una sonrisa, la más encantadora que nunca

haya visto.

Se me acelera el corazón cuando veo que resuelta se gira y se va a marchar. Miro hacia mi mesa, necesito decir o hacer algo. Me apetece charlar con ella, volver a ver esa sonrisa divertida, ese desparpajo y, aunque sé que está al final del pasillo, en estos momentos no me es suficiente.

—Amelia —digo llamando su atención.

Se detiene en seco y se gira solícita.

—¿Sí?

—Me gustaría que miráramos juntos el nuevo expediente del atentado de hace dos semanas —digo finalmente.

—De acuerdo —dice resuelta—, pero antes necesito un café.

Amelia sale del despacho mientras yo intento secar mi ropa lo máximo que puedo. Al final cierro la puerta, he decidido cambiarme y ponerme la ropa de entrenar. Hoy no tengo ninguna reunión por la mañana y es imposible secar con un secador el traje que está empapado. Me estoy terminando de vestir, cuando escucho un golpe en la puerta. Me dirijo hacia la puerta y colocándome la camiseta por la cabeza abro y veo a Amelia cargada de dos cafés y un pastelito de la máquina en la boca que se le cae justo cuando abro. Me agacho a recogerlo del suelo y le pido que entre mientras me termino de colocar la camiseta por dentro del pantalón.

—Disculpa, no sabía que te estabas cambiando —dice con una sonrisita nerviosa. Sus mejillas se han tornado más rosadas mientras coloca los cafés sobre la mesa—. Me he fijado que cada mañana tomas lo mismo, café y un pastelito.

Me siento en la silla y abro uno de los expedientes mientras la observo como bebe su café.

—Gracias —digo levantando el café—. ¿Recuerdas la reunión de la semana pasada? Creo que tienes razón, mira aquí y aquí.

Le entrego dos folios con datos y le señalo con el dedo.

—¡Lo sabía! —exclama satisfecha—. Esa gente no pertenece a las mafias, puede que se aprovechen de ellas, pero su fin no es ese negocio. Se aprovechan de la oportunidad del caos que hay en este momento.

Observo su interés en el expediente. Me pide que la acompañe a su despacho. En el trayecto, dos chicas de prácticas que me presentaron la semana anterior me saludan y sonrían. Devuelvo el saludo con una sonrisa cuando observo que Amelia me mira divertida.

—¿Qué? —le pregunto haciendo un leve levantamiento de cejas—¿No

puedo ser amable?

—¿Amable? —pregunta a modo de respuesta Amelia— ¿Puedo ser sincera?

—Por supuesto —sentencio sospechando por su mirada la que me va a caer.

—Eres el nuevo, además no vamos a negar que eres guapo, mucho —admite divertida dirigiéndose a su despacho y añade sonriendo— y vas en pantalón de deporte. —Se detiene con gesto teatral girando la cabeza sonriendo y añade—. Solo un cinco por ciento de la situación es amabilidad.

No puedo evitar soltar una carcajada. Es mucho más observadora de lo que en un principio había pensado o pone en su expediente. Camina decidida y entramos al departamento que ella dirige. Todo el mundo la saluda con cortesía. Daina la espera eficiente con notas de llamadas y documentación solicitada. Me mira de arriba abajo sorprendida por mi atuendo. Voy a decir algo cuando Amelia me interrumpe.

—Ni se te ocurra decirle algo. La necesito como el agua en el desierto y es la persona más eficaz con la que he trabajado nunca —dice abriendo la puerta de su despacho.

No le rechisto, pero cuando me giro para cerrar la puerta le guiño un ojo divertido y Daina me responde de la misma manera.

—¿Quieres dejar de ligar con mi secretaria? —pregunta Amelia buscando algo en la mesa de su despacho—. Además, está casada y tiene nietos.

—Es ella la que liga conmigo —contesto sentándome frente a ella.

Su despacho es diferente al mío. Es como más acogedor. Su ventana da a la parte trasera del edificio por la cual se puede contemplar toda la zona de árboles del jardín trasero. Es mucho más tranquilo. Gran parte de él está ocupado por innumerables cajas apiladas llenas de expedientes. Finalmente, encuentra lo que parece que busca y tras abrirlo lo deposita sobre la mesa girándolo para que yo pueda leer.

—Mira, están llegando desde Siria, pero no son sirios. Hablamos con tres contactos en la zona —dice Amelia reflexiva—. Son como células muy pequeñas que se adentran en las ciudades simplemente para perpetrar el atentado y luego desaparecen.

Amelia se enfrasca en toda una tortuosa explicación en la que saca expedientes, enseña gráficos y documenta con todo tipo de material sus teorías. Yo voy tomando nota mentalmente de cada razonamiento y sin darnos

cuenta pasan varias horas debatiendo varios aspectos de la investigación.

—Amelia —digo levantándome de mi asiento.

—¿Sí? —contesta emocionada al ver la importancia que está tomando toda la investigación que lleva entre manos.

—Llegados a este punto, necesito comer algo —digo mirando el reloj de muñeca—. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Ahora? ¿En mitad de todo esto? —pregunta señalando todos los papeles expuestos sobre la mesa.

—¿Qué quieres que le haga? Soy un hombre con necesidades primarias —digo con una pequeña sonrisa al ver su cara de asombro—. Además, aunque estemos sin descansar durante una semana no conseguiríamos repasar todos esos expedientes. Mejor no caer en el error de no satisfacer el hambre.

Vamos a la cafetería mientras Amelia va a mi lado hablando sin cesar de todo lo que ha podido ver en todos los expedientes. Cuando nos tropezamos o mira a su alrededor y ve alguien, calla enseguida.

—¿Qué piensas? —pregunta expectante mientras entramos a la cafetería.

Miro a la pared donde está la carta con interés.

—¿De atún o de pollo? —pregunto pensativo.

—¿Qué? —pregunta sorprendida por mi pregunta.

—¿Que qué sándwich te comerías? —le pregunto girando la cabeza hacia ella con una leve sonrisita al verla tan turbada.

—No tengo hambre —dice frunciendo el ceño confundida.

—Me pediré los dos —resuelvo tranquilo.

Mientras me sirven el pedido, Amelia coge una bebida y espera a mi lado.

—¿Todo eso te vas a comer? —pregunta cuando ve mi bandeja.

—Sí —resuelvo dirigiéndome al mostrador para pagar donde indico que se cobren también la bebida de Amelia.

Decide que nos sentemos al fondo del comedor en una mesa apartada y mientras voy comiendo, ella continúa con todo lo que ha podido descubrir en todos los expedientes seleccionados que tiene en su despacho. Si tenía alguna duda sobre cómo iba a ser el trabajo juntos se me disipa. Es analista hasta la extenuación. Por un momento se detiene y mira con ansia las patatas fritas que he pedido junto a los sándwiches. Acercó el plato hacia su lado y con un leve movimiento de cabeza la invito a que las comparta conmigo. No puedo dejar de observarla y ella no puede dejar de hablar.

—¿Nunca descansas? —le pregunto admirado con una sonrisa.

—No, bueno..., sí, cuando no estoy en el trabajo —dice cohibida—. Lo siento, te estoy acosando con el expediente de Uganda, pero créeme, todo empieza y acaba allí. Y cuando mi cabeza empieza a funcionar no puedo evitar frenarla.

—¿Por eso haces yoga? —pregunto abiertamente mientras observo que ya se ha comido casi todas las patatas fritas del plato.

—¿Has mirado mi ficha? —pregunta enderezándose en la silla con un movimiento entre ofendido y divertido.

—Ya me han llegado las claves de seguridad —confieso con una sonrisa.

—Te pasaré los datos de mi vecina —dice tranquilamente con una sonrisa—. Creo que me controla cuando entro y salgo de casa.

—Ya han revisado a todos tus vecinos y no hay nada sospechoso —confieso tranquilamente.

Amelia no puede evitar reír ante mi aplomo al confesar lo que en realidad debe conocer, es el protocolo y ella lleva tiempo trabajando en operaciones. Siempre se investiga a las personas que nos rodean.

Me hace prometerle que le echaré un vistazo a los documentos que se empeña en enviarme por correo electrónico antes de dejarla en la séptima planta y marcharme con el equipo a entrenar.

Al día siguiente, para mi sorpresa, cuando entro por la puerta del edificio la veo sentada en los escalones. Lleva un vestido holgado con una chaqueta gris que la protege de las bajas temperaturas que todavía soportamos a estas horas de la mañana. Tiene un vaso de café en sus manos y observa con la cabeza gacha sus pies que mueve rítmicamente. Parece tan dulce allí sentada que sin darme cuenta me detengo y continuo contemplándola. Amelia levanta la mirada, es como si al instante hubiera sentido mi presencia y una perfecta y cautivadora sonrisa se dibuja en su rostro.

—Buenos días. Te estaba esperando —dice levantándose con celeridad.

—Buenos días —digo devolviéndole la sonrisa —¿Sucede algo?

—Era para ver si le habías echado un ojo a lo que te envíe ayer por la tarde —dice un poco cortada al ver mi cara de desconcierto.

—Amelia, ayer me enviaste siete expedientes de más de trescientas páginas —digo tranquilo abriendo la puerta del edificio y cediéndole el paso.

Amelia pasa delante de mí con la cabeza un poco gacha. Un ligero rubor aparece en sus mejillas.

—Es cierto, discúlpame —dice avergonzada.

—Amelia, aunque no hubiera dormido en toda la noche, me hubiera sido

imposible estudiarlo todo —digo afable al ver su incomodidad.

—Sí quieres puedo hacerte una síntesis de todo —dice con una mueca—, y te lo envío para que te sea más rápido. No tengo ninguna reunión esta mañana, podría dedicarme a ello.

—¿Te vienes conmigo? —pregunto mirándola con una media sonrisa.

—¿A dónde? —pregunta curiosa.

—Has dicho que no tenías nada importante esta mañana y yo debo ir con el equipo. Cámbiate y nos vemos en el sótano. Así puedes hacerme esa síntesis y no estarás toda la mañana encerrada en tu despacho —sentencio.

Amelia, tras una rápida sonrisa, se despide y me cita en el sótano en diez minutos. Para mi sorpresa cumple con el tiempo que ha dicho que tardaría. Creo que es la primera mujer que me dice diez minutos y no se convierten en cuarenta. La veo llegar con sus mallas negras y su camiseta de manga corta mientras se va recogiendo el pelo en una coleta. El equipo la ve llegar y se sorprenden de que venga con nosotros, pero la saludan cordialmente. Después de todo, saben que es la directora de uno de los departamentos con los que trabajamos. Durante un rato Amelia no deja de soltar información que voy almacenando en mi cabeza convenientemente. No dejo de pensar cómo es posible que guarde tantos datos y tanta información. Mientras yo hago pesas ella habla sin cesar de pie junto a mí, así que decido cambiar de escenario. Creo que de un momento a otro su cabeza va a estallar como en los dibujos animados de tanta información y lo rápido que habla.

—Sube —le pido ante su sorpresa subiendo al cuadrilátero que hay que la zona de entrenamiento.

—Yo no sé boxear —sentencia tranquilamente sin intención de subir mientras le aparto las cuerdas para que pase.

—Pero sabes defenderte, ¿no? —pregunto levantando las cejas.

—¿Sabes? Yo soy más de cabeza. Leer, analizar y hablar.

—De eso ya me he dado cuenta —contesto con una leve sonrisita observando sus movimientos.

Amelia me observa, mira a su alrededor y duda. Al final, con un fuerte suspiro sube al cuadrilátero.

—¿Sabes? Es extraño, yo no soy de hablar con la gente, bueno sí que hablo... no sé cómo explicarlo sin que pueda parecer algo extraño...

—¿Estás bien? —pregunto confundido por su verborrea repentina—. Golpéame.

—Vamos a trabajar juntos. Vas a ser una especie de jefe... —Comienza a

explicar negándose a hacerlo.

—¿Y eso es malo? —pregunto mirándola fijamente. Me he dado cuenta de que cuando se pone nerviosa habla más rápido de lo que lo hace siempre y le da un aspecto de menos sabidilla, encantador.

—No, no... —apunta enseguida—. Solo que no puedo golpearte.

—No voy a dejar que me golpees —digo tranquilo en una risotada—. Vamos, respira y atízame fuerte.

—¿Estás diciéndolo en serio? —pregunta confundida.

—Totalmente. Mueve los brazos, destensa el cuello y atízame —digo permaneciendo quieto frente a ella.

A Amelia le cuesta empezar. Al principio titubea al golpear, pero poco a poco va cogiendo confianza e incluso la veo sonreír en un par de ocasiones que me coge desprevenido. Como pone en su expediente sabe defenderse y empiezo a tener curiosidad por los datos ocultos por motivo de la seguridad del trabajo y misiones que ha tenido. Consigo que desconecte un poco de tanto número y se relaje. Pasamos la mañana juntos. Con más tranquilidad sigue hablando del trabajo cuando estamos en la galería de tiro.

—Tienes buena puntería —digo admirado.

—Lo sé —contesta resuelta y añade depositando el arma sobre el mostrador—. ¿Entonces qué vas a hacer? Ya sabes que está todo preparado y llevas toda la mañana probándome para ver si puedes llevarme con vosotros.

No se equivoca ni un ápice. Eso es lo que llevo haciendo toda la mañana. A pesar de lo poco que he leído en los expedientes, solo con todos sus análisis y anotaciones, sé que debemos ir e investigar sobre el terreno. Además, ya está aprobada la misión desde la última reunión del viernes a la que ella no acudió.

—Lo prepararé todo —digo haciendo que una mirada de satisfacción aparezca en su rostro.

Amelia sonríe, aunque algo inquieta. Yo también lo estoy con el nuevo equipo, aunque haya estado trabajando con ellos incluso antes de llegar.

Durante el resto de semana Amelia acude en varias ocasiones a mi despacho con nuevos datos. Yo me siento estúpido cada vez que acude. No dejo de observarla maravillado por su forma de hablar, el entusiasmo con que te habla de las cosas, su forma de sonreír o incluso de fruncir el ceño cuando algo no le gusta. Es una de las personas con las que más tiempo paso, pero cada vez que le pregunto algo fuera del trabajo se cierra en banda. No he podido conseguir apenas datos personales de ella y en su expediente pone

claramente que no está con nadie, si no quedaría reflejado en una pequeña investigación. A la hora del almuerzo suelo reunirme con Gabrielle y con Bruno para intentar conocer más de ella, pero va un poco más por libre que los demás. Sin darnos cuenta con el paso de los días hemos establecido una pequeña rutina.

El jueves nos dan vía libre para ir a Alemania y esa misma tarde partimos un pequeño equipo de cinco personas. No hay tiempo que perder con toda la información que nos está llegando y la policía alemana ha detenido sin esperarlo a una de las personas a las que Amelia había solicitado una orden de detención. La información que obtenemos en el interrogatorio es mucho más precisa de lo que podíamos esperar. Amelia no interviene, solo se coloca a mi lado y va guiándome en varias ocasiones siguiendo los gestos que realiza el detenido. Observa hasta el mínimo detalle. Pasamos menos de veinticuatro horas en Alemania. Regresamos en el primer vuelo de la mañana del sábado sin haber dormido, pero satisfechos. Me apetece charlar un poco con ella, se la ve complacida con varias de las confirmaciones de sus sospechas que ha obtenido. Me entretengo con las despedidas al equipo de intervención alemán mientras veo que Amelia se dirige al avión. Va caminando entretenida con su teléfono móvil, tropieza con un escalón y tras mirar a un lado y a otro, ríe sin poder evitarlo. No puedo evitar sonreír observándola, me ha dado un vuelco el corazón pensando que podría hacerse daño. «¿Qué me sucede? Nunca había estado tan pendiente de una chica», pienso. Soy de los últimos que sube al avión, la busco con la mirada cuando la veo en una de las primeras filas, acurrucada contra la ventanilla con los ojos cerrados y el cinturón puesto. Es un trayecto corto así que decido no sacar el ordenador y leer la revista ofrecida por la compañía aérea mientras como unos aperitivos y galletas que están vendiendo en esos momentos. Amelia se arrellana en su asiento provocando que la chaqueta con la que se resguardaba del frío de la cabina del avión caiga al suelo. Con cuidado, agarro la prenda del suelo y la vuelvo a cubrir. Susurra un leve gracias, suspira y continúa durmiendo hasta que aterrizamos.

Amelia se estira en el asiento mientras se gira y entreabre un ojo.

—Adoro volar —dice con una media sonrisa—, pero soy la peor compañera de vuelo por lo que veo.

—No te preocupes, es normal que estés cansada —respondo observando cómo se humedece los labios.

—Voy a llegar a casa y voy a tirarme en la cama y dormir todo el fin de

semana —confiesa con una sonrisa.

—Siento que se haya alargado —digo al verla tan cansada.

—No es culpa tuya, además hemos avanzado más de lo que podría haber esperado —dice serena.

Durante el trayecto desde el aeropuerto a La Haya, no hablamos mucho más hasta que nos despedimos.

—Llámame si te levantas con ganas de tomar una copa o salir a comer algo —digo sin saber cómo acercarme más a ella.

—De acuerdo —dice con una sonrisa cuando le tiendo su bolsa que he bajado hasta la entrada de su casa, mientras ella busca las llaves en su bolso que siempre lleva cruzado sobre el pecho.

Amelia se despide saludando con la mano y cierra la puerta de la entrada de su casa cuando subo de nuevo al taxi.

Capítulo 5



Me despierto cuando noto que el teléfono móvil no deja de vibrar en el suelo. Todavía hay luz en el exterior. Es Bruno, quien insiste en que debo empezar a salir y a conocer gente fuera del ambiente de trabajo, o la vida aquí se volverá muy aburrida. No entiendo cómo intenta explicarlo tan convencido teniendo en cuenta que su despacho de trabajo está en la misma planta que el mío.

Finalmente, accedo a su propuesta, además, puede que Amelia vaya y así podré conocerla un poco más.

Me presento en el restaurante esperanzado, pero no veo a Amelia por ningún lado. Puede que acuda más tarde. No entiendo qué me está sucediendo, pero no dejo de pensar en ella. Puede que sea su capacidad de sorprenderme a cada momento, su verborrea con las cosas del trabajo, o simplemente cuando te mira de repente y emerge su fascinante sonrisa.

Debo reconocer que paso una agradable velada con Bruno y Gabrielle. No hablo mucho, más bien escucho y observo. En todo momento me hacen sentir cómodo, como parte del grupo al que ellos pertenecen. Durante la cena hablan de la vida en esa ciudad, de la gente, del tiempo... Me he dado cuenta de que por norma acuden al tema de la climatología en cada uno de los planes que preparan. Hay un par de mujeres que no me quitan el ojo desde la barra. Una se acerca y se presenta. Gabrielle no puede evitar reír cuando no les hago todo el caso que ellas creo que buscan. Pasa el tiempo, así que he decidido irme a casa a descansar tras esperar parte de la noche a Amelia. No me apetece conocer a nadie más por hoy. Empiezo a despedirme de todos mientras me pongo la chaqueta. Estoy cansado y lo más sensato es hacer lo que seguramente estará haciendo ella, dormir.

Me dirijo hacia la salida y cuando el camarero abre la puerta para que

salga, ahí está ella. Va riendo y se dirige hacia donde yo me encuentro. Levanta la mirada hacia mí y aparece su dulce sonrisa. Ya no sé si me lo estoy imaginando o me estoy volviendo loco, pero igual es super cercana que igual se pone tensa y no hay quien le saque una palabra. No va sola, junto a ella se encuentra una chica rubia que suele ir por el trabajo canturreando.

—¿Te marchas? —pregunta tímida acercando sus labios a mi oído.

—Sí, ya me marchaba —contestó intentando encontrar un pretexto para quedarme un poco más. En ese momento la terrible climatología me da un respiro con un fuerte trueno.

—Yo de ti esperaría a que pare un poco la tormenta. Enseguida pasará y podrás marcharte —apunta amable mirando al cielo mientras su acompañante reclama su atención.

Amelia se queda quieta frente a mí y ambos nos miramos en silencio hasta que de nuevo su acompañante la agarra del brazo y tira de ella en dirección a un grupo de hombres que hay cerca de la barra. Decido hacerle caso y vuelvo a entrar dirigiéndome a la mesa donde todavía están todos sentados. A lo lejos, entre los clientes, puedo observar a Amelia que habla con un hombre moreno. Él dobla su cuerpo acercándose al de Amelia mientras el lenguaje corporal de ella indica incomodidad. No puedo evitar ponerme en tensión.

—No te preocupes —escucho a mi espalda casi en un susurro—. Ella sabe cuidarse.

Gabrielle se ha dado cuenta de que no le quito ojo a Amelia. Por un momento intento disimular, pero no puedo ocultar lo que es totalmente obvio.

Amelia pasa por la mesa en un par de ocasiones, pero no permanece mucho rato quieta en ningún sitio. Decido que hoy no es un buen día para hablar con ella. Parece que está disfrutando de la noche junto a la cantarina de su amiga, así que me marcho cuando dejo de tenerla a la vista durante un tiempo. Ha comentado que estaba cansada y que se iría pronto. Tenía la esperanza de poder acompañarla a casa, pero no ha podido ser.

El lunes determino ir temprano al trabajo. Intento que sea a la misma hora que suele llegar ella, pero no me la vuelvo a tropezar. Tenemos una reunión a media mañana, aunque no puedo acudir. Nos han aprobado *in extremis* una

pequeña misión en equipo, así que salimos en dirección a Turquía. Cuando estamos todo el equipo ya embarcado abrochándonos los cinturones, avisan de que tienen que esperar unos minutos y para mi sorpresa aparece Amelia cargada con una bolsa de viaje.

—Buenos días —dice con una sonrisa quitándose las gafas de sol y colocándose las sobre la cabeza. Pasa por mi lado, me tiende un expediente y hace un gesto de lo más gracioso con las cejas levantándolas—. Solecito prepárate, allá vamos.

En ese momento hubiera deseado que nadie del equipo se hubiera sentado a mi lado, pero ella ni se da cuenta. Continúa hacia el fondo y tras lanzar la bolsa, se quita el pañuelo que lleva al cuello y se acomoda abrochándose el cinturón. Joder, qué mierda me pasa con ella que cada vez que la veo o hace el gesto más insignificante, me altera. Saca su teléfono móvil y veo que escribe en él. No deja de sonreír e incluso reír.

No puedo hablar con ella hasta que nos anuncian que podemos levantarnos y cuando miro de nuevo hacia su asiento, esta recostada sobre una de las ventanillas con las gafas de sol puestas. Por primera vez desde que la conozco parece relajada, creo incluso que se ha dormido. Decido moverme a uno de los asientos más cercanos a donde está situada Amelia, con la excusa de tener espacio y poder leer el informe que me ha entregado. “Los de arriba”, es decir, los jefazos, han considerado que Amelia puede contribuir positivamente y ella, y todos sus análisis, vienen con nosotros. Pasan más de dos horas hasta que siento que algo se mueve en los asientos frente a mí, así que mi cuerpo y mi mente se ponen en alerta. Es como si hubiera estado esperando una eternidad a que despertara para poder pasar tiempo con ella. Miro la palma de mi mano abierta y me la llevo a la frente golpeándome un par de veces con ella. «¿Qué narices me está pasando?», pienso sin entender lo estúpido que me siento.

—¿Estás bien? —escucho una voz soñolienta en castellano.

Me he sobresaltado sin querer y cuando me giro, allí está ella con una mezcla de sonrisa y extrañeza en su cara.

—Sí, sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —pregunto más serio de lo que pretendía.

—Te estás golpeando tú mismo la frente —dice con soltura abriendo mucho los ojos para terminar con una leve sonrisa.

—Ahh, no es nada —contesto dándome cuenta de lo ridículo que parezco—. No sabía que ibas a venir.

—Yo tampoco, pero los de arriba consideraron que podría ayudar, puesto que conozco la zona —dice tranquila mirando por la ventanilla.

—¿Quieres que analicemos esto juntos? —pregunto levantando el expediente.

—De acuerdo. Además, tantas horas de vuelo se hacen soporíferas —dice levantándose de su asiento y sentándose en el contiguo al mío.

Desde el momento que coge el expediente en sus manos no deja de hablar, incluso me pide un papel y un lápiz para seguir haciendo notas mientras vamos analizando la información que tenemos. Cuando se da cuenta de que no dejo de observarla mientras habla se detiene ruborizada.

—¿Qué? —pregunta sorprendida.

—Nada —digo serio intentando que no se dé cuenta de que no dejo de mirar cómo se deslizan las palabras por sus labios al explicar cada uno de los puntos que considera esenciales.

—No, en serio. Dime qué sucede. Vamos a trabajar gran parte del tiempo juntos. Mejor que desembuches ahora. ¿No te gusta cómo trabajo? —pregunta con incertidumbre en sus ojos.

—*Nooo* —respondo rápidamente, sorprendido por su pregunta.

—¿Porque soy mujer? —dice a bocajarro dejándome descolocado.

—No, no. —Vuelvo a negar tajante—. No, no es eso. No tengo problemas en trabajar con mujeres.

—Menos mal. Ya estoy hasta las narices con el tema de ser mujer en un mundo de hombres. —Fuerza una sonrisa y vuelve a centrarse durante unos breves instantes hasta que insiste—. ¿Entonces?

—Volvamos al trabajo —digo bastante incómodo intentando no mirarla a

la cara —¿Cuánto tiempo llevas con esto?

—Llevo más de un año, pero que me hagan caso por ello desde hace un par de meses —dice resignada.

—Pero..., solo llevas unas semanas en el puesto —apunto dubitativo.

—Sí, antes solo me consultaban. Ahora me quieren a tiempo completo y por eso crearon mi puesto —dice satisfecha cerrando el expediente y apoyándolo sobre sus piernas.

Los dos permanecemos callados mirando hacia otra parte. No sé qué decir, pero me gustaría saber tantas cosas de ella. Y no me refiero a cosas del trabajo, puesto que ya he revisado su expediente hasta la última palabra en dos ocasiones. Me gustaría saber qué hay en esa cabeza que nunca deja de pensar. Me gustaría conocer todas esas cosas sencillas de la vida que la hacen sonreír de la manera que lo hace.

Finalmente, se nos unen varios integrantes del equipo. Hablamos solo y exclusivamente de trabajo y las horas pasan rápido hasta aterrizar en la base.

Antes de darnos cuenta estamos preparándonos para salir al encuentro de un nuevo contacto. Amelia pulula por la entrada de la tienda de campaña donde nos encontramos. Una vez equipados salimos y allí es donde me comunican que Amelia nos acompañará.

—No pongas esa cara —dice con orgullo—. Sé cuidarme solita, así que no seré una carga. Además, ¿qué pensabas? ¿qué me iban a mandar aquí para hacerte compañía en el vuelo?

«¿Cómo es posible que me haya leído la mente sin decir una sola palabra?», pienso sorprendido. No creo que sea una carga, pero no me gustan los imprevistos en ningún tipo de misión.

—¿Llevas arma? —pregunto serio.

—Sí —contesta serena.

—¿Llevas comunicador? —pregunto frunciendo el ceño.

—Todo en orden —dice seria. Parece un poco desesperada—. Martínez, no es la primera vez.

—Irás conmigo y serás el número siete —digo dando un fuerte suspiro.

—Me gusta el número siete. No te enterarás ni de que voy a tu lado — dice con una leve sonrisa.

La veo cómo se cubre la cabeza con un pañuelo que lleva al cuello y en silencio, permanece a mi lado durante el traslado en coche hacia el centro de la ciudad. No dice nada, parece concentrada en sus propios pensamientos mientras mira al exterior del coche.

Una vez el vehículo nos deja a varias manzanas del centro caminamos despacio hacia una de las calles principales donde se encuentra el mercado. El equipo se ha separado, y cada uno de nosotros toma posiciones. Empezamos a observar y hacer fotos de las personas situadas en una cafetería llena de clientes que descansan tomando un té. Empezamos a impacientarnos, no parece que hoy vaya a ser un día productivo. Amelia y yo hemos estado caminando sin sacar nada en claro cuando se escucha una fuerte discusión y se forma un gran tumulto que nos empuja hacia el centro de la plaza. Instintivamente agarro a Amelia del brazo y la coloco delante de mí cubriéndola con mi cuerpo mientras la multitud nos empuja. Ambos miramos a un lado y a otro para intentar conseguir ver cómo salir de allí.

—¿Ves ese callejón a la derecha? —me dice intentando girarse hacia mí.

Lo miro y efectivamente, la muchedumbre, que cada vez es más numerosa, nos empuja hacia ese lado. En ese momento Amelia me da un apretón en el brazo. Allí en medio de todo el gentío está una de las personas que ha estado investigando para la misión. Es en el momento cuando estamos intentando salir, cuando observo que Amelia se cuela entre dos personas otra vez hacia el centro soltándose de mí. Intento volver a agarrarla, pero ya hay dos personas que nos separan y me lo impiden. Aviso por el comunicador.

«Táctico, número siete se ha soltado. Está entre el tumulto. Voy a intentar llegar de nuevo hacia ella. ¿Alguien la ve?» digo serio ya apartado junto al callejón.

«Aquí táctico, la tenemos controlada con el dron. Espera fuera, no vas a poder llegar a ella sin levantar sospechas. Está cerca de vuestro objetivo», escucho a través del auricular.

Se escuchan varios disparos y la gente empieza a correr sin control por las calles.

«¿Alguien puede ver qué está sucediendo? Siete, responde», digo intentando que no me lleven por delante.

La confusión se vuelve absoluta cuando se vuelven a escuchar disparos y varios vehículos que frenan en una de las calles adjuntas provocan una gran polvareda. Intento buscar a Amelia con la mirada. Hay dos personas tiradas en el suelo y de repente la veo allí agachada junto a una de ellas. Vuelvo a intentar ponerme en contacto con ella por el intercomunicador, pero no contesta. Silencio absoluto. La gente se va disipando cuando me avisan de que Amelia viene hacia la entrada del callejón donde me he tenido que resguardar cuando al escuchar más disparos al aire.

—¿Qué narices has hecho? —digo agarrándola del brazo y apartándola de la gente mientras la apoyo contra la pared para que no nos arrastre la marea—. ¿Estás herida?

—No, no es mi sangre. Salgamos de aquí. Sígueme —dice segura recolocándose el pañuelo en la cabeza de nuevo.

Dudo si seguirla, pero se detiene y me mira con gesto suplicante. Finalmente, la comunicación con el equipo se reactiva y tras conocer que están todos en zona segura, sigo a Amelia.

—Espero que sepas adónde vamos —digo ofuscado.

—Lo sé —dice segura muy seria.

Amelia cruza varios callejones y una enorme vivienda con un patio interior que deja a la vista el mal estado de la edificación. Va deprisa y sin titubear. Debo reconocer que se mueve con seguridad entre las callejuelas y edificios. En varias ocasiones se cerciora de que la sigo y no duda cuando damos la vuelta a una esquina y reduce el ritmo.

—Ya estamos fuera —dice con una mueca mirando al cielo.

«¿Qué narices ha sido todo esto? ¿Qué se piensa que está haciendo?», pienso colérico. Antes de poder expresarlo en voz alta veo un coche con parte del equipo que se acerca a nosotros y tras abrir la puerta lateral subimos casi

de un salto y nos incorporamos al denso tráfico hasta que salimos de la población. Todo el equipo está bien, nadie ha sufrido ningún daño con la estampida de la gente. A los únicos que nos ha pillado cerca ha sido a Amelia y a mí, pero a pesar de estar todos bien, no puedo evitar mirar a Amelia con furia a través de los cristales tintados de mis gafas de sol por no haber seguido mis órdenes.

Llegamos a la base, todos bajan del vehículo y van desapareciendo. Amelia decide esperar y caminar a mi lado. Ya es noche cerrada.

—¿Estás bien? —pregunta con inocencia.

—Sí —respondo de manera brusca.

—No, no estás bien. Si lo estuvieras me mirarías a los ojos cuando me hablas y no me has mirado ni una sola vez en el coche —dice inquieta—. Estás alterado, te lo noto en la forma de respirar...

—Soy el jefe del equipo —estallo parando en seco.

—Lo sé —dice sorprendida por la dureza de mis palabras.

—Si lo sabes, ¿por qué no te comportas como un integrante del equipo? El equipo no se separa. El equipo tiene una jerarquía. El grupo hace lo que manda el jefe. Aquí nadie trabaja de manera individual, podrías haber causado problemas. No has pensado como grupo, has pensado como alguien que trabaja sola —espeto sin ningún tacto.

Amelia se queda en silencio observándome muy quieta mientras no consigo calmar mi alterada respiración. «¡Maldita sea! ¿No puede darse cuenta de que cuando la he visto agachada junto a un cuerpo pensaba que le había pasado algo?»

—No volverá a pasar —dice con gran pesadumbre en su voz.

Amelia busca algo entre su ropa. En su mano hay un teléfono móvil ensangrentado que tiende en mi dirección.

—¿Qué es eso? —pregunto confundido.

—Es el teléfono móvil de la persona que yace muerta en el centro de la ciudad. Era el contacto —dice serena—. Seguro que podréis sacar algo de

información.

Cojo el teléfono móvil de su mano. Es como si mi cabeza y mi corazón no dejaran de discutir entre ellos. No me muevo, permanezco quieto observándola como se gira y empieza a alejarse de mí.

—¿Le conocías? —pregunto más tranquilo.

—Sí —confirma con un suspiro lo que me había reafirmado su mirada cuando me ha cedido el teléfono móvil.

—Lo siento —digo arrepentido de la dureza en mi voz al principio de la conversación.

Amelia no dice nada, simplemente da una especie de patada al suelo levantando la tierra roja de la base, se encoje de hombros y empieza a caminar en dirección a la edificación principal.

No la veo en toda la noche hasta la mañana siguiente cuando nos avisan de que nos han recolocado en un vuelo y que volvemos a casa esa misma mañana. La información que se está obteniendo del teléfono móvil está siendo de lo más valiosa y yo no he podido reconocer el mérito de lo que hizo a pesar de que no actuó como correspondía.

Cuando subo al avión la veo al fondo hablando con dos personas que no conozco y que regresan con nosotros. No quiero interrumpir, así que localizo un sitio y deposito mi petate. Intento disimular hasta que vea que está sola. Necesito hablar con ella. En esta misión todo se ha precipitado y no debería haber sido así. Al menos la parte en la que yo la reprendo por no seguir las normas del equipo, pero..., ¿acaso alguien había hablado de cómo íbamos a actuar? La falta de información desde el principio ha roto todo el protocolo del equipo, además ¿por qué me cuesta tanto reconocer que es buena? Vio el momento y lo aprovechó. Nadie del equipo ha resultado herido..., debería estar contento. Las horas pasan y aunque intento que parezca que estoy dormido, controlo cada uno de sus movimientos hasta que vuelve a quedarse dormida durante el vuelo. No dejo de buscar en mi cabeza una excusa para acercarme a ella y despertarla. No consigo encontrar ninguna lo suficientemente creíble hasta que el avión empieza a descender y veo que se incorpora, mueve la cabeza, los hombros y se asegura el cinturón de sujeción. Puede que sea más sencillo si intento llevarla a casa y hablar en el coche.

Cuando aterrizamos, la veo que coge su bolsa justo en el momento en el que me detienen y me obstaculizan el paso con el material que han traído de la base. Amelia se despide del equipo y desciende sin mirar atrás. «Joder, voy a perder la oportunidad y no quiero que pase más tiempo», pienso saltando por encima de unas cajas que hay en mi camino.

Cuando salgo al exterior la veo que camina decidida hacia el aparcamiento que hay en la entrada. Alguien hace sonar el claxon de un coche y ella levanta un brazo alegremente. Intento acelerar el paso hasta llegar a ella cuando veo que su amiga la cantarina baja del coche y la agarra del brazo.

—¿Qué tal todo? —escucho a lo lejos que le preguntan mientras caminan animadas.

—Una verdadera mierda —escucho para mi asombro contestar a ella dejándome paralizado—. El nuevo es un picajoso.

—Pero dicen que está bueno —dice “cantarina”.

—Que está bueno es innegable, pero que me odia, también lo es —dice resignada.

Ambas se alejan y yo permanezco entre el resto del equipo que nos ha alcanzado y también se dirige hacia el aparcamiento. En ese momento me gustaría que la tierra me tragara. «¿Cómo he podido hacerlo tan mal?».

Capítulo 6



No vuelvo a ver a Amelia hasta la reunión del viernes en la octava planta. He intentado acercarme a su departamento disimuladamente varias veces y con cualquier pretexto he hablado con su secretaria, pero su puerta nunca ha estado abierta. Ahora está allí, sentada frente a mí, hablando con Schmidt. Me siento mientras espero a que se inicie la reunión. No tardan mucho y pronto se me cae la cara de vergüenza cuando me felicitan a mí directamente por la misión y no a ella. Al instante intento corregirlo, pero pronto pasamos a otros puntos a tratar gracias a la información aportada del teléfono móvil que cogió Amelia del cuerpo sin vida de nuestro contacto durante la misión. La observo y no parece enfadada. Está tranquila hablando y dando datos que proyecta en una pantalla. Habla sin cesar y nos indica sobre la pantalla infinidad de información cargada de números que nos pasa a nuestros ordenadores. En varias ocasiones intento cruzar mi mirada con la suya, pero la desvía rápidamente. Luego no me vuelve a hablar o dirigirse a mí en toda la reunión. Tras varias horas debatiendo si debemos acudir a la zona o no, dan por finalizada la reunión. Me levanto rápidamente cuando veo que Amelia también lo hace, pero soy interceptado por Schmidt. «¡Maldita sea!», pienso enfadado cuando la veo que se despide y se marcha.

Miro el reloj de mi muñeca cuando salgo de la sala de conferencias en dirección a la séptima planta. Puede que ella todavía esté en su despacho. Aprieto en repetidas ocasiones el botón de llamada del ascensor, pero no llega. Me desespero y bajo por las escaleras de dos en dos peldaños. En la séptima planta no hay señales de que quede nadie, pero cuando llego a mi despacho veo una nota pegada a la puerta escrita a mano.

«Estamos en el Hudson», leo despegándola de la puerta. Es la letra de Gabrielle.

Cojo la bolsa de entrenar, paro el ordenador y salgo de allí. Tengo la esperanza de que Amelia esté allí y pueda hablar con ella. Además, fuera del trabajo será más sencillo. Tengo suerte y encuentro aparcamiento a escasos

metros del Hudson. Me aflojo la corbata cuando escucho el sonido del teléfono móvil. Miro la pantalla. Es Pilar. Me ha estado llamando durante el día, pero no la he podido atender.

—¿Tete? —se escucha nada más descolgar.

—¿Sucede algo pequeñaja? —contesto.

—Para empezar, deberías dejar de llamarme pequeñaja. Ya tengo una edad —responde rápida y añade más relajada—. Y segundo, ¿tiene que suceder algo para que quiera hablar con mi hermano favorito?

—No tienes ningún otro hermano —digo entre risas al escuchar su tono de voz ofendido.

—Eso que sepamos tú y yo —dice en una carcajada—. ¿Qué haces?

—Pues justo ahora iba a entrar a un local con unos amigos a tomar algo —digo apoyándome en el coche y cruzando mis piernas acomodando un tobillo sobre el otro.

—¿Has encontrado ya novia? —pregunta de manera caprichosa y añade quejumbrosa— ¿Es por eso por lo que no me has contestado en todo el día?

—He estado trabajando, no tengo tiempo para nada... —digo con una media sonrisa imaginándomela tirada en la cama con las piernas en alto como suele hacer cuando habla por teléfono con sus amigas.

—¿Me has echado de menos? —pregunta con voz lastimera, lo que hace que empiece a sospechar que algo quiere de mí.

—Claro que te echo de menos —confirmo levantando la cabeza y tropezándome con la mirada a la amiga cantarina de Amelia. La saludo con un movimiento de cabeza y ella me observa de arriba abajo descaradamente— Canija, tengo que dejarte. Prometo llamarte mañana y hablamos todo el tiempo que quieras.

—De acuerdo y tete, búscate una novia. Yo no puedo estar pendiente de ti eternamente —sentencia en un suspiro.

—Te quiero —digo con una sonrisa.

—Y *yooo* —escucho antes de colgar.

Vuelvo a guardar el teléfono móvil en el bolsillo y cuando levanto la mirada veo a Amelia con una copa de vino en la mesa de la terraza sentada con Gabrielle y “Cantarina”. Debo averiguar su nombre, me la tropiezo por todas partes.

Antes de que llegue hasta ellas, Amelia se levanta de su taburete tras devolverle la copa a Gabrielle y entra en el local. Creo que no me ha visto. Saludo a Gabrielle que me señala uno de los taburetes libres cerca de ella. La

“Cantarina” me vuelve a observar de arriba abajo, creo que tiene fijación por mí. Dos chicas pasan por nuestro lado y me sonríen.

—¡Hola! Perdona que te interrumpa en tu momento Casanova de *ligoteo*, pero creo que el universo no deja de hacer de las suyas para que tropecemos, y no nos han presentado aún —dice “Cantarina” para mi asombro con una sonrisita.

—¿Momento Casanova? —pregunto confundido y añado en mi defensa—. No he hecho nada. Soy Martínez, Xavier Martínez.

—Lo sé —dice con orgullo—. He investigado. Además, trabajas con Amelia. Soy Walker, Rachel Walker.

—Correcto, trabajamos juntos —digo con una pequeña mueca alargando mi mano para estrecharle la suya que me tiende por encima de la mesa.

Había pensado en entrar a pedir a la barra cuando Rachel empieza con una especie de interrogatorio fisgón, y me lo impide. Bruno aparece en el momento perfecto cargado de dos botellines de cerveza para rescatarme de todo tipo de preguntas personales que ni me apetece contestar, ni debo hacerlo.

—Te he pedido una cerveza —dice dejando un botellín frente a mí—. Empecemos con algo ligero y ya veremos con qué continuamos.

Hace un día despejado y disfrutamos de las largas tardes de verano y el buen tiempo mientras charlamos en la terraza. Aunque estoy atento a todo lo que se habla en la mesa, no quito ojo de la puerta que da al interior del local para ver si veo salir a Amelia. Gabrielle me ha pillado descaradamente en dos ocasiones y me ha preguntado si esperaba a alguien.

—¿Alguien ha visto a Amelia? —pregunta Rachel jugueteando con el servilletero.

«Tengo que aprovechar el momento», pienso al instante, y me empino el botellín de cerveza apurándolo.

—Voy a la barra, ¿alguien quiere algo? —pregunto levantando mi cerveza vacía.

Entro al local que está abarrotado, intentando mirar por encima de la gente. A pesar de mi metro ochenta y cinco, en Holanda las personas son altas y no me resulta fácil. De repente, cuando creo que se ha marchado sin darme cuenta veo a Amelia apoyada en un taburete al final de la barra, junto a un tipo que le está invadiendo todo su “espacio vital”. A ella no parece importarle y charla con él animadamente mientras sonríe y toma una copa. Hay espacio libre al principio de la barra, pero continúo abriéndome paso hasta donde se encuentran ellos.

—Hola —saludo con una mueca a Amelia.

Amelia me mira sorprendida con el ceño un poco fruncido.

—Hola —contesta y sigue con su conversación.

En ese momento veo pasar a una de las camareras y me acerco a la barra colocándome entre Amelia y su acompañante. Sé que estoy siendo un grosero colocándome en medio, pero no he podido evitarlo. Hago el pedido a la camarera que coquetea y sonrío descaradamente y mientras espero, me giro apoyándome en la barra. Me doy cuenta de que el acompañante de Amelia me mira malhumorado y Amelia me mira extrañada por mi entrometimiento.

—¿Qué tal? Estos días no te he visto mucho —digo finalmente sin saber qué decir o hacer para que el acompañante se sienta incómodo.

—He estado ocupada —contesta Amelia e inclinándose hacia delante sonrío hacia su acompañante.

—Creo que no nos han presentado—digo girándome, poniéndome frente a él y alargando la mano. Me estrecha la mano y justo en ese momento me doy cuenta de que no lo voy a tener fácil. El susodicho me aprieta con fuerza la mano mientras sonrío, lo que causa que yo lo haga con más fuerza. «¿Qué narices se ha pensado este tío?», pienso poniendo cara de asco. Sé que no puede más cuando veo que su rostro empieza a adquirir un tono sonrosado, así que le suelto la mano.

Amelia me aparta de en medio con la mano y me mira sin saber qué decir. Hay una especie de silencio tenso que solo se rompe cuando la camarera vuelve con el pedido y saco la cartera para pagarle. Me giro con las bebidas en la mano y con un gesto hosco me despido de su acompañante. Luego me giro hacia Amelia.

—Rachel te está buscando—le informo con una sonrisa forzada.

Salgo hacia la calle mientras escucho a mi espalda que le preguntan a Amelia si soy su novio. Ella contesta con un rotundo no y añade que soy alguien del trabajo. Por más que lo intento, no consigo escuchar nada más. Salgo al exterior y me siento de nuevo junto a Gabrielle. Pasa más de media hora antes de que Amelia salga con su acompañante y se paren a hablar con Gabrielle y con Rachel. «No lo soporto y eso que no lo conozco, pero la forma de mirarla me da asco. Ya le ha mirado el trasero en un par de ocasiones. Joder, que estamos aquí, que se contenga un poco», pienso intentando centrarme en mi bebida. La mesa de al lado deja un taburete libre en el momento que el acompañante de Amelia recibe un mensaje, y tras despedirse de las chicas, se marcha. Es como si me quitaran un peso de encima, así que

me relajo volviendo a participar en la conversación con Bruno. Las chicas se han apartado un poco de nosotros y cuchichean. En una ocasión escucho que Rachel dice mi nombre y Amelia le da un codazo. «¿De qué narices estarán hablando?», pienso mientras me llevo a la boca el último aperitivo que queda en la mesa. La misma camarera que me ha servido en la barra nos trae la última cuenta y tranquilamente se entretiene a hablar con Bruno y conmigo. Es alta, rubia y bastante atractiva. En un momento dado nos anota su número de teléfono y se marcha. Como sintiéndome culpable por lo que acaba de suceder, levanto la vista hacia Amelia y ella junto a Gabrielle y Rachel me miran con asombro. «¿Qué sucede?», pienso frunciendo el ceño.

Otra vez no he podido hablar con Amelia tranquilamente. Desde la misión todo han sido reuniones y entre nosotros se ha construido una especie de barrera invisible e infranqueable.

El lunes, cuando llego al trabajo temprano y me estoy dirigiendo a mi pequeña oficina, me intercepta la secretaria de Amelia que llega cargada con expedientes.

—Navarro me envía con todo esto para que usted lo revise —me dice seria alargando sus brazos para que me encargue de la pesada caja y de los expedientes.

—Gracias, Daina —digo agarrando la caja—. ¿Ha llegado ya Navarro?

—Sí, por supuesto. Está en una reunión desde hace más de media hora —contesta Daina orgullosa de su jefa.

—Y, ¿crees que podría verla en algún momento..., digamos esta mañana? —pregunto con una sonrisa.

—¿Esta mañana? —responde a modo de pregunta sorprendida—. Ni con diez de sus sonrisas que paralizan a la mitad del personal femenino de la planta podría hacerle hueco en la agenda de la señorita Navarro.

No puedo más que reír ante su elocuencia y desparpajo. Si algún día tengo que tener una secretaria, la querría tal y como es ella.

—De acuerdo, al menos lo he intentado —respondo guiñándole un ojo con una media sonrisa—. La llamaré por teléfono. Que tengas buen día, Daina.

—Señor —se despide con retintín Daina super correcta.

Entro al despacho y deposito la caja sobre la mesa. Todos los expedientes van marcados con diferentes notas de colores y comentarios, pero lo que más me llama la atención es una de ellas que está depositada arriba de todo el papeleo y que me da los buenos días y luego me solicita que revise todo el material recopilado. Es la letra de Amelia y sonrío ante los detalles y

símbolos.

Durante la semana voy analizando toda la información que me ha enviado Amelia al despacho. No solo lo ha hecho con la caja, también me ha inundado el correo electrónico con diferentes líneas a seguir en varios proyectos. Es la quinta vez que la llamo y no se encuentra en su despacho, pero atiende mi llamada Daina.

—De acuerdo, la llamaré más tarde —contesto un poco desanimado por mi poca fortuna a la hora de ponerme en contacto con ella.

—No se preocupe, que le avisaré de que usted la ha llamado —dice comprensiva.

Pasa la semana y mis encuentros con Amelia son totalmente esporádicos con un hola y adiós en alguna que otra reunión, además de explicarme lo liada que está y preguntarme si he estudiado toda la información que me ha enviado. Ni trabajando exclusivamente durante dos meses en lo que ella me manda, podría analizarlo todo.

Los días se convierten en semanas y tenemos que salir a una misión más larga. En esta ocasión no viene Amelia y, aunque debo confesar que por una parte estoy más tranquilo sabiendo que no puede pasarle nada malo, la echo de menos y esto está causando que no esté centrado al cien por cien. Tengo que hablar imperativamente con ella cuando vuelva y solucionar esta situación. No sé si tendré que sentarme en su puerta hasta que encuentre tiempo para hablar conmigo, pero si es necesario lo haré. Estoy decidido a solucionar esta situación.

La misión se alarga más días de lo esperado y, en ella, recopilamos y confirmamos toda la información proporcionada por los análisis de Amelia. No deja de sorprenderme como cada paso que damos, lo ha anticipado ya ella y expuesto con total convencimiento.

Llegamos de vuelta el sábado por la mañana y tras tumbarme en el sofá a recuperar sueño y una larga ducha, decido no quedarme encerrado en casa y llamar a Bruno. Han quedado en el centro, así que me pongo unos vaqueros y una camisa, y decido ir en bicicleta al restaurante. Cuando llego al restaurante no veo a Amelia y le pregunto a Gabrielle.

—Hoy vendrá más tarde. Tienen el cumpleaños de un amigo y va con Rachel. —Gabrielle me escudriña con la mirada durante un largo y tenso momento para mí y a continuación pregunta— ¿Estáis bien?

—Sí, sí. Claro... ¿por qué no íbamos a estarlo? —pregunto cohibido intentando que deje de mirarme tan fijamente e intentando cambiar de tema.

La cena se produce de manera agradable y siempre interesante, estando al lado de Gabrielle. Es una mujer encantadora con la que se puede hablar de cualquier cosa y siempre está atenta con todo el mundo. Sabe que no podemos hablar libremente del trabajo y no pregunta nada. Es algo que agradezco infinitamente. Durante la cena un par de chicas se acercan y saludan a Bruno. Queda con ellas más tarde en The Fiddler, un local que abre hasta tarde en el centro para tomar una copa.

De repente no puedo evitar ponerme inquieto cuando veo que Amelia aparece por las escaleras del local y se dirige a nuestra mesa. Va vestida con un vestido de tirantes corto y tacones. «Nunca entenderé como las mujeres puede andar tan decididas guardando el equilibrio con ellos». Creo que dejo de respirar cuando se acerca a Gabrielle y se abraza a ella con una mezcla de alegría, pero haciendo un puchero infantil.

—Tengo *hambre* —expresa sin soltar el abrazo con Gabrielle.

—¿Pero no estabas en un cumpleaños? —pregunta Gabrielle haciendo pequeñas oscilaciones con el cuerpo todavía abrazada a ella.

—Sí, pero yo siempre había ido a cumpleaños donde había más comida. No hacen más que beber y creo que ya voy piripi —dice soltándose alegremente del abrazo.

—Espera, te pido algo. Dime qué te apetece —dice Gabrielle cediéndole parte de su silla para que se siente con ella y llamando al camarero que en ese momento pasa cerca de nuestra mesa.

—Lo que sea, pero que sea comida —dice con una mueca divertida.

No puedo dejar de observarla. Su sonrisa y su complicidad con Gabrielle la hacen adorable.

—Tengo *pizza*, ¿te apetece hasta que venga tu pedido? —digo tímido.

No es una gran frase, lo reconozco, pero dicen que a muchas personas se las conquista por el estómago y ella tiene hambre.

Amelia, sorprendida por mi ofrecimiento, mira mi plato en el que todavía queda más de media *pizza*, se muerde los labios y finalmente la rechaza con un casi invisible movimiento de labio y ceja que me he fijado que hace cuando algo no le gusta. Es oficial, definitivamente algo ha sucedido entre los dos desde la misión. Para rematarme, a los pocos minutos llega el tipo con el que estaba hace unas semanas en el Hudson. Pide que le pongan el pedido para llevar, él se hace cargo de la cuenta y se marchan juntos.

El lunes aparezco en la oficina decidido a hablar con ella. Durante el fin de semana me han seguido entrando correos electrónicos de ella con temas

pendientes de trabajo. Nuestra comunicación de repente se basa solo en los innumerables correos electrónicos que me manda. No sé qué está pasando, pero algo ha sucedido. Dejo mis cosas en la oficina y me dirijo a la suya donde, para variar, Daina me comunica que no está y que ha salido.

—Si es algo muy urgente puedo localizarla —dice Daina amablemente, supongo que al ver mi cara de frustración. Me quedo callado pensando sin poder decidir qué contestarle cuando añade—. Lleva usted muchos días intentando hablar con ella... puede, solo puede, que esté en el gimnasio de la planta baja.

No puedo evitar sorprenderme ante la revelación que me hace Daina. Le guiño un ojo y salgo decidido a hablar con ella de una vez. Cojo la bolsa de entrenamiento y me dirijo al ascensor. El último tramo lo hago inmerso en mis pensamientos determinando cómo abordarla. No es difícil descubrir dónde se encuentra. Está con Rachel en la clase de defensa personal que hay al fondo y que organiza desde hace una semana Joseph, de mi equipo. Voy rápidamente al vestuario y salgo en dirección a ellos sin pensarlo dos veces. Una vez junto al grupo veo que están practicando como derribar a alguien que les ataca.

Rachel, que hace pareja con Amelia me mira sorprendida cuando le pido, por favor, que me deje con Amelia.

—Y, ¿no prefieres ser mi pareja? —pregunta con un movimiento de cejas divertido y no sé si la pregunta viene con segundas.

La miro con expresión solícita y se aparta con una sonrisita pícaro observándonos. En ese momento Amelia está en el suelo, así que extiendo mi mano para que la agarre y ayudarla a levantarse. Vuelvo a ver en su cara una especie de desagrado y se levanta sin aceptar el ofrecimiento de mi ayuda.

—¿Hay alguna urgencia? —pregunta seria.

—He intentado hablar contigo desde hace un tiempo —comento observando la tensión en su cuerpo.

—¿Para? —pregunta distante.

En ese momento Joseph da las instrucciones para que volvamos a repetir el ejercicio y Amelia me pilla desprevenido y me golpea con fuerza para mi asombro.

—¡Ohh! Te ha hecho *pupita* —oigo a Rachel decir entre risas a mi espalda.

—¿Se puede saber qué narices te pasa conmigo? —pregunto más confundido aún.

—A mí nada —dice volviendo a levantar el labio, muy seria.

Definitivamente creo que es más grave de lo que pensaba. No es que entienda mucho de la psicología de las mujeres, pero cuando Pilar en alguna ocasión ha contestado de la misma manera, es que realmente estaba muy cabreada por algo que había sucedido. Definitivamente van a empezar a volar cuchillos en el ambiente. Joseph vuelve a hacer sonar el silbato y Amelia se dirige a mí decidida. Evito el primero de los golpes que lanza con uno de los puños, pero no espero el segundo con el codo que me alcanza y golpea en las costillas.

—Joder, Amelia. No hay que golpear, hay que marcar —digo llevándome la mano al costado.

—No es mi culpa si no dejas de hablar y moverte —dice con cierta mirada de satisfacción.

Joseph vuelve a hacer sonar el silbato y Amelia vuelve a la carga, pero esta vez esquivo los dos golpes y agarrándola por el brazo la giro y la sujeto.

—¿No prefieres que hablemos? —le pregunto muy cerca del oído intentando que baje un poco el ritmo.

—¡Joder, Martínez, me haces daño! —exclama furiosa de que la agarre y no se pueda mover.

De repente se escucha una especie de silbido que viene de Rachel y el gimnasio se queda en silencio. Suelto uno de los brazos que tengo agarrado de Amelia y al instante me golpea de nuevo con el codo con fuerza. Se gira y me tira al suelo colocándose a horcajadas sobre mí.

—¡Parece que tenemos una ganadora! —exclama Rachel riendo a la vez que empieza a aplaudir rompiendo el incómodo silencio tras mi caída al suelo.

—No, no necesito hablar nada. Tú eres el jefe, tú mandas y yo debo acatar tus órdenes y es lo que hago —sisea Amelia con rabia.

—De acuerdo, entonces quiero una reunión en mi despacho en treinta minutos —le susurro serio frunciendo el ceño y haciéndola girar en el tatami y colocándome sobre ella sujetándole los brazos contra el suelo.

—De acuerdo —responde resignada y es solo cuando me contesta, que dejo de inmovilizarla firmemente—. Pero que sea una hora y media. Tengo una cita a la que debería acudir.

—De acuerdo —digo apoyando mis manos a los lados de su cara y levantándome de encima de ella.

Vuelvo a extender una mano para ayudarla a levantarse, pero la vuelve a rechazar y una vez en pie se aleja cabreada. El resto de participantes poco a poco se disuelve, la clase ha terminado y yo recupero el aliento del intenso

momento mientras permanezco quieto intentando descifrar que es lo que acaba de pasar.

—Xavi, ¿me dejas que te dé un pequeño consejo? —escucho la voz de Rachel a mi lado.

—Claro, tú eres su amiga, ¿sabes lo qué le pasa? —pregunto con un fuerte suspiro.

—No sé qué le puede pasar en el trabajo. Nunca habla del trabajo conmigo. Eso tendrás que descifrarlo tú. Pero te recomiendo que te des una ducha de agua fría —dice con una miradita pícara.

—¡Joder, Rachel! —exclamo ruborizándome metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón de deporte.

—Tranquilo, jefe. Creo que nadie se ha percatado de ello —dice remarcando mucho la palabra jefe. Sin duda ha escuchado todo lo que hemos discutido Amelia y yo—. Y yo, por mi parte, es que últimamente estoy un poco salida y me doy cuenta de esas cosas. Por cierto, me gusta la barba que te estás dejando, te da un toque provocativo totalmente irresistible. —Rachel me hace un gesto de despedida y empieza a caminar alejándose de mí cuando la escucho que sentencia para mi bochorno—. Ya me gustaría a mí levantar ese tipo de pasiones...

Intento mantener la calma en uno de los momentos más vergonzosos que me han sucedido en toda mi vida laboral, y, cuando lo consigo me dirijo al vestuario. Creo que por hoy he tenido suficiente. Voy caminando y paso junto a una sala donde se ha metido Rachel. Miro hacia dentro y creo descubrir por qué Amelia necesitaba más tiempo para acudir a la reunión. Están en clase de yoga. No puedo evitar que una sensación de sorpresa entre agradable y, no voy a negar, divertida, me inunde.

Espero la llegada de Amelia trabajando en mi despacho. He mirado mi reloj de muñeca una media de tres veces cada diez minutos. Parece que el tiempo no pasa mientras espero descubrir qué es lo que sucede con ella. Cuando solo falta un cuarto de hora para que se sea el momento, recibo una llamada de Schmidt y debo subir a la octava planta donde empezamos una reunión con urgencia. Durante dicha reunión reparo en que la asistencia de Amelia hubiera aportado mucho por todo el conocimiento que tiene del problema y así se lo hago saber a Schmidt cuando hacemos uno de los descansos. Pasan horas hasta que deciden darla por terminada hasta el día siguiente. Miro el reloj, espero que Amelia haya mirado su correo electrónico y no me haya estado esperando todo este tiempo, temo que se irrite más aún.

Bajo a su despacho, pero por su departamento no veo a nadie, solo un par de personas trabajando al fondo en sus ordenadores, así que decido marcharme a casa. Antes camino hasta el supermercado cercano que hay en la calle principal. Voy distraído sumido en mis pensamientos cuando una pareja que camina en la acera de enfrente llama mi atención. Van cogidos de la mano, él lleva su mano por encima de su hombro y en un momento dado, levanta su mano entrelazada a la de ella y la hace girar sobre sí misma. Ella lo hace con agilidad y sin dejar de reír... ¡Joder! Es Amelia con el insoportable baboso ese con el que va últimamente. No puedo evitar pararme en seco y girarme hacia un pequeño escaparate de una inmobiliaria. Miro a través del cristal, su actitud es totalmente diferente a la que ha tenido conmigo esta mañana y eso hace que lo sienta como una terrible bofetada. Solo espero que no me haya visto y no piense que la estoy espiando, aunque en realidad sí que lo esté haciendo con disimulo. Llegan a la siguiente intersección y desaparecen entre la multitud.

Capítulo 7



Al día siguiente, nada más llegar curioso en el ordenador la agenda de Amelia que suele estar comunicada con la mía y veo que tiene reuniones durante casi todo el día. Si vamos a estar trabajando gran parte del tiempo juntos no quiero dejar pasar lo de hablar con ella. Pero tampoco quiero parecer un acosador.

Antes de empezar con todo lo que tengo sobre mi mesa decido ir a por un café bien cargado. Allí me tropiezo a Bruno y a Gabrielle que hablan sobre la viabilidad de un proyecto de colaboración. Me piden consejo y veo que la que más les puede ayudar en ese sentido es Amelia y así lo expreso. Propongo hacer una pequeña reunión los cuatro sobre el asunto para orientarlos y determinar si continuar o aparcarlo por el momento. Gabrielle queda encargada de organizar la reunión. Sé que si la organizo yo Amelia no pondrá tanto entusiasmo. Cuando nos despedimos y Bruno sale por la puerta, interrumpo por un momento a Gabrielle.

—Gabri, ¿cómo se llamaba el tío con el que sale Amelia últimamente? —pregunto intentando no parecer interesado.

—¿Te refieres a Ruud? —pregunta girándose hacia mí y observándome detenidamente pregunta—. ¿Sucedo algo?

—Cierto, Ruud Dekker —recuerdo en ese instante y trato de disimular—. No sucede nada, no te preocupes. No quería que fuera importante para Amelia y yo no poder recordar su nombre.

—Te tomas muchas molestias con todo lo relacionado con ella —dice con una leve sonrisita.

—Bueno, trabajamos juntos y me parece buena gente —concluyo intentando no mirarla a los ojos.

—Lo es —sentencia Gabrielle con una sonrisa y añade saliendo de la sala con su taza de té mientras le sujeto la puerta—, y tú también lo eres.

«No, no soy tan buena persona», pienso dirigiéndome a mi despacho con la información confirmada.

Lo primero que hago nada más sentarme y dejar mi café al lado del teclado es entrar a la base de datos y teclear “Ruud Dekker”. En escasos segundos he accedido a toda la información. Mis ojos fijan la mirada y van rápidamente buscando algo destacable, pero parece que es jodidamente perfecto, el muy cabrón. Bien posicionado, con solvencia económica, posee una casa y una empresa propia, nada en su ficha policial... Este tío tiene que ser un verdadero aburrimiento, no tiene ni una mísera multa.

Estoy tan concentrado intentando descubrir algo malo en este tipo que me sobresalto cuando escucho que alguien toca a la puerta.

—Adelante —digo tranquilo.

Se abre la puerta y aparece Daina con dos expedientes en una de sus manos.

—Navarro me envía para que me firme esto —dice con seguridad, entrando y acercándose a la mesa.

—Ah, pasa. Te lo preparo en un momento. Siéntate, por favor —digo indicándole con una mano una de las sillas frente a mí.

Daina me tiende los expedientes que abro con premura y se sienta. Me doy cuenta de que observa detenidamente la foto que tengo con Pilar sobre uno de los estantes. Ha sido tan descarado que tras firmar los papeles la miro con una pequeña sonrisa. Cuando vuelve la mirada hacia mí de nuevo se queda sorprendida.

—Bonita foto —dice con un gran desparpajo intentando disimular.

—Gracias —contesto sin añadir nada más—. Y dime, ¿qué tal va todo?

—¿A qué se refiere? —pregunta tranquila.

—Por el departamento... —digo intentando iniciar una conversación con ella.

Abro el segundo expediente y tras revisar los datos firmo y vuelvo a cerrarlo para entregárselo de nuevo. En ese momento que levanto la mirada veo que Daina me observa ceñuda.

—¿Está usted intentando sonsacarme algo? —pregunta descaradamente pillándome en el intento.

—No sé, ¿tengo alguna posibilidad? —pregunto con diversión. Me gusta la forma de trabajar de Daina. Además es fiel a su jefa como nadie y es imposible pillarla con la guardia baja.

—Ninguna —contesta Daina con una carcajada—. Debo decirle que me gusta trabajar con usted y por muy atractivo que sea y las muchas sonrisitas que haga..., hoy en día no me dejo comprar por menos de un ascenso. Y debo

decirle que adoro trabajar con mi jefa, así que no busco un ascenso. —No puedo más que reír ante sus palabras cuando continúa—. Yo no tendré todos esos estudios que tienen ustedes para poder analizar constantemente a las personas, pero ya son muchos años y les veo venir. ¿Me permite que le dé un consejo?

—Claro —digo recostándome en mi sillón tras la mesa. Es como estar viviendo con Pilar, todas las mujeres de este edificio tienen consejos para darme sin pedirlos. Pero a la vez, pienso que esta mujer vale su peso en oro.

—He visto que su relación, o comunicación, o como usted lo quiera llamar ha cambiado con Navarro... Hable con ella —dice tranquila levantándose de su silla—. Vaya directamente al problema, si es que lo hay. Ambos son muy parecidos y herméticos. Sabrán entenderse.

Me he quedado sin palabras sorprendido por la enorme capacidad de Daina para captar la situación. La veo que se dirige a la puerta y justo antes de cerrar reacciono.

—¿McAdams? —digo intentando llamar su atención y no puedo evitar mostrarle una gran sonrisa—. Gracias por sus consejos.

Daina se gira con satisfacción y sale del despacho. No vuelvo a la búsqueda de datos de Dekker. Ya sé todo lo que tenía que saber.

No consigo hablar con Amelia, pero sí me la tropiezo por un pasillo y me deja claro que me estuvo esperando durante un tiempo hasta que vio el correo electrónico. Le pido de nuevo disculpas, que acepta para mi sorpresa, y se marcha junto a Gabrielle al comedor hablando animadamente. Así era conmigo al principio y no llego a entender qué ha sucedido.

El trabajo nos absorbe a todos y es a lo que nos dedicamos de lleno durante los siguientes días. Se ha producido dos atentados más en Europa y todo parece indicar que las células tienen que ver con todo el trabajo que lleva meses e incluso años realizando Amelia. Nos dan el visto bueno y nos autorizan a entrar en zonas de conflicto donde sabemos que podemos encontrar información de un campamento de radicalización que está enviando gente a Europa.

Nos convocan a todos en la reunión previa antes de salir hacia la zona. Ya estamos todos sentados cuando se abre la puerta y aparece Amelia con complacencia. Dirige su mirada hacia mí, pero cuando le dirijo una leve sonrisa, la desvía rápidamente. Se están empezando a llevar a cabo las estrategias de lucha para reducir la capacidad y planificación de los terroristas. Veo de reojo como Amelia disfruta con toda la información y en

ocasiones hasta se le ilumina el rostro.

—Ya tenemos personas allí. Iremos de apoyo y con los nuevos contactos que se han localizado intentaremos reunir toda la información. Martínez, seguirás teniendo tu tapadera y volverás como Kamal. Ayham os acogerá en su casa. Conoces el terreno. Navarro, tú acompañaras a Martínez y lo cubrirás como la esposa de Kamal, Anjum. Pensamos que las mujeres hablarán más contigo. Ambos habéis trabajado juntos y no os fue mal. No os será difícil haceros pasar por marido y mujer. Además, ambos conocéis el idioma —sentencia el teniente coronel.

Los jefazos salen de la sala y tomo el control de la reunión. No hay mucho más que explicar, pero como de costumbre nos quedamos y analizamos de forma más amplia lo que nos podemos encontrar.

—Y... —sentencio cerrando el ordenador portátil que he estado utilizando para la proyección de las imágenes—, hasta aquí la explicación. ¿alguien tiene alguna duda?... ¿algún comentario? ..., ¿insultos?..., ¿amenazas?

El ambiente es mucho más distendido que en la primera parte de la reunión, todos ríen y luego se giran hacia Amelia que permanece en silencio. Parece más seria de lo normal y por un momento creo que esta vez sí que voy a recibir una retahíla de insultos, pero se contiene. Le hago llegar el expediente que han dejado para nosotros y le recuerdo que tenemos que reunirnos, ya que nos han solicitado que en los dos próximos días intentemos conocernos mejor. Amelia fuerza una sonrisa, agarra con firmeza el expediente y sale de la sala. Yo me despido de todos con un movimiento de cabeza y salgo tras ella. No está esperando el ascensor, así que abro la puerta de las escaleras y la veo bajar acelerada los escalones de la planta.

—Ame, Amelia. Espera —dijo empezando a bajar tras ella.

—¿En serio? ¿No me quieres para las misiones normales y sí para que haga de tu esposa? —espeta cabreada cuando estoy a escasos metros de ella.

—¿De qué estás hablando? —pregunto confundido y le confirmo—. Yo siempre he pensado que eres uno de los pilares de este equipo.

—¡Ja! —exclama con rabia—. Claro, para hacer de devota y sirvienta esposa sí que soy requerida.

—Amelia, déjame explicarte. Yo tampoco lo sabía —digo cortándole el paso y bloqueando la puerta de salida a la planta sujetándola fuertemente con el brazo.

—No me jodas que no lo sabías, si hasta te has estado dejando barba —

espeta furiosa—. Parece que comulgáis con el papel del hombre, te veo muy metido organizando todo.

—Ame, no he sido yo. Yo preferiría que tú no vinieras —confieso tras un fuerte suspiro.

—Eso ya lo has demostrado —dice pegándome un codazo que hace que encoja el cuerpo y aparte la mano de la puerta.

La puerta se cierra en mis narices. Me llevo las manos a la cara y me las paso varias veces por la espesa barba que ha crecido en estas semanas. Esto es desesperante. Abro la puerta y decidido sigo sus pasos hacia su despacho. Escucho un fuerte portazo que por la cara que pone Daina, deduzco que es de Amelia cerrando su despacho.

—Señor. Me ha pedido que no la moleste nadie... —dice presurosa Daina cuando me ve llegar dando zancadas.

—Sí, sí. Lo sé, Daina. No te preocupes —digo cortándola levantando mi mano derecha sin detenerme hacia la puerta del despacho.

Doy dos toques con los nudillos en la puerta y sin esperar a que me dé paso, entro, para sorpresa de Daina y, sobre todo de Amelia. Cierro la puerta decidido tras de mí.

—No puedes entrar así en mi despacho —brama Amelia encarándose.

—He tocado a la puerta —digo con tono irónico.

—Estoy ocupada —dice escupiendo sus palabras.

—Oh, no. Ya estoy muy cansado de la frase de estoy ocupada. Tenemos que hablar —digo poniendo las manos en jarras sobre las caderas de manera desafiante.

—No me asustas con esa postura agresiva —dice frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber qué narices te pasa conmigo? —pregunto totalmente desesperado.

—Nada —dice con rabia después de unos segundos.

—¿Nada? —pregunto escéptico sin poder evitar levantar las cejas.

—Tú eres el jefe, acataré lo que tú mandes —dice en una especie de gruñido.

—Joder, Amelia, deja ya eso de que soy tu jefe. ¿Por qué no hablamos como hace unos meses cuando nos conocimos y tomábamos café? —pregunto desmoralizado—. Creí que había una cierta amistad, camaradería, no sé cómo decirlo...

—¿Amistad? —pregunta con ironía y añade airada—. Los amigos no se joden las putas carreras profesionales.

—¿Qué, qué? —pregunto sorprendido.

—Ya me has oído —dice sentándose de golpe en la silla tras su mesa.

—No, creo que no lo he oído bien, así que aclarármelo —digo muy serio—. Yo jamás haría nada para joderte en el trabajo. Ame, mírame, te estoy hablando muy en serio. Háblame, no como jefe, hablemos como compañeros..., como amigos.

—¿Eso es lo que quieres? Luego no me vengas con más represalias... No me habéis vuelto a llamar. Me habéis relegado. No hice nada malo en la puta misión. Vale, me equivoqué por decidir cosas sin hablarlas contigo, pero ya no se me tiene en cuenta. Este trabajo lo es todo y me humillaste delante de todo el mundo. ¿Sabes? A mí también me importa el equipo y jamás permitiría que sucediera nada malo. Trabajo cada día como la que más y sé que es un mundo de hombres, pero te puedo asegurar que soy buena, muy buena en lo que hago y ahora me colocas como tu fervorosa esposa, para eso es para lo único que me queréis... de jarrón decorativo —dice totalmente abatida—. Joder, Xavi. Me cuesta muchísimo confiar en la gente y no sé por qué mierda lo hice contigo. No sé si fue por tu impecable expediente, ser español, por tu tremendamente atractiva sonrisa...

Amelia enmudece cuando se da cuenta de lo que acaba de decir sumida en el resentimiento. Doy un fuerte suspiro y me vuelvo a llevar las manos a la cara. No digo nada en unos segundos. La verdad, es que no sé cómo hacerle ver que nada tiene que ver con el hecho de nuestra primera misión juntos o de ser mujer. Y sí, ya me he dado cuenta de que desconfía de las personas y le cuesta mucho a abrirse a extraños. Me llevo despacio una mano a la nuca sin saber qué hacer.

—De acuerdo, solo hay una manera de demostrártelo —digo finalmente y añado tajante—. Vamos a mi despacho.

—¿A qué? —pregunta insolente, y añade—. No hay nada que puedas hacer.

—Por favor, acompáñame a mi despacho —digo intentando no perder la paciencia. Ya tenía yo muy claro que cuando le preguntaba si sucedía algo y me contestaba con un “nada”, escondía algo mucho más grande.

—¿Y si no quiero? —pregunta altanera.

—Llevo intentando saber qué narices te sucede desde hace un par de semanas y no voy a dejar que pase más tiempo y que sigas pensando eso de mí. Así que te prometo por lo más sagrado que o levantas el trasero de esa silla y vienes a mi despacho conmigo, o te cargo al hombro y por mucho que patalees

te llevo hasta allí, aunque nos expedienten a los dos por la escena que pienso montar —sentencio firme.

Amelia se levanta como un resorte y se dirige a la puerta que abre de mala gana. Daina nos observa salir en dirección a mi despacho.

—McAdams, estaremos en mi despacho. Si hay algo urgente, páseselo allí —digo tranquilo.

—Sin problema —responde perpleja siguiéndonos con la mirada.

Amelia va dando grandes zancadas, ofuscada por el pasillo, pero no tan grandes como las mías, así que enseguida estoy a su lado. Cuando llega junto a la puerta de mi despacho se aparta y se apoya de mala gana en la pared contigua. Cualquiera diría que la van a poner frente a un pelotón de fusilamiento. Introduzco la llave y abro la puerta haciéndome a un lado para que ella pase primero.

—¡Qué caballeroso! —exclama con una fea mueca.

—Ame... —digo intentando calmarme. Cierro la puerta y le indico—. Siéntate en mi silla.

Amelia me mira perpleja sin saber qué es lo que me propongo.

—¿Para qué? —pregunta con los brazos cruzados.

—¿Quieres dejar de desconfiar de mí y hacer lo que te pido? —digo suplicante.

Amelia sortea la mesa y unas cajas que tengo en el suelo sin abrir y mientras refunfuña se sienta tras mi mesa.

—A ver, déjame un momento —digo girando la pantalla y tecleando mi usuario. En ese momento me giro y veo que observa el teclado. No puedo evitar levantar una mano riendo y cortarle la visión—. ¡Eh! No mires mi contraseña.

—No la estaba mirando —contesta Amelia y por primera vez la veo sonreír en días mientras está junto a mí.

Busco en el programa y rápido aparece lo que quería.

—Sabes que yo tengo que hacer un informe detallado de lo sucedido en cada misión, ¿verdad? —pregunto amable y ella asiente con la cabeza—. Aquí tienes el informe de esa misión y aquí más abajo, tienes los de las dos últimas misiones a las que no has venido —le explico indicándole los expedientes en la pantalla con el cursor.

—Yo no estoy autorizada para ver esto —dice perpleja mientras mira absorta en la pantalla.

—Lo sé, pero en este caso te autorizo yo —sentencio abriendo uno de los

cajones de la derecha de la mesa y sacando una bolsa de frutos secos y unas patatas fritas de bolsa.

—Podrías meterte en un problema —dice Amelia muy seria.

—Confío en ti —resuelvo y me siento frente a ella. Apoyo mi tobillo derecho sobre la rodilla izquierda y me acomodo. Abro la bolsa de patatas y empiezo a comer tranquilamente tras ofrecerle y ella negar con la cabeza.

Observo sin disimulo la cara de Amelia que, al principio, lee con el ceño fruncido y poco a poco va destensando los músculos del rostro hasta incluso sonreír mordiéndose el labio inferior. Lleva el pelo recogido en una coleta y le da un aspecto inocente que cuando se enfada realmente no tiene. No sé cómo narices ha llegado a pensar que queríamos apartarla del equipo y me pesa que haya pasado malos momentos por ello. Creo que es la mujer más guapa que he conocido en mi vida. No solo por los rasgos de su cara. Es su forma de moverse, de hablar, incluso cuando se enfada me la comería a besos por decirlo de alguna manera finamente. Es ese ligero aroma floral que desprende cuando pasa por tu lado. Su dramatismo cuando tiene hambre o está cansada. No puedo dejar de admirarla.

—¿En serio piensas eso? —pregunta entre emocionada y avergonzada sacándome de mi estado de ensoñación.

—Pienso que no habíamos trabajado nunca juntos, para mí fue una sorpresa lo que hiciste y eso me cabreó. No me gustó que sin decirme nada te escabulleras ya que, si hubiera tenido que llegar hasta ti por algún problema, seguramente no te habría podido cubrir. No me gusta que nadie del equipo se exponga a más peligros de los que ya tenemos y si lo hace, que sea con la seguridad de que le estamos cubriendo... lo demás está en el informe —digo sereno y añado firme—. Por otra parte, quiero dejarte muy clara la situación. Tú no eres militar, por eso principalmente vendrás a muchas misiones, pero no lo harás en todas.

Amelia me mira un poco avergonzada, creo que acaba de darse cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo.

—Vale, te pido perdón —dice azorada.

—Soy tu jefe en muchas misiones, pero Amelia, habla conmigo. Nos jugamos la vida cada día, debemos confiar el uno en el otro —digo más firme de lo que pretendía, pero la animo a continuar—. Adelante, mira los otros dos informes sin problemas.

—Se ha bloqueado —dice Amelia, haciendo clic con el ratón en varias ocasiones.

—Espera —digo levantándome de la silla.

Justo en ese momento el ordenador empieza a volverse medio loco por todas las veces que Amelia ha intentado acceder a otra ventana y empieza a retroceder en el historial que se me olvidó eliminar. Por unos instantes la información que pasa sobre la pantalla hace que me lleve las manos a los ojos.

—¡Espera! —grita inmediatamente Amelia y pregunta sorprendida—. ¿Ese es Ruud?

—Sí —reconozco al fin tras un silencio incómodo.

—Joder y, ¿qué haces tú investigando a Ruud? —pregunta confundida—. ¿Tengo que preocuparme?

—No, no tienes que preocuparte —digo nervioso cerrando la ventana del ordenador—. Además, es algo que tú deberías haber actualizado.

—¿Yoo? —pregunta extrañada.

—Es tu novio, ¿no? —digo con gesto adusto.

—Sí, bueno, no sé si se le puede llamar así. Todavía no me he acostado con él —dice Amelia ruborizándose y cuando su mirada se cruza con la mía exclama— ¡Joder, no me mires así! ¡Yo no me acuesto con cualquiera! A no ser que vaya en serio. Además, dudo que tú añadas a todas las mujeres con las que te acuestas.

—De acuerdo —digo interesado por lo que acaba de confesar.

—¿Puedo verlo? ¿Pone algo interesante que deba saber? —dice Amelia cotilla mirando la pantalla.

—Ame, sabes que no puedes ver eso —digo apagando la pantalla.

—Tampoco puedo ver los informes y me has dejado. Vamos, Xavi, yo no tengo acceso a tanta información. Dime si pone algo interesante, ¿es algún psicópata? ¿puedo acostarme con él tranquila? —pregunta Amelia encendiendo la pantalla de nuevo.

—Nooo —exclamo cuando escucho la última frase. Amelia echa la cabeza hacia atrás y me mira sorprendida por mi enérgica negación—. Me refiero, que puede que debas estar segura de que es él.

—Joder, Xavi, qué susto me has dado. Que tampoco soy virgen y sé cómo va todo ese asunto de chico/chica —dice con una amplia sonrisa ruborizándose—. Además, no voy a hablar de mi vida sexual contigo que eres mi jefe.

Creo que ha sido mi subconsciente que se niega a verla empezar una relación con un hombre que no sea yo. ¡Madre mía! Sí me viera Pilar en estos momentos, me daría con una sartén en la cabeza por todo lo que está

sucediendo. En ese momento se queda pensativa, y, tras unos instantes en los que creo que va a decir algo, se muerde el labio inferior y gira la mirada de nuevo al portarretratos con la foto que tengo con Pilar.

—Es muy bonita esa foto —dice con una pequeña dejadez que denota frustración.

—Gracias —contesto con una media sonrisa.

Es sorprendente que todo el mundo que entra a este despacho se queda mirando esa foto. Puede que sea porque es lo único personal que tengo a la vista y el resto del despacho sea un espacio sombrío lleno de cajas y expedientes. Solo Bruno la cogió y, riéndose de mi aspecto con la espesa barba, me pregunto quién era a la pequeñaja que sostenía en mis brazos.

—Bueno, me marcho —dice Amelia tras mirar el reloj del salvapantallas del ordenador—. Llego tarde a una cita.

—Tenemos que revisar esto —digo sujetando el expediente de la nueva misión en alto—. Solo tenemos dos días.

—Vale, *valeee*. Quedamos esta tarde y hablamos —dice levantándose y añade haciendo una mueca infantil cuando sale por la puerta—. Además, ya llevamos bastante adelantado, ya conoces mi vida sexual.

No puedo evitar quedarme cortado ante su última frase. En ese preciso instante veo iluminarse la pantalla de mi teléfono móvil.

—¡Hola, canija! —respondo con una sonrisa.

—*Tete*, odio que me llames de esa forma —dice tajante y añade—. ¿Qué haces?

—Estoy trabajando —digo sentándome en el sillón tras mi mesa.

—Trabajas demasiado —dice risueña—. Papá ha dicho que le habías avisado de que estarías un tiempo fuera y quería escuchar tu voz.

—Bueno, serán unas semanas. No va a ser tanto tiempo como las otras veces. ¿Qué me cuentas? —pregunto intentando cambiar de tema y que no se preocupe más de lo necesario.

—¿Tienes ya novia? —pregunta a bocajarro.

—Qué obsesión tienes con eso... —contesto haciendo girar un bolígrafo sobre la mesa.

—Creo que tienes el listón muy alto, es imposible que no te guste nadie —sentencia con una risita.

—Claro que hay quien me guste, pero la que a mí me gusta no quiere nada conmigo que no sea trabajo —digo en voz alta por primera vez reconociendo lo mucho que me atrae Amelia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Estás enamorado... cuéntame más — exclama entusiasmada dando pequeños gritos.

—Pilar, no voy a contarte a ti mi vida amorosa, además estoy en el trabajo —sentencio firme.

—Ehh, eres un aburrido —dice con decepción en la voz y añade pareciendo mayor de lo que es por su sensatez—. No solo soy tú canija, también soy chica y puede que entienda qué está pasando para que no caiga rendida a tus encantos. Hermanito, yo sé que eres todo un partidazo, algo debe estar sucediendo para que no estéis juntos.

—En serio, hermanita. Déjalo estar —digo dándole vueltas a sus palabras.

No está conmigo principalmente porque esta con otra persona, me digo a mí mismo.

—Mi hermanito está enamorado, mi hermanito está enamorado — canturrea al otro lado de la línea.

—Tengo que dejarte —digo con una sonrisa al escucharla—. Tengo mucho trabajo.

—Tete, prométeme que no harás muchas cosas peligrosas y que cuando vuelvas me invitarás a pasar unos días contigo —dice suplicante Pilar.

—Te lo prometo —digo escuchando un terrible grito de alegría al otro lado de la línea telefónica.

—Vuelve pronto hermanito. ¡Te *quieroooo*! —grita Pilar.

Bajo a entrenar con el equipo y para mi sorpresa veo que Amelia y Rachel están en clase de yoga cuchicheando y riendo. Creo que ese es el compromiso ineludible que tenía para dejarme en mi despacho plantado.

Esa tarde, Amelia acude a mi despacho y empezamos a analizar toda la misión. No hay mucho que ponga en esos folios que ella no tenga ya memorizado en su mente. Conoce la zona, costumbres y el idioma, eso facilitará todo.

Por la tarde vamos juntos al Hudson. No es el típico día que nos reunimos allí, pero unos familiares de Bruno han venido a hacerle una visita y el grupo ha decidido pasarse por allí para saludar y pasar un tiempo con ellos. Me gusta pasear con Amelia por las calles tranquilamente, al principio lo hacemos en silencio. El sonido del aire al mover las ramas de los árboles nos acompaña. No me canso de observarla. Su pelo se mueve a cada paso y va esquivando con pequeños saltitos los charcos del agua caída del chaparrón de esta tarde. Estamos a dos calles del Hudson, cuando se detiene y mira a un

lado y a otro.

—Daré la vuelta —dice con una sonrisa y añade riendo—. No puedo saltar con tacones o me mataré.

—Espera —digo con una sonrisa divertida—. Pasa tu brazo por mis hombros.

Amelia duda un poco al principio, pero finalmente lo hace. Yo le paso uno de mis brazos por la cintura y la elevo para que no toque el suelo y poder sobrepasar el charco. Con el movimiento ríe y la inercia hace que gire hacia mí y acabe agarrada a mi cuello antes de que despacio la vuelva a dejar en el suelo. La risa cesa en ese momento y sus ojos se quedan mirando fijamente los míos. Creo que me he quedado sin aliento de tenerla tan cerca. Mi mirada pasa de sus ojos a sus labios que mantiene ligeramente entreabiertos. Seguimos permaneciendo a escasos centímetros el uno del otro, todavía con mis manos agarrando su cintura. Decido besarla cuando empieza a sonar su teléfono móvil en el bolso y nos separamos de forma precipitada cortando toda la magia.

—Perdona, tengo que cogerlo —dice con las mejillas totalmente ruborizadas.

—Voy a ir adelantándome —digo algo avergonzado recuperándome de lo que acaba de suceder.

Amelia se queda unos pasos atrás, atendiendo la llamada, mientras yo camino hacia el Hudson cabizbajo. He podido ver que la llamada entrante era de Ruud. Por unas horas había olvidado su existencia y ha hecho que vuelva a la realidad de golpe.

Bruno me presenta a sus padres y a su hermana. Me deja bien claro que su hermana es intocable, lo que causa que ella se enfade con él y, Gabrielle y Rachel ríen con ganas.

—¿Dónde te has dejado a Amelia? —me pregunta Rachel.

—Tenía que atender una llamada —digo haciendo una mueca de disgusto sin darme cuenta.

—Os he visto salir juntos... —deja caer Rachel y se va a la barra a pedir.

No sé qué habrá querido decir con esa frase, pero yo no dejo de mirar en la dirección por donde tiene que llegar a Amelia. Si no hubiera entrado esa llamada hubiera sabido si realmente existe alguna posibilidad. Me tiene totalmente confundido, la he visto que en varias ocasiones me observa y es encantadora conmigo, para luego dar un violento giro a su comportamiento y

alejarse totalmente de mí. Es como si un clic le recordara algo y la hiciera desaparecer y no solo me refiero a nivel físico. Tras unos minutos Amelia llega con una amplia sonrisa y tras charlar con la familia de Bruno, se sienta con las chicas y empieza a cuchichear.

La velada no se alarga mucho y cuando todos empiezan a marcharse me acerco a ella y le ofrezco llevarla a casa en el coche. Es una buena ocasión para continuar conociéndonos o hablar de los próximos días.

—Muchas gracias —contesta azorada—, pero tengo que hacer unas cosas antes.

Por su comportamiento corporal sé que me está mintiendo. No puedo hacer nada más y con pesar me marcho solo.

—¿Xavi, vas para casa? —escucho a mi espalda a Gabrielle.

—Sí —contesto girándome.

—¿Nos dejas en casa de Rachel? —pregunta con una tímida sonrisa.

—Claro. No hay problema —contesto con un guiño.

En el coche, Rachel no deja de hablar y de preguntar cosas. Es como si le hubieran dado cuerda, pero gracias a ella, sé lo que opinan abiertamente de Ruud. Es una conversación de lo más surrealista.

—¿Y tú qué opinas? —me pregunta alegremente levantando una ceja.

La miro a través del espejo retrovisor, Gabrielle va en el asiento del acompañante y ella detrás toqueteándolo todo, incluido un chaleco reflectante.

—¿Qué opino de qué? —digo disimulando.

—Del holandés que sale con Amelia... No sé, yo la veía con alguien más, no sé... alguien más... cómo tú —lanza tranquilamente su opinión lo que me provoca que me dé la tos.

Rachel levanta la mirada y se encuentra con la mía en el espejo retrovisor.

—¿Por qué piensas eso? —pregunto desconfiado.

—Ruud será todo lo buena persona que quieras, pero no tiene carácter, le falta esa chispa..., no sé..., le falta esa chispa que tenéis vosotros dos que brilla hasta cuando os obcecáis y discutís. Y..., también está lo que sucedió el otro día en el gimnasio —dice mirando por la ventana.

—¿Qué pasó en el gimnasio? —pregunta Gabrielle inocente.

—Nada —respondo rápidamente lo que provoca que Rachel suelte una carcajada y se ponga a reír.

—Si quiere que te lo cuente él, pero... me lo acabas de confirmar —sentencia segura de sí misma Rachel.

—Rachel, o callas o te bajo del coche —digo haciendo una mueca advirtiéndole.

—*Valeeee, valeee*, me callo, pero al menos pon algo decente de música —dice soltando su cinturón de seguridad e incorporándose entre los dos asientos delanteros para tocar el aparato de música.

—Rachel, siéntate y abróchate el cinturón de seguridad —digo serio con voz firme.

—¡Ohh! Esta es perfecta para este momento —sentencia dándole volumen y volviéndose a sentar mientras canta como si no hubiera un mañana.

Gabrielle no puede evitar reír y empieza a cantar con ella, aunque más comedida.



*... Words, don't come easy to me
How can I find a way
To make you see
I love you
Words don't come easy*

*It isn't easy
Words don't come easy*

*Words, don't come easy, to me
How can I find a way
To make you see
I love you
Words don't come easy*

*Don't come easy to me
This is the only way
For me to say
I love you
Words don't come easy*



Esta es una de esas ocasiones en las que pienso que verdaderamente Rachel debería estar en una institución psiquiátrica internada bajo llave, aunque también me pregunto «¿Cómo es posible que ella se haya dado cuenta y Amelia no? Tengo que dar un paso al frente».

Madrugo para poder estar un tiempo con el equipo preparando todo antes de nuestra marcha y, cuando subo a la oficina, me tropiezo con Daina por el pasillo quien lleva un elegante ramo de flores.

—¿Necesitas ayuda? Es muy bonito, alguien te quiere mucho —le digo con un guiño.

—Es una pena que no sean más —dice casi en un susurro.

En ese momento me fijo en el nombre de la tarjeta donde destaca el nombre de Amelia. Es como si me dieran una patada en el estómago cuando la veo salir de una reunión con una amplia sonrisa mientras se dirige hacia la mesa de Daina donde hemos dejado las flores. Yo ya voy camino de mi despacho, pero ella, tras mirar la tarjeta ensancha su sonrisa más si cabe al leer el mensaje.

Durante el almuerzo estoy sentado en una mesa con compañeros en un lateral de la cafetería cuando veo que Rachel aparece y se lanza casi sobre Amelia y empieza a decirle que tiene algo que contarle, que es muy importante. Rachel intenta ser discreta, pero no lo es mucho. Ambas discuten por decidir sobre quién empieza a hablar de lo que se tienen que contar y yo al ver que Rachel me mira con una sonrisita me pongo tenso y frunzo el ceño. Rachel me mira fijamente, retándome con la mirada, pero cuando veo que va a empezar a hablar con Amelia, yo estoy por abalanzarme sobre ella y cerrarle la boca con la mano. Estoy seguro de que le va a contar lo que dijo ayer en el coche. Es entonces cuando Amelia le dice con una amplia sonrisa una frase que posiblemente me esperara, pero tenía la esperanza que tras lo sucedido ayer cuando la agarré de la cintura, no sucediera. Vuelvo a mirar a Rachel, es como si le rogara con la mirada para que se olvidara del asunto.

Capítulo 8



Durante el trayecto en avión hacia nuestro destino Amelia no deja de repasar cosas. Parece nerviosa y finalmente tras dos horas de vuelo me acerco a ella.

—¿No duermes? —le pregunto sentándome a su lado.

—No quiero cagarla —dice con una graciosa mueca, aunque su mirada denota nerviosismo.

—No lo vas a hacer —contesto seguro de lo que digo—. Amelia, ya has hecho esto miles de veces, lo haremos bien. Anda, descansa, todavía quedan muchas horas y cuando aterricemos no lo vas a poder hacer.

Poco a poco el equipo se va calmando y todos duermen, incluso Amelia, así que me recuesto sobre mi macuto e intento descansar. Un violento movimiento me despierta y nada más abrir los ojos veo la bonita sonrisa de Amelia frente a mí.

—Gracias —dice ampliando su sonrisa.

—¿Por? —pregunto sorprendido sin saber a qué se refiere desperezándome.

—Por no roncar... Si vamos a fingir que estamos casados y me toca dormir contigo, y llegas a roncar como Joseph, que ronca como un elefante, me abriría las venas a lo largo y ancho —dice Amelia feliz.

Aterrizamos en la base y Amelia y yo empezamos con un sin fin de preparativos. Kamal y Anjum, nuestra tapadera, acaban de casarse y, a Amelia deben marcarle los pies y las manos con henna⁶. Luego tenemos que vestirnos como si realmente hubiéramos realizado la boda y hacernos diferentes fotografías. Debo reconocer que la preparación de Amelia es mucho más laboriosa que la mía a pesar de que vamos a una zona bastante rural. Cuando termino con mi caracterización, decido acercarme a donde ella se encuentra preparándose para las fotos.

No puedo evitar sonreír cuando la veo con un sencillo traje de novia. Va descalza y se mueve sin cesar haciendo volar su vestido mientras gira y ríe.

Lleva una especie de velo y pequeños adornos en el pelo. Me apoyo en el quicio de la puerta y la observo, parece que se está divirtiendo junto a las mujeres que la ayudan a prepararse. Joseph, de mi equipo, aparece y mira en la dirección que yo lo hago.

—Está un poco loca, ¿no crees? —dice con una media sonrisa mirando a Amelia que en estos momentos hace como que baila haciendo unos gestos y sonidos muy raros.

—Como una puta cabra —reconozco con una mueca—, pero es la mejor en esto.

En uno de los giros Amelia me ve, deja de dar vueltas e intenta recuperar el aliento. Me acerco a ella.

—Y aquí llega el que será mi venerado esposo —dice de manera teatral con una reverencia.

—Traigo los anillos —digo metiendo las manos en uno de los bolsillos de mi *thawb*⁷.

—¡Vaya! ¿Y no vas a hincar la rodilla en el suelo y pedirme ser tu devota esposa? —dice risueña dejándome sorprendido—. Nunca pensé que mi boda fuera así...

—¿Quieres que lo haga? —pregunto serio por mi sorpresa.

—Tranquilo, no es necesario —dice con una sonrisa—. Espero que el anillo sea bonito.

—Somos humildes, no podemos destacar mucho —digo sacando un sencillo anillo de un pequeño saquito de terciopelo verde.

Amelia estira su brazo hacia mí ofreciéndome su mano. La sujeto con delicadeza y despacio, deslizo el anillo en su dedo. Todo a nuestro alrededor desaparece y una fuerte corriente nos sacude a los dos en ese momento. Amelia, con una tímida sonrisa mira primero el pequeño anillo y luego me mira a los ojos. Es en ese momento cuando creo que algo me sacude por dentro y cambia mi forma de verla.

—Es bonito —dice admirando el sencillo y fino anillo— ¡Oh! Tú ya te has puesto el tuyo.

—Sí —digo mirando el anillo en mi mano.

Cuando la veo allí frente a mí se me encoge el alma y realmente me doy cuenta de dónde vamos a meternos. Vamos a estar infiltrados en una zona en conflicto, totalmente solos y con la ayuda más próxima a horas de nosotros. Un terreno donde matan y violan a las mujeres y la traición se paga con la muerte pública. No puedo evitar mirar a Amelia con preocupación y creo que ella me

lee la mente.

—No te inquietes, me portaré bien —dice con una tímida sonrisa.

—Deberíamos empezar a cambiar el idioma entre nosotros —digo y mi voz suena más seria de lo que pretendía.

Al instante, Amelia cambia y se dirige a mí en árabe.

—¿Preparada para las fotos? —digo ofreciéndole mi mano para que me siga cuando terminan de ponerle el velo.

—Preparada —dice aceptando mi mano.

Por primera vez en mi vida mi cuerpo tiembla al sentir el delicado roce de su piel en la mía. Ese simple gesto hace que nos miremos y no pueda evitar que una leve sonrisa aparezca en mi rostro. Pronto, un sutil calor que nace de nuestra unión se torna en una intensa sensación incontenible que abrasa todo mi cuerpo.

Durante las siguientes horas nos hacen fotos de todo tipo simulando una boda y sus invitados. Me quedo embobado observándola en varias ocasiones. Amelia tiene mucho más trabajo que yo, cambia de vestido en más de una ocasión y posa para las fotos con un leve gesto de alegría, pero a la vez con una actitud totalmente sumisa.

—¿Puedo quedarme con ésta? —dice con una sonrisa y dirigiéndose a mí añade—. Es muy bonita, parece que de verdad me quieras.

Lo que no sabe es que es verdad, la quiero y admiro y más a cada momento. Amelia pide que le pasen un par de fotos de ella sola, del equipo y la última que pide es una en la que estamos los dos juntos con nuestras manos entrelazadas mirándonos a los ojos. «Yo también quiero una copia. Es una fotografía preciosa», pienso para mis adentros, pero al final no lo hago.

Una vez terminados todos los preparativos, me dirijo hacia el barracón donde se encuentra el equipo técnico de la misión. Apenas quedan un par de horas para que salgamos en dirección a la aldea donde permaneceremos un tiempo.

Cuando llegamos allí nos desprendemos de nuestros teléfonos móviles y nos dan los localizadores. Yo lo llevaré en el reloj y Amelia en una baratija que llevará al cuello en forma de collar.

—¡Madre mía! —exclama Amelia causando que todos nos giremos hacia ella— ¡Qué horterada! Espero que esto funcione y me tengáis localizada siempre, porque si me hacéis llevar esto para nada me pego un tiro.

Se produce el silencio en la sala hasta que Joseph rompe con una carcajada que nos contagia a los demás asistentes de la reunión.

—Sí, sí, reiros mientras yo soy el anti glamur del equipo. Cabritos, que sois unos cabritos —dice con una mueca divertida.

Ha llegado la hora de marcharnos. Amelia se coloca el *hiyab*⁸ y cargo con nuestras viejas y haraposas cosas en la parte trasera de la destartalada furgoneta que nos llevará a nuestro destino.

Salimos de la base escoltados por tres vehículos que nos acompañan durante parte del trayecto, pero llegados a un punto, hacen sonar el claxon y se desvían dejándonos solos. Conduzco por una carretera estrecha llena de baches durante más de una hora sin cruzarnos apenas con ningún vehículo. La carretera principal es mucho más amplia, pero tenemos conocimiento de que hay zonas llenas de minas. Amelia va callada, sentada a mi lado y no deja de acariciar su colgante sobre su modesta ropa.

—¿Nerviosa? —pregunto tras observarla.

—¿Tú no? —responde casi en un susurro.

—Todo saldrá bien —digo con voz segura intentando convencerme a mí también. Ambos volvemos a sumirnos en un silencio absoluto solo roto por el traqueteo infernal de la furgoneta— ¿Estás muy callada? ¿Quieres que hablemos de algo? Tal vez eso te relaje.

—Estoy practicando la sumisión —dice tranquila con una mueca divertida que causa que no pueda evitar reír—. Creo que es la parte que más me va a costar.

—Es todo fingido —digo volviendo a poner la vista en el polvoriento camino.

—Lo sé. No me hagas caso. Cuando me pongo nerviosa digo este tipo de tonterías, pero sabré comportarme como una fiel y devota esposa —dice casi en un susurro mirando por la ventana.

—No te dejaré sola, lo sabes, ¿verdad? —digo para infundirle seguridad.

Amelia asiente con la cabeza, pero ya no dice nada hasta llegar a la aldea tras pasar tres controles en las carreteras.

Han pasado seis años desde que estuve en esta aldea. No ha cambiado nada, y tras girar por un camino todavía más estrecho, veo a Ayham que nos recibe con una sonrisa sentado en el porche de su humilde vivienda. Pero la furgoneta, y, antes de abrir la puerta, pongo mi mano sobre la de Amelia y le doy un pequeño apretón.

El recibimiento es afectuoso y pronto las mujeres se llevan a una reservada y discreta Anjum al interior. Yo me siento con los hombres en el porche esperando que nos sirvan el té. Es como si en estos seis años no

hubiera pasado el tiempo para alguno de ellos. Me preguntan por estos años alejado de la aldea y, con todo preparado y estudiado, les cuento una historia ficticia. Durante la cena nos felicitan por nuestro matrimonio y todas las miradas se depositan en nuestros gestos. Por suerte para nosotros la velada no se alarga mucho, ya que como marca la tradición y, tras el largo viaje, nos permiten que nos retiremos a una pequeña habitación que durante este tiempo será nuestro hogar sobre el tejado de la casa familiar. Me felicitan por la elección de mi esposa y me desean con picardía una buena noche.

Amelia sube junto a mí las sencillas escaleras del exterior que dan a la terraza donde se encuentra una habitación más privada. Es donde yo permanecí durante el tiempo que pasé en la aldea hace años y poco ha cambiado. Una destartada cama en uno de los laterales de la habitación, una especie de pila al fondo con una especie de biombo. La verdad es que no hay mucho más en la habitación donde ya se encuentra nuestro equipaje. Miro a Amelia que me aparta a un lado y con un suspiro entra a la habitación para revisarla con más detenimiento.

—Al menos está limpia —susurra inspeccionándolo todo.

—Ame... —susurro tras cerrar la puerta tras de mí.

—No te preocupes, Kamal —dice forzando una sonrisa y recalcando el nombre de Kamal —, he estado en sitios peores..., no muchos, pero en alguno he estado.

Amelia se acerca al equipaje y, cuando va a cargar con su bolsa, me adelanto y la cargo hasta depositarla sobre la cama. Mientras voy sacando mi ropa, observo como Amelia divide el pequeño armario y va colocando su ropa en él. Yo la imito en silencio. Solo se escuchan nuestros pasos y nuestra respiración.

—¿Te importa que mueva esto y lo gire? —pregunta con voz agobiada.

—No, espera, yo lo hago. Dime, ¿cómo quieres que lo coloque? —le pregunto solícito.

—No, no. Yo puedo hacerlo —dice en el preciso instante que el biombo se tambalea resbalándosele de las manos y cae estrepitosamente contra el armario—. Lo siento..., perdóname.

—No pasa nada —susurro sujetándolo y volviendo a colocar el pesado biombo—. Ame, ven. Dime qué sucede —digo agarrando una de sus manos y obligándola a sentarse en un lateral de la cama.

—No pasa nada. Es que siempre que he estado así lo he hecho sola y no quiero que pase algo por mi culpa. Además, es un espacio minúsculo y vale

que seamos amigos, pero no nos conocemos tanto y no me imaginaba que fuera algo tan sumamente pequeño y con tan poca privacidad —dice frotándose las manos.

—Uno, no va a pasar nada por tu culpa. Estamos aquí los dos para apoyarnos. Dos, sí, la verdad es que para dos personas es bastante minúsculo como tú dices y falta de cierta privacidad. Y tres, tenemos tiempo para conocernos. Además, en las bodas concertadas los contrayentes apenas se conocen, así que no será un problema y podemos resolverlo —digo tranquilo a su lado—. Y ahora, dime, ¿cómo quieres que ponga el puto biombo?

—¿Te importa que hagamos una pequeña separación para que podamos lavarnos y cambiarnos con cierta privacidad? —pregunta cohibida.

—En absoluto —digo moviendo el biombo y colocándolo como me lo ha pedido, mientras me aparto un poco para ver la posición—. Aquí hay una especie de ducha. Está rota, pero mañana intentaré repararla—le informo abriendo una destartalada puerta lateral—. ¿Así que tal?

—Perfecto —dice más animada.

—Además, no te preocupes. Yo dormiré en ese sillón o en el suelo. Te cedo la cama —digo haciéndole un pequeño guiño.

Veo que Amelia sopesa la posibilidad, pero finalmente se niega.

—Te vas a destrozar el cuerpo si duermes en el suelo o en ese viejo sillón. La cama no es que sea muy grande, pero si ponemos algo en medio..., no sé..., tal vez almohadones, cada uno puede dormir en su lado —dice levantándose de la cama más animada. No puedo dejar de observarla poniendo y quitando almohadones de la cama. Es muy estrecha para que podamos dormir ella, los almohadones y yo juntos cada noche. Creo que le va a estallar la cabeza de pensar cómo solucionarlo cuando de pronto chasquea los dedos y doblando una colcha que hay a los pies de la cama la coloca en el centro y me mira orgullosa exclamando—. ¡Solucionado!

Es tarde y tras el intenso día decidimos irnos a la cama. Primero paso yo por detrás del biombo y me pongo un pantalón corto que hace de pijama y una camiseta. Luego le toca el turno a Amelia, a quien escucho moverse y reír tras el biombo. Tras unos minutos sale de detrás con una especie de feo y deforme camisón blanco.

—Yo creo que ni Ruud hubiera elegido algo peor si llega a saber que voy a pasar la noche contigo —dice subiéndose a la cama con los pies descalzos y dejándose caer en su lado con una sonrisa.

—Es muy seductor —digo con una mueca mirando al techo y las manos

apoyadas en el estómago.

—Tanto como una patata —dice imitando mi postura en su lado de la cama sin esconder una sonrisa.

—Espera, se nos ha olvidado algo —le susurro poniéndome el dedo índice sobre los labios para que guarde silencio.

Tumbado en la cama empiezo a moverme elevando mi cuerpo y rebotando contra el camastro causando unos singulares ruidos de la armadura al chocar contra la pared y los muelles moviéndose bajo el peso de mi cuerpo. Amelia por el movimiento está a punto de caer de la cama y no puede evitar reír. Yo le indico en susurros que calle.

—¿Qué haces? —pregunta susurrando divertida.

—Consumar nuestro matrimonio —digo guiñándole un ojo.

Amelia se une y enseguida conseguimos sincronizar los movimientos y poco a poco vamos acelerando el ritmo dando botes en la cama. Amelia no puede evitar reír y en uno de los rebotes, cae al suelo de bruces.

—¿Estás bien? —pregunto parando y girándome sobre su parte de la cama.

Está en el suelo entre la cama y la pared con el camisón revuelto. Se lleva una mano a la parte trasera de la cabeza y se la frota soltando una risita.

—Ahh, no te rías —susurro dándole la mano para ayudarle a levantarse—. Sí te rías no creerán que cumplo con mi cometido.

—¿Por? ¿Quieres más ruidos? —pregunta seria.

—Te estoy haciendo el amor y tú perdiendo tu virginidad —susurro volviendo a empezar a botar en la cama.

—¿Sabes? El sexo también puede ser divertido —dice, y vuelve a rebotar en la cama conmigo mirándonos el uno al otro con una sonrisa.

—¿¿Con un hombre con al que apenas conoces en un matrimonio concertado...?!? —le recuerdo forzando una sonrisa.

—Es cierto, esperaré al tercer o cuarto encuentro contigo... —dice tapándose la boca con las manos para no reírse.

Ambos aceleramos el ritmo para hasta parar del todo.

—Buenas noches, Kamal —dice Amelia rompiendo el silencio en el que nos hemos sumido cuando hemos detenido los movimientos—. Gracias por este polvazo de iniciación al sexo.

Me llevo inmediatamente la mano a la boca intentando que no se me escuche reír. Por el movimiento de la cama, sé que ella también está riendo.

—De nada, ha sido un verdadero placer —contesto intentando parecer

serio—. Buenas noches querida.

Me cuesta mucho conciliar el sueño, pero finalmente lo logro hasta la hora de la oración. Aunque anoche hiciera calor, ha refrescado y cuando me levanto y veo a Amelia acurrucada en su parte de la cama plácidamente durmiendo, le echo la sábana sobre su cuerpo.

—¿Qué hora es? —pregunta soñolienta.

—La hora de la oración —digo en un susurro—. Vuelve a dormirte.

Bajo a la planta baja pasándome una mano por el pelo para peinarme y me reúno con los hombres.

Terminada la oración, paso rápido por la cocina. No se escucha ningún ruido, pero hay una olla en el fuego y café humeante cerca y, cuando me giro, veo a la madre de Ayham sentada en la mesa con una taza frente a ella. Me invita a que me siente a su lado y cuando lo hago me sirve inmediatamente una taza de café.

—¿Cómo está Anjum? —pregunta con cariño.

—Bien, cansada del viaje —respondo sin darle mayor importancia a la pregunta.

—Espero que ayer todo fuera bien y pronto pueda concebir y darte un hijo —dice con una amplia sonrisa depositando su anciana y arrugada mano sobre la mía.

Estoy a punto de atragantarme con el café ya que no había deducido que la pregunta fuera en ese sentido, pero la miro y sonrío afirmando con la cabeza.

—Poco a poco —digo condescendiente.

Es nuestra primera noche allí y somos recién casados, así que no ve con malos ojos que mime a mi recién estrenada esposa y le suba el desayuno.

Subo cargado con café, fruta y unos dulces de la cena de ayer. Intento hacer el mínimo ruido cuando abro la puerta, pero eso no impide que Amelia reaccione en milésimas de segundo y me apunte con un arma que acaba de sacar de la almohada.

—¡Joder! Xavi, lleva cuidado, he estado a punto de pegarte un tiro —dice bajando el arma y recostándose de nuevo.

—Perdona, tendremos que crear un código o algo para que no me mates —digo volviendo a respirar—. Te he traído el desayuno.

—Dios mío, voy a morir de hambre —expresa Amelia mirando la comida.

—Después de la oración iré al mercado y compraré comida —digo

intentando tranquilizarla.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta animada.

—Vamos los hombres, esta vez no puedes venir —digo intentando no parecer muy serio.

—Bueno, además, estamos aquí para trabajar. Cuanto antes empecemos antes podremos irnos —dice tomándose un sorbo de su café sentada en la cama—. Bajaré a hablar con las mujeres y a lavar las sabanas.

—¿Vas a lavar las sabanas? —pregunto sorprendido mientras veo que se levanta ágil dando un par de saltitos descalza.

—Ayer perdí mi virtud, mi inocencia y mi gran pureza en esta cama —dice con una sonrisita—. Hay que seguir con la farsa.

Hace una pelota con las sabanas y las tira en un lateral de la habitación. Se mete tras el biombo y me giro para darle un poco más de intimidad, aunque me muera por mirar en su dirección y mi cuerpo sin quererlo reaccione.

Amelia se marcha con las mujeres y yo hago lo propio con los hombres. Quiero estar en cada una de las conversaciones e ir con ellos a todas partes para poder conocerlos. Durante la mañana también reviso la ducha estropeada del cuartito adjunto a nuestro dormitorio. Sé que Amelia agradecerá poder darse una pequeña ducha de vez en cuando y no tener que hacerlo en casa de Ayham. Compro un nuevo pase para la tubería y le pido a Ayham que me preste sus herramientas al final de la mañana. Estoy trabajando en ello cuando escucho que llega Amelia. Salgo a su encuentro y la veo subir trabajosamente los últimos escalones cargada con las sabanas mojadas.

—Déjame que te ayude —digo cogiéndole la colada.

—Hay que extenderlas para poder ponerlas esta noche —dice cediéndomelas.

Entre los dos las doblamos y las extendemos en una especie de tendedero que tenemos en la entrada. Abro la puerta y le cedo el paso cerrando tras de mí.

—¡Madre mía! Nunca en la vida he valorado tanto una lavadora como hoy —susurra con una sonrisa— ¿Qué haces?

—Reparando la ducha —digo con un guiño y le pregunto— ¿Has escuchado algo?

—No mucho. Cuando estoy yo no hablan mucho —dice sentándose unos instantes en el ruinoso sillón totalmente agotada.

—Ten los ojos abiertos —digo sacando la cabeza de detrás del biombo para mirarle a los ojos.

—Lo tendré —dice levantándose de nuevo y, dirigiéndose a la puerta, con un fuerte suspiro añade—. Me voy a ayudar con la comida para los hombres...

Y así es como pasamos los primeros días. Amelia ya se ha acostumbrado a la rutina de las mujeres y yo acudo con los hombres a la oración y permanezco con ellos cuando realizan diversas reuniones en las que se habla de los hechos que acontecen el país. Puedo ver claramente la radicalización que ha sufrido la zona y poco a poco voy tomando nota de toda la información importante para nuestro cometido. Los días pasan casi sin darnos cuenta y veo muy poco durante el día a Amelia. Por las noches cuando nos retiramos hablamos de todos los detalles que creemos importantes. Poco a poco voy conociéndola, cómo actúa, lo que le afecta, lo que le gusta... hemos llegado a crear casi un código de miradas entre los dos. Solo con ellas sabemos lo que siente la otra persona en ese momento y ello nos está facilitando mucho el trabajo.

—Estoy agotada —dice entrando a la habitación y tumbándose vestida en la cama—. Llevo todo el día lavando en el río y cocinando.

—Ven siéntate, te daré un masaje —digo intentando ayudarla.

Entiendo perfectamente que haya días que esté exhausta. Se pasa los días lavando en el río, limpiando o cocinando. Todo lo contrario que yo, que me paso el día orando, hablando con los hombres y esperando a que me sirvan.

En un principio Amelia se niega, pero se quita el *hiyab* de un manotazo y se sienta en la pequeña pila de cajas que le indico que hay en el suelo. No tardo en darme cuenta del error que he cometido al ofrecerme a ello, al notar mi cuerpo reaccionar al roce de su piel. Después le preparo la pila para que pueda lavarse tranquila y tras enfundarse su horrible camisón se mete en la cama con una sonrisa.

—Xavi —llama mi atención susurrando bajando con la mano la colcha que ejerce de barrera entre nosotros en la cama.

—Dime —digo girándome y mirándole a los ojos.

—Hoy debería tocar sexo —dice con una sonrisita.

—Cierto, ¿estás preparada? —le pregunto con un guiño intentando disimular las reacciones de mi cuerpo al estar tumbado a escasos centímetros del suyo mientras simulo tener sexo con ella.

—Totalmente —contesta divertida empezando a rebotar en la cama—
¿Me dejas gritar tu nombre?

—Ni se te ocurra —contesto entre risas.

Tras nuestro pequeño teatro como otras muchas noches, nos preparamos para dormir.

—Buenas noches cielo —digo en un susurro.

—Buenas noches querido —contesta ella soñolienta.

Nuestra afinidad se vuelve casi perfecta día a día y en todo lo que hacemos. Tras el numerito del sexo, casi cada noche nos quedamos hablando entre susurros hasta que Amelia suele caer tranquilamente dormida. No puedo dejar de observarla como, a pesar de que a ella le haya tocado la parte dura en esta misión, siempre tiene una bonita sonrisa por las noches para dedicarme. Me sorprende que no hayamos discutido ni una sola vez desde que llegamos. Es más, cada día nos llevamos mejor y mi admiración, respeto y cariño hacia ella han ido en aumento. El único inconveniente es no poder abrazarla y acariciar su piel aterciopelada que están causando que casi cada mañana tenga que darme una ducha fría por el calentón que llevo al dormir a su lado y no poder tocarla.

Uno de los días le pido que venga al mercado conmigo. La vida de las mujeres en esta zona del país es bastante complicada. Quiero que se distraiga y que pueda comprar lo que a ella le apetezca. Durante la visita al mercado no puede dirigirse a nadie, pero con la mirada voy descubriendo lo que le gusta y lo que no. Amelia camina cerca de mí, aunque un poco rezagada en absoluto silencio. Hace muchísimo calor y en dos ocasiones la veo mover el *hiyab*. Ese día, cuando llegamos a casa y dejamos las bolsas junto a un pequeño hornillo que ahora tenemos, le pido que se siente y descanse. Amelia de un manotazo se quita el *hiyab* que le cubre y también los zapatos.

—¡Ohh, Dios mío! ¡Qué calor! —dice moviendo su ropa sin cesar para que le pase aire—. Creo que voy a morir abrasada.

—¿Por qué no te pones una camisa mía? —le ofrezco con amabilidad al verla tan sofocada—. Yo preparo el almuerzo, enseguida te doy la camisa.

Amelia me mira con una sonrisa cálida de agradecimiento. La escucho moverse detrás del biombo y a continuación el agua correr. Desde que estamos aquí no habíamos pasado tanto tiempo solos. Sobre unas cajas deposito dos platos con pan plano, una pasta a base de berenjena, *hummus* y queso. Echo dos cojines al suelo y me acerco al armario a sacar la camisa. Justo en el momento que cierro la puerta del armario, Amelia sale de la ducha distraída y tropieza semi desnuda contra mí soltando un grito mientras la sujeto para que no caiga. Es un pequeño instante, pero por mi mente pasa muy muy despacio recreándose en todas las sensaciones de tener su cuerpo todavía mojado tan

pegado al mío. Nos separamos apresurados y puedo ver el rostro de Amelia sonrosado por el momento.

—Un segundo —digo raudo dejándole la camisa colgada en el biombo y saliendo a la terraza exterior.

Necesito que la imagen de Amelia semi desnuda pegada a mi cuerpo se me vaya de la mente y empiezo a dar vueltas caminando rápido bajo el intenso sol. Intento que mi respiración no se acelere y controlar el torrente de excitación que acabo de sufrir. Esto está siendo increíblemente duro, nunca mejor dicho.

—¿Estás bien? —pregunta Amelia cuando vuelvo a entrar.

Está sentada sobre uno de los cojines con las piernas cruzadas, con mi camisa y el pelo húmedo todavía recogido en un descuidado moño alto. Mi cuerpo vuelve a reaccionar y mi mente me devuelve a la realidad diciéndome que deje de mirarla como un perverso, me siente rápidamente y me ponga uno de los platos en el regazo para disimular mi erección.

Comemos tranquilamente mientras hablamos. Ya no solo lo hacemos de todo lo relacionado con la misión por la cual estamos allí. Charlamos de lo que nos gusta, de lo que no, de nuestros planes, de la familia...

—Oh, siento tu pérdida —dice en un susurro con tristeza en su rostro cuando le informo de que mi madre falleció hace años y es el hecho que más me ha marcado en la vida.

Llevamos hablando de todo y nada cada noche entre susurros tumbados en la cama y es como si lleváramos juntos desde hace años. Nunca he tenido tal intimidad con ninguna mujer con la que haya estado. Con ella puedo hablar de casi todo y siempre escucha con atención mis palabras. He estado tentado en más de una ocasión de sacar el tema de Ruud, pero no me he atrevido. Soy un verdadero cobarde temiendo perderla o que se enfade por preguntar sobre su pareja. Ella tampoco ha sacado el tema de las parejas en ninguna ocasión. Es una noche muy calurosa y, a pesar de haberme quitado la camiseta, me despierto sobresaltado cuando me doy cuenta de que Amelia no está en su lado de la cama. Me levanto raudo y cuando miro por la ventana la veo allí, sentada tranquilamente en el suelo de la terraza solo cubierta por mi camisa mirando al cielo.

—¿Estás bien? —susurro sentándome a su lado.

—Esto es precioso por la noche —dice con una sonrisa mirando el cielo estrellado.

Permanecemos durante unos instantes en silencio admirando el inmenso

cielo que se muestra ante nosotros en pleno esplendor y sin ninguna nube.

—¿Sabes cuál es el significado de Anjum? —le pregunto con una media sonrisa observando las perfectas líneas de su rostro que continúa mirando en dirección al cielo.

—No —dice moviendo su cuerpo hacia mí y dándome un pequeño empujón con el hombro.

—El significado de Anjum son las estrellas —digo mirando en la misma dirección que ella.

—¿En serio? —me pregunta sorprendida.

—Totalmente —le confirmo, y eso hace que su sonrisa se ensanche.

—Es un bonito nombre —sentencia, y me pregunta —¿Cómo es que sabes tanto de su cultura?

—Cuando estaba en plena pubertad, no dejaba de salir con los amigos y perdía mucho el tiempo, así que un año mi padre me obligó a ir a clases de idiomas por las tardes. Tenía que hacer la matrícula un lunes a primera hora, pero ese fin de semana estuve de fiesta con los amigos y me dormí llegando tarde a la Escuela Oficial de Idiomas. La única plaza que encontré en esa época para que mi padre no me metiera en un calabozo y tirara la llave al mar, fue clases de árabe. Un idioma que, en aquella época en Valencia, interesaba a muy poca gente, así que la clase estaba medio vacía y nuestra profesora no solo nos enseñó el idioma, sino también sus costumbres, su gastronomía... — confieso con una mueca— ¿Y tú?

—Estuve unos años trabajando en Arusha e hice amistad con una compañera que me enseñó el idioma. Todo empezó como un juego de aprender frases. Con los años fui perfeccionándolo con ella sin darme cuenta —dice jugando con uno de los picos de mi camisa que le tapan parte de los muslos—. Supongo que fue el destino para los dos aprender el idioma y eso nos unió.

Pasan dos días hasta que Amelia una tarde sube acelerada a nuestra habitación. Al principio no sé lo que le sucede y me asusta verla tan sofocada. Me pone una mano en el pecho y con la mirada me pide que espere.

—Se llama Hafiz... —dice llevándose la mano al pecho—. Va a volver a la aldea, parece que ha reclamado a la hermana de Ayham. Ella no quiere casarse con él, pero la reclaman como pago de la protección de sus hombres. Ya tiene dos esposas y, aparte de coaccionar y exigir a las familias de la zona, se dedica al tráfico de personas que vienen de otros países. Ella está aterrada y por todos los informes que he estado leyendo estos meses, creo que es él.

—¿Cómo sabes que va a venir? —pregunto sorprendido.

—Las mujeres estaban hablando de la preparación de la comida para su llegada y la de sus hombres —dice inquieta.

—Esperemos que sea él —confieso—. Ame, lleva mucho cuidado a partir de ahora. Aunque me pertenezcas según su cultura, esta gente es diferente.

—Lo sé —dice con orgullo y se da la vuelta para volver a sus quehaceres con las mujeres—. Gracias por preocuparte.

Efectivamente, durante el té de la tarde la parte de hombres más radicales de la zona hablan de ello y la otra mitad callan nerviosos por lo que les viene en un par de días. Según tengo entendido, la última vez reclamaron algunas mujeres para el entretenimiento de sus hombres y fueron forzadas y golpeadas.

Esa misma noche me comunico por el teléfono vía satélite que he tenido parado y escondido en la habitación. También marco dónde estamos para que nos puedan localizar. Tardarán menos de cuarenta y ocho horas en asaltar la aldea.

A la mañana siguiente hay un gran revuelo. No es buena noticia que Hafiz se vaya a adelantar y llegue esa misma tarde. Le pido a Amelia que extreme la precaución. Ella es joven y guapa, podrían encapricharse de ella. Yo me voy con los hombres a una especie de asamblea que se ha organizado por su llegada. En la cena vivimos un ambiente festivo totalmente tenso. Amelia se preocupa por la hermana pequeña de Ayham. No la ve desde que llegaron los hombres de Hafiz. Como han hecho varios de los hombres en la cena, he dejado claro que Anjum es de mi propiedad y está bajo mi protección.

Cuando subo a la habitación al caer la noche, Amelia me sigue en silencio. Ha actuado como una esposa obediente y devota toda la noche a pesar de las muchas vulgaridades que se han escuchado durante la cena a la que, no se les ha permitido quedarse. Solo tenemos que aguantar treinta horas más y todo habrá acabado. Conseguimos mandar un mensaje corto de texto antes de que el teléfono se quede sin batería y también marcamos la terraza con una prenda amarilla colgada en una de nuestras ventanas. Debemos comportarnos con naturalidad, así que a la mañana siguiente realizamos las mismas rutinas de estas últimas semanas.

La mañana transcurre con normalidad hasta que Amelia llama mi atención para contarme que han golpeado y violado a la hermana de Ayham y que la familia está muy avergonzada. Ame sabe que tengo un pequeño botiquín en el cuarto y me pide que le dé algo para curarle las heridas. Subo a la habitación y bajo con gasas estériles, toallitas impregnadas en alcohol y analgésicos. Ella

desaparece en la parte trasera de la casa con todo escondido entre su vestimenta. Se escuchan varios disparos un poco más lejos en la zona de la aldea y coches que circulan a gran velocidad. Con Hafiz, me hago pasar por una de las personas que cree en ellos, que los ayudará y que cree en el bien de la radicalización. Eso hace que pueda estar en gran parte de las reuniones. A mi vuelta a casa, escucho gritos de varias mujeres y risas de hombres y golpes. Justo en el momento que abrimos la puerta de la casa grande veo a Amelia intentando impedir que uno de los hombres de Hafiz coja a la hermana de Ayham para llevársela con él. Amelia insiste en que está enferma y es en ese momento cuando se le cae el *hiyab* por el fuerte zarandeo que le dan. El hombre le grita que tienen que servir a los hombres que luchan por liberar al país de los infieles. Amelia comete el error de no preocuparse de volver a ponerse el velo y se encara a él de nuevo. Éste levanta la mano y le golpea la cara causando que caiga al suelo. Furioso, doy un fuerte grito para que se detenga y reclamo mi propiedad. Hafiz me exige que controle a mi esposa y no me avergüence delante de los demás hombres por su comportamiento. Amelia se levanta a duras penas del suelo apoyándose en la pared. El pelo le cae sobre los hombros y cubre parte de su cara. Mantiene el rostro agachado y cuando me acerco a ella Hafiz me apremia a que la golpee por avergonzarme en público. Doy un fuerte suspiro. Dudo por un momento.

—Golpéame —susurra Amelia—. Hazlo o ellos me harán algo peor.

Firmemente me cuadro ante ella y deteniendo mi respiración levanto mi mano y golpeo a Amelia que vuelve a caer al suelo tras golpearse con la pared. La algarabía que se escucha a mi espalda me indica que están satisfechos con mi actuación, aunque cuando salgo de allí tirando de mala manera de su brazo mientras ella intenta mantener el equilibrio, me recomiendan que le haga ver que ella es un simple objeto y que puedo usar su cuerpo a mi antojo porque es mi propiedad, la del hombre.

Amelia sube las escaleras a duras penas. Casi la llevo en volandas, pero no puedo atenderla ahora. Abro la puerta y la empujo dentro haciendo que caiga estrepitosamente. Tras cerrar la puerta y atrancar la puerta. Me arrodillo enseguida junto a ella.

—¡Joder! Ame, mírame —le pido mientras intento raudo quitarle el pelo de la cara—. ¡Mierda! —exclamo cuando veo su rostro ensangrentado.

Tiene un corte en el pómulo que empieza a hincharse y a adquirir un color morado y la boca llena de sangre.

—*Duelee...* —dice mirándome con los ojos acuosos.

—Joder, espera. Te he partido el labio. ¡Maldita sea! —digo con un hueco en el alma que por segundos me va invadiendo todo el cuerpo— ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Mi mente va a mil por hora. Parte del pequeño botiquín se lo ha llevado Amelia para curar las heridas de la hermana de Ayham.

—Perdóname —dice empezando a sollozar—. La han violado y golpeado toda la noche, no podía permitir que lo volvieran a hacer.

—Shhh, tranquila, cielo —le siseo sujetándola de los brazos para que se levante. Le pido que se siente en la cama y me acuclillo frente a ella—. Ame, escúchame bien, me han pedido que por mucho que seas mi mujer te fuerce. Necesito que, cuando yo te diga, grites con fuerza. Yo te pondré la mano en la boca y volverás a gritar. Necesito que me empujes y me golpees mientras gritas... ¿me has entendido? Ame, mírame, ¿me has entendido? —le hablo despacio remarcando cada sílaba para que entienda la gravedad de la situación.

Amelia asiente con la cabeza y me observa cómo me levanto y empujo el sillón con fuerza, mientras hago tambalearse un par de platos que caen al suelo estrepitosamente rompiéndose en mil pedazos. Le hago un gesto a Amelia que grita con todas sus fuerzas y es cuando le tapó la boca y le pido con la mirada que siga intentando gritar. Durante unos cuantos minutos golpeo la cama y vuelvo a pedir a Amelia que gimotee fuerte todo lo que pueda. Cuando decido que ya es suficiente, se escuchan vítores y varios disparos al aire para después quedar todo en silencio.

Me miro la mano llena de sangre que proviene del rostro de Amelia, quien me mira atenta.

—¡Joder! Ame, siéntate —le pido bajando de la cama y ayudándola a incorporarse—. No hagas ruido y no te muevas.

Me levanto raudo y, tras lavarme las manos, busco donde poner agua limpia y lo que queda del botiquín. No tardo ni dos minutos que vuelvo a estar en cuclillas frente a ella y vuelvo a apartarle el pelo hacia la espalda. Amelia despacio se lo recoge en una especie de moño en la nuca. Lentamente y con sumo cuidado empiezo a limpiarle la sangre que poco a poco deja de brotar de las heridas. Ella permanece en silencio sin moverse observando mis movimientos. Saco varias toallitas empapadas en antiséptico.

—Ame, cielo, esto te va a escocer bastante. Intenta no hacer ruido —susurro mientras acerco con miedo la toallita a su pómulo.

Siento que se pone en tensión, pero de su garganta no sale ni un solo

sonido mientras sigue observándome con ojos tristes.

—Xavi, no me mires con pena —susurra nerviosa sujetando mi mano cuando le estoy limpiando la herida del labio.

—¡Joder! Ame, te he reventado el labio —digo lleno de rabia y desazón.

—Has hecho lo que tenías que hacer. Los dos sabemos a lo que me arriesgaba, iba a ser mucho peor de lo que tú me puedas haber hecho —dice sujetando mi mano con delicadeza.

—¿Te duele mucho? —susurro angustiado volviendo a las heridas.

—Mogollón —dice forzando una sonrisa lo que hace que por el dolor se lleve la mano a la cara y choque con la mía.

—Es noche oscura y no hay luna, no podemos salir e irnos antes de que vengan. Nos quedaremos aquí y estoy seguro de que mañana temprano vendrán a por nosotros —digo intentando calmarla.

—Perdona —pide Amelia disculpándose cuando le brotan varias lágrimas de los ojos causadas por el dolor de las heridas mientras se las manipulo.

—Cielo, no pasa nada porque llores —digo haciéndole un guiño.

Cuando termino de curarle la cara, me aseguro de que las ventanas y la puerta estén totalmente cerradas y bloqueadas. He cogido el arma que traíamos y la dejo a mi lado cuando me siento al borde de la cama mirando fijamente la puerta. Le he pedido a Amelia que descansa mientras yo hago guardia, pero ella se desliza de la cama y se sienta a mi lado pegando su cuerpo al mío. Yo levanto mi brazo, se lo paso por los hombros acercándola a mi cuerpo y tiro de una de las sábanas para taparnos cuando refresca. Con el paso de los minutos Amelia se acurruca en el suelo, apoya su cabeza en mis piernas y duerme un par de horas, creo que por los efectos de la pastilla que le he obligado a tomar para el dolor. Así permanecemos hasta la llegada del alba. No he podido dejar de observarla en toda la noche, a pesar de los golpes está preciosa. Me da pena despertarla, pero se escuchan bastantes ruidos que vienen de la casa contigua así que le acaricio suavemente el pelo y el hombro para que abra los ojos.

—Ame, voy a bajar. Toma el arma y el teléfono. Escúchame atentamente —digo a una Amelia alerta—. Si no he regresado en una hora, quiero que salgas en silencio y corras hacia la carretera que hay a dos kilómetros de aquí. Están a punto de llegar a por nosotros y lo harán por esa carretera. No te detengas por nada y no mires atrás. Y otra cosa más... si tienes que disparar, nada de gastar munición..., dispara a matar —sentencio serio.

—Puedo ir contigo... —susurra decidida incorporándose.

—No, haz lo que te he dicho. Voy a ver qué ha pasado en la casa de al lado. Espera aquí y si no vuelvo haz lo que te he pedido, ¿entendido? —pregunto serio mirándole a los ojos.

—Entendido —contesta cogiendo el arma.

Le doy un beso en la frente y salgo de allí sigiloso. El espectáculo que me encuentro en la casa del vecino es dantesco. Está todo por los suelos y la mujer llora al cuerpo de su marido degollado junto a una de sus hijas que intenta taparse de su desnudez con los jirones de ropa que le quedan. Voy a casa de Ayham, quien me recibe apuntándome con un arma con su hermana y su madre a la espalda.

—Tienes que llevarte a Anjum —dice serio bajando el arma—. Sabes que irán a por ella cuando se despierten.

—Lo sé —digo serio.

—Vete, llévatela de aquí lo antes que puedas y dale las gracias por proteger a mi hermana y mi madre —dice haciendo gestos para que me vaya.

—¿Estaréis bien? —pregunto serio.

—Lo estaremos. Tenéis que marcharos ya —dice moviendo el arma para que vuelva a salir de la casa en el momento en el que escuchamos ruidos, un disparo y golpes en el tejado.

Por un instante se me detiene el corazón y salgo disparado hacia las escaleras subiendo de dos en dos los peldaños. Cuando llego a la puerta veo una figura humana de hombre levantándole la falda a Amelia que da patadas y se resiste como puede. Me abalanzo sobre él y lo agarro del cuello con mi brazo, mientras empiezo a apretar hasta que deja de luchar y cae inconsciente al suelo.

—Ame, ponte los zapatos, nos vamos —digo tajante sin detenerme.

Amelia se pone los zapatos rápidamente en silencio mientras yo recojo el arma del suelo. Me da la mano y empezamos a descender con cuidado. No se despega de mí. Corremos hacia la parte trasera de la casa atravesando un pequeño huerto hasta llegar a un bajo montículo que nos cubrirá durante la huida hasta la carretera. Intento que Amelia corra lo más rápido que pueda, pero tropieza en varias ocasiones y cae al suelo. La ayudo a levantarse y sin soltar su mano continuamos corriendo campo a través entre las piedras y tierra en dirección a la carretera. Vuelve a caer al suelo en el momento que vemos que el equipo se dirige por la carretera hacia la aldea. Les hago gestos con la mano en la que llevo el arma mientras, me niego a soltar su mano. Amelia

consigue volver a ponerse en pie y empieza a correr de nuevo intentando seguir mi ritmo. Creo que no nos han visto, los vehículos bajan la marcha y se detienen cubriendo con sus armas nuestra huida hasta que llegamos corriendo hasta ellos.

Capítulo 9



No es hasta llegar a la base que me doy cuenta de que Amelia se ha destrozado las piernas cayendo al suelo en repetidas ocasiones. No ha dicho nada, ni una sola queja o palabra y solo nos hemos dado cuenta cuando un médico de la base se ha acercado a nosotros y le he pedido que la atendiera a ella antes. Los hombres me retienen hablando y haciendo bromas de cómo hemos salido a su encuentro cuando Joseph se acerca a mí, y tras un rápido intercambio de golpes festejando el éxito de la misión, me mira a mí y luego hacia Amelia que señala sus heridas con la mano. Observo que el equipo la examina con admiración tras darme la bienvenida de nuevo y celebrar nuestro regreso.

—Es buena... —dice con complacencia—. Está loca, pero es buena.

—No lo sabes bien —le confirmo sin quitar la mirada de Amelia que en ese momento levanta la vista y nos ve observándola.

—Ve con ella —dice astuto Joseph—, lo estás deseando.

Joseph tiene razón. No pensé que fuera tan evidente y tras darle un pequeño puñetazo en el hombro me dirijo hacia donde ella está sentada sobre una mesa.

—Hola —susurra mirándome con una pequeña sonrisa.

—Te has destrozado las piernas —digo frunciendo el ceño al mirar los arañazos y heridas.

—Lo sé —dice con una mueca tímida mirándose las rodillas—. Soy un poco pato, pero no se lo digas al equipo o empezarán a llamarme “la pupas”.

—No eres un pato, mis zancadas son mucho más largas que las tuyas y no me di cuenta —reconozco al ver su desazón—. Además, el equipo está muy orgulloso de tu trabajo y de ti.

—¿Y tú? —pregunta tímida con cierto rubor en sus mejillas sorprendiéndome.

—Mucho más que ellos —sentencio rápido dándole un pequeño empujón con el hombro al suyo.

Empiezan a curarle y a realizarle preguntas sobre lo sucedido. Amelia aprieta los ojos y la mandíbula. Por el aspecto que tienen las heridas debe de escocer mucho.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntan al verla casi contraerse en el sitio.

—*Nooooouuuoo* —protesta apretando los dientes y retorciéndose—. ¡Joder! Vosotros sois *fuertotes* y estáis acostumbrados a esto, pero a mí me pica... mogollón.

—Ame, ¿quieres mi mano? —le pregunto con un leve movimiento de cabeza.

—Te la estrujaré —dice angustiada.

—Me arriesgaré a ello —digo, y le doy la mano.

La gente pensaría que estoy loco si reconociera que ese simple contacto con ella me acelera el corazón. No es solo acariciar su mano, es sentir esa unión entre los dos inexplicable, que ojalá ella también sintiera.

Nuestra estancia en la base es muy corta y esa misma tarde todo el equipo volamos hacia casa. Cuando me acerco a Amelia para ver qué tal está, me doy cuenta de que duerme plácidamente, así que la cubro con mi chaqueta y me siento a su lado. Voy a echar de menos despertar cada día a su lado y reírme con sus locuras. Aterrizamos y, tras despedirnos unos de otros, hay un coche esperándonos para llevarnos a casa. Primero para en casa de Amelia, que baja con una enorme sonrisa y mira en dirección a la fachada de su casa.

—Hogar, dulce hogar..., lleno de comodidades —dice en un suspiro mientras yo me encargo de su equipaje.

—Vamos, te subo el equipaje —digo colocándome a su lado mientras saca las llaves de su bolso.

—No te molestes, yo lo subiré —dice alegremente.

—No es ninguna molestia —digo instándole a que abra la puerta tras pedirle al conductor del coche que espere.

Subimos las escaleras de su casa. Nunca había estado allí antes y me sorprende. Por lo que puedo observar desde el rellano de la escalera es como la mía, pero decorada con gusto. Me pide que le deje el equipaje a un lado.

—Te invitaría a algo, pero seguro que todo está caducado —dice con una sonrisa.

Quiero decir tantas cosas que se agolpan en mi garganta y soy tan idiota de no saber cómo decirlas... Nos quedamos en silencio los dos. Es un momento que pesa en el ambiente, cargado de tantas cosas sin ser expresadas

que en segundos se convierte en incómodo. Mi mirada va de sus ojos a sus labios y sin pensar aprieto los ojos y me llevo las manos a la cabeza.

—Perdona, no sé qué me ha pasado —digo abrumado con un sonoro suspiro—. Descansa.

No puedo mantener más la mirada en ella. ¡Joder! Tiene pareja y bastante ha tenido que soportar en el trabajo para que yo ahora monte una “*escenita*”. Incómodo por no saber controlar mis sentimientos, empiezo a bajar las escaleras.

—Xavi —dice llamando mi atención provocando que me detenga—. Gracias.

—¿Por? —digo sin girarme hacia ella.

—Por cuidarme como lo haces —dice en un susurro y bajando todavía más la voz añade—. Te echaré de menos.

—No me voy a ninguna parte, puedes contar conmigo siempre que lo necesites —digo girándome y mirándola a los ojos.

Amelia permanece allí de pie, en silencio. Creo que puedo escuchar hasta los latidos de nuestros corazones. En sus ojos puedo observar una especie de angustia e incomodidad, así que decido no alargar más la situación y bajo los escalones que me separan de la puerta de entrada de dos en dos, y la cierro detrás de mí.

Nada más llegar a casa me arrojo sin miramientos en la cama. Tengo la certeza de que voy a dormir como una marmota durante horas y horas, tal y como me ha sucedido en otras ocasiones, así que dejo el teléfono móvil solo con los números de emergencias y cierro los ojos tumbado bocabajo atravesado en la cama del dormitorio.

De repente me siento inquieto y me despierto sobresaltado. Alargo el brazo buscando a Amelia y no la encuentro, provocando que me incorpore al instante mirando en la cama. Son necesarios muy pocos segundos para volver a la realidad. Ella no está ni va a volver a estar. Me llevo una mano a la frente con un fuerte suspiro. No he podido dormir ni tres horas seguidas. Miro al techo fijamente, debería intentarlo de nuevo. No dejo de dar vueltas en la cama, no puedo conciliar el sueño y finalmente me levanto de mal humor. Voy al salón y saco el ordenador portátil. Puede que si empiezo a hacer el informe me dé sueño. No puedo concentrarme, voy a la cocina y tras mirar durante varios minutos la nevera vacía por dentro, la cierro de nuevo y decido hervir agua. Mi madre siempre decía que una infusión de manzanilla siempre ayuda a aclarar los problemas. Juego a hacer malabarismos con tres naranjas pasadas

que hay en el frutero, hasta que una cae al suelo y al estar tan madura se espachurra y debo limpiarlo. Escucho una leve campanita que me indica que me ha entrado un correo electrónico en el ordenador portátil y acudo a mirar desganado sentándome en el sofá.

De: Amelia Navarro

Para: Xavier Martínez

Asunto: Informe

Buenas tardes,

Adjunto le remito informe de la misión.

Sin más, reciba un cordial saludo,

Amelia Navarro

No puedo evitar que el pulso se me acelere al ver su nombre. Presiono sobre el archivo adjunto y un informe de diecisiete páginas se despliega en la pantalla. Miro la hora. «¿Cómo narices lo ha escrito tan rápido?», pienso asombrado. Hace aproximadamente siete horas que la dejé en casa. Voy leyendo por encima el informe. Es bastante completo y está perfectamente redactado.

De: Xavier Martínez

Para: Amelia Navarro

Asunto: Re: Informe

Buenas tardes,

Acuso recibo.

Un cordial saludo,

Xavier Martínez

Instintivamente lo envío y cojo el teléfono móvil. Amelia está conectada. Son las tres de la madrugada de un jueves y allí estoy tumbado en el sofá mirando fijamente el mensaje de “en línea” que sale escrito bajo el nombre de Amelia. Veo que empieza a escribir, pero no llega nada. Me desconecto y me vuelvo a conectar unas tres o cuatro veces en cinco minutos. Parezco un adolescente nervioso esperando a que la chica de la cual se ha quedado colgado le diga algo.

Yo_02: 43 AM

¿Despierta?

Amelia Navarro_02: 44 AM
¿Despierto?

Yo_ 02:44 AM
Estaba leyendo el informe que has enviado.
No era necesario que lo hicieras esta noche.

Amelia Navarro_02: 46 AM
Lo sé, pero no podía dormir, tengo la casa limpia y
la nevera vacía.
Además, parece que todos duermen menos tú.
Espero no haberte despertado.

Yo_ 02: 50 AM
No conseguía conciliar el sueño.

...

Amelia Navarro_03: 40 AM
¿Sigues sin dormir?

Yo_ 03: 41 AM
No puedo, tengo hambre...
Aunque en el fondo creo que es que me he acostumbrado a
dormir contigo.

Amelia Navarro_03: 45 AM

¿Sabes que en el puerto hay un sitio abierto toda la noche?!?

Yo_03: 45 AM

¿Para???

Amelia Navarro_03: 46 AM

Para aliviar tu apetito a estas horas de la noche...

¿¡Vamos!?!

Yo_03: 47 AM

Vamos, te invito a desayunar.

Llevas semanas sirviéndome el desayuno y
te lo debo

Paso a por ti.

Amelia Navarro_03: 50 AM

Paso yo a por ti en la bicicleta.

Tu casa nos pillará de camino.

Yo_03: 52 AM

¿De camino??... Vas a dar un rodeo enorme

Me quedo como un atontado mirando la pantalla del teléfono móvil esperando a ver la señal de doble marca azul que me indique que ha leído el mensaje. Pasan cinco minutos y no lo hace, así que raudo subo al segundo piso y me meto en la ducha. De dar tantas vueltas en la cama no hay quien dome el remolino de mi pelo. Estoy abriendo el armario cuando tocan a la puerta. No puede ser otra persona que no sea Amelia.

Miro el teléfono móvil y me lo confirma.

Amelia Navarro_04: 12 AM

Lo siento, lo acabo de ver.

Ya estoy en la puerta.

—Ame, sube un segundo. No esperaba que fueras tan rápida —digo por el telefonillo apretando el botón para que la puerta se abra.

Escucho sus pasos amortiguados sobre la moqueta de las escaleras mientras agarro los primeros pantalones vaqueros que veo colgados y una camisa.

—Estoy *aquíí* —escucho al pie de la escalera de la primera planta.

—Pasa, enseguida bajo —digo secándome el pelo con la toalla y pasándome rápido el peine.

—¡Joder! —escucho decir a Amelia.

—¿Qué sucede? —digo inquieto bajando las escaleras presuroso.

—Eres el rey del minimalismo —dice con una carcajada Amelia en el centro del salón dando una vuelta sobre sí misma.

No puedo evitar una sonrisa cuando la veo allí plantada asombrada.

—Ame, no deberías decir tantas palabrotas —digo sentándome en una de las dos sillas y poniéndome los calcetines.

—¡Córcholis! —exclama fanfarrona con un movimiento de cejas—. No has invertido mucho en decoración.

—Tengo todo lo que necesito —contesto levantando una ceja—. ¿Vamos? Has sido rápida...

—Me aburría —contesta con una amplia sonrisa volviendo a revisar con la mirada la estancia. No puedo dejar de observarla con una sonrisa cuando añade con una risotada—. ¡*Vayaaa!* Estas semanas pasadas debes de haberte sentido como en casa...

—¿Puedes dejar de meterte con la decoración de mi casa? —digo burlón levantándome de la silla y haciendo ademán de hacerle cosquillas lo que causa que salga de estampida escaleras abajo.

Insisto en que vayamos en coche. Hace buen tiempo, pero a estas horas y con el cambio de temperatura que hemos sufrido en menos de veinticuatro horas no quiero que cojamos un resfriado.

—No seas aburrido y suéltate la melena por un día —dice entre susurros en mitad de la noche subiéndose a su bicicleta e iniciando la marcha.

Definitivamente me gusta la parte de Amelia profesional, pero sin dudarlo adoro esta parte desenfadada y divertida de ella. Hace más mágico y bonito el mundo, mi mundo. No puedo controlar la cada vez mayor atracción que siento por ella mientras me uno a sus locuras, y allí estamos los dos en mitad de la noche en el país que nos ha acogido, dirigiéndonos a las cuatro de la madrugada pedaleando y por primera vez en mucho tiempo, sintiendo que con estos pequeños gestos soy feliz.

Amelia se dirige al puerto acortando el trayecto por calles estrechas, pero pronto puedo percibir el olor característico de tener el mar tan cerca. Se ha levantado aire, lo que hace que Amelia esté a punto de caer de la bicicleta cuando giramos una última calle y vemos el puerto. Entre risas por el susto baja de la bicicleta y tras asegurarnos me indica hacia dónde ir. Pasamos caminando cerca de varios pescadores que nos devuelven el saludo con la mano cuando Amelia lo hace.

—¿Conoces a esos hombres? —le pregunto caminando a su lado.

—No, pero parecen buena gente —contesta risueña señalándome con la mano hacia dónde vamos.

—¡Ahh! —respondo sorprendido.

Entramos a un diminuto local con una barra frente a la puerta de entrada y varias mesas atestadas de robustos hombres. Jamás hubiera imaginado que Amelia, quien se dirige hacia el fondo del local después de localizar una pequeña mesa vacía, conociera este tipo de ambientes.

—¿Cómo es que conoces este sitio? —pregunto extrañado sentándome en una de las sillas.

—Una vez me lie con un marinero y nuestro aniversario lo celebramos aquí —contesta resuelta con una amplia sonrisa. Amelia estalla en una carcajada casi inmediatamente—. Si llegas a ver la cara que acabas de poner... ¡¡es broma!! Lo conozco por Bruno. Una noche salimos de copas y cuando iba a amanecer queríamos desayunar antes de ir a dormir y me trajo aquí. Solo quedábamos los dos. Gabrielle ya se había marchado... Es barato, se come bien y es lo único que conozco abierto a estas horas. Anda, dime, ¿qué quieres tomar?

—¿Alguna recomendación? —pregunto levantando una ceja negando con la cabeza por sus bromas sobre novios.

—¿Tienes hambre? —pregunta, y cuando le afirmo con la cabeza sonrío y se levanta—. Te pediré un desayuno completo.

Amelia no tarda en regresar con mi café y una botella de agua que abre y

de la que bebe tras meterse en la boca una pastilla. Me quedo mirándola cuando sonrío y señala con el dedo índice la parte de la cara magullada.

—¿Te duele mucho? —pregunto con pesar al observar los golpes en su rostro que ha intentado tapar con maquillaje.

—Solo un poco —dice con una mueca.

No pasa mucho tiempo hasta que un fornido camarero trae un plato enorme que coloca en mitad de la mesa y una descomunal infusión que aparece servida en un cuenco.

—Sabes que si te bebes todo eso no podrás dormir, ¿verdad? —le digo con una media sonrisa.

—No me afecta la teína, puedo dormir sin problema —dice dando un sorbo a su té.

—No es por la teína, vas a hacerte pis cada cinco minutos —digo riendo.

Amelia mira el cuenco indecisa. Todavía recuerdo las noches en las que se desvelaba para ir al cuarto de baño y los golpes que se pegaba a oscuras sin darse cuenta. Compartimos el desayuno como hemos hecho los fines de semana durante la misión juntos. Le doy la vuelta al plato y pongo lo que sé que le gusta más cerca de ella y me lo agradece con una leve sonrisa. Hablamos del tiempo que hemos pasado juntos, de las comidas, las rutinas que teníamos y cuando nos damos cuenta el local está casi vacío. Miro el reloj de pulsera, son las seis y media de la mañana y ahora mismo habrá amanecido. Decidimos andar por la arena hasta el mar.

—Sentémonos aquí y miremos al horizonte para ver el amanecer —dice decidida sentándose y dejando parte de su cuerpo caer hacia atrás hasta tumbarse.

—¿Ame? —digo confuso sentándome a su lado intentando llamar su atención.

—¿Sí? —contesta girando su rostro hacia donde estoy sentado observándola.

—Ame, no es por nada, pero el sol aparece por el otro lado —digo con una mueca.

Amelia no puede dejar de reír cuando se da cuenta de que lo que le digo es cierto.

—Lo siento, soy pésima para esas cosas —reconoce con la sonrisa más adorable que he visto en mi vida.

No puedo dejar de mirar sus labios y acercando una de mis manos le aparto un mechón de pelo que tiene sobre los ojos y que se mueve por el

viento que hace en esos momentos. Creo que voy a besarla. Es como si todo a nuestro alrededor se hubiera paralizado. Siento que Amelia se pone en tensión y de pronto me da un empujón con el brazo, se levanta y empieza a moverse dando saltitos.

—Tenías razón, tenías razón... me hago pis —dice saliendo en dirección contraria y gritando—. Vuelvo enseguida. No te vayas.

Me quedo un poco confuso por la situación mirando en la dirección hacia donde ha desaparecido Amelia corriendo. Está visto que tengo que pensar menos y actuar más. Ya ha amanecido y empiezan a vislumbrarse gente que acude temprano a correr por la orilla de la playa. Siento que mi teléfono móvil vibra en el bolsillo del pantalón y cuando miro la pantalla atiendo enseguida. Es del trabajo. Saben que hoy tendría el día libre, pero hay una reunión de urgencia en menos de media hora en la oficina. Me levanto del suelo y cuando vuelvo a mirar en la dirección en la que se ha marchado Amelia, la veo regresar dando saltitos alegremente.

—Ame, debo marcharme. Me acaban de llamar, tengo una reunión urgente —digo cuando ya está a mi lado. Amelia busca su teléfono móvil enseguida, pero no tiene ningún mensaje y ante su cara de tristeza le pongo una mano en el hombro y añado—. No te preocupes que si es algo de estas semanas te llamo y te pongo al día. —Nos dirigimos a paso ligero hacia las bicicletas—. ¿Estarás bien?

—Claro, tú entérate de todo. Yo me voy a dormir un rato —dice con una sonrisa resignada—. ¿Sabes llegar desde aquí?

—Sí, todo recto y luego a la derecha —respondo raudo.

Sin esperarlo me da un corto abrazo, un beso en la mejilla y se monta en su bicicleta dejándome allí junto a la bicicleta. «¡Joder! Tengo que solucionar esto de manera inmediata o en cualquier momento podría sufrir una combustión instantánea si se me acerca tanto», pienso mientras me subo a la bicicleta y empiezo a pedalear.

La reunión se hace interminable además de tediosa. Y si a eso le añadimos el cansancio del viaje más no dormir en toda la noche..., la última hora estoy de lo más agotado. Vuelvo a insistir a los jefazos que creo conveniente que Amelia acuda a las reuniones y me dicen que ya se ha solicitado. Han sido más de cinco horas discutiendo detalles y, cuando salgo de la reunión, voy directamente al ascensor y acciono el botón de la planta baja.

—Vaya, vaya, veo que ya has vuelto —dice Rachel subiendo al ascensor

en la primera planta—. ¿Amelia está arriba?

—Sí y no. Debe de estar durmiendo y yo voy a hacer lo mismo —digo forzando una sonrisa y despidiéndome con un gesto de cabeza.

—¿Xavi? —dice Rachel llamando mi atención—. Me encanta como te quedan los vaqueros en el trabajo, pero, por favor, quítate esa barba.

Me marchó a casa y cuando me miro en el espejo, al verme la barba no puedo evitar sonreír y decidir quitármela de una vez cuando me levante. Mando un mensaje a Pilar y le digo que ya estoy en casa. También la aviso de que cuando me levante la llamaré. Creo que ya no me queda nada pendiente, bueno sí, le mando un mensaje a Amelia.

Yo_04: 41 PM

Espero no despertarte, no te preocupes por la reunión el lunes hablamos. Me voy a la cama.

Amelia Navarro_04: 42 PM

¿¿Todavía no has ido a descansar?!?

Yo estoy todavía en la cama.

Yo_04: 52 PM

Ame, me gustaría hablar contigo este fin de semana...

Amelia Navarro_04: 52 PM

¿Algo grave?!?! ¿Estás bien?!?

Yo_04: 54 PM

Tranquila, solo es que me gustaría hablar contigo, siempre hay algo que se interpone...

Amelia Navarro_04: 56 PM

He quedado con los chicos para cenar mañana.
¿¡Nos tomamos luego algo juntos!?!

Yo_04: 57 PM
Perfecto

Amelia_04: 59 PM

Hoy no recibirás ninguna patada mía al girarme en la cama.
Descansa mucho. Nos vemos mañana

Lo que ella no sabe es que a pesar de que en muchas ocasiones me despertaba por las muchas vueltas que daba mientras dormía, adoraba sentir que estábamos tan cerca y realmente lo voy a echar mucho de menos.

Calculo que he dormido unas catorce horas seguidas cuando oigo el teléfono móvil que no deja de sonar. Es Pilar, que habla sin darme tregua. También hablo con mi padre, quien es mucho más parco en palabras, con Àngels y vuelven a pasarme con mi hermanita que me hace prometerle que este mes hablaremos de una posible visita.

Por segunda vez en mi vida me pongo delante del armario con las puertas abiertas sin decidir en un micro segundo qué ropa ponerme. Miro el reloj. Todavía queda una hora para la cena, pero yo ya me he afeitado, me he duchado y estoy aquí sentado en la cama mirando la ropa colgada en perchas. Me sudan las palmas de las manos, creo que estoy nervioso. Me paseo por la habitación con la toalla anudada a la cintura sin decidirme, hasta que suena un mensaje en el teléfono móvil, Bruno ya se marcha para el restaurante y decidimos ir juntos. Parezco un maldito crío con las manos sudorosas que vaya a pedirle salir por primera vez a una chica.

Las chicas llegan cuando ya estamos en la mesa tomando unas cervezas. Primero veo entrar a Rachel y, cuando se aparta, mi mirada se tropieza con la suya. Está increíblemente guapa, estoy seguro de que hasta Pilar le daría el visto bueno al instante. Sonríe y yo creo que me quedo paralizado con ese simple gesto. Gabrielle pasa por mi lado y me saluda.

—Me alegra que ya estéis en casa —dice dándome un abrazo.

—Te has afeitado... —apunta Rachel saludándome desde la otra parte de la mesa—. Así estás más bueno. Incluso te daría un “sí” sin dudarlo.

No puedo evitar poner cara de sorpresa mirándola extrañado.

—¿Un sí a qué? —pregunta Amelia, quitándose la chaqueta y dándome un abrazo haciendo que todo mi cuerpo tiemble y reaccione.

—Ya sabes. Sexo, pasión y cosas varias... —dice tranquilamente mientras fija la mirada en la carta del menú. Amelia y yo nos miramos y no podemos evitar soltar una carcajada mientras se sienta a mi lado y Rachel añade—, pero ya veo que llego tarde...

Amelia y yo examinamos la carta juntos. Sin apenas cruzar palabra sabemos lo que le apetece al otro. Ella va señalando con el dedo a la vez que me mira y sonrío.

—¿Tienes mucha hambre? —pregunta sonriendo dándome un pequeño empujón con su hombro—. Yo creo que si compartimos el entrante y el postre, con un plato para cada uno tendremos más que suficiente.

—Por mí está perfecto —confirmo mientras Amelia coge mi vaso y bebe mientras traen su bebida.

—¿Y vosotros dos desde cuando estáis tan compenetrados? ¡Dios mío! Pero si parecéis un matrimonio —interrumpe Rachel.

Amelia me mira y no puede evitar sonreír. La verdad es que con el comentario de Rachel los demás nos observan más detenidamente durante la cena.

—¡Joder! ¿Podéis dejar de mirarnos? —pregunta Amelia dirigiéndose a todos—. Nos llevamos bien, simplemente eso...

—Vosotros no simplemente os lleváis bien, vosotros dos habláis con la mirada, con el alma —sentencia Gabrielle.

—¿Se puede saber de qué narices habláis? —pregunta Bruno que acaba de saludar a unas chicas que iban a otra mesa y se reincorpora a la conversación.

—Eso, a ver si me dejáis comer tranquilo que tengo hambre —sentencio dándole un pequeño golpecito con mi rodilla a la rodilla de Amelia por debajo de la mesa.

—¿Qué día tú no tienes hambre? —pregunta irónica Rachel con una sonrisita.

La cena transcurre mejor de lo que me imaginaba. Amelia hace que todo sea sencillo. Excepto cuando regresan las amigas de Bruno a quienes parece que observa con recelo por la cercanía y confianza que una de ellas tiene hacia

mí. Llegamos al postre y cuando entre risas, las chicas también quieren compartir con nosotros, Amelia no deja de recibir mensajes de texto en su teléfono móvil. Noto que está inquieta y cuando el teléfono empieza a sonar y se ilumina sin cesar la pantalla, no puedo evitar mirar hacia ella. Es Ruud, alguien a quien por completo había olvidado. Amelia en dos ocasiones se levanta de su asiento y atiende la llamada, pero su rostro cuando regresa es triste y apagado. Saca su cartera y deja un billete sobre la mesa.

—Chicos, lo siento. Debo marcharme —dice con voz átona y, forzando una sonrisa, se gira hacia mí y me pregunta—. ¿Te importa que hablemos en otro momento?

—Tranquila, tampoco es que ya tenga mucha importancia —contesto más hosco de lo que pretendía.

—Ánimo —escucho que Gabrielle y Rachel le susurran.

—Gracias chicas —contesta también en un susurro, cabizbaja.

No entiendo nada, pero me quedo por un instante pensativo hasta que decido levantarme y hablar con ella. Todos se asombran, pero les informo que enseguida vuelvo mientras voy esquivando a la gente que entra a la sala. No la veo. Cuando consigo dejar atrás la gente que se agolpa en la entrada resguardándose de la lluvia que empieza a caer, la veo alejarse a paso ligero hacia un coche oscuro que la espera. Es Ruud, que se acerca a ella, la besa en la mejilla y pasándole el brazo por la espalda le abre la puerta del acompañante. Ella sube y desaparece con él. «¡Joder, joder, joder! Que estúpido he sido. He estado tan colgado de ella que he confundido las putas señales de amabilidad de buena compañera y amiga con las señales de alguien que siente algo», pienso llevándome las manos al rostro totalmente vencido y desecho por dentro. «¿Cómo he podido ser tan gilipollas? Al menos no la he puesto en la incómoda situación de hablar con ella, decirle lo que sentía, llevarme el patinazo de mi vida y luego tener que continuar trabajando con ella. Sería lo más incómodo del mundo», pienso intentando recuperar la respiración. La lluvia cae sobre mi cuerpo y cuando me doy cuenta y vuelvo a la realidad, estoy casi empapado. Definitivamente, tengo que terminar con esta situación, no puedo seguir aferrándome a algo que solo está en mi puta cabeza.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunta Rachel con una amplia sonrisa.

—Nada, pensaba que había visto a alguien —contesto pidiendo otra bebida cabreado.

—Ahh —responden Gabrielle y Rachel a la vez.

«¿Qué narices les pasa a estas dos hoy conmigo?», pienso mientras las observo iracundo.

En un momento de la noche las amigas de Bruno vuelven a nuestra mesa y quedan con nosotros para más tarde. Las chicas vuelven a mirarme con cara de enfado, «Joder, ¿qué narices les pasa hoy? Bastante mosqueado voy yo ya con la vida como para que cada vez que hable con una chica nos miren de arriba abajo», pienso irritado.

Salimos del restaurante y vamos a tomar unas copas. Pronto aparecen las amigas de Bruno, Jetta me propone que vayamos a dar una vuelta después de charlar durante parte de la noche. Yo acepto. Al fin y al cabo, soy un hombre libre, puedo salir con quien quiera y principalmente debo olvidar mi obsesión por Amelia. Esto mismo no creo que lo sientan los demás en la mesa, o más bien Gabrielle y Rachel que me miran con desaprobación. Le cojo de la mano y vamos a la barra. Allí, entre una cosa y otra me besa, y yo me dejo besar. Mi mente está confundida y no solo por la cantidad de alcohol que llevo ya en el cuerpo. Jetta me propone que nos marchemos de allí y acepto mientras nuestras manos se unen. Es una mujer increíblemente guapa, que tiene claro lo que busca y yo voy a disfrutar de ello. Voy abriendo camino entre la gente que se divierte en el local con sus copas en la mano y bailando al ritmo de la música, cuando la puerta de la entrada se abre y aparece una sonriente Amelia. Ella busca con la mirada a las chicas. Yo las observo en la lejanía cuando mi mirada se tropieza primero con la de Rachel que me observa con cara de asco y luego con la de Amelia, cuyos ojos de repente parecen tristes. Jetta tira de mi mano y poco a poco vamos acercándonos a la puerta. «¿Qué le sucede a Amelia? ¿Qué hace aquí?», pienso con el ceño fruncido. Es como si una losa le hubiera caído encima. Parece tan distante y triste inesperadamente que me toca el alma. Decido acercarme a ella antes de marcharme con mi pareja, pero Amelia se gira súbitamente y desaparece entre la multitud hacia las chicas que continúan en la mesa y siguen observándome con desaprobación hasta que salgo por la puerta.

Capítulo 10



El lunes, cuando llego a la oficina voy medio durmiendo. Vuelvo a enfrentarme a la realidad y, después de un fin de semana totalmente marcado por el sexo —no voy a decir que ha sido amor, porque no podría sostenerse por ningún sitio—, temo el momento en el que me tropiece con Amelia y me comporte de nuevo como un bobo esperando algo que sé que no va a suceder. «Joder, tiene pareja, en qué narices he estado pensando todo este tiempo».

Me dirijo hacia el ascensor después de pasar por la seguridad cuando escucho golpes en la máquina del café.

—¿Rachel? —digo cuando la veo golpeando la máquina.

—¡Joder, qué susto! —exclama dejando caer un café que lleva en la mano.

Rachel se mira los zapatos que milagrosamente no se han manchado y con papel absorbente que saca de un pequeño armario, se agacha y empieza a limpiar el suelo. Casi al instante un encargado de limpieza que hay por allí y nos ha visto acude y se encarga de todo.

—Dame un euro —me dice extendiendo su mano—. Tú has tirado mi café, tú pagas el siguiente.

Saco de la cartera un euro y lo introduzco en la ranura de la máquina. Ella selecciona el tipo de café y cuando se queda de nuevo enganchado y no cae el vaso, da un fuerte suspiro.

—Espera —le indico dando un fuerte golpe en el lateral de la máquina haciendo que el vaso descienda y empiece a caer el café.

—¡Vaya! Qué caballeroso —dice con una mueca divertida. Me alegra que vuelva a ser la Rachel descarada y cercana de siempre cuando añade—. Bueno, y dime... ¿qué tal tú fin de semana? ¿Movidito?

—Demasiado —le contesto sin pensar.

—¿Sabes? Esa mujer no es para ti —dice tranquilamente a mi lado mientras nos dirigimos hacia el ascensor.

—Ahh, ¿no? —pregunto sorprendido—. ¿Y quién es para mí, tú?

—Tal vez..., pero no. Tienes pinta de chulito y prepotente. Estás como para besar y lamer cada parte de tu cuerpo y tener siete orgasmos seguidos en una noche, pero no. Tú y yo chocaríamos como dos trenes de mercancías —dice con una mueca dejándome paralizado por su descaro—. Te mereces una persona que te valore, que vea tus cosas buenas, esas que intentas ocultar..., una persona que te admire por quien eres y que no pueda evitar una enorme sonrisa cada vez que esté contigo.

—Joder, Rachel. No sé qué decir, supongo que... gracias —digo confundido moviendo la cabeza y le aclaro—, pero esa persona no existe por ahora...

—Puede que sí que exista, pero que no la estés viendo —dice bajando del ascensor en su planta guiñándome un ojo.

Durante la mañana me tropiezo con Amelia en un par de reuniones. No nos sentamos juntos y yo intento no quedarme embobado cada vez que habla, se mueve o simplemente respira. Nos felicitan por nuestro trabajo y ya nos avisan de todo el papeleo que tendremos que rellenar.

—Navarro, disculpa —digo llamando su atención cuando terminamos la segunda reunión y veo que sale por la puerta mirando su teléfono móvil—. He solicitado que acudas a las reuniones conmigo en la octava planta y necesito que me firmes unos papeles.

—Vale —contesta resuelta con una leve sonrisa pero que parece forzada—. Mandármelos a la oficina y te los firmo enseguida.

—¿Estás bien? —pregunto interponiéndome delante de ella que ya se marchaba por el pasillo.

—Sí, claro. Estoy bien —dice ampliando su sonrisa, pero con ojos tristes—. Tengo un montón de papeleo pendiente. ¿Te importa? —me dice haciendo un pequeño gesto con el teléfono móvil para que me aparte de su camino.

—Claro, disculpa —digo apartándome y viéndola alejarse de mí en dirección a la escalera.

Sigue llevando una marca tremenda en el labio y un oscuro hematoma en el pómulo que me hunde el corazón en el pecho al verlo. Hoy tengo la mañana complicada y no bajo a comer. Pasan las horas y continúo encerrado en el despacho cuando tocan a mi puerta.

—Señor Martínez —anuncia Daina entrando.

—McAdams —contesto levantando la vista de los papeles que estoy revisando.

—Navarro me ha solicitado que le traiga esto antes de marcharme —dice

Daina alargando la mano y cediéndome dos sobres, uno de ellos acolchado.

—Gracias —digo examinándolos—. Gracias, McAdams.

—De nada, señor. Hasta mañana —dice cerrando la puerta tras salir.

Abro primero el sobre más pequeño acolchado y cuando saco una pequeña nota escrita a mano, cae sobre la mesa el sencillo anillo que ha estado llevando Amelia durante estas semanas en su mano. El anillo gira sobre sí mismo haciendo un peculiar sonido que hace que me quede alelado observándolo.

«Creo que es hora de devolver esto, no me di cuenta y lo traje conmigo. No sé a quién debo entregárselo, pero seguro que tú sabes qué hacer con él».

Lo cojo entre mis dedos y lo observo. Ese simple y pequeño objeto me hace recordar cada momento vivido con ella estas últimas semanas. Solo me saca de mi ensoñación el sonido del golpeteo de los nudillos contra la puerta. Es Bruno.

—Hola —dice entrando—. Ya me marchaba a casa. No te he visto en todo el día, ¿qué tal la vuelta? ¿Qué es eso que tienes en la mano? ¿Un anillo? ¿Qué te ha dado Jetta?

—¿Qué? —digo confundido—. No, no. No es mío y mucho menos para Jetta. Es maja, pero nada más...

—Me habías asustado —dice con una carcajada. Guardo el anillo de nuevo en el sobre y lo dejo en un cajón de mi escritorio. Bruno habla del fin de semana, de la amiga de Jetta, de Jetta y de no sé cuántas cosas más, entre ellas una cena que tiene pensada de dobles parejas—. No te veo muy entusiasmado...

—No, no. Es que llevo muchas cosas en la cabeza —digo acomodándome en el sillón—. No hay problema en cuanto a la cena.

—¿Sabes que las chicas pensaban que estabas casado? —dice cogiendo la foto que tengo con Pilar y observándola me explica tranquilamente—. No entiendo que embrollo se hicieron, pero creo que es por esta foto que tienes. Pensaban que ya eras papá.

Le quito la foto de las manos y la observo. La verdad es que la diferencia de edad entre ambos es notable, pero ¿casado? ¿con hijos? Me detengo por un momento y recuerdo que cada una de ellas ha observado la foto, pero el único que me preguntó por ella fue Bruno. «No sé de dónde habrán deducido eso con lo poco que cuesta preguntar. Total, me han preguntado descaradamente cosas más íntimas sin ninguna vergüenza», pienso volviendo a colocar la foto sobre la mesa.

A la mañana siguiente, cuando enciendo el ordenador, veo que Amelia ya ha enviado todo el engorroso papeleo de estas últimas semanas que teníamos que completar. Ayer, en uno de los sobres, también envió los papeles que me tenía que firmar. «¿Esta mujer es que no ha dormido en toda la noche?», pienso sorprendido.

Empiezo a organizar el día, no antes de traerme un café bien cargado y unas galletas. No es hasta la tarde cuando me doy cuenta de que no me he tropezado con Amelia en todo el día. Pero pienso que tampoco me vendrá mal intentar no necesitar verla a cada instante, porque eso es realmente lo que me pasa. Es como si estar con ella fuera un requisito para no encontrarme perdido. No tengo ningún pretexto para ir a su oficina o llamarla, así que me marcho a entrenar con el equipo y después a casa. Me tumbo en el sofá con las manos en el estómago mirando al techo. No puedo quitármela de la cabeza y no voy a engañarme, no lo consigo ni cuando he pasado la noche con Jetta. Tantos días juntos y ahora separarnos de golpe me ha dejado “tocado”.

Al día siguiente creo que soy la primera persona que llega al trabajo, así que subo al despacho y dejo la puerta abierta para escuchar quién llega después. «No tardará en llegar, ella siempre lo hace de las primeras», pienso inocentemente. Escucho llegar a casi toda la planta, pero no la he escuchado a ella. Puede que haya pasado sin que me diera cuenta, así que miro bien todos los correos electrónicos que me envió intentando encontrar una excusa para ponerme en contacto con ella. Cuando al final decido reenviar uno de sus correos electrónicos solicitándole una información, me llega al instante un aviso al ordenador.

“Buenas tardes y muchas gracias por su correo.

En este momento me encuentro fuera de la oficina, pero con mucho gusto le atenderé a mi regreso.

Por razones de confidencialidad y seguridad su correo no se reenviará.

*Para emergencias, por favor utilice el siguiente número de teléfono:
34 (1) 745896*

*Saludos cordiales,
Amelia Navarro”*

Me quedo sorprendido mirando la pantalla y tras unos momentos de desconcierto reviso el calendario. Amelia ha cogido libres unos días. A la

hora del almuerzo bajo a la cafetería con Bruno.

—¿Sabías que Amelia se ha ido de vacaciones? —pregunto disimuladamente.

—Sí, me lo dijo el lunes —contesta sin darle mayor importancia. En ese momento llegan las chicas y se unen a nosotros.

—¿De qué habláis? —pregunta Rachel curiosa.

—De las vacaciones de Amelia —contesta Bruno empezando a comer.

—¡Ohhh! Suertuda que seguro está disfrutando del buen tiempo —añade Gabrielle con una amplia sonrisa—. ¿No te habías enterado?

—No..., bueno sí..., vamos, que está en el calendario —contesto fingiendo normalidad.

Los tres se miran entre ellos sorprendidos.

—¿No te ha dicho nada? —pregunta Rachel con cara de sorpresa elevando la voz más de lo que me hubiera gustado

—Bueno, en realidad yo no soy su jefe, no tiene por qué informarme de algunas cosas —digo contrariado.

Las chicas se miran y continúan comiendo sin decir nada. Cuando vuelvo al despacho me siento delante del ordenador y busco su perfil de Facebook. No tiene nada visible y no ha actualizado nada. «¿Qué narices estoy haciendo?», pienso en un momento de lucidez. Ella no tiene ninguna relación conmigo. No soy su jefe permanente, lo ha dejado todo preparado para que no haya problemas en el trabajo durante su ausencia, además, esta noche he quedado con Jetta.

Los días se van sucediendo y aunque en un principio eche de menos la presencia de Amelia, me centro en el trabajo, los entrenamientos y en Jetta. No es que digamos estemos saliendo, es algo totalmente físico y nos vemos alguna que otra noche.

Uno de los días me salta una alarma en el calendario. Veo que Amelia acaba de acortar las vacaciones y vuelve el próximo lunes al trabajo. Lleva nueve días fuera y parece que ha sido una eternidad. Como el fin de semana anterior, las chicas no salen con nosotros. Cada uno tiene sus planes y Bruno y yo salimos con Jetta y una de sus amigas. Me he dado cuenta de que últimamente bebo más cerveza y mis salidas son más superficiales. Echo de menos hablar con Gabrielle o las locuras de Rachel, y obviaré decirme a mí mismo que también estar al lado de Amelia. Continuamos la noche en un local al cual podríamos llamar oscuro, por lo poco iluminado que está, pero muy de moda según Bruno. Entrelazo mi mano con la de Jetta y tiro suavemente de ella

cuando veo una mesa que uno de los camareros está limpiando. Bruno nos sigue con su pareja y tras unos instantes nos acomodamos y pedimos nuestras copas. La mesa es una de las más apartadas y Bruno no tarda, como buen italiano, en lanzarse a la conquista de su acompañante. Es una situación bastante incómoda y Jetta se ríe al ver mi cara de desconcierto y me besa. El camarero aparece con nuestro pedido cuando escucho una voz conocida pidiéndonos que nos movamos y hagamos hueco. Son Gabrielle y Rachel que, divertidas, nos preguntan cómo hemos podido encontrar sitio, ya que llevan un buen rato en la barra. Rachel señala hacia un punto en el que se fija mi mirada. Es Joseph y..., está hablándole al oído a Amelia. «¿Qué cojones está pasando?», pienso frunciendo el ceño. Justo en ese momento Amelia se gira y nuestras miradas se encuentran. Al instante una amplia sonrisa aparece en su rostro y me saluda con la mano. Al principio no sé cómo reaccionar, pero levanto la mano.

—Lo siento Bruno, búscate un hotel —dice Rachel entre risas cuando ve la cara de sorpresa de Bruno—. Hola, soy Rachel —añade alargando su brazo derecho con la palma extendida para saludar a la chica.

—¿No tenéis otro sitio adónde ir? —pregunta Bruno hosco.

—No, por ahora no, pero tú si puedes —dice Rachel forzando una sonrisa.

—Sentimos cortaros el rollo, pero es que ha empezado a diluviar y no hay sitio en ninguna parte —me comunica Gabrielle sincera.

—No te preocupes —contesto con una sonrisa.

Jetta mira con incomodidad hacia las chicas, pero Rachel sonríe y le hace un gesto a Amelia para que se acerque. Ésta le hace otro para que espere cuando veo a Rachel sacar su teléfono móvil y la observo mandándole un mensaje a Amelia, quien mira la pantalla de su teléfono móvil y vuelve a sonreír desde la barra.

—Ella traerá la bebida —dice con satisfacción sentándose y añade mirando hacia Jetta—. Bueno, ¿qué contáis? ¿qué hacíais?

—Necesito un momento —le digo a Jetta y añado—. Yo os traigo la bebida. Decidme qué queréis.

Me voy abriendo camino hacia la barra en dirección a Amelia y Joseph. Éste, cuando me ve llegar, me saluda dándome un corto abrazo y de repente me encuentro allí casi sin poder respirar mirándola a los ojos sin poder ponerme nervioso. ¿Cómo mirar a los ojos a Amelia, que es la mujer que más cosas me ha hecho sentir y decirme a mí mismo que debo alejarme de ella? Nos hemos

quedado los dos inmóviles y, tras unos segundos, Amelia sonrío y me da un tímido abrazo.

—Bienvenida forastera —digo abrazándola contra mi pecho.

«¡Madre mía, cómo la he echado de menos!», pienso sin poder soltarla.

—Gracias —dice con una leve sonrisa.

—¿Todo bien? —pregunto cuando Joseph nos avisa de que se marcha y nos deja solos en la barra.

—Siento no haberme despedido de ti —dice mordiéndose el labio—. Necesitaba..., necesitaba desconectar, aclararme y cierto espacio.

—¿Y lo has conseguido? —pregunto con una sonrisa.

—Creo que sí.

—Estás muy guapa y te has cortado el pelo —digo observando su rostro que ya no refleja ningún rastro de los golpes sufridos.

—Eso es que tú me ves con buenos ojos. Además, he estado en Valencia y he podido disfrutar de un poco de sol —contesta con una sonrisa más amplia. La camarera se acerca a nosotros y pido las bebidas de las chicas.

—Pensé que también disfrutarías de la próxima semana, tenías aprobados los días... —digo sacando dinero de la cartera para pagar las copas.

—Lo habría hecho, pero mi madre me estaba volviendo loca y el frío impedía que pudiera seguir disfrutando de la playa —bromea.

—¿Vamos? —digo sujetando las copas entre mis manos.

Amelia mira en dirección a nuestra mesa y mueve la mano en dirección a las chicas.

—¿Estáis con Jetta? —pregunta sin mirarme a los ojos.

—Sí, estamos todos... —titubeo por su pregunta.

—Es mejor que me marche a casa. ¿Sabes? Estoy algo cansada, será lo mejor —murmura y acercando sus labios a mi rostro me da un tímido beso en la mejilla y añade—. Despídeme de las chicas. Además, ya es tarde y he quedado con una persona.

—¿Ruud? —pregunto serio.

—Nos vemos el lunes —contesta Amelia a modo de despedida.

La veo desaparecer entre la multitud y es solo cuando la veo marcharse por la puerta del local que reacciono y voy hacia nuestra mesa con las bebidas de las chicas y otra cerveza para mí.

Capítulo 11



Realmente no sé qué ha pasado durante las vacaciones de Amelia, pero nuestra relación en el trabajo vuelve a ser impecable. Nos compenetramos a la perfección y eso es algo que todo el mundo percibe, no solo nosotros. Trabajar con ella es magia. Como si nos leyéramos la mente el uno al otro cuando nuestras miradas se unen. La semana la pasamos en un equilibrio casi inmejorable. Solemos llegar a la misma hora, desayunamos la mayoría de los días juntos mientras comentamos la agenda, acudimos juntos a las reuniones de la octava planta, incluso hemos adquirido la costumbre de pasar por el despacho del otro para bajar a comer juntos a la cafetería. En más de una ocasión los compañeros, por nuestra manera de actuar, han insinuado que tenemos algo más que trabajo. Pero se equivocan, todo es una excelente comunicación a la cual todavía no comprendo cómo hemos llegado y una perfecta sincronización cada día. Sin embargo, debo decir que todo ello se rompe casi en el justo instante en el que cruzamos las puertas de salida del trabajo. Los fines de semana ahora es como si me esquivara, es como si nos hubiéramos dividido en dos grupos. Por una parte los chicos y por otra las chicas. No es que quiera seguir trabajando con Amelia incluso en su tiempo libre, pero ha puesto una barrera totalmente infranqueable y es casi imposible quedar con ella fuera del horario de trabajo.

Una mañana la veo llegar al trabajo con unas terribles ojeras. Es lunes y me sorprende lo cansada que parece. Le pregunto nada más verla, pero enseguida ella le resta importancia y cambia el tema de la conversación a asuntos pendientes en el trabajo. Son varios días en los que Amelia parece apagada e incluso triste. Hacia el final de la semana, durante la comida tiene el teléfono móvil en la mesa y cuando empieza a iluminarse la pantalla con el nombre de Ruud, Amelia lo para casi al instante. Rachel y ella cruzan una mirada y cuando el teléfono vuelve a sonar, Amelia lo para y lo guarda en uno de sus bolsillos. No tarda en disculparse y levantarse de la mesa para marcharse de la cafetería. No puedo verla así de abatida, así que me disculpo

y salgo con la esperanza de alcanzarla. No está en el pasillo y el ascensor llega, baja gente y se vuelve a marchar. No pienso ni una milésima de segundo hasta que me dirijo a las escaleras. Escucho cómo alguien va subiendo y me asomo por el hueco.

—¿Ame? —digo inquieto.

—¿Xavi? —responde Amelia asomando la cabeza por encima de la barandilla.

—¿Vas al despacho? —pregunto acortando la distancia que nos separa.

—Sí, ¿sucede algo? —pregunta frunciendo el ceño.

—No, no —sentencio ya a su lado—. ¿Te importa que te acompañe?

Amelia duda por unos instantes y al final mueve la cabeza invitándome a que subamos juntos. Lo hacemos completamente en silencio. Creo que es lo que necesita en estos momentos, aunque no sepa el porqué.

—¿Tomamos un café? —pregunta cuando entramos en la planta casi en un susurro.

—Perfecto —contesto abriéndole la puerta y dejándola pasar.

Amelia continúa en silencio, entra a la salita y sin mediar palabra prepara el café como sabe que me gusta y luego el suyo. Hoy no se ha detenido a hacer la famosa espuma de su capuchino, esto confirma aún más que le pasa algo. Se sienta frente a mí, observa su taza, bebe a pequeños sorbos y de vez en cuando hace una respiración profunda que termina en una especie de resoplido. Cuando termina su café, levanta la mirada en silencio y me observa.

—Gracias por acompañarme —dice tímidamente Amelia.

—De nada —digo volviendo a dejar mi taza sobre la mesa—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que necesites, ¿verdad?

—Lo sé —dice con una mirada triste.

Amelia baja de su taburete, retira las tazas y con una pequeña inclinación de cabeza a modo de despedida se marcha.

Me voy a mi despacho preocupado y no se me ocurre otra cosa que buscar en el listín telefónico interno y marcar. Lo hago por inercia, creo que ni he pensado las consecuencias.

—¿A qué debo el honor? —escucho al otro lado de la línea con diversión en la voz.

—¿Te apetece tomar un café conmigo? —pregunto.

—¿Estás ligando conmigo? —escucho asombro en su voz.

—Rachel, no —digo sorprendido.

—Ahh, ¿entonces qué quieres? —pregunta altanera.

—¿Acaso no puede apetecerme tomar un café contigo? —le pregunto tenaz.

—Ambos sabemos que algo hay detrás... dime, ¿qué te preocupa? —pregunta haciendo que vuelva a ponerme en tensión.

—Sabes si..., Rachel..., ¿sabes si ella está bien? —pregunto tras dar algún que otro rodeo.

—Supongo que te refieres a Amelia... —dice con voz seria y pausada.

—Sí... —Me doy cuenta de que lo digo casi en un susurro.

—Es muy bonito que te preocupes por ella, pero es Amelia la que tiene que decidir si quiere contar sus cosas, espero me disculpes —dice Rachel con sensatez por una vez y, tras unos instantes en silencio añade—. Y Xavi, supongo que todos en algún momento de nuestra vida necesitamos ciertos momentos de soledad, lo único que podemos hacer es que ella sepa que, si nos necesita, nos encontrará.

—De acuerdo. Gracias —digo serio.

—De nada guaperas —contesta con su tono de voz habitual—. Me debes un café.

—Cuando quieras —contesto.

Tras despedirnos me concentro en varios datos que me ha pasado Amelia para que los compare hasta que miro el reloj inquieto. Debería salir ya hacia el aeropuerto para llegar antes de que aterrice el avión de Pilar. Tras pensarlo unos minutos, apago el ordenador y tras cerrar la puerta me dirijo al despacho de Amelia. Daina me recibe con una especie de gruñido al que ya estoy acostumbrado. Está sumida en su trabajo, pero levanta la mirada.

—Navarro ya se ha marchado, ¿algo urgente? —pregunta con desparpajo.

—Ahh, nada. Ya la veré el lunes. Nada urgente. Que tengas buen fin de semana, Daina —digo pensativo.

—Tú también, sonrisa bonita —dice sonriente cuando me despido dando un leve toque con mi mano en su ordenada mesa.

No puedo evitar reír por los siempre osados comentarios de Daina, pero a la vez me voy pensativo hacia el aparcamiento.

Es viernes y tengo suerte de no coger mucho tráfico camino al aeropuerto. Apenas quedan diez minutos para que el avión aterrice cuando aparco el coche y salgo a la carrera hacia la terminal de llegadas. Me detengo apenas dos minutos en la tienda de flores, giro y casi al instante veo a Pilar entrando a la zona de recogida de maletas. Cuando discutió conmigo sobre su billete, y digo discutir ya que eso es lo que pasó, insistió en que a pesar de venir solo para un

fin de semana le añadiera una maleta de veinte kilos a su billete. De repente se gira y me ve. Su sonrisa se amplía de una forma espectacular y empieza a dar saltitos señalándome la cinta donde se supone que en breve saldrá su maleta. Yo soy bastante más discreto que ella, a pesar de la enorme alegría que me produce tenerla cerca.

—*Tete* —dice alegremente tirándose a mis brazos.

Le entrego el pequeño ramo de flores que le he comprado con lazo enorme y globo incluido que examina orgullosa.

—Ya estás aquí —digo con una sonrisa pasándole un brazo por los hombros y haciéndome cargo de su maleta y su bolsa de mano.

—Son preciosas y sabes que no tenías que comprarlas, pero me superencantan —dice risueña y emocionada cargando con sus flores.

En dirección al aparcamiento, Pilar me hace detenerme en tres ocasiones, sobre todo para immortalizar el momento junto a las letras que hay a la entrada del aeropuerto. Me hace repetir la foto en cinco ocasiones hasta que finalmente queda satisfecha y murmura no sé qué de filtros toqueteando la pantalla de su teléfono móvil. Va observándolo todo, sospecho que todavía no se cree que está allí. Es la primera vez que vamos a pasar unos días juntos y no niego que en ocasiones me ha entrado algo parecido al pánico por no saber qué hacer con ella durante su estancia.

Va por el camino hablando sin parar. Que el vuelo ha sido perfecto, que todo es verde, que si hay mucho tráfico, así hasta que saca una lista de su mochila y me indica todo lo que obligatoriamente tiene que ver antes de marcharse. Muchas de las cosas de las que va enumerando ya las tenía yo anotadas mentalmente hasta que me mira con una sonrisita.

—Y si no te comportas como un carca también al barrio rojo y a un *Coffee Shop* —dice tranquilamente.

—¿En serio quieres? —pregunto frunciendo el ceño—. ¿No te apetece más ir de museos y monumentos?

Pilar estalla en una carcajada y se inclina recostándose en su asiento.

—Me encantaría ver todas esas cosas, pero me conformo con estar contigo sea donde sea que tengas pensado llevarme, pero, por favor, hermanito que sean cosas apasionantes —dice con una enorme sonrisa.

—Los museos son apasionantes —confirmo guiñándole un ojo.

—Y las marchas fúnebres también —dice riendo y girándose hacia la ventanilla admirando el paisaje emocionada.

Decidimos ir directamente a casa a dejar las maletas y quedarnos a cenar

por el barrio. Mañana ya iremos a conocer la zona majestuosa del centro. En un principio pensé en ir al Hudson y asegurarme de que Amelia está bien, pero se ha hecho muy tarde y está en la otra parte de la ciudad. Tras aparcar, Pilar mira a un lado y a otro emocionada y, cuando le indico el número de la casa, da una especie de saltitos con palmas. Todo parece indicar que me da su aprobación así que abro la puerta y mientras cargo con todo su equipaje ella sube al salón.

—¡*Guauuuu!* —exclama entre emocionada y paralizada.

—¿Qué sucede? —pregunto dejando la maleta junto a la escalera.

—Tu salón es..., ¿cómo denominarlo?... es... —dice intentando buscar las palabras adecuadas.

—¿Minimalista? —pregunto sin poder evitar una carcajada.

—Minimalista se queda grande hermanito. Tu salón está desangelado —dice con una pequeña mueca de extrañeza.

—No he tenido tiempo. —me justifico con un movimiento de hombros.

—Llevas aquí ya meses y... meses y... meses —dice dramáticamente.

Pilar me sigue por toda la casa mientras se la muestro rápidamente y me va realizando observaciones de qué cosas pondría y cuáles no. Cenamos en uno de los pequeños restaurantes que hay en la calle comercial del barrio y Pilar no deja de hablar ilusionada por su estancia.

Tras la cena, damos un pequeño paseo hasta uno de los laterales de Malieveld⁹. Desde allí le muestro en el horizonte el *skyline* del centro de la ciudad. Llegamos a casa y aun estando los dos agotados por haber madrugado, nos quedamos hasta bien entrada la noche charlando en el poco atractivo sofá del salón.

El día siguiente amanece sin nubes y brilla el sol, así que le propongo a Pilar que vayamos a la playa a desayunar. Creo que nuestra ruta podría empezar por allí y luego ir decidiendo sobre la marcha. Desayunamos en una de las cafeterías que hay en el paseo y decidimos ir hasta el famoso muelle para que Pilar pueda hacer su sesión de fotos para sus redes sociales. Cuando yo tenía su edad, todo era muy diferente. Aún con el café en la mano, vamos paseando. Hay escasos visitantes a esas horas tan tempranas, apenas dos o tres personas en la parte de arriba del muelle. Al fondo, una de ellas llama mi atención. Está mirando al horizonte, sentada en uno de los bancos con las piernas cruzadas y bebiendo café. Lleva gafas de sol y cuando el aire que se ha levantado agita su pelo y con un pequeño gesto mueve la cabeza para apartárselo la reconozco enseguida. Sin darme cuenta me he detenido y la

observo. Pilar, que está a unos cuantos pasos de mí, me observa y luego mira hacia donde yo lo hago.

—¿La conoces? —pregunta acercándose a mí.

—Sí —confirmo de manera tan escueta que Pilar levanta una ceja y me lanza una mirada interrogante.

—¿Y no vas a saludarla? —pregunta astuta.

Pilar vuelve a mirarme detenidamente.

—Claro —digo empezando a caminar de nuevo.

No sé si es un sexto sentido, pero, de repente, Amelia se gira hacia nosotros. Veo que nos observa, se levanta las gafas de sol colocándoselas sobre el pelo y con una sonrisa levanta la mano derecha a modo de saludo.

—Buenos días —dice alegremente descruzando sus piernas y poniéndose de pie para saludarnos.

—¿Qué haces por aquí tan temprano? —pregunto.

—Necesitaba pensar y el mar siempre me ayuda —dice serena.

—¿Ame, recuerdas esa foto que tengo en el despacho? —pregunto con una sonrisa.

—Sí... —responde Amelia dubitativa.

—Pues te presento a Pilar, mi hermanita pequeña —sentencio guiñándole el ojo completamente orgulloso.

—¡Ohh! ¿Tú hermana ha venido y no nos has dicho nada? —pregunta con una amplia sonrisa y alarga su mano amablemente hacia Pilar para estrechársela—. Hola. Soy Amelia, trabajo con tu hermano...

Pilar instintivamente se acerca y le da dos besos.

—Vaya, perdón —dice Pilar cortada por el momento—. Es extraño esto de la mano.

Yo miro a Amelia que sonrío abiertamente y no puedo evitar reír también. Creo que en ocasiones nos olvidamos de la costumbre española de dar dos besos al saludar y no la mano. Durante unos minutos permanecemos charlando con ella. No entiendo por qué Pilar coge tanta confianza y le cuenta parte de nuestros planes para el fin de semana. En un momento dado, se levanta y se aleja dando saltitos hacia el final del muelle dejándonos solos.

—Es intensa, ¿verdad? —le pregunto a Amelia sin poder evitar reír.

—Totalmente —contesta mirando hacia donde está Pilar haciendo fotos—. Pero ¿quién no lo era a su edad? Van a ser unos días cargados de emociones...

—Espero poder aguantar tanto entusiasmo —digo serio.

—Lo superarás —dice Amelia entre risas.

Regresamos al paseo los tres charlando de los planes que tiene Pilar, aunque ella, atenta a los consejos que le va dando Amelia va cambiándolos. Hay sitios que le recomienda visitar que ni yo mismo conozco.

—¡Podrías venir con nosotros! —exclama de repente Pilar para mi sorpresa.

Amelia primero se queda paralizada en silencio, pero me mira y no puedo evitar hacer un leve movimiento de hombros expectante a su contestación. No sé si tiene planes, pero a mí me encantaría pasar tiempo con ella y Pilar parece que ha tenido una extraña conexión con ella.

—*Buenoooo...*, yo... —titubea Amelia.

—No te preocupes. Ha sido todo muy de repente y seguro que tienes planes... —digo raudamente un poco avergonzado por avasallarla de esta manera.

—No..., la verdad es que no tengo planes, pero debo ir al centro a comprar algunas cosas y he quedado con las chicas para almorzar—dice con una pequeña mueca—, pero no sé si vosotros habéis quedado con alguien más..., ya sabes... con... con otra persona...

—No hemos quedado con nadie más, ¿verdad? —me pregunta Pilar expectante y se gira y se dirige a Amelia— ¿Te apuntas?

—Me apunto —dice mirándome a los ojos con esa sonrisa que hace que se me revolucione todo el cuerpo.

Acompañamos a Amelia hasta su bicicleta. Ella irá a su casa y nosotros terminaremos de ver el paseo de Scheveningen para luego vernos en el centro.

—¡Te gusta esa chica! —exclama eufórica Pilar.

—¿*Quééé?* —pregunto sorprendido por sus palabras.

—No lo niegues, la miras de una forma especial y ella también lo hace —sentencia—. Deberías invitarla a salir, si no lo estáis haciendo ya.

—Pilar, es una compañera de trabajo —digo en un suspiro mirándola con el ceño fruncido.

—¿Y? —pregunta Pilar gesticulando con las manos.

—Que también tiene novio... —matizo mesándome el pelo entre los dedos, pensativo.

Voy enseñándole a Pilar los pocos rincones que me doy cuenta que conozco de la ciudad. Todo lo que conozco son bares, zonas de deporte y las tiendas que hay en el barrio cerca de casa. Me alegra que al final, Amelia haya accedido. Estoy seguro de que ella conocerá muchos más sitios en los que Pilar pueda sentir algún interés.

Dejamos el coche en casa y vamos caminando hacia el centro de la ciudad. Apenas llevamos diez minutos caminando y Pilar empieza a lloriquear haciendo muecas tristes quejándose de que tiene hambre. Miro el reloj. Es pronto, pero seguro que encontramos donde poder sentarnos a comer algo. Quería llevarla a Plein, pero a este paso, dudo de que no tenga que cogerla en brazos para llegar, si continúa quejándose de la manera que lo hace. Pilar habla como si no hubiese un mañana poniéndome al día de todos los asuntos familiares que me pierdo al estar viviendo fuera. Cuando terminamos el almuerzo continuamos nuestro paseo deteniéndonos en los edificios más emblemáticos de la ciudad hasta llegar al centro donde hemos quedado con Amelia.

—Vaya, vaya, vaya, quién está aquí... —dice con guasa Rachel cuando nos ve llegar a la plaza donde están almorzando.

—Podemos volver más tarde si todavía no habéis terminado —digo un poco inquieto.

—No, no te preocupes, ya hemos terminado. Estábamos pensando sitios para llevar a tu hermana —dice enseguida Amelia con una tímida sonrisa—. Enseguida nos vamos si queréis.

Las chicas se presentan y Rachel intenta sacarme los colores en varias ocasiones lo que causa que Pilar no pueda evitar reír por su locuacidad. Incluso en una de las servilletas hacen un listado con todo lo que van nombrando de sitios adonde ir y Pilar va moviendo la cabeza indicando su agrado o desagrado. Finalmente nos levantamos y empezamos a caminar por las concurridas calles del centro. Ellas van entrando y saliendo de las diferentes tiendas mientras yo las acompaño, cargado con todas las bolsas. Nunca llegaré a entender esa felicidad que les causa entrar a ver tiendas. Solo hay una en la que me niego a entrar con ellas y es la de ropa interior. Por el bien de mi salud prefiero no imaginarme a Amelia con tan poca ropa.

—Nosotras ya nos vamos. Pilar, ha sido un placer —dice Rachel dándole un fuerte abrazo y cuando se gira hacia mí me da un manotazo en el brazo y añade—. Es sorprendente lo diferentes que pueden llegar a ser los hermanos. Tu hermana tan encantadora y tú siempre tan borde y arisco.

En esos momentos me encantaría estrangular a Rachel, pero cuando veo lo sonrientes que están Pilar y Amelia se me pasan las ganas. Vamos caminando y Amelia le va contando a Pilar un sinfín de detalles de la ciudad que yo ni conocía. Esta vez ellas han decidido que vayamos a cenar en bicicleta y Gabrielle, que vive en la misma calle que yo, aunque no vaya a

cenar con nosotros, se ha ofrecido a prestarnos una para Pilar. Así que, tras recoger la bicicleta, nos vamos a casa a descansar y prepararnos para la cena.

—¡¡Ohh, madre mía!!—exclama Pilar lanzándose al sofá—. Hacéis una pareja perfecta.

—¡¡Pilar...!! —le llamo la atención.

—Me da igual lo que digas —sentencia abrazándose a un almohadón que tengo por ahí tirado.

—Pilar, tiene un novio asquerosamente perfecto, no podría competir con eso. Además, el trabajo lo prohíbe... —me lamento.

—¿Desde cuándo te han parado a ti las normas por algo que crees de corazón? —pregunta Pilar mirándome muy fijamente y seria—. Además, el corazón no entiende de perfecciones a la hora de enamorarse. Yo solo sé que ella te mira y no puede evitar sonreír y tú haces lo mismo. Es magia, saltan chispas y como no solucionéis lo que os está pasando os vais a quemar.

Por suerte para mí, hoy es uno de los pocos días que Pilar no me hace esperar mucho hasta que está preparada para salir. Mi hermanita pequeña ya ha crecido y se la ve espectacular.

—Sabes que por mucho que te arregles no voy a dejar que ningún chico se acerque a ti, ¿verdad? —digo con una amplia sonrisa pasándole un brazo por los hombros.

—Vas a estar demasiado ocupado babeando por Amelia con el vestido que se ha comprado para esta noche —replica orgullosa dejándome sin palabras.

La noche se ha quedado perfecta y, a pesar de que al principio temo que Pilar no controle ir en bicicleta, lo hace perfectamente hasta llegar a casa de Amelia.

—Perdón, perdón, perdón —grita Amelia cuando se abre la puerta por el hueco de la escalera—. Subid, termino en tres minutos, pasad un momento.

Mientras yo le respondo que no se preocupe y que esté tranquila, Pilar pasa al salón y empieza a gesticular en mi dirección.

—Vaya, se nota que trabajáis juntos. Nada de fotografías a la vista para cotillear —cuchichea observándolo todo—. Tiene buen gusto y al menos ha decorado un poco la casa —anota en el preciso instante que se detiene y mira un jarrón lleno de flores en el centro de la mesa del comedor y susurra llevándose las manos al corazón—. Son peonías rosas...

—Sí, rosas y blancas. Son mis favoritas —apunta Amelia a escasa distancia causando que los dos nos sobresaltemos.

Miro a Pilar serio.

—Son preciosas —dice con fascinación Pilar.

—Gracias —responde con una sonrisa.

Pilar no se ha equivocado. Amelia está increíble y no puedo evitar mirarla como un bobo hasta que Pilar me da un pequeño codazo que me hace reaccionar.

—Estás muy guapa —reconozco tímidamente.

No sé por qué hoy parecemos más cortados el uno con el otro, puede que sea por la presencia de Pilar.

Disfrutamos de nuestro paseo en bicicleta hasta Plein mientras Amelia hace de guía turística para Pilar. No se puede llegar ni a imaginar lo mucho que me está ayudando a que ella disfrute de su estancia y lo mucho que lo estoy haciendo yo conociéndola mejor fuera del trabajo. La velada es de lo más agradable con charlas, risas y algún que otro momento bochornoso cuando salen a la luz pequeñas anécdotas vergonzosas. Decidimos pasarnos por la terraza donde han quedado las chicas con Bruno para tomar una copa. Todo es perfecto, el tiempo, la compañía, la charla..., hasta que Jetta hace su pequeña aparición. Me había dicho que ese fin de semana se iría al norte con su familia, pero ahí está, sería frente a nosotros con un par de amigas. Saluda de manera muy escueta a todos y yo le presento a Pilar. No es algo que había programado. Jetta y yo siempre dejamos las cosas claras en nuestra especie de relación. Al menos yo lo tenía muy claro por eso nunca tuve intención de pasar tiempo con ella y con Pilar juntas.

—¿Podemos hablar un momento? —me pregunta Jetta con una expresión seria.

—Claro —digo levantándome de mi silla y siguiéndola unos pasos donde ella se aparta de todos para que podamos tener un poco más de intimidad.

Para mi total sorpresa, Jetta me echa en cara que no haya quedado con ella para conocer a Pilar, yo, rápidamente le replico que ella me dijo que iba a estar fuera. La verdad es que últimamente nuestra relación no ha ido como al principio. Al principio quedábamos muy de vez en cuando, pero últimamente está ejerciendo un férreo control de mis movimientos que está llegando a asfixiarme. Es más, durante todo este tiempo de idas y venidas, ambos hemos estado con más gente, pero cuando Amelia está cerca siempre se enfrenta a mí. Pasa del “te echo de menos” al “ves como yo tenía razón” en cuestiones de segundos y saca su cara más celosa y fría. No es un momento agradable, pero intento que se dé cuenta de que todo lo que me está echando en cara yo se lo

había dejado claro desde el principio y convenimos que lo más acertado es distanciarnos.

Cuando vuelvo a la mesa, Pilar me mira levantando una ceja con sorpresa y los demás me miran con, llamémosle, muy poca amabilidad. Intento unirme de nuevo a la conversación, pero todo se vuelve más distante.

Nada más llegar a casa tengo una fuerte discusión con Pilar cuando ve que en mi teléfono móvil no deja de iluminarse el nombre de Jetta.

—Pilar, no te metas en cosas de los adultos —sentencio cabreado.

—¿Cosas de adultos? ¿En serio? Pues te estás comportando como un niño jugando con esa estirada mientras te gusta otra persona, no lo niegues —espeta Pilar.

—¿Niño? Pilar, cuando crezcas te darás cuenta de que no siempre podemos conseguir lo que queremos —alego serio dejando las llaves sobre la mesa del salón y volviendo a cortar una llamada entrante.

—Ah, claro, y en lugar de intentarlo, pierdes el tiempo con una tía arrogante que te mete mano incluso delante de tu hermana pequeña —despotrica Pilar subiendo en dirección a su habitación.

—Pilar, no me ha metido mano —digo con un fuerte suspiro llevándome las manos a la cara.

—Eso es porque la has parado. Deja de tratarme como si fuera estúpida. Ya no soy tan pequeña y sé dónde se encuentra el cerebro de un tío..., en la polla —reprocha cerrando la puerta de su cuarto dejándome parado por su forma de hablar y escuchándola gruñir tras la puerta— ¡Jooooo! Pensaba que tú eras diferente...

Finalmente, contesto a la llamada de Jetta para ver qué le sucede ahora. Al instante me doy cuenta de que no ha sido la mejor opción, pero la escucho, deo que se desahogue y me mande a la mierda en un par de ocasiones. Todo esto me lo he buscado yo solito pensando que teníamos las normas claras. Cuando finalizo la llamada no escucho ruido en el piso de arriba, así que supongo que Pilar se habrá dormido. Le daré espacio y mañana hablaré con ella. Enciendo el ordenador portátil y me tumbo en el sofá a revisar cosas de trabajo. Es lo mejor que puedo hacer para dejar de pensar en todo lo sucedido.

—*Tete* —murmura Pilar a mi lado cerrando el portátil y dejándolo sobre la mesa—. Deberías ir a la cama. Te has dormido.

—Te he despertado, perdona —digo bostezando.

—No, no lo has hecho, pero no podía dormir y no te he oído subir a la habitación —murmura con cara tristonera.

Me incorporo lentamente.

—¿Qué te sucede enana? ¿Puedo ayudarte? —digo dando dos palmadas en el hueco del sofá que ha quedado libre para invitarla a que se siente.

—Soy una bruja —dice con una mueca.

—¿Por? —pregunto sorprendido.

—Tu amablemente me invitas a venir aquí y yo me enfado contigo por no elegir a la persona que creo que es la correcta para ti. Siento haber sido una borde, *tete*. Yo tampoco la conozco tanto para creer que elijo mejor que tú a las personas. No soy quien para meterme en tu vida..., pero es que con una de ellas ha sido todo tan fácil y la otra me ha mirado de arriba abajo, he entrado en una crisis instantánea y he pensado que al mirarme así no le ha gustado lo que ha visto y entonces te apartaría más de nosotros... —confiesa en una especie de verborrea con tristes pucheros infantiles sin poder continuar.

—Ehh, ehh, Pilar...—chisto pasándole un brazo por los hombros y atrayéndola hacia mi cuerpo—. Yo jamás estaría con alguien que no te aceptara.

—¿Me perdonas? —pregunta lloriqueando.

—No hay nada que perdonar. Además, con Jetta está todo aclarado —digo con un fuerte suspiro—, pero Pilar..., soy tu hermano mayor, no digas tantas palabrotas o tendré que lavarte la boca con agua y jabón.

Le hago cosquillas causando que empiece a revolverse y me lleve más de una patada dejándome fuera de combate en el suelo.

El domingo nos levantamos pronto y nos vamos a Ámsterdam. Por el camino Pilar va indicándome todo lo que quiere ver siguiendo un pequeño plano o mapa que le hicieron las chicas ayer. Pasamos un día increíble, entrando y saliendo de tiendas, comiendo en una pequeña plaza y descubriendo todos los rincones que me va indicando. Cuando regresamos a última hora a casa, creo entender su inicial petición para facturar una maleta. Tiene bolsas que invaden media habitación y parte del salón con sus compras.

El lunes, antes de llevarla al aeropuerto paso por el despacho para un asunto urgente del que me han avisado, pero olvido que hoy en la zona del aparcamiento se celebra una especie de festival en el que ayudan casi todos los departamentos para recaudar dinero para colaboraciones. No puedo meter el coche, así que dejo el coche subido a la acera, aviso en la garita de seguridad y tras pedirle a Pilar que por favor me espere, subo lo más deprisa que puedo para que no pierda su vuelo.

Para mi sorpresa, cuando salgo veinte minutos después, veo a una

sonriente Pilar abrazando y despidiéndose de las chicas que me recuerdan que es obligatoria la asistencia al festival y que cuentan conmigo para cuando regrese del aeropuerto en una hora.

Capítulo 12



Cuando consigo aparcar y entrar de vuelta al trabajo, escucho una especie de discoteca móvil totalmente desafinada. Creo que mi equipo está en la parte trasera y tienen una especie de concurso de puntería en el que se lanza una pelota y caemos a una piscina con agua congelada por todo el hielo que contiene. Joseph fue muy listo cuando lo propuso. Todos los que tenemos la mejor puntería estaremos en la parte trasera de la atracción así que es muy poco probable que caigamos al agua y presumiblemente recaudaremos bastante dinero sin apenas esfuerzo. El departamento de Amelia tiene una especie de concurso de comida y venta, pero no veo a Amelia por ningún sitio. Joseph y yo vamos recorriendo el aparcamiento y la planta baja estudiando a nuestros “rivales” cuando no me sorprende mucho ver que el departamento de Rachel tiene montado una especie de karaoke. Ella está en el escenario y parece de lo más emocionada cuando empieza a sonar una melodía, así que decidimos coger un refresco y sentarnos a observar.

Empieza a sonar una canción y tanto ella como Gabrielle cogen un micrófono, y la cantan cambiándole un poco la letra. Donde “chico” lo cambian por “chica” y viceversa.


♪♪♪ [10](#)

...

*'Cause girls like you
Run around with guys like me
'Til sundown, when I come through
I need a girl like you, yeah yeah*

*Girls like you
Love fun, yeah me too
What I want when I come through
I need a girl like you, yeah yeah*

Yeah yeah yeah
Yeah yeah yeah
I need a girl like you, yeah yeah

...

Cuando acaban empezamos a aplaudir sin medida e introduzco mis dedos en la boca para silbar por su entusiasmo a la hora de interpretar.

—¿Habéis visto a Amelia? —pregunto a Gabrielle acercándome a ella.

—Creo que estaba en su departamento ayudando a preparar unos *Crêpe Suzette*¹¹ —dice con una amplia sonrisa Gabrielle.

—¿Van a flamear? —pregunta Joseph divertido—. Eso no me lo pierdo.

—¿Cómo narices han metido alcohol en el recinto? —pregunto frunciendo el ceño temiendo que pueda meterse en un lío.

Rachel se queda con uno de los micrófonos en la mano animando a la gente a participar y aportar dinero. Yo sigo a Joseph y Gabrielle sigue nuestros pasos. De repente Schmidt me entretiene hablándome de una reunión urgente y de que nuestro puesto está desatendido. Estoy intentando cortar la conversación cuando se oye la comprobación de uno de los micrófonos y a continuación unas notas musicales totalmente desafinadas que hace que Schmidt se gire frunciendo el ceño.




Oh-oh-oh-oh-oh! Oh-oh-oh-oh-oh-oh!

Caught in a bad romance

Oh-oh-oh-oh-oh! Oh-oh-oh-oh-oh-oh!

Caught in a bad romance


...

—¿Esa es Navarro? —pregunta sorprendido.

—... creo que sí —digo intentando controlar mi asombro por el entusiasmo en la interpretación.

—¡Madre mía! ¡Qué mal canta! —dice sin poder evitar reír abiertamente.

—Peor que si la hubiera poseído Satanás —digo haciendo una mueca mientras seguimos observando a Amelia que sigue la letra de la canción en la pantalla.

 ¹²

...

*I want your love and
I want your revenge
You and me could write a bad romance
(Oh-oh-oh-oh-oooh!)
I want your love and
All your lovers revenge
You and me could write a bad romance*

*Oh-oh-oh-oh-oh! Oh-oh-oh-oh-oh-oh!
Caught in a bad romance*

*Oh-oh-oh-oh-oooh! Oh-oh-oooh-oh-oh-oh!
Caught in a bad romance*

...♪♪♪

Definitivamente canta de puta pena y va ebria, pero su actuación en el escenario también ha creado una cierta expectación. Ella suele ser bastante comedida en este tipo de actos y más en el trabajo. Intento llevarme a Schmidt para que no pueda tener consecuencias, no sin antes acercarme a Joseph y pedirle que baje a Navarro de ahí y que le quite el micrófono de las manos. Schmidt no está por la labor de acompañarme. No encuentra nada más atrayente que observar frunciendo el ceño y con sorpresa los berridos que en este momento está dando Amelia. No se me ocurre otra cosa que tentarlo a tirarme en la mini piscina de agua, insinuando su mala puntería. Sé que con eso me voy a llevar un tremendo remojón. La puntería de Schmidt siempre ha sido muy buena. Ya me había cambiado y voy en ropa de deporte, así que mientras él paga, yo me subo a la plataforma y me siento en ella con los pies colgando.

—¿Vas a tirarme a la primera o tendrás que utilizar las tres opciones? — instigo descaradamente para que deje de mirar hacia donde se encuentra Amelia quien todavía no ha dejado de cantar.

Para mí regocijo Schmidt falla los tres intentos y tras sacar su teléfono móvil, atiende una llamada y me avisa de que más tarde volverá a intentarlo. Apenas unos segundos después veo llegar a Joseph junto a Amelia sin dejar de reír. Lo hacen de una manera muy poco discreta lo que me corrobora que ha bebido.

—¿Qué quieres? —me pregunta a bocajarro nada más colocarse enfrente de mí.

—¡¿Que no te metas en líos?!... Puede que sea lo que quiero —digo serio

arqueando una ceja.

—Ohh, vaya, vaya —contesta faltona riendo.

—Amelia, necesito que me ayudéis en una cosa —digo prudente intentando que no se venga arriba. La verdad es que nunca la había visto tan desinhibida en el trabajo.

—Ohh, vaya, vaya... el jefe requiere mi cerebro, es lo único que quiere de mí —dice mientras se le traba la lengua en varias palabras mientras rompe a reír.

—¿Se puede saber qué te has tomado? Te pueden expedientar —siseo cabreado.

Empiezo a moverme para salir de la plataforma.

—Ehhh, eh, ¿a dónde vas? —berrea Amelia riendo—. He pagado y quiero mi oportunidad de que te des un baño de agua fría.

—¿No sería mejor que habláramos un poco más en privado? —musito con un fuerte suspiro.

—¿Tienes miedo de darte un baño de agua helada? —replica chistosa.

Joseph me enseña el dinero que ha pagado y Amelia se prepara a lanzar. La primera oportunidad la falla de manera estrepitosa, así que coge la segunda pelota y lanza contra la diana, pero también falla. En su tercera y última oportunidad la lanza con demasiada fuerza y se desvía de nuevo totalmente.

—Eso es lo que sucede cuando comes demasiados crepés flameados —digo con una sonrisita de satisfacción.

No esperaba que Amelia se cabreara por mis palabras, pero sí que lo hace, así que saca más dinero de su cartera y lo deposita con un golpe seco sobre la superficie para que le den tres nuevas oportunidades.

—No he comido ningún crepé flameado —sisea con rabia Amelia.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué has tomado para que no puedas decir ni tres palabras seguidas sin que te de la risa y se te trabe la lengua? —pregunto serio forzando una sonrisa.

Amelia lanza su primer intento y vuelve a fallar.

—¿No me jodas que te has bebido el Grand Marnier a palo seco a estas horas de la mañana? —pregunta Joseph de repente con gran sorpresa y, al ver la expresión de la cara de Amelia, empieza a reír.

—Joder, Joseph, no estás ayudando —reprocho serio.

Amelia vuelve a lanzar las dos oportunidades y vuelve a fallar. Me muevo decidido a bajarme de allí y obligarla a que se tome agua, café o lo que más le apetezca cuando vuelve a la carga.

—Ehh, eso es trampa... todavía no he terminado —dice rebuscando en su bolso en el justo momento en el que llegan las chicas.

—¡Rachel... dinero! —exclama extendiendo su mano para que Rachel obedezca su petición.

Ésta no puede evitar reír y saca dinero del bolso. También lo hace Gabrielle y lo deja al lado de Joseph.

—¿Se puede saber qué narices os pasa hoy a vosotras conmigo? —pregunto mosqueado.

—Joseph, saca las pelotas —exige cabezota Amelia golpeando la superficie con la mano abierta causando que a las personas que hay alrededor les dé la risa por el juego de palabras.

No es hasta el cuarto intento de esa ronda cuando Amelia consigue dar en el centro de la diana y sin esperarlo caigo al agua. «¡Joder! Está helada», pienso volviendo a salir a la superficie mientras veo como Amelia me mira altiva con una sonrisa y hasta Joseph le aplaude por su puntería. Me impulso y subo por las escaleras para salir del recinto y cuando Amelia se da la vuelta para irse la detengo colocándome frente a ella secándome con una toalla.

—Ha sido divertido —dice forzando una sonrisa.

—Me hubieras tirado al agua helada mucho antes si no hubieras bebido —digo casi en un susurro acercándome a su oreja.

—Joseph también lo ha hecho —espeta risueña.

—Joder, Amelia...—increpa Joseph elevando los brazos.

—Martínez, es urgente. En cinco minutos en la octava —dice Schmidt elevando la voz a unos pasos de distancia.

—No os vayáis muy lejos. Tengo que hablar con los dos y tú —digo señalando con el dedo índice a Joseph—, sé un poco más adulto que ella y que no se meta en problemas. Tomad un café, joder.

Me cambio rápidamente de ropa. La reunión es para aprobarnos una pequeña misión de observación, pero no de intervención. Llevamos detrás de confirmar unos datos desde hace meses y al fin nos vamos. Salimos en dos horas.

—¿A quién te llevas? —preguntan observándome.

—A Navarro y a alguien más del equipo. Va a ser muy rápido. Solo entrar, confirmar y salir. Ya os encargáis vosotros del resto —comunico tranquilo levantándome.

—Espero que a Navarro no le dé por cantar mientras hacéis guardia... —dice uno de los jefazos.

—Eso espero yo también por el bien de mis oídos —digo sin poder evitar reír.

Recojo mi teléfono móvil y les mando un mensaje a Joseph y a Amelia. Salimos en dos horas. Espero sus respuestas, pero no llegan. Supongo que con el bullicio del aparcamiento no se han dado ni cuenta así que me dirijo a la planta baja. En el momento que salgo por la puerta deduzco por qué Amelia al menos, no se ha dado cuenta del mensaje. Berrea de nuevo sobre el escenario. Me dirijo hacia allí dando un fuerte suspiro.

♪♪♪¹³

...

*I will always want you
I can't live a lie, running for my life
I will always want you*

*I came in like a wrecking ball
I never hit so hard in love
All I wanted was to break your walls
All you ever did was break me*

*I came in like a wrecking ball
Yeah, I just closed my eyes and swung
Left me crouching in a blaze and fall
All you ever did was break me
Yeah, you wreck me*

*I never meant to start a war
I just wanted you to let me in*

...♪♪♪

Me acerco a donde está Rachel tarareando al ritmo de la música.

—¿Por qué canta ese tipo de canciones tan deprimentes? ¿Ha pasado algo con Ruud? —pregunto en un susurro.

—¿Ruud? ¿Pero es que vosotros no habláis? Dejó a Ruud hace semanas. ¿No lo sabías? —dice Rachel totalmente sorprendida.

—¡Joder! No, nosotros no hablamos de cosas de parejas —respondo en una especie de gruñido y le pregunto— Y... si está mal, ¿por qué no le quitas el micrófono de las manos?

Rachel me mira de arriba abajo completamente sorprendida en silencio.

—Ni te has dado cuenta, ¿verdad? —pregunta irónica.

—¿De qué?

—Pregúntaselo a ella... Ella no lo está pasando mal por Ruud. Ella está enamorada de otra persona... —confiesa con cara de preocupación—. Además, da gracias a que le he quitado de la cabeza la idea de salir al escenario con un mazo y que no tengamos una bola de demolición para que se pudiera subir desnuda y balancearse sobre ella.

Amelia termina la canción y hace una reverencia de lo más cómica causando que los asistentes aplaudan y la jaleen. Me acerco al lateral del escenario llamando su atención.

—Ame, necesito hablar contigo —digo cuando se agacha para escucharme.

—Joder, ¿es que hoy no me vas a dejar que me divierta tranquila? —refunfuña sentándose y dejando las piernas colgando para bajar de un salto.

Raudo la agarro cuando se lanza y está a punto de perder todos los dientes contra el suelo.

—Ame, nos han aprobado la misión. Salimos en dos horas. Necesito que te despejes. ¿Qué has bebido? —pregunto sujetándola contra la pared del escenario para que no pierda el equilibrio.

—No sé, el licor ese con el que se hacen los crepés —responde frunciendo el ceño.

—Amelia, el Grand Marnier tiene un cuarenta por ciento de alcohol... —digo intentando controlarme y no reprenderla como si fuera mi hermana pequeña.

—Yo que sé, pero Joseph ha bebido más que yo... —se queja haciendo muecas.

—Y también pesa y mide el triple que tú. —Intento explicarle.

—No, si ahora seré un Curri —dice haciendo un puchero infantil.

—¿Qué es un Curri, Ame? —pregunto confundido.

—¿No sabes qué es? —pregunta sorprendida sin poder evitar reír y me explica—. Esos muñequitos verdes que salían en los Fraggles Rock ¹⁴. Los Curris eran todavía más pequeños, median unos quince centímetros y no hacían otra cosa más que trabajar y trabajar y, eran pequeñitos, pequeñitos...

—No, no los recuerdo —digo sorprendiéndola.

—Espera... tal vez si te canto la canción... —dice y empieza a canturrear y dar palmas divertida.

—Ame, cielo... —digo ya desesperado.

—No me llames cielo —increpa Amelia de repente frunciendo el ceño.

—De acuerdo, ¿puedo llamarte Amelia o directamente Navarro?

—Puedes llamarme Amelia —dice medio enfurruñada.

—Bueno, pues cuando quieras me cuentas qué te sucede —digo dando un fuerte suspiro.

Le pido que me siga al sótano que sé que está vacío, así nadie se hará preguntas de por qué va tan sonriente y dicharachera, intentando evitar que la expedienten. Nos detenemos junto a la máquina de café un instante y saco un café bien cargado y un botellín de agua. Cuando estamos bajando las escaleras Amelia se detiene un instante.

—Tú no me quieres a mí. Yo a ti sí, pero tú a mí no. Además está Jetta, la quieres a ella y a ella no le haría gracia que lo hicieras, por eso no me puedes llamar así —susurra.

—Yo no quiero a Jetta, ¿todo esto es por ella? ¿por Ruud? —pregunto abriendo la puerta del gimnasio y dirigiendo nuestros pasos hacia el vestuario—. Nunca hemos hablado de estos temas y, además, te he estado llamando cielo mucho tiempo.

—Pues ya no quiero que lo hagas. Me hago ilusiones y luego me duele —dice apoyándose en una pared y dejándose caer en el suelo hasta sentarse.

—Ame, levanta. Tenemos menos de dos horas, vamos —digo sujetándola de los brazos y levantándola del suelo.

Entramos al vestuario de hombres y deposito el café y el botellín de agua sobre uno de los bancos de madera que hay.

—¿Tus dedos o los míos? —pregunto sujetándola del brazo y acercándola a unos de los inodoros.

—¿*Quéééé*? —pregunta sorprendida.

—Está bien, no podemos perder más el tiempo. Los míos, sujétate el pelo y abre la boca —digo agarrándola de la cintura y acercándola.

—Joder, qué poco romántico que eres... —dice dándome un empujón y apartándose—. ¡No voy a tener sexo contigo!

—¿Sexo? —pregunto sorprendido y muy serio añado—. Ame, estás borracha, y yo nunca me aprovecharía de ello.

Justo en ese momento el estómago de Amelia le da una sacudida y se acerca rápida al inodoro.

—Perfecto, ya no necesitamos los dedos —digo apoyándome en la pared.

El cuerpo de Amelia se sacude en varias ocasiones y finalmente alarga una de sus manos en mi dirección mientras la agita.

—Pásame unas toallas de papel secamanos, por favor.

—¿Estás bien? —pregunto pasándole varias y apoyándome en el quicio de la puerta.

—*Sííí* —confirma en un quejido.

—Ame, salimos en menos de hora y media. Haz el favor de tirar todo el alcohol que lleves en el cuerpo o tendrás que quedarte y yo tendré que dar una razón convincente de por qué no vas a venir —digo desesperado.

—Dame unos minutos. Ya estoy bien, estoy bien... —dice, y cuando se incorpora sufre una nueva arcada y vuelve a vomitar.

Cuando me aseguro de que está bien y de que ya se le ha pasado la vomitona, me siento en el banco junto al café y el agua, observándola. No entiendo que tiene que, hasta desesperándome, la encuentro irresistible, aunque ella haya dicho que no la quiero. No dejo de darle vueltas a todo lo que ha dicho que, unido a lo que ha dicho Rachel, hace un total de un puto ciego gilipollas que soy yo. No me he dado cuenta de nada de lo estaba pasando mientras todos a mi alrededor sí que lo hacían.

—Perdóname —susurra tras lavarse la cara y sentarse a mi lado.

—¿Por? —pregunto tranquilo ofreciéndole el vaso de cartón con el café.

—Por pensar..., ya sabes... por pensar que querías eso... —musita sin mirarme a la cara.

—¿El qué? ¿Que quería que me hicieras una felación, borracha, en el trabajo y a escasa hora de salir a una misión que llevamos meses esperando? —le pregunto con una mueca arqueando una ceja.

—Eso... eso mismo —dice bebiéndose el café.

—No, no se me había pasado por la cabeza...—respondo dándole un pequeño empujón con mi hombro en el suyo—. Voy a por mi macuto. ¿Estarás bien?

—Sí, físicamente estoy bien..., emocionalmente..., mejor ni me pronuncio —contesta sin mirarme a los ojos sonrojándose.

—Ame, tranquila, no pasa nada. Hablaremos de ello a la vuelta de la misión. Ahora tenemos trabajo —digo saliendo por la puerta.

Capítulo 13



Para desgracia de Amelia y de Joseph salimos a la hora acordada. Los veo llegar al punto de reunión cargando sus bolsas con cara de agotados y las gafas de sol puestas a pesar de estar nublado. No es por fastidiar, pero durante el vuelo no pueden descansar ya que debemos realizar las últimas comprobaciones de datos en una reunión previa a la misión. Joseph no tarda mucho en activarse, pero a Amelia creo que le va a costar un poco más. He decidido olvidar las últimas horas con ella, pero no lo consigo del todo. Cuando la escucho dar pequeños gruñidos al informarles de que pueden descansar durante las próximas dos horas antes de llegar a nuestro destino, no puedo más que sonreír y esperar a que cuando despierte se encuentre mejor. En pocas ocasiones la he escuchado gruñir así, creo que pasa demasiado tiempo con Joseph de quien se le ha pegado todo lo malo. Ella siempre trabaja como la que más, de ahí mi desconcierto por su actitud. Para su desgracia sufrimos varios momentos de turbulencias en el camino y no pueden conciliar el sueño. Mientras tanto yo voy leyendo informes que Amelia me pasó hace más de una semana.

El cambio de temperatura es brutal y cuando descendemos del avión una ola de calor abrasadora nos recibe. No pasamos más de tres horas en la base y salimos hacia nuestro objetivo. Es una misión simplemente de reconocimiento y vigilancia, pero Amelia conoce a una persona en la zona que puede aportar información. Aparcamos el vehículo en una zona estratégica para poder ver parte del mercado desde donde podremos observar a su contacto y a un tal Kattanga, que dicen que se va a reunir con jefes de la zona fronteriza por donde las mafias pasan a las personas que se dirigen a Siria. Pasamos horas y horas haciendo fotos sin que nadie se percate. Las misiones de observación son en ocasiones de lo más aburridas y más después de que nos hayamos movido varias veces y que a Amelia y Joseph les venciera el sueño. No puedo dejar de observarla, pero Joseph no deja de roncar quitando todo el romanticismo a mis pensamientos. «Ha dejado a Ruud, siempre ha tenido una

especie de celos con Jetta y ha dicho que ella sí que me quiere», pienso con una enorme sonrisa. «Bueno, no lo celebraré antes de tiempo. Primero debemos centrarnos y terminar aquí». Parezco un bobo mirando y, cuando veo que se intenta acurrucar y Joseph se acomoda, doy al claxon causando que los dos se incorporen de inmediato.

—¡Joder! Me he dormido —exclama sobresaltado Joseph.

—Como un ceporro —le informo arqueando una ceja.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Amelia bostezando.

—Nada, aparte de que lleváis media vigilancia durmiendo —digo arrancando la furgoneta.

—Siento haberme dormido. Aquí entre nosotros me han sentado fatal esos crepés —dice seria, lo que provoca que Joseph y yo nos miremos y neguemos con la cabeza riendo.

—Ya..., ya verás lo mal que te han sentado cuando veas el vídeo que te he grabado cantando, si se puede llamar así a lo que hacías con la canción de Lady Gaga —ríe Joseph.

—¡Ohhh, joder, canto fatal! —exclama tímida.

—Lo sabemos —dice estallando en una carcajada Joseph.

No puedo evitar que me dé pena. Amelia, avergonzada, se remueve en el asiento del acompañante, así que cojo una bola de papel que hay en el salpicadero y se la lanzo a Joseph quien se queja al darle de lleno en la frente. Al día siguiente permanecemos atentos los tres. Joseph ha traído una cantidad desmedida de cosas para comer mientras esperamos a ver al contacto de Amelia. Aun así, nos quedamos sin comida a media mañana, así que salgo a comprar más cosas.

—Solo quedaba un pastelito de miel —digo subiendo de nuevo a la furgoneta cargado.

Sé que a Joseph no le gustan, pero a Amelia se le ilumina la cara.

—¿Si quieres podemos compartirlo? —susurra con una sonrisa.

—Y si queréis me bajo de la furgoneta... —dice irónico Joseph metiéndose todo un bollo en la boca.

Cojo una botella medio vacía de mi asiento y la lanzo hacia atrás. No pasa mucho tiempo hasta que aparece el contacto de Amelia. Se conocen desde hace tiempo. Aunque Amelia no ha dado muchas más explicaciones, sé que confía en ella. Cuando la ve caminando por la calle del mercado, se cubre la cabeza y tras respirar dos veces profundamente y mover a los lados la cabeza baja de la furgoneta.

—Allá voy —dice comprobando el comunicador.

—Estate atenta, sabemos que Kattanga está por la zona —digo serio cogiendo una mejor posición para tenerla controlada.

Joseph salta por el hueco que hay entre la zona trasera y se coloca atento mirando con unos prismáticos. Me doy cuenta de que estoy más tenso de lo normal. No me gusta que Amelia esté por ahí sola sabiendo a lo que se expone, aunque me obligo a pensar y a que me entre en la mollera que está más que preparada para este trabajo y tiene sobrada experiencia en campo. Deja el comunicador abierto hasta que saluda a la tal Fatuma. Ya nos había avisado de que lo haría, pero eso no impide que Joseph y yo nos miremos mientras esperamos y nos sintamos intranquilos. El tiempo pasa muy lento cuando escuchamos el ruido de la conexión y de nuevo volvemos a escucharla. Hablan de pobreza, secuestro y violaciones, de la guerra de clanes, del tráfico de personas y de un nuevo líder Kattanga. Es increíble la cantidad de datos que le está confirmando.

—¿Lo estás grabando? —pregunta Joseph sorprendido.

—Sí —contesto sin levantar la vista de la calle por la que ha desaparecido Amelia.

Hablan, hablan y hablan..., está claro que Fatuma no es solo un activo para Amelia como ya nos lo dejó claro en varias ocasiones. Vuelve a cerrar el comunicador. Estoy seguro de que luego dirá que fueron interferencias, pero los tres sabemos que lo ha cerrado.

Es hora punta y el movimiento en la zona es mucho más vivo. El tráfico es más denso y la cantidad de personas caminando por las calles es mayor. Joseph bosteza y se acomoda en su asiento. Sabemos que Amelia está a punto de regresar de un momento a otro y mañana volveremos a casa.

—Es guapa... —dice Joseph de repente mirando con los prismáticos.

—Lo sé —replico sin dudar.

—E inteligente —afirma sin inmutarse.

—También lo sé —respondo sin saber a dónde quiere llegar.

Justo en ese momento se activa de nuevo el audio y escuchamos a Amelia hablar con Fatuma. Algo pasa en la zona del hotel que hay en esa misma calle. Los viandantes se agitan y se van apartando.

—Necesito que termines ya y que regreses —le digo serio a través del comunicador—. Dime que lo has entendido...

Escuchamos movimiento y voces. Reviso mi arma y, escondiéndola, informo a Joseph que voy a salir a ver qué sucede. Camino acelerado, no me

gusta la agitación que hay en esos momentos y cuando llego a la calle principal la multitud me engulle. Miro en dirección a donde tendría que estar Amelia, pero ya no está. Miro por encima de los hombros de los transeúntes. No la veo por ningún sitio, pero el sonido me indica que anda entre la gente.

—Dame tu posición —exijo.

Sigue sin contestar. Ando de prisa de un lado a otro escuchando los sonidos de ruido que estoy recibiendo a través del comunicador. «¡Joder! No la veo», pienso cabreado. Aviso a Joseph para que esté atento cuando, de repente, volvemos a recuperar la conexión.

—Chicos, llegaré tarde... —susurra Amelia.

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—El segundo de Kattanga está aquí. Acaba de entrar al hotel con un tremendo dispositivo de seguridad —murmura Amelia.

—Sal de ahí —rujo al instante.

—Ya estoy casi dentro, voy a intentar hacer fotos. No voy sola. Estad atentos —contesta tranquilamente.

El sonido de la bulliciosa calle se atenúa tras escucharse unas campanitas y una puerta cerrarse. Se hace el silencio.

—No te arriesgues —repito sin tener ninguna contestación— y sal ya de ahí.

No tenemos contestación, pero sí que continuamos escuchando sonidos del interior del hotel. Observo la entrada del hotel lo más cerca que puedo sin levantar sospechas mirando hacia uno de los puestos del mercado. Los minutos pasan como si fueran horas. «Tengo que moverme o la gente empezará a sospechar», pienso dirigiéndome de nuevo hacia el furgón. Es justo en ese momento cuando escucho más vehículos llegar y varios disparos al aire.

—Sal de ahí —exijo de nuevo.

—Joder, lo estoy intentando, pero están parando a todo el mundo en la puerta principal. Fatuma ha podido salir, pero yo no. Voy por detrás.

Se escucha su respiración y pasos acelerados.

—Ok, vamos a la parte trasera —digo intranquilo por no saber qué pasa dentro del hotel.

—Me muevo —escucho a Joseph a través del comunicador.

—Voy hacia ti —respondo rápido.

Se escuchan un par de disparos en el interior del hotel. Las personas que hay en el exterior se afanan en alejarse de la zona.

—Es imposible, están bloqueándolo todo. Voy al segundo piso —

escuchamos la voz de Amelia entrecortada.

Llego al furgón y me coloco en el asiento del acompañante. Noto que Joseph está en tensión agarrando el volante y con el ceño fruncido. No volvemos a escuchar a Amelia hasta pasados unos minutos.

—No tengo salida —susurra en un suspiro—. Vienen de los pisos de arriba bajando por cada planta. Voy a esconder el arma. Mierda, joder, me han visto. Vienen hacia mí por el pasillo, voy a intentar bajar.

Se me corta la respiración, no podemos hacer nada para sacarla de allí y solo se le escucha la respiración entrecortada.

—Voy a saltar —sentencia segura.

—¿Qué? —pregunto sorprendido por su seguridad.

—No encuentro salida, estoy en la primera planta y al final del pasillo hay un ventanal —sentencia, aunque se le nota el nerviosismo en la voz.

—Está muy alto. Busca otra salida —sentencio mirando hacia al ventanal.

Joseph y yo nos miramos esperando una respuesta. Se escuchan gritos en el comunicador y forcejeos.

—Seguro que me hago daño, así que si podéis, id a por mí... —dice con voz acelerada e inquieta.

—¡Joder, va a saltar! —exclama Joseph arrancando la furgoneta.

De repente escuchamos un par de disparos y tras el estruendo de cristales rotos vemos un cuerpo salir y volar hasta golpearse contra el suelo. Joseph acerca la furgoneta y yo bajo de inmediato. Es Amelia que se retuerce en el suelo rodeada de cristales.

—¡Mierda, qué dolor! —exclama sujetándose una pierna.

Paso mis brazos bajo su cuerpo, cojo el arma que ha caído a su lado y la levanto entrando de nuevo en la furgoneta.

—La tengo. Vámonos, vámonos de aquí —digo a Joseph dándole un toque en el hombro.

Amelia se encoje en el asiento trasero.

—¿Estás bien? —pregunta Joseph mirando por el espejo trasero.

Intento que se suelte la pierna mientras voy quitándole cristales que todavía lleva sobre la vestimenta. No deja de despotricar y retorcerse de dolor.

—Ame, Ame... mírame —digo sujetándola y agarrándola de las muñecas mirándola a los ojos—. Ame, respira y estate quieta, llevas cristales por todas partes.

Lleva varios cortes en los brazos y se queja de dolor en la pierna. Cuando miro debajo del traje veo varios cortes todavía con pequeños trozos de cristales y una laceración importante de la que se queja.

—Voy a marearme, voy a marearme —informa de repente con una risa nerviosa—. No puedo ver mi sangre...

Y efectivamente, Amelia tarda apenas un segundo en perder el conocimiento.

—¿Sigue respirando? —pregunta Joseph mientras conduce ya fuera de la ciudad.

—Sí, sí —digo intentando quitarle todos los cristales e intentando taponar una herida en el antebrazo.

—Se pondrá bien... —asegura Joseph sobrecogido.

Amelia recupera el conocimiento de nuevo mientras mi cuerpo está casi sobre ella revisando cada herida. Se retuerce y me golpea hasta que se da cuenta de que soy yo.

—Joder, Amelia. Estate quieta, puedes clavarte algún cristal más que no haya visto. ¿A quién narices se le ocurre saltar por un puto ventanal? —pregunto cabreado con el ceño fruncido.

—No le echas la bronca —defiende Joseph justificando la acción de Amelia—. Hubiera sido mucho peor que la hubieran cogido con un arma encima. Además, estoy seguro de que tú también lo hubieras hecho, y yo también.

Amelia alarga su brazo y toca el respaldo del asiento de Joseph.

—Gracias —susurra.

—¿Dime dónde te duele? —pregunto inquieto al ver su cara de sufrimiento.

—El pie, me duele el pie y, la cadera, el codo y el brazo... —gruñe frunciendo el ceño.

—Ok, todo el cuerpo entonces. Déjame ver tu pierna... —digo apartándome a un lado.

En ese momento Joseph coge un bache que hace que casi caiga sobre ella.

—¡Joder, Joseph! —exclamo sujetándome.

—Perdón, enseguida estaremos en otra carretera más segura —dice a la vez que intenta comunicarse por radio con la base.

Amelia esta recostada en la fila de asientos traseros y me coloco a su lado para examinarle la pierna. No parece que tenga nada roto, pero cuando le rozo el pie da un terrible chillido que indica que le duele. Joseph pregunta en

un par de ocasiones por ella que se queja cada vez que la furgoneta coge un bache. Amelia se ha recostado totalmente en los asientos, dice que su sangre la marea y no hace más que mirar el techo.

—Mi teléfono móvil —exclama revolviéndose en el asiento.

—¿Dónde lo llevas? —pregunto ayudándola a girarse.

—¡Mierda, menos mal que no se ha roto! —exclama agarrándolo con la mano derecha en alto de manera triunfal mientras añade seria—. Si llego a hacer la *Tarzana* y luego me quedo sin nada me da un patatús.

La miro sorprendido por sus palabras. Joseph no puede contener una risotada y yo, al verla mejor, no puedo evitar contagiarme y reír.

—¡Ehh! No seáis capullos y os riais de mí —dice ofendida mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—Ame, eres mi heroína —dice Joseph todavía riendo.

Amelia desbloquea la pantalla y empieza a toquetearlo mientras va explicándonos todo lo sucedido.

—No se ve muy bien, pero seguro que pueden sacar datos por el reconocimiento facial —sentencia segura.

Se queja en un par de ocasiones del pie, pero el resto de heridas no son profundas. Puede que le tengan que dar algún que otro punto, pero no revisten mayor gravedad y su ánimo ha mejorado. Llegamos a la base, y entonces se incorpora e insiste en intentar apoyar el pie. Gruñe y se agarra a mi brazo. Yo me mantengo a su lado observando lo cabezota que es.

—Agárrate a mi cuello —le digo amable agachándome y cogiéndola con cuidado en brazos.

—Vaya, soy como una princesita —dice con una sonrisa.

—La princesa tullida —apunta Joseph a nuestro lado.

—*Graciaaaaas* —dice Amelia con retintín girándose hacia él.

La llevamos hacia la zona de la enfermería. La verdad es que va llena de cortes y golpes y, cuando explicamos que se ha lanzado a través de un ventanal desde cierta altura nos miran como si estuviéramos locos.

—Chica dura, te dejo en buenas manos, voy a llevar esto —dice Joseph levantando en su mano el pequeño dispositivo de escucha y grabación.

—Gracias Joseph —responde Amelia dándole un pequeño abrazo.

—Me quedo con ella —digo tranquilo depositándola sobre una de las camillas.

—No lo dudaba —contesta Joseph marchándose y cerrando la puerta.

El personal sanitario acude raudo y empiezan a observar los cortes y

laceraciones que tiene por el cuerpo. Una de las enfermeras le pide que se quite parte de la ropa y Amelia me mira sonrojándose al intentar quitarse los pantalones y no poder.

—Déjame que te ayude —digo tranquilo a su lado—. Apóyate en mí.

—Joder qué vergüenza —susurra Amelia apoyándose en mi brazo y bajando a la pata coja.

—Ame, te he visto con menos ropa... Además, si quieres cierro los ojos —digo al ver su turbación.

Me mira extrañada.

—Vale —dice turbada.

La ayudo a mantenerse erguida y cuando se apoya en mi brazo mientras yo me giro, la escucho blasfemar retorciéndose.

—¡Joder, no puedo! —dice frustrada volviendo a apoyarse en la camilla.

—Ame, tranquila —susurro girándome hacia ella.

—No puedo, me duele todo —dice frunciendo el ceño.

—Dame un minuto —le digo pensando qué hacer. Me alejo y le pregunto a una de las enfermeras que me indica cómo hacerlo—. ¿Le tienes mucho cariño a esa ropa?

—No especialmente —susurra Amelia.

Saco unas tijeras de la espalda y se las enseño abriendo y cerrándolas. Cuando voy a empezar con la operación de cortarle los pantalones, aparece el personal médico y, tras subirla a una silla de ruedas, se la llevan a hacerle algunas pruebas dejándome fuera. Me reúno con Joseph y el resto del equipo que ya están analizando toda la información. Pasan un par de horas hasta que tocan a la puerta y aparece Amelia en silla de ruedas con el pie izquierdo inmovilizado, el antebrazo vendado y algún que otro punto por el cuerpo. El equipo se gira y cuando la ve la vitorean aplaudiendo. Ella se pone roja como un tomate de la vergüenza. Finalmente, levanta la mano y saluda a modo triunfal entre risas.

Unas horas más tarde, salimos en un vuelo nocturno hacia casa totalmente agotados.

Capítulo 14



Amelia descansa durante todo el vuelo, ya que le han dado medicación para el dolor. De vez en cuando mueve la pierna, la tiene en alto y gruñe al moverse.

Yo sigo pensando en lo que sucedió antes de marcharnos. No es que no piense en que arriesga demasiado en el trabajo. No se me va de la cabeza cómo la vi salir por el ventanal y estrellarse contra el suelo. Pero es que lo sucedido antes de salir necesito hablarlo. Necesito estar a solas con ella, fuera del trabajo y aclarar las cosas de una maldita vez.

Se despierta cuando me acerco a ella para llevarle hielo para el tobillo.

—Gracias —dice bostezando.

—De nada. Ven, pon el pie sobre mi rodilla —digo cuando la veo retorciéndose para ponerse el hielo.

Nos quedamos por un instante mirándonos a los ojos.

—Sé que quieres hablar de lo que pasó antes de marcharnos —dice a bocajarro sin esperarlo.

—Me gustaría —digo en un suspiro.

—... creo que es algo personal y deberíamos hablarlo fuera del trabajo —dice jugueteando con un adorno de su camiseta.

—Estoy de acuerdo —reconozco mientras voy aplicándole el hielo en el tobillo.

Vuelve a dormirse, la dejo descansar hasta que aterrizamos y la veo dar saltos a la pata coja con el pie colgando. Antes de que me dé cuenta uno de los miembros del equipo la ayuda con su bolsa y a bajar del avión. «Joder, para ir coja lo rápido que se mueve», pienso sorprendido por su rapidez al descender. En la pista hay una persona esperándola con una silla de ruedas y se sienta acelerada indicándole que le lleve a la zona de salida. «¿Qué narices le pasa? ¿A qué tanta prisa?». Acelero el paso y cuando está casi en la puerta detengo a la persona que la lleva empujando la silla de ruedas y le confirmo que me encargo yo de ella.

—¿Por qué vas tan acelerada? —pregunto entrando en el recinto.

—¿Yo? —pregunta cohibida con cara de inocente.

La miro de arriba abajo y de pronto escucho a Rachel que viene hacia nosotros. Amelia no me mira a los ojos y me doy cuenta de lo que está pasando.

—¿Estás huyendo de mí? —pregunto sorprendido negando con la cabeza.

—No me mires así —dice haciendo una mueca y girándose.

—¿Que te mire cómo? —pregunto intentando no reír al verla tan apurada.

—Ya sabes... leyéndome la mente y esas cosas que sueles hacer... —dice nerviosa poniéndose en pie.

—Entonces tengo razón... —digo socarrón y le casi ordeno—. Ame, vuelve a sentarte. Te llevo al coche.

Rachel ha pedido un taxi y espera fuera del recinto. Parece ser que Amelia le ha mandado un mensaje antes de salir de la base y ha ido a recogerla. Insisto en llevarlas en mi coche, pero, a pesar de que Rachel da el visto bueno, Amelia lo rechaza y tarda unos instantes hasta que accede. Pagan el taxi y nos dirigimos al aparcamiento donde está el coche.

—Eres muy amable llevándonos, pero deberías ser más cuidadoso. Ya son dos ocasiones en las que volvéis, y tú estás fresco como una lechuga y ella medio lisiada —dice muy seria Rachel empujando la silla de Amelia.

Mientras, yo camino en silencio cargando con el equipaje.

—No ha sido culpa de él —reconoce Amelia.

De pronto Rachel choca contra un bordillo y está a punto de volcar la silla hacia un lado. En un reflejo, alargo el brazo y sujeto la silla impidiendo que caiga.

—¿Estás segura de que estarás bien con Rachel? —pregunto con ironía.

—Ja, ja, ja —contesta Rachel que ya ha recuperado el color en las mejillas tras el susto por estar a punto de tirar a Amelia al suelo—. Tú siempre tan picajoso.

Mientras Rachel ayuda a Amelia, yo devuelvo la silla. Cuando llegamos a casa de Rachel, Amelia mira con desesperación las escaleras de la entrada de la casa.

—Estoy pensando en quedarme aquí —dice con una mueca divertida examinando el minúsculo rellano de la entrada.

Contemplo la idea de subirla en brazos, pero las escaleras son tan estrechas que sus piernas golpearían contra la pared. Rachel se encuentra arriba animando a Amelia para que suba despacio.

—¿Confías en mí? —le pregunto susurrando en su oído.

—Sí —dice sin dudarlo.

Me agacho y en un rápido movimiento la agarro de la cadera y la cargo al hombro sujetándola por los muslos.

—¡Joder! —dice soltando una carcajada—. Avísame antes.

—¡La *bocaaa!* —exclamo subiendo ligero los escalones hasta el salón y añado dejándola de nuevo en el suelo—. Si te lo hubiera dicho te hubieras negado.

—Caray Xavier. Eres mi hombre ideal, sirves para todo —dice Rachel con retintín.

—¿Estaréis bien? —pregunto a Amelia directamente.

—Sí. Bueno, creo que sí, además tengo aquí pastillas por si me duele... —dice Amelia un poco turbada levantando en su mano una caja de medicación.

—Llámame si necesitas algo..., a cualquier hora —digo mirándola directamente a los ojos.

Rachel nos mira con curiosidad a los dos.

—¿Hay algo que yo deba saber? —pregunta achinando los ojos.

—Rachel, cuídala —le pido apartándome de Amelia.

—Seguro que mejor que tú, siempre la traes baldada —contesta Rachel con suficiencia.

—¡Qué simpática! —exclamo con una mueca de desaprobación a sus palabras.

—Nunca más que tú —contesta Rachel forzando una sonrisa.

—¿Podéis callar ya los dos? Me he jodido el puto pie por mi culpa... —empieza a decir Amelia.

—La *bocaaa* —contestamos Rachel y yo girándonos hacia ella a la vez.

—¿Veis? Al fin he encontrado algo que os une a los dos —dice Amelia sentándose en uno de los sillones del salón entre varios cojines.

—Intenta que al menos durante hoy tenga el pie en alto —digo acercándome a Rachel.

De repente, Rachel se cuadra y llevándose la mano a la frente me hace el saludo militar.

—A la orden, teniente —dice de manera enérgica sonriendo.

Se escucha una risotada de Amelia al fondo.

—Mayor o comandante —la corrijo serio arqueando una ceja.

—Le acabas de bajar algún que otro grado de golpe —dice Amelia

muerta de risa—. Eso para un militar es lo peor...

—Pues entonces..., sin problema..., Xavi —dice volviéndose a cuadrar y riendo por su equivocación.

—Llamadme si necesitáis algo —repito a modo de despedida y añado dirigiéndome a Amelia—, y duerme...

—Necesito leche y... —Empieza a decir Rachel y calla cuando ve que la fulmino con la mirada.

He de confesar que Rachel en ocasiones me saca de mis casillas. Parece que no se toma nada en serio o puede que sea yo el que deba empezar a ver las cosas de otra manera. Amelia la quiere y eso debe significar algo bueno. Eso o que a las dos les falta un tornillo en la cabeza en determinadas ocasiones.

Dejo la bolsa en la entrada cuando llego a casa y tras darme una ducha me lanzo sobre la cama para dormir. No han pasado ni dos minutos cuando me llega un mensaje al teléfono móvil.

Amelia Navarro_08: 42 PM

Gracias por tu ayuda.

Yo_08: 43 PM

No hay de qué.

Descansa

A la mañana siguiente me despierto pronto y miro el teléfono móvil. Me apetece enviar un mensaje a Amelia, pero con la hora que es y las pastillas que le han dado, seguramente esté dormida y no quiero despertarla. Voy al trabajo y comienzo con la mañana llena de reuniones. No puedo evitar reír cuando alguien del equipo manda un correo interno con un vídeo de Amelia agarrando el micrófono de lo más efusiva berreando una canción. Sonrío y vuelvo a mirar el teléfono móvil. No sé por qué creo que me va a mandar un mensaje si necesita algo, cuando estoy seguro de que por su cabezonería sería capaz de bajar arrastrándose los escalones antes de pedir ayuda. No tengo ningún mensaje así que vuelvo a dejar el teléfono móvil sobre la mesa hasta la hora del almuerzo. Me siento en una mesa con Bruno, cuando al rato vemos aparecer a Rachel agitando sus brazos de la manera más melodramática en nuestra dirección. Ambos la miramos desconfiados cuando llega a nuestra mesa y, faltándole el aire, nos habla.

—Necesito vuestra ayuda —dice sin resuello.

—¿Qué sucede? —pregunta Bruno escéptico.

—Es Amelia —dice todavía recuperando el aliento.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto al instante poniéndome en tensión.

—No, me acaban de colocar una reunión y tenía que acompañarla al médico —nos informa Rachel nerviosa— y dudo que ella sola pueda llegar.

—Voy yo —digo levantándome de la mesa agarrando mi teléfono móvil y guardándomelo en el bolsillo del pantalón.

—Vale, le mando un mensaje enseguida. Gracias Xavi. Las llaves... —dice dejando delante de mí un juego de llaves y saliendo de la cafetería con paso acelerado gritando—. Tiene el médico en una hora, date prisa.

Bruno me dice que él se encargará de la bandeja, así que salgo disparado hacia el aparcamiento para coger el coche. Tras salir del recinto me tropiezo con un terrible atasco y creo que el mundo se pone en mi contra. Intento contactar con Amelia, pero comunica las tres veces que lo hago, supongo que estará hablando con Rachel. No dejo de mirar el reloj del panel del coche, avanzo muy poco y los minutos corren. Finalmente, atravieso el puente y voy por la circunvalación, llegaré antes. Subo el coche a la acera y bajo del vehículo. Vuelvo a marcar al número de teléfono y continúa comunicando. Llamo a Rachel y tiene el teléfono móvil fuera de servicio, así que decido entrar con las llaves que me ha dado.

—Ame —digo cerrando la puerta tras de mí y empezando a subir los peldaños.

—¿Xavi? —escucho la voz de Amelia que parece sorprendida— ¿Qué haces tú aquí?

—A Rachel le ha surgido una reunión y no podía acompañarte —digo llegando al primer piso.

—¿Y no tenía otra persona a la que pedir ayuda? —escucho su voz por el hueco de las escaleras.

—No, todos estaban ocupados —contesto asomándome al salón— ¿Necesitas ayuda?

—No, ya puedo yo. No tenías por qué haber venido. Si me hubiera avisado me las hubiera apañado sola —dice en una especie de gruñido.

Me asomo al hueco de la escalera y la veo bajando los escalones arrastrando el trasero sobre la moqueta ayudándose de los brazos y una pierna.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto sorprendido.

—¿No lo ves? Bajar como puedo las escaleras y ni se te ocurra reírte —dice levantando una ceja ofendida—. Créeme que esto es fácil, lo complicado

ha sido subir que casi caigo hacia abajo en dos ocasiones.

No puedo evitar quedarme mirándola como va descendiendo mientras gruñe como si fuera una oruga.

—Anda, déjame que te ayude —digo acercándome a ella.

—Puedo hacerlo sola—contesta Amelia cabezota.

—Lo sé, pero es que, si tenemos que esperar a que bajes los dos pisos así, no llegaremos al médico —contesto seguro ofreciéndole mi mano para que se levante del suelo.

—*Valee* —dice aceptando la mano.

—¿Estás preparada? —pregunto con una media sonrisa.

—Ohh, no. No lo hagas, las escaleras son estrechas y... —dice con una especie de temor y risa contenida mientras en un movimiento rápido la vuelvo a levantar y la cargo al hombro empezando a bajar las escaleras hasta la planta principal—. No me sueltes —grita.

—No te voy a dejar caer. Haz el favor de dejar de moverte —digo cargado con ella al hombro.

Amelia se agarra a mi chaqueta inquieta.

—¿Qué pasa? Tengo problemas de confianza —dice con una risotada.

—Ya veo —suspiro dirigiéndome a la calle.

—Espera, *esperaaaa*. Mi bolso, coge mi bolso —dice intentando elevarse y moviendo los brazos.

—Cuidado, la cabeza, que giro en tres, dos, uno —digo agarrando el bolso de la mesa del salón y empezando a bajar el último tramo de las escaleras.

—¿Sabes? Eres muy práctico —dice entre risas cuando salimos a la calle.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —digo abriendo la puerta del acompañante y dejándola en el suelo.

El trayecto hasta el hospital es corto, apenas diez minutos. En la recepción nos ofrecen una silla de ruedas y la ayuda con todo el papeleo que tiene que rellenar.

—¡Te sabes toda mi vida! —exclama Amelia con una amplia sonrisa.

—No todo —respondo intentando terminar de rellenar los papeles.

—¿Qué es algo que odie? —dice de repente.

—¿A qué te refieres? —pregunto desconcertado.

—Ya sabes, algo que no me guste —dice mientras le apoyo el pie dolorido sobre mi pierna.

—La mentira y las injusticias —sentencio sin dudar. Ella sonrío satisfecha.

—¿Y de comer? ¿Qué no comería jamás? —pregunta mientras yo levanto la mirada sin saber qué es lo que trama.

—Eso hay multitud de cosas... odias el pescado crudo, más bien todo tipo de pescado, la carne, insectos, vísceras... —empiezo a enumerar.

—Bah, pero eso te lo conté yo. ¿No hay nada que sepas de mí que no esté en los informes o te haya contado yo? —pregunta curiosa.

La miro a los ojos por un instante y vuelvo a centrarme en terminar de rellenar el formulario.

—Los anacardos —digo levantándome para dejarlos en recepción.

—¿Qué? —pregunta sorprendida.

—No te gustan los anacardos —digo con una media sonrisa de satisfacción al observar asombro en su rostro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta intrigada.

—En el Hudson siempre apartas los anacardos del resto de frutos secos y te comes todas las nueces de Brasil —confieso.

Amelia no puede evitar una carcajada y reconoce que es cierto. Al instante una enfermera aparece y se hace cargo de ella.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Luego pido un taxi —dice girándose en la silla mientras yo me levanto para ayudarla.

—Te espero aquí —sentencio sin dudar.

La enfermera, tras ver la firmeza de mis palabras, da por zanjada la despedida y se la lleva por uno de los interminables pasillos. Mientras espero, atiendo llamadas de trabajo y reviso el correo electrónico desde mi teléfono móvil. Pasa más de una hora hasta que la enfermera vuelve a aparecer por el pasillo y se acerca a mí.

—Señor, ¿me acompaña? —dice con una sonrisa.

—¿Sucedo algo? —pregunto inquieto.

—No se preocupe —dice con un tono de voz especialmente tranquilizador.

La sigo hasta una sala donde se encuentra Amelia subida a una camilla con las piernas colgando. La enfermera discretamente se marcha.

—Hola —dice Amelia balanceando sus piernas que cuelgan en el aire—. Eres tan cabezón que sabía que seguirías fuera. ¿Has visto? —me dice levantando una de sus piernas—. Pesa un huevo de dinosaurio, voy a ir ladeada.

No puedo más que sonreír al verla allí tan agobiada por el simple hecho de que le hayan puesto una férula en el pie inmovilizando la articulación. Allí esta ella con esa magia que le caracteriza que hasta en los peores momentos hace que te enamores más sin esperarlo. Pensé que sería imposible, pero allí estoy, plantado delante de ella como un bobo, admirándola.

—Cielo, no te preocupes. Yo te llevaré adonde necesites —susurro frente a ella—. Cuéntame, ¿qué te han dicho?

—Nada que no supiéramos. Necesito unos días de descanso con la pata arriba —dice con una mueca de fastidio haciendo un gran ejercicio de síntesis.

—¿Nos podemos ir ya? —pregunto apoyándome en el borde de la camilla a su lado y cruzando mis piernas descansando el tobillo izquierdo sobre el derecho.

—No, tengo que esperar al médico —dice volviendo a balancear sus piernas y sin mirarme añade—, pero puedes marcharte. Puedo arreglármelas sola.

—¿Se puede saber qué sucede? ¿He hecho algo que te haya molestado? —pregunto intranquilo.

—*Nooo* —dice al instante.

De pronto es como si el silencio invadiera todo el espacio entre nosotros. Creo que puedo escuchar hasta los latidos de mi corazón. Sé que está nerviosa por algo y que ha intentado evitarme, aunque luego ría y esté vivaracha a pesar del percance en la misión.

—Sabes que estás deseando contarme qué te sucede...—empiezo a decir dándole un pequeño empujón al hombro con el mío.

—Es que esto es tan, tan raro —dice sin mirarme—. Es incómodo y no quiero joderla.

—¿El qué no quieres joder? —pregunto mientras su cabeza se acerca a mi hombro y la apoya descansando en él.

—El meter la pata, nunca mejor dicho —dice levantando de nuevo su pierna—. Es que, no puedo hablar contigo..., es todo tan confuso...

El médico entra en la sala acompañado de una enfermera e interrumpe nuestra conversación. El diagnóstico no revista mayor gravedad, pero sí que tiene que dejar de apoyar el pie durante unos días, tenerlo en alto y tomar la medicación. Nos informan también que el resto de heridas irán cicatrizando sin problema. Van a facilitarle unas muletas para que pueda moverse durante este tiempo y tendrá que acudir a consulta en una semana. Amelia suspira con dramatismo como si le hubieran dicho que tendría que llevar las muletas

durante diez años. El médico me mira sorprendido por su abatimiento y yo no puedo evitar sonreír negando con la cabeza. Ella es así, intensa y dramática cuando la conoces, pura magia que te seduce sin esperarlo. Le acercan la silla de ruedas y para asombro de todos se impulsa de la camilla y salta al suelo antes de que me dé tiempo a ayudarla.

—Vamos. Tengo trabajo que hacer —dice agobiada.

Cojo los papeles que le entregan y la llevo hacia la salida, no sin antes parar a que le den sus muletas.

—Espérame aquí. Traeré el coche —digo haciéndole un gesto con la mano derecha.

—Puedo ir practicando —dice dubitativa.

—¿Seguro? —pregunto dudando por un momento.

—La verdad es que no sé, pero puedo intentarlo —dice con una mueca divertida y añade riendo—. Además, me han pinchado algo que creo que era alguna especie de droga y puedo casi volar...

—Eso es peligroso —le advierto sin poder evitar reír al verla tan alegre.

Le retiran la silla cuando se pone de pie y agarra las muletas. Voy a su lado intentando que no me den micro infartos cuando veo que está a punto de perder el equilibrio y caer de bruces en un par de ocasiones. Cuando llegamos al coche, le abro la puerta y le sujeto las muletas mientras ella se acomoda en el asiento.

—¿Estás bien? —pregunto al verla tan agotada.

—¡Madre mía! Esto ha sido como una tremenda sesión de sexo agotador, ha sido extenuante —dice desenfada abrochándose el cinturón.

—¿Creí que siempre decías que el sexo era divertido? —pregunto burlón guardando las muletas y cerrándole la puerta.

—Y, en ocasiones, agotador —dice entre risas.

Llegamos a casa de Rachel y, después de verla intentar subir dos escalones y estar a punto de caer en unas siete ocasiones, la sujeto por la cintura rodeándola con uno de mis brazos pegándola a mi cuerpo, y la subo a la primera planta con las muletas a cuestas. Debo agradecer que me dé con una de ellas sin darse cuenta. Esto hace que deje de reaccionar al contacto con nuestros cuerpos tan pegados. Habría sido verdaderamente embarazoso cuando la dejara en el suelo.

—Dame las muletas que me vas a lisiar —le pido.

—*Ostris Pedrín*, perdona —dice riendo—. Llévame a la cocina que tengo sed, y no me sueltes...

—¿Qué crees que soy un taxi? —digo haciendo lo que me pide.

—*Nooo*, pero eres todo un caballero y no me dejarás sedienta tirada en el sofá —dice elevando los pies para no rozar el suelo.

Se mueve tanto que al intentar no sujetarla con fuerza para no hacerle daño se va escurriendo y tengo que soltar las muletas que me ha dado para cogerla mejor. Amelia se retuerce en mis brazos y se gira completamente, llenando totalmente mi espacio personal. Tanto que nuestras narices casi se rozan con el movimiento. «Ahora sí que estoy perdido», pienso en un suspiro cerrando los ojos durante un segundo. Sus manos se deslizan por mi cuello. Antes de que pueda decir nada le cubro su boca con la mía. Al principio el contacto es suave. Una de mis manos la sujeta pegada a mi cuerpo mientras la otra sube hasta su pelo y se lo aparto sujetándole el rostro. Tardo solo un instante en darme cuenta de que ella me está devolviendo el beso y mueve los labios con más presión sobre los míos. Amelia rodea mi cintura con sus piernas golpeándome con la férula. Poco a poco todo se vuelve más intenso, menos controlado y más apasionado.

—¡Ame! —escuchamos de repente la voz de Rachel.

Amelia se separa como un resorte con la respiración entrecortada. Empuja mis brazos para que la suelte y lo hago inmediatamente.

—En la cocina —grita Amelia—. Estamos en la cocina.

«Aquí hace demasiado calor», pienso en un profundo suspiro intentando recuperar el aliento. Tengo todo el cuerpo alterado, me llevo las manos a la cara y me la froto con ellas agachando la mirada. «Joder, Rachel, qué rápido ha llegado», pienso sacándome la chaqueta del traje y sujetándola delante de mi cuerpo cubriendo cierta parte de mi anatomía que no puede ocultar su entusiasmo tan rápidamente. Amelia me mira arreglándose el pelo y una sonrisa tímida acude a su rostro. Tiene los labios sonrosados e hinchados y un leve rubor se extiende por sus mejillas.

—¿Tú y quién más? —berrea entrando en el salón.

—Yo —digo levantando una mano en señal de saludo.

—Ahh —exclama Rachel pasando la mirada de Amelia, que se apoya en el quicio de la puerta de la cocina, hacia mí mientras le pregunta— ¿Qué te han dicho?

—Nada importante, me pondré bien. Solo un poco de descanso —simplifica Amelia con una sonrisa.

—¡Ohh! Entonces tenemos el plan perfecto... Noche de chicas —grita alegremente alzando las manos en señal de júbilo.

—¡Vaya! —dice Amelia mordiéndose el labio inferior—. Genial.

Yo levanto una ceja un poco contrariado con la idea y el gesto no pasa inadvertido por Rachel.

—Es noche de chicas, pero si no tienes plan te dejamos quedarte en agradecimiento por cuidar de ella en mi ausencia, pero dudo que no tengas por ahí ningún ligue esperándote un viernes por la noche —dice Rachel haciéndose la graciosa.

Sus palabras causan que fuerce una sonrisa totalmente falsa.

—Yo ya me marchaba —anuncio. Me acerco a Amelia, y le doy un casto y suave beso en la mejilla. A pesar del leve roce de mis labios siento que se estremece y le susurro—. Luego te llamo.

—No lo *hagaaaas*. Estaremos en sesión de cotilleos varios y maratón de Netflix —dice canturreando entrando a la cocina y dándonos la espalda.

—Nos vemos —digo a modo de despedida empezando a bajar las escaleras.

Capítulo 15



Finalmente, no puedo hablar con Amelia en toda la noche. Las chicas se han tomado muy en serio su papel de cuidadoras y parece que no la dejan ni respirar.

El sábado, debo reconocer que empiezo a marear a Bruno para que organicemos algo con el grupo de siempre. He escrito a Amelia. No he querido parecer un acosador, pero la he notado distante. Ayer, en los pocos mensajes que nos intercambiamos después de besarla, parecía distante. «Joder, no quiero hacerme ilusiones para luego estamparme de bruces. Pareceré un crío, pero anoche me costó dormir», pienso mientras salgo a entrenar. No sé qué hubiera pasado si Rachel no llega a aparecer, ya que los dos íbamos totalmente lanzados. Lo que sí sé es que al menos hubiéramos aclarado todo este estúpido embrollo de malentendidos.

Antes de salir hacia el centro le mando un mensaje a Amelia por si quiere que pase a recogerlas en el coche, pero contesta que ya han salido hacia el restaurante. Estoy nervioso, pero salgo de casa decidido a hablar con ella.

Cuando entro al restaurante todavía no han llegado. Bruno y yo empezamos con nuestra ronda de cervezas y el aperitivo. Siempre que quedamos con ellas sucede lo mismo. Nos están sirviendo cuando veo aparecer a Gabrielle que se acerca esquivando a la gente que en esos momentos está en el local mientras nos saluda cariñosamente.

—¿Todavía no han llegado? —pregunta sentándose frente a mí y cogiendo la carta del menú.

—No, creí que veníais juntas —confieso.

—Yo he venido en autobús, pero las muy locas decían que venían en bicicleta —dice, y llama al camarero con un gesto.

—¿En bicicleta? Amelia va con muletas y no puede mover el pie —digo inquieto.

—Ya. Rachel conduce y Amelia y las muletas van detrás. Espero que no les pille la lluvia que dicen que va a caer —apunta Gabrielle dejándome aún

más intranquilo.

—Deberías llamarlas —digo intentando parecer tranquilo.

—Estarán a punto de llegar. Yo las llamo y vamos pidiendo —dice Bruno desesperado.

Rachel y Amelia están ya en el exterior cuando contestan la llamada de Bruno. De fondo, en el teléfono móvil se escuchan las risotadas de las dos. No quiero ni pensar qué estarán haciendo, pero reconozco que, aunque estuviera intranquilo por el bienestar de Amelia, sus risas calman mis nervios.

No pasan ni tres minutos cuando las dos entran muertas de risa en el restaurante.

—Por favor, dejen paso a mi amiga la tullida —dice entre risas Rachel a la vez que va abriendo paso.

Amelia avanza despacio entre la multitud. Se la ve agobiada, así que decido levantarme y mover un par de taburetes para ayudarla a llegar a la mesa.

—Gracias —dice algo tímida mientras sigue mis pasos.

Una vez se sienta en el taburete que hay libre presidiendo la mesa, le cojo las muletas y las apoyo en la pared que hay a mi espalda. Rachel ha empezado a contar muerta de risa cómo por poco se caen de la bicicleta cuando con una de las muletas han chocado contra un árbol y ha caído al suelo. Amelia ha tenido que ir a la pata coja a recuperar la muleta. Instintivamente todos fijamos la mirada en las muletas, pero están en perfectas condiciones.

—¿Podemos hablar luego? —pregunto a Amelia acercando mis labios a su oído en un susurro.

—Sí, por supuesto —dice algo nerviosa—. Supongo que deberíamos hacerlo.

Amelia se revuelve en su silla mientras mira la carta. No puedo evitar observarla con cariño hasta que Bruno me da un rodillazo.

—¿Puedes dejar de babear? —pregunta Bruno socarrón en voz baja.

—Joder, hago lo que puedo —contesto un poco cabreado aun sabiendo que es una broma.

Intento no solo estar pendiente de Amelia, pero a mi mente no deja de venirme el dulce recuerdo de sus suaves labios contra los míos, de nuestras respiraciones aceleradas, nuestras manos inquietas, el olor de su pelo. Aprieto los ojos y, sin darme cuenta, niego con la cabeza. Debo quitarme esa imagen de la cabeza, al menos en los sitios públicos donde no pueda darme una ducha fría.

—¿Estás bien? —pregunta Amelia observando mis movimientos.

—Sí, sí... solo ha sido un recuerdo que me ha venido a la mente —digo cogiendo de nuevo la carta—. ¿Te apetecen unos nachos? Aquí hacen los que te gustan...

Levanto la mirada de la carta y me tropiezo con la de Amelia que esta vez sonrío abiertamente.

—Me encantaría. ¿Vas a pedirte esos palitos tan deliciosos de queso que siempre te pides? —pregunta acercándose hacia donde me encuentro mirando conmigo la carta.

—¿Los que siempre dices que no los pides porque son demasiados y luego no me dejas ni uno? —digo burlón mirándola con cariño.

—Esos mismos —contesta haciéndose la ofendida.

Es agradable cenar de nuevo todos juntos en un ambiente relajado y tener a Amelia tan cerca. Solo en un par de ocasiones la noto pensativa y un poco nerviosa. Disimuladamente le he acercado mi rodilla a la suya. Es un gesto que llevamos haciendo creo que desde que nos conocemos. Es como un «estoy aquí» ó «cuenta conmigo». Creo que, con ese simple toque y una mirada, podemos saber todo de la otra persona en ese mismo instante.

Durante la cena se acercan un par de amigos de Rachel que nos invitan a todos a pasarnos por un nuevo local de copas que han abierto cerca de allí. Cuando se marchan, Amelia deja sobre la mesa su invitación y nos pide que vayamos nosotros que ella está un poco cansada.

—Te llevo a casa y hablamos —susurro acercándome a ella.

—No es necesario. Ve a divertirte, que es sábado. Yo cogeré un taxi... —Empieza a decir en voz bajita.

—Yo te llevo —contesto tajante. Me doy cuenta de su sorpresa y añado—. No me importa acercarte un momento en el coche.

La cena termina y nos vamos despidiendo.

—Te veo en casa —le dice Amelia a Rachel que va junto a Bruno y Gabrielle.

—Descansa —contesta Rachel dándole un abrazo a modo de despedida a Amelia y añade dándome un manotazo a mí en el brazo soltando una carcajada—. Y tú, lleva cuidado con ella y sus muletas.

Cuando salimos al exterior caminamos despacio, Amelia no controla mucho las muletas y de vez en cuando apoya el pie y suelta un pequeño quejido. No quiero parecer protector en exceso, por eso la observo desde la distancia a pesar de que haya momentos en los que me pongo en tensión y mi

brazo reacciona sujetándola para que no pierda el equilibrio. He aparcado cerca y, al verla tiritar, me saco la chaqueta y se la ofrezco. Ese simple hecho se convierte en todo un espectáculo.

—Lo sé, lo sé —dice entre risas poniéndose mi chaqueta mientras permanece a la pata coja—. Soy un pato. Siempre lo he sido, no puedo evitarlo.

—No eres un pato, un poco bruta puede que sí, pero es normal hacerte daño si te lanzas por un ventanal como tú lo hiciste. Lo raro es que no estés en el hospital, chica dura —digo riendo y guiñándole un ojo.

Justo en el momento en el que apenas quedan cincuenta metros para llegar al coche suena un tremendo trueno y empieza a llover como si no hubiera un mañana. Amelia me mira encogida mordiéndose el labio inferior.

—¡Corre! —dice alentándome a que me adelante y suba al coche.

—No voy a dejarte aquí mojándote —digo intentando quitarme el agua de la cara—. Dame las muletas y agárrate a mi cuello.

Sujeto las muletas con una mano y le paso por la cintura el brazo mientras ella se aferra a mi cuello rodeando mi cuerpo con sus piernas. El recorrido es apenas un minuto, pero ambos estamos empapados por la lluvia. Una vez Amelia sube al coche, yo saco una toalla del maletero y entro también en el coche.

—¿Tienes una toalla en el coche? —pregunta sorprendida intentando secarse un poco el pelo.

—Tengo la bolsa de entrenar siempre en el coche —digo con una mueca.

—Joder, estamos empapados —dice intentando secarse todo lo que puede.

—No te preocupes, en cuatro minutos estás en casa —digo arrancando el coche y empezando a circular.

No es hasta que subo el coche a la acera en casa de Rachel que Amelia se lleva la mano a la cabeza y hace el gesto de golpeársela.

—No llevo llaves, las lleva Rachel —dice en un suspiro agobiada—, y las llaves de mi casa están en su casa. Tenemos que volver a buscarla.

Amelia saca su teléfono móvil y empieza a llamar. Lo hace en dos ocasiones y manda un mensaje de wasap, pero no obtiene ninguna contestación. La conozco y sé que estos simples contratiempos le ponen de lo más nerviosa, así que arranco de nuevo el coche y empiezo de nuevo a circular.

—Tranquila —susurro dándole un pequeño apretón en la mano.

—Perdona haberte jodido tu sábado —dice en una especie de puchero infantil.

—No lo estás haciendo —digo llegando a mi casa y aparcando en la parte delantera.

En ese momento, el cielo descarga con mucha menos fuerza.

—Ella no puede vivir sin mirar el teléfono móvil, así que lo verá pronto y te librarás de mí—dice cohibida.

—Sin problema, vayamos a secarnos. Además, ¿quién te ha dicho que me quiero librar de ti? —digo saliendo del coche.

Me acerco a su lado del coche y le acerco las muletas mientras la cubro con un paraguas que llevaba en el coche.

—Ser coja en La Haya es un problema —dice observando las escaleras cuando abro la puerta.

No puedo evitar una sonrisa. Me vuelvo a agachar agarrándola por los muslos y la cargo al hombro junto con las muletas que apoya a un lado nada más llegar a la planta principal. Con ella todavía en el hombro, entro a la cocina y la dejo sobre la barra lateral de la cocina. Le pido que me espere mientras voy al armario y cojo un par de toallas secas. Le tiendo una mientras la observo que mueve las piernas balanceándolas en el aire.

—Haré una manzanilla y así entrarás en calor. Además, podemos hablar tranquilamente —digo poniendo agua en el hervidor.

—No es justo —susurra de repente.

—¿Qué no es justo? —pregunto secándome el pelo con una de las toallas al cuello y mirándola.

—Estoy acorralada —dice con la cabeza gacha mirándose los pies—. Con esta pata tiesa no puedo escabullirme.

—Ame, mírame —digo levantándole el rostro apoyando el dorso de mi mano en su barbilla—. Somos amigos y puedes contarme lo que quieras.

—Ese es el problema —dice en un profundo suspiro.

En ese momento el hervidor avisa de que el agua está preparada. Sirvo dos tazas y una de ellas se la ofrezco a Amelia. Me apoyo con la cadera en la barra cerca de Amelia y dejo mi taza a un lado. Le doy su tiempo y su espacio. Sé que ella está sopesando qué decir. Si fuera posible escuchar los pensamientos de su cabeza, esta estancia sería un jolgorio en estos momentos. Suspira profundamente en dos ocasiones y sé que se acerca el momento.

—Te he intentado evitar —susurra tímidamente.

—Me he dado cuenta —digo a su lado cogiendo mi taza y llevándomela a

los labios.

—No lo entenderías. Últimamente se me ha ido de las manos —dice inquieta en la misma posición.

—Te sorprenderías todo lo que puedo llegar a entender —le digo dirigiendo la mirada hacia su rostro que permanece semi oculto por varios mechones de pelo que caen libremente.

—El karaoke..., ayer... —musita encogiéndose—. Esto es super embarazoso —susurra dando un fuerte suspiro—. Es mucho más complicado que decidir salir de un edificio por un ventanal.

—Ame... —digo al ver lo mal que lo está pasando.

Al fin y al cabo, creo que yo siento lo mismo, pero temo que se esté arrepintiendo de lo que sucedió ayer.

—Somos amigos... buenos amigos.

—Lo somos —le confirmo—. Muy buenos amigos.

—Lo último que quiero es arruinar eso que hemos conseguido... porque es algo muy importante para mí.

—También lo es para mí —le confirmo.

—No me odies... —dice en un hilo de voz—. No he podido controlarlo, aunque lo he intentado...

—Estoy enamorado de ti —la interrumpo.

Mis palabras resuenan en mi cabeza como si yo mismo no creyera que hayan salido de mi boca. Amelia levanta la cabeza con la tez pálida.

—¿Qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Que estoy enamorado de ti. —Vuelvo a repetirle mirándola a los ojos.

—Pero no puedes hacerlo —dice confusa.

—¿Por qué no puedo? —pregunto conteniendo la respiración.

—Porque a pesar de todo, somos los mejores amigos... y, además, ¿desde cuándo? —pregunta levantando la mirada y tropezándose con la mía.

—Ummm, pues déjame pensar... aproximadamente desde el primer instante en que te vi —confieso con una media sonrisa.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunta confusa.

—Vamos, Ame. ¿En serio me preguntas eso? Tú puedes tener a cualquiera. Todo el mundo te adora y estabas con el ricachón de tu novio —digo sincero—. Yo..., no sé, me enamoré de ti sin darme cuenta, de tu sonrisa, de tu mirada... a mí nadie me mira como lo haces tú. Tú me cuidas, me valoras y, menos en el trabajo, siempre me respetas.

—Yo siempre te he respetado, aunque creyeras que intentaba putearte —

dice con una sonrisa—. Nunca hablábamos de estas cosas, hablábamos de todo menos de nuestras parejas y pensé, no sé qué pensé... tú ligabas con todo el mundo...

—Ame, yo no ligo con nadie... la única persona que me importabas eras tú, pero fuera del trabajo nunca me hacías caso. Era como si huyeras de mí — digo con un mohín— y yo solo quería estar contigo y no encontraba el valor de decírtelo. Así que, por favor, no me odies tú a mí. Me doy cuenta de que tú no tienes por qué tener los mismos sentimientos hacia mí.

—Xavi... —susurra conteniendo la respiración—. Estoy enamorada de ti, creo que desde el primer instante que te vi. Tú eres mi mejor amigo, me haces reír como nadie, me cuidas..., incluso sabes que odio los anacardos — dice intentando sonreír con un puchero mientras dos enormes lágrimas ruedan por sus mejillas—. Tenía miedo...

—¿Miedo a qué? —pregunto moviéndome y colocándome entre sus piernas sujetando su rostro entre mis manos.

—A no ser suficiente para ti... —dice apoyando su frente contra la mía.

Su frase queda interrumpida cuando vuelvo a unir nuestros labios de nuevo. Creo que estoy temblando como nunca lo había hecho al besar a una chica. La abrazo con fuerza contra mi cuerpo. En esos momentos, Amelia sacude todos los cimientos de mi mundo y mi corazón se acelera. La deseo tanto, que apenas puedo respirar. No puedo llegar a entender cómo hemos podido aplacar esta tensión entre nosotros durante tanto tiempo. Nuestras lenguas se buscan y se unen con desesperación. No puedo parar de acariciarla. Amelia intenta pegar su cuerpo más al mío y está a punto de caer al suelo perdiendo el equilibrio.

—¡Joder! —exclama asustada intentando recuperar el equilibrio.

—Perdona, estarás incomoda —digo pasando una de mis manos por debajo de su trasero y llevándola abrazada hasta el salón.

Me siento en el sofá con ella encima a horcajadas. No podemos despegar nuestros labios que se unen con ardiente impaciencia. Me doy cuenta de que Amelia intenta moverse hacia un lado, así que separo mis labios de los suyos mientras no dejo de acariciarle el rostro.

—¿Qué sucede? ¿Estás incómoda? ¿No quieres que sigamos? —susurro nervioso.

—No, no... sí, claro que quiero, pero es que mi pie... —confiesa frunciendo el ceño con expresión de dolor.

—Perdona —digo, y la alzo rápidamente para que no sufra esa presión.

—Siento que sea tan complicado —dice ruborizándose.

—Tranquila, solo necesitamos un espacio más amplio —sentencio socarrón.

Cuando la vuelvo a coger en brazos levantándola del sofá tengo el corazón tan acelerado que creo que lo va a oír y se va a asustar. El único sitio más amplio que el sofá, además del suelo que es muy duro, es la cama. Amelia pega totalmente su cuerpo a mi pecho abrazándome y volviendo a besarme. Estamos a punto de perder el equilibrio cuando comienzo a subir a la habitación. Por un momento intento recordar si la tengo decente y no con todo tirado por el suelo. Amelia empieza a darme besos por el cuello y casi vuelvo a perder el equilibrio. No puede evitar reír mientras se agarra a mis hombros y esa risa maravillosa que invade la estancia hace que olvide el resto del mundo y que mis labios se abran a su boca buscando su lengua. Siento como sus dedos acarician mi nuca. Una vez en la habitación, la acerco a la cama con decisión y, mientras ella se recuesta lentamente mirándome a los ojos con la más maravillosa de sus sonrisas, yo voy acercándome a ella. Apoyo mis manos en la cama y me recuesto sobre ella intentando no descargar todo mi peso. Amelia levanta su cabeza y vuelve a atrapar mis labios con impaciencia mientras una de mis manos recorre ávida por su costado hasta llegar a sus piernas y el bajo de su vestido. Introduzco mi mano bajo la tela mientras voy subiendo y acariciando su piel. Tira de mi camisa por la espalda con dificultad, perdemos el equilibrio y con temor a aplastarla con mi peso, me giro llevándola conmigo y colocándola sobre mi cuerpo. Amelia se pone a horcajadas sobre mi cuerpo y empieza a desabrochar el cinturón y los botones del pantalón con impaciencia mientras mis manos recorren sus muslos hasta llegar a la ropa interior. Amelia mueve sus manos tan vertiginosamente que estoy a punto de olvidarme de respirar. Cuando me incorporo para terminar de sacarme la camisa y tiro de la parte baja de su vestido hacia arriba dejándola en ropa interior, me paraliza ver durante un instante dolor en su rostro.

—¿El pie? —pregunto girándola y recostándola de nuevo en la cama para que no fuerce más el pie.

Amelia sonrío levantando la pierna con la férula.

—Perdona, pesa mucho y me desequilibra —dice moviendo los hombros.

No puedo evitar besarla y mientras ella intenta bajarme los pantalones con sus manos yo se las sujeto por las muñecas, las llevo a los lados de su rostro y colocándome sobre ella la beso atrapando su boca, mordiendo suavemente su labio inferior. Continúo mi recorrido bajando por su cuello, sus

hombros..., siento que Amelia tiembla bajo mi cuerpo cuando mis labios juegan con el encaje de su ropa interior... desabrochándosela, deslizándola, acariciándola suavemente con mis dientes. Nuestras respiraciones se entrecortan y creo morir cuando Amelia no puede reprimir un leve jadeo cuando me detengo un instante. Voy recorriendo suavemente con mi mano su costado hasta llegar a su abdomen. Mientras la beso, voy deslizando mis manos bajo su ropa interior arrastrándola con cada caricia, hasta retirarla completamente. Si alguna vez había pensado o soñado con esto, puedo decir en estos momentos que es infinitamente mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar. Mis manos no pueden detenerse y el pecho de Amelia sube y baja a un ritmo totalmente frenético. Sus manos bajan hasta mi ropa interior. Continúo besándola y pego mis caderas en un movimiento sin poder contenerme más ante sus caricias. Alargo el brazo buscando la cartera de donde ágilmente y sin mirar, saco un preservativo. Amelia se arquea buscando mi cuerpo y cuando mueve sus caderas ya no puedo controlarme más. Eleva el cuerpo a la vez que ese gesto de dolor aparece en su rostro. Paso mi mano bajo su muslo y le levanto la pierna llevando su pie a mi espalda. Nuestros movimientos se vuelven extremadamente ávidos y nuestras respiraciones se entremezclan con innumerables gemidos y jadeos. Amelia arquea su espalda pegándose más a mi cuerpo, acoplando a la perfección sus caderas y, comenzando un acompasado y desenfrenado vaivén que me hace perder totalmente la razón. Como continuemos así este va a ser el encuentro sexual más breve con diferencia que he tenido en mi vida. Intento bajar el ritmo e intentar controlar mis pensamientos, pero es imposible. «Joder, estamos totalmente descontrolados», pienso. Soy incapaz de contenerme más cuando Amelia entre suaves jadeos hundiendo su rostro en mi cuello, tensa todo su cuerpo y se estremece bajo mis brazos con unas intensas sacudidas ahogando un profundo gemido cerca de mi oído.

Intento recuperar de nuevo el control y bajar de esa especie de nube en la que me he sumido. «Putita locura», podríamos llamarlo. Me aparto un poco de ella y allí está su intensa mirada buscando la mía. Acercó mis labios a los suyos y le doy un suave y cálido beso que nada tiene que ver con lo que acabamos de vivir. Amelia me acaricia la espalda mientras intenta recuperar el aliento. Vuelvo a besarla y me aparto de ella arrastrando conmigo la sábana.

—¡Madre mía! Menudo aquí te pillo aquí te mato nos acabamos de marcar —dice sin poder reprimir una carcajada.

—No, sí, matarme sí que has estado a punto de matarme —digo pasando

mi brazo bajo su cabeza y atrayéndola hacia mi cuerpo. Amelia me abraza y levanta el pie ágilmente sacándolo de la sábana y le pregunto— ¿Te duele?

—No, pero menuda guerra nos ha dado —sentencia con una sonrisa.

Como jamás me había apetecido hacer después con una mujer, la abrazo acariciándole con mi mano y volviendo a besarla. No quiero despertar de este sueño. Solo con estar con ella a mi lado ya es pura magia. No sé cuánto tiempo pasa hasta que escuchamos el sonido de uno de nuestros teléfonos móviles en el salón. Me levanto y bajo a por él. Es Rachel e inmediatamente se lo llevo a Amelia. Estaba preocupada cuando ha llegado y no ha visto a Amelia en casa. Amelia susurra el problema que ha tenido con las llaves y le dice que se ha venido a mi casa a dormir.

—Espero que no te importe que me quede a dormir... —dice inquieta.

—En estos momentos no te dejaría marchar bajo ningún concepto —digo socarrón haciéndola reír— ¿Tienes hambre?

—Un poco —contesta tímida.

—¿Te subo algo o vienes a la cocina? —pregunto acercándome de nuevo a la cama y, apoyando una rodilla me acerco para volver a besarla.

—¿Me llevas? —pregunta con una amplia sonrisa.

Amelia sale de la cama, agarra mi camisa que permanece en el suelo y se la pone sobre su cuerpo desnudo. Esta preciosa y no puedo dejar de mirarla embobado. La cargo al hombro y bajamos a la cocina.

—¿Qué te apetece? ¿Dulce o salado? —pregunto abriendo el armario adjunto a la nevera.

—¡Joder! ¿Qué tienes aquí el Albert Heijn¹⁵? —pregunta riendo.

—Tengo buen saque. Ya lo sabes y, además, hoy he hecho la compra —digo con suficiencia y una media sonrisa.

Comemos un tentempié sentados en la barra de la cocina hablando como nunca lo hemos hecho. Tras meter los restos de nuestro asalto al armario, volvemos a la cama y esta vez hacemos el amor de una forma totalmente pausada, sintiendo cada rincón de nuestra piel, deleitándonos en cada beso y cada movimiento hasta caer exhaustos en una explosión de sentimientos y sensaciones.

Capítulo 16



Siento un pequeño peso sobre mi pecho y un ligero olor a flores llega hasta mi. No puedo evitar bostezar llevándome la mano libre a la cara y frotármela enérgicamente. Abro los ojos y allí esta Amelia durmiendo plácidamente acurrucada en mi pecho. No puedo evitar sonreír mirándola embobado. Su rostro esta totalmente relajado y siento su pecho en mi costado cuando respira. Ha pasado una de las piernas por encima de mi, colocando sobre mi rodilla su pie lastimado. No puedo moverme sin despertarla, tengo suerte de que sea domingo y no querer hacer nada que no sea estar abrazándola, acariciando la suave piel de su espalda. No hay lugar en el mundo donde desearía estar en estos momentos que no fuera en esta cama pegado a su desnuda piel. Desearía despertar así cada día de mi vida. No puedo evitar un suspiro que hace que Amelia se mueva.

—¿Ya ha salido el sol? —dice sin abrir los ojos acurrucándose más contra mi cuerpo sin abrir los ojos.

—Sí, ha amanecido hace un rato —susurro quitándole suavemente un mechón de pelo de la cara.

—¿Y no podemos quedarnos un ratito más en la cama? —pregunta jugueteando con sus dedos sobre mi pecho.

—Sí sigues acariciándome así no saldremos en todo el día —susurro abrazándola con más fuerza hacia mi costado y dándole un beso en la sien.

Amelia se estira con un leve quejido y finalmente abre los ojos.

—Debo llevar pelos de loca —susurra tímida llevándose una mano el rostro.

—Cielo, te he visto un montón de veces recién levantada y estas preciosa como siempre —espeto con una sonrisa sujetándole la mano y llevándomela a los labios para besarla.

—¡Madre mía! Estas tú muy *merenguito* esta mañana —apunta con una risotada.

Su contestación me pilla totalmente desprevenido. La miro frunciendo el

ceño y ella no puede evitar volver a reír. En un movimiento rápido me giro colocándome sobre ella apoyando los codos en la cama para soportar mi peso, ahora soy yo el que le pilla totalmente confiada cuando sujetos sus manos sobre su cabeza y empiezo a besarla. Empiezo a darle besos por el cuello, jugueteo con mis dientes en el lóbulo de la oreja. Siento que Amelia se estremece y se queja por tener falta de movimiento.

—Buenos días—le digo burlón con una sonrisita picara.

—¿Vas a soltarme? —pregunta moviéndose bajo mi cuerpo.

—No —digo tajante.

Junto sus manos y las sujeto con una sola de mis manos mientras la otra va bajando por su cuello, su pecho, su costado y se esconde bajo las sabanas hasta que siento como Amelia tensa todo su cuerpo ante el contacto mientras ahoga su pequeño gemido mordiéndose el labio inferior. Veo como su respiración se va acelerando. Levanta la cabeza buscando mi boca. Cuando se oye el timbre de la puerta sonar de forma repetida. Frunzo el ceño pensativo, no he quedado con nadie. Hago caso omiso mientras voy bajando con mis labios despacio por el esternón hasta llegar al pecho. Vuelve a sonar el timbre y un golpeteo de nudillos en la puerta principal.

—No te muevas. Voy a ver quien demonios es —digo dándole un beso rápido en los labios a Amelia y levantándome de la cama.

—Librate de quien sea y vuelve a la cama —dice con una sonrisita acuciante cubriéndose con la sabana.

Me froto la cara con las manos y me pongo rápidamente un pantalón de pijama. Voy a mirar por la ventana de la habitación de invitados que da a la parte delantera de la casa. Vuelven a tocar. Abro la ventana y me asomo.

—Rachel, ¿qué cojones quieres un domingo tan temprano? —gruño desde la ventana.

—No es tan temprano, tienes a mi amiga secuestrada y necesito hablar con ella. Anda, no seas picajoso y déjeme entrar —dice alegremente.

—Espera, ahora te abro —refunfuño.

—Pero no tardes —la escucho decir antes de cerrar la ventana.

Me dirijo al cuarto para avisar a Amelia y la encuentro cubriéndose con la sabana el cuerpo mientras busca por toda la habitación su ropa.

—Mierda, mierda, mierda —dice encontrando su vestido—. Va a darse cuenta de que nos hemos liado.

La miro arqueando una ceja, nunca la había visto tan acelerada y eso que suele ser su estado normal, pero ahora además va con cojeando alrededor

deshecha cama.

—Amelia, ¿qué haces? —pregunto sorprendido.

—Se va a dar cuenta, mierda, mierda... —despotrica.

—Cielo, no tiene por qué saber nada a no ser que nosotros se lo digamos —la interrumpo en su caótico nerviosismo.

—No lo entiendes huelo a tu perfume —explica agobiada y cuando levanto las cejas en señal de sorpresa por sus palabras, añade dramática moviendo las manos—. No solo eso... huele a hormonas, besos, pasión..., sexoooo.

No puedo evitar soltar una carcajada, al escucharla decir la palabra sexo de esa forma tan teatral.

—Dile que has dormido con un pijama mio... —digo intentando tranquilizarla sujetándola por los brazos.

—Vale, eso me sirve sí dice algo, pero las mujeres nos damos cuenta de esas cosas. Voy a darme una ducha —dice con un mohín—¿Puedes entretenerla un momento?

—No te preocupes, pero lleva cuidado —digo tranquilo.

Bajo a la planta principal y pongo la cafetera a calentar mientras abro la puerta principal. Rachel sube tarareando una canción.

♪♪♪ [16](#)

...

*Tell me something, boy
Aren't you tired tryin' to fill that void?
Or do you need more?
Ain't it hard keeping it so hardcore?*

*I'm falling
In all the good times I find myself
Longing for change
And in the bad times I fear myself*

*I'm off the deep end, watch as I dive in
I'll never meet the ground
Crash through the surface, where they can't hurt us
We're far from the shallow now*

...♪♪♪

—Rachel, estoy en la cocina haciendo café. Pasa —digo en un tono de voz más elevado—. ¿Estás bien? Pareces un poco melancólica.

—¡¡¡Madre Virgen Santísima!!! —exclama haciendo que me gire al instante.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmado.

—Haz el favor de ponerte algo de ropa ¿quieres que me de un micro infarto? —dice gritando en una especie de gallito que le sale de la garganta.

Me pongo serio, frunzo el ceño arqueando una de las cejas y con una taza de café en la mano la miro queriendo fulminarla.

—Es domingo, acabas de aparecer sin avisar en MI casa y puedo ir vestido como me de la gana —espeto mirándola a los ojos.

—No, no, si por mi te puedes quitar hasta los pantalones, pero luego no me culpes si tengo sueños orgásmicos contigo —contesta con una sonrisita altanera— ¿Dónde está mi amiga?

—Está duchándose, me ha pedido que te entretenga —le informo bebiendo de mi taza— ¿Quieres un café?

—Ahh, sí, vale, pero no te preocupes, puedo entretenerme mirándote con deseo —dice con una risotada.

—Joder, Rachel. Espera, iré a por una camiseta —digo exasperado.

—Por mi no lo hagas, eh. Yo estoy bien... —dice mientras me dirijo a la escalera—. Tienes la casa decorada muy minimalista... ¿Puedo poner música?

—Haz el favor de no tocar nada —digo desde lo alto de la escalera.

Cuando me dirijo hacia la habitación veo a Amelia salir del cuarto de baño. Me acerco por detrás y agarrándola de la cintura la elevo besándole el cuello mientras camino con ella hasta la habitación. Amelia se arquea y mueve la cabeza hacia un lado con una sonrisa mientras da pequeños suspiros. Mientras acerco todo lo que puedo su cuerpo al mio agarrandola con un brazo, llevo mi mano derecha hacia su mandíbula acariciando sus labios con mi pulgar.

—Para, para —susurra totalmente alterada—. No hagas eso. Rachel está bajo.

—¿No podrías pedirle a Rachel que se fuera y continuar con lo que estábamos haciendo? —le susurro en el oído mientras la dejo en el suelo metiendo una de mis manos por debajo de su vestido.

—Para, estate quieto o voy a sufrir una combustión instantánea —susurra nerviosa apartándome las manos.

—Vale, vale —digo levantando las manos al aire—. Además, creo que a

Rachel le pasa algo, solo tararea canciones raras.

—¿Ves? Hasta te preocupa el bienestar de Rachel..., un *merenguito* total —dice con una sonrisita.

Los dos nos callamos y la escuchamos tararear en el piso de abajo.

♪♪♪ [17](#)

...

*You want me more now I let go
Now, now, now, now*

*I'm over you and I don't need your lies no more
'Cause the truth is, without you, boy, I'm stronger
And I know it's sad that I changed, have a cold heart
But it was your game that left scars
Ooh, I'm over you*

*Don't call me up
I'm going out tonight
Feeling good now you're outta my life
Don't wanna talk about us
Gotta leave it behind*

...♪♪♪

—Hablaré con ella —dice Amelia seria.

—He preparado café. Voy a darme una ducha... fría —digo con cierta socarronería.

Amelia deposita sus manos en mi cara atrayendo mis labios hacia los suyos, me da un beso. Un beso suave, lento que de pronto se convierte en más ávido, apasionado.

—Sí, creo que la necesitas —sentencia con una risotada haciéndome burla sacando la lengua de manera infantil.

Ayudo a Amelia a bajar a la planta principal y le acerco las muletas. Rachel acude enseguida y yo desaparezco antes de que empiece a escudriñarme con la mirada. Las dejo solas y cuando salgo de la ducha ya puedo escuchar la voz de Rachel más animada. Me visto de manera informal y bajo al salón.

—Vaya, vaya, menos mal que te has vestido, ya temía que bajaras de

nuevo, no controlarme y saltar a tu cuello —dice con descaro con una sonrisa. Le lanzo una mirada de incredulidad—. No me mires así, sí yo tuviera ese cuerpo me pasaría el día delante del espejo tocándome...

—¡Rachel! —exclama Amelia sorprendida por su desvergüenza.

—¿Qué? No estoy diciéndole nada malo. Si no trabajáramos juntos ya habría intentado ligar contigo aunque con lo picajoso que eres serían tres polvos y fuera —añade tranquila.

—¡Racheeeeel! —exclamamos Amelia y yo a la vez.

—Qué poco humor. Buenoooo, sí él te va a llevar a casa y crees que puedes valerte por ti sola, dejare de comportarme como una madre controladora. Te he traído ropa y tus llaves. He supuesto que te gustaría cambiarte —dice levantándose del sofá—. Si quieres paso a por ti para ir está tarde a casa de Gabrielle. Dame un toque y vengo en la bicicleta.

La miro con ojos desorbitados, al segundo las imagino a las dos provocando algún accidente con las muletas.

—Vale —dice Amelia.

—No me mires así, hay que disfrutar de la vida. Haz el favor de pegar un buen polvo, pareces agobiado —dice dejándome anonadado.

Le da un abrazo a Amelia y se marcha canturreando. Para mi sorpresa, parece que el chico con el que ha estado saliendo un tiempo ha roto la relación de ahí su inicial melancolía y la letra de sus canciones. No sabia ni que estaba saliendo con alguien, pero por lo poco que he podido escuchar él ha sido un cabrón y se ha aprovechado y le interesaba más la posición que tiene Rachel que ella misma.

En el preciso instante en el que Rachel cierra la puerta me doy la vuelta pillando a Amelia desprevenida, tiro de ella, la llevo casi en volandas y le acorralo contra la pared del salón.

—¡Al fin solos de nuevo! — exclamo con una sonrisita picara empezando a besarle en el cuello.

A Amelia le da la risa floja. La sujeto contra la pared a escasos centímetros de mi cuerpo. Le paso una mano por la cintura para que no pierda el equilibrio y otra la apoyo contra la pared. Busco de nuevo sus labios para continuar lo que habíamos empezado y nos ha interrumpido la inoportuna visita de Rachel. Amelia emite un profundo suspiro totalmente atrapada. Vuelvo a jugar con su boca, sus labios. En un rápido movimiento me agacho coloco las manos en su trasero y la elevo hasta mi cintura, Amelia entrelaza sus piernas a mi espalda agarrándose a mi cuello. Nuestros besos se vuelven

más intensos, más desmedidos. Pego cada centímetro de mi cuerpo al suyo y Amelia entre jadeos se sujeta con fuerza a mis hombros, enredando uno de ellos en mi nuca.

—No me sueltes —dice en un gemido.

—No te voy a soltar —digo respondiendo a su beso.

Nuestras miradas se encuentran y observo detenidamente su rostro con una sonrisa. Sus rasgos son los más bonitos que haya visto en mi vida. Su piel suave y tez sonrosada contrastan con el moreno de mi piel. Sus ojos intensos que hablaban sin palabras y sus labios sensuales, enrojecidos por el roce de los míos. Con desesperación y presteza nuestras nuestras manos intentan apartar y quitar la ropa de nuestros cuerpos con movimientos totalmente desenfrenados sin querer demorarnos más consumidos por un delirio totalmente lascivo. Siento sus dedos acariciar mi piel, su pecho contra el mío mientras un escalofrío recorre nuestros cuerpos. Los dos con la respiración totalmente acelerada. Ajusto sus piernas a mis caderas sujetándola con fuerza. Nuestros movimientos y nuestras respiraciones se vuelven uno. La beso con cada movimiento con deleite saboreando cada uno de sus suspiros, sus gemidos, oscilaciones y vaivenes de nuestros cuerpos hasta que una explosión arrolladora irrumpe en nuestros cuerpos tensando cada uno de nuestros músculos para volver a estallar en mil pedazos de nuevo. Siento que el cuerpo de Amelia se desploma contra el mío y baja la tensión de sus brazos y piernas. La agarro con fuerza pasando una mano por su cintura a pesar de estar bien sujeta contra la pared. Le doy un suave y pausado beso en los labios al que responde con una amplia sonrisa intentando recuperar el control de su respiración. No sé cuánto tiempo pasa mientras permanecemos totalmente abrazados, solo hablando con nuestras miradas y nuestras sonrisas hasta que nuestras respiraciones se calman y acompañan.

Pasamos el domingo juntos, declinamos ir a casa de Gabrielle y dudamos a última hora ir a su casa. No puedo decir que hablemos durante horas, ya que hay momentos en los que permanecemos simplemente abrazados el uno al otro en silencio.

El lunes vamos juntos al trabajo, lo hemos hecho en infinidad de ocasiones así que a nadie le sorprende llegar y que la ayude en todo momento. Amelia se mueve torpemente de un lado a otro con las muletas y yo intento no quedarme embobado mirándola como un bobo. Anoche volvimos a dormir juntos, pero hoy me ha asegurado que tiene que volver a su casa. A última hora, subo desde el gimnasio y allí está ella sentada tras su mesa cotejando

datos y terminando expedientes. Doy dos pequeños toques con los nudillos en el quicio de la puerta.

—¿Te queda mucho? —digo entrando a su despacho.

—¿Qué? Ahh, no, no —dice levantando la vista de la pantalla y añade con una sonrisita —. ¿Todavía te quedan fuerzas para entrenar?

Levanto una ceja con sorpresa ya que no sé por donde tomarme el comentario, pero paso, dejo la bolsa de deporte en una de las sillas y me siento en la otra mirando como continua tecleando.

—Tengo hambre... —digo acomodando el tobillo derecho en la rodilla izquierda.

—Enseguida termino o me lo llevaré a casa —dice levantando de nuevo la vista hacia mí—. ¿Has visto esto?

—¿Es muy urgente? —pregunto con una mueca.

—No, perdona. No me he dado cuenta de la hora que es —dice empezando a ordenar todo lo de su mesa.

En nuestro camino a casa, paramos a comprar la cena. Estoy agotado, no me apetece cocinar y no quiero que Amelia vaya a la pata coja de un lado a otro de la cocina organizándolo todo y ella es muy cabezota. Y así es como empezamos una pequeña rutina. Nadie se asombra de que entremos y salgamos juntos del trabajo, en muchas ocasiones lo hemos hecho y más ahora que Amelia necesita ayuda. Me estoy acostumbrando a esta especie de felicidad a la que he oído que le llaman amor.

Los días pasan y mientras Amelia se recupera, yo salgo con el equipo en una misión. Son solo unos días, pero a pesar de ser muy productiva nuestra salida, echo de menos a Amelia. Hemos estado hablando y hemos decidido que a mi regreso, nos iremos juntos a pasar unos días a Valencia, son las fiestas de la ciudad y ambos teníamos días libres reservados para ello. No sé si todo esto va demasiado deprisa o ha ido demasiado despacio, solo sé que ambos estamos bien y eso es lo que nos importa por ahora, más adelante pesaremos o intentaremos solucionar los posibles problemas que podamos tener en el trabajo.

La misión se retrasa unos días y yo, pierdo el vuelo que iba a coger con Amelia hacia España. Ella se marcha a Valencia y yo cogeré el primer vuelo que pueda cuando regresemos y nos veremos allí.

En menos de veinticuatro horas me recorro medio mundo y tras coger cinco vuelos y pasar tres horas esperando la conexión llego al aeropuerto de Manises a las nueve de la mañana. Cuando voy a recoger mi petate a las cintas

de recogida de equipaje, no sé ni a que día estamos, pero me llega un mensaje al teléfono móvil y no puedo más que sonreír.

Amelia Navarro_09:12 AM

Estamos fuera esperándote.

No tardes!

Yo_09:14 AM

Recogiendo el equipaje.

Tengo ganas de besarte y abrazarte ;)

Amelia Navarro_09:16 AM

Pues... voy acompañada.

Me quedo pensativo intentando averiguar con quien estará Amelia. Durante estos últimos días, cuando ya hemos estado en una zona un poco más civilizada y hemos podido mandarnos algún que otro mensaje, me ha contado que había estado con su familia y los amigos. Ayudo a una señora con un bebé a bajar la maleta de la cinta mientras espero que mi petate llegue. Lo agarro y me lo cuelgo a la espalda, necesito una ducha y afeitarme urgentemente, todavía llevo polvo del desierto hasta en el pelo. Empiezo a caminar hasta la puerta y fácilmente veo a Amelia con una enorme sonrisa y a Pilar a su lado haciendo gestos y moviendo ambas un cartel marrón enorme que reza con letras negras y gruesas:

“Bienvenido a casa tras tu estancia en prisión, hermano”

La gente que va caminando a mi lado empieza a mirarme y disimuladamente va apartándose de mí. «¡Voy a matarlas a las dos!», pienso al instante. No sé donde meterme, hasta que llego hasta ellas y Amelia se aparta un momento para que abrace a Pilar mientras sonrío a su espalda. La he echado de menos y creo que no puede estar más guapa. Se nota que el sol del mediterráneo le ha dado en la cara, lo que le da un aspecto increíble con sus vaqueros, su blusa y sus zapatillas Converse. Me doy cuenta de que ya no cojea y le guiño un ojo mientras Pilar continúa diciéndome lo mucho que me ha echado de menos estos años en..., prisión mientras se abraza a mi cuello.

Llevo la mano derecha a su costado y empieza a revolverse en mis brazos muerta de la risa por las cosquillas. Cuando se separa de mi casi cayendo al suelo, alargó mi mano y se la paso a Amelia por la cintura atrayéndola hacia mí. Ahora es su momento de pasar vergüenza, así que rápidamente y sin ella esperarlo la miro a los ojos y le planto un beso en sus cálidos labios. Se queda un poco paralizada, pero es mi pequeña venganza y así tenemos que dejar de pensar como hacer nuestra relación un poco menos secreta. Definitivamente tenemos que salir de allí, el espectáculo que han creado hace que mucha gente de mi mismo vuelo y personas que están esperando a pasajeros no nos quiten el ojo de encima y más cuando Pilar ha soltado un pequeño grito cuando he besado a Amelia.

—¡Al fin estáis juntos! —exclama emocionada.

—¿Qué hacéis vosotras dos juntas? —pregunto mientras caminamos hacia el coche.

—Me apetecía verte y sé que cuando vienes en Fallas no te vemos mucho, así que como tenía el teléfono de Amelia hablé con ella y supe cuando llegarías ya que mi queridísimo hermanito nunca me dice cuando llega —dice dando saltitos a nuestro lado.

—Sabes que es trabajo, Pilar —matizo.

Nunca había subido en el coche con Amelia en Valencia, bueno, creo que desde que nos conocemos nos hemos visto en varias ocasiones, pero no de forma programada. En algún vuelo que hemos llegado o nos hemos vuelto. He conocido a su madre que hace las mejores tortillas de patata del Universo y lo bueno es que le caí en gracia y siempre que sabe que nos volvemos juntos me manda un enorme bocadillo de tortilla de patatas para el avión, que yo devoro con gusto mientras Amelia se queja del olor y duerme contra la ventanilla. La mayoría de las calles están cortadas, pero no sé como lo hace que baja la ventanilla, mira, dice dos frases, sonrío y la dejan pasar. Creo que lo que hace con las personas es pura magia. Recuerdo el último año que fue horrible llegar hasta casa. Es lo malo de vivir en el centro y hoy nada de gritos ni discusiones, sí no podíamos pasar, nos indicaban por donde hacerlo. Dejamos a Pilar que se despide con un abrazo metiendo la mitad de su cuerpo por la ventanilla agradeciéndole a Amelia que contara con ella para la broma. Luego me deja a mí en casa, necesito una ducha antes de ser persona e insiste e incluso se cabrea de que no quiera dejarla sola con todo el atasco que hay a esas horas.

—Soy suficientemente capaz de conducir y llevar el coche al garaje, ve a

ducharte —replica ofendida.

—¡Vale! ¡Vale! —exclamo levantando las manos en plan de derrota—. Solo es que te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, pero tu necesitas una ducha y yo comprarme un café —dice forzando una sonrisita.

—Estas tan guapa cuando te enfurruñas... —digo guiñándole un ojo con una media sonrisa y abriendo la puerta del vehículo.

—Y tú..., estas tan guapo cuando te duchas —dice en una carcajada.

—Me enamora tu romanticismo después de mi ausencia —digo teatrero.

—Anda baja del coche —me exige empujándome mientras le doy un beso en los labios.

Me entretengo en la portal de la finca con unos vecinos y cuando veo la hora, me apresuro a llegar a casa y darme una ducha. Conecto la electricidad y levanto varias persianas para airear un poco la casa. Estoy todavía en la ducha cuando suena el timbre de la entrada y anudándome una toalla a la cintura salgo a abrir.

—Te he traído un café —dice Amelia cuando abro la puerta.

—Pasa. Cuanto tiempo sin comer buñuelos de calabaza —digo observando como devora uno de ellos haciendo que en sus labios se queden granitos de azúcar.

—¡Ohhh! Noooo, los buñuelos son míos —dice en una carcajada riendo cuando me hago a un lado para que pase.

—Menudo casoplón —dice observándolo todo—, y que minimalista también.

No puedo evitar agarrarla de la cintura y tras mirarla detenidamente a los ojos, acerco mis labios a los suyos. Es un beso carente de prisa. Me recreo en sus dulces labios mientras paso mis manos por su cintura y la atraigo hacia mi cuerpo ansioso de ella. Amelia jadea respondiendo a mi beso mientras en una de sus manos todavía mantiene la mitad de un buñuelo en el aire. Voy deslizado mis manos por su espalda bajando despacio, muy despacio hasta llegar a la región lumbar y acerco más su cuerpo al mío. Siento que un ligero escalofrío recorre nuestros cuerpos cuando le paso una mano por debajo del muslo y elevo su pierna hacia mi cadera.

—A la mierda los buñuelos —dice soltando la bolsa de papel que lleva en la mano y el trozo de buñuelo que todavía sostenía en la otra.

Debo reconocer que recuperamos parte del tiempo perdido esa mañana, he incluso estamos a punto de perdernos la *Masclètà* [18](#) en el Ayuntamiento.

Pilar nos envía un mensaje para que pasemos por el *Casal*¹⁹ donde según ella están haciendo la paella más espectacular de todos los tiempos. Vamos haciéndonos hueco entre la multitud de vecinos y turistas que llegan en esta época de fiestas. De vez en cuando nos detenemos a saludar a algún conocido. Paso mi mano por el hombro de Amelia, se la ve feliz y si ella es feliz yo lo soy también. Hay momentos que hay una multitud tan grande de personas que es imposible avanzar, así que sujeto a Amelia por la cintura y la voy guiando hasta abrirnos paso. Ya queda poco para que la enorme paella esté finalizada cuando vemos en una de las mesas a Pilar. Beso el cuello de Amelia cuando tropezamos con alguien.

—Padre —exclamo paralizado.

—Hijo —contesta retintín.

Lleva unos refrescos en la mano.

—He llegado esta mañana —baluceo soltando a Amelia, que nos observa a los dos y yo reacciono—. Amelia, te presento a mi padre.

Él me pide que le sujete las bebidas y alarga una de sus manos hacia ella, que con una sonrisa acepta un poco turbada.

—Encantada.

Mi padre nos mira a los dos de arriba a abajo levantando una ceja serio.

—Mi hija me ha hablado mucho de ti —dice amablemente para mi sorpresa y añade con ironía mirándome fijamente—. Todo lo que no ha hecho mi hijo. Os esperamos en la mesa.

—Lo lamento, voy a matar a la enana —digo en un susurro muy preocupado mirando como Amelia se recupera del momento vivido—. Podemos irnos...

—No, no te preocupes. Somos compañeros de trabajo y amigos. Sí nos vamos pensarán que huimos —dice tras pensar unos instantes y añade con una sonrisita—. Parece simpático, además seguro que empiezan a contar todos esos oscuros secretos que tienes escondidos y nadie conoce...

Ahora soy yo el que creo que me he quedado paralizado. Pedimos unas bebidas y nos acercamos a la mesa. Pilar nos espera con una amplia sonrisa.

—Voy a matarte enana —le susurro casi en el oído dándole un beso.

—Àngels, te presento a Amelia, una amiga y compañera de trabajo —digo tras saludarla.

—Sí, ahora lo llaman así —masculla ironizando mi padre bebiendo de su vaso.

Amelia, me mira y luego mira a Pilar con cara de no saber que hacer,

hasta que decide intentar controlar la situación. A los pocos minutos veo a mi padre y a Amelia sonreír.

—Jamás lo hubiera imaginado a usted así —dice Amelia vivaracha.

—¿Cómo me imaginabas? —pregunta confiado mi padre.

—No sé..., más, más serio, furibundo y sin nada agradable que decir — dice Amelia y provoca que Pilar se calle al instante y me mire con los ojos sobresalidos por la sorpresa.

Y Amelia lo vuelve a hacer, con su cháchara y su magia conquista a la persona más complicada de entender del planeta, mi padre.

Durante dos días, paseamos, comemos y hacemos el amor hasta cansarnos. Es como una pequeña rutina en la que no faltamos a las *mascletàs* y a los castillos de fuegos artificiales. El domingo por la mañana mientras dormimos abrazados el uno en los brazos del otro veo como mi teléfono móvil se ilumina sin cesar. Me levanto intentando no despertar a Amelia y voy a otra estancia de la casa para hablar.

Tenemos que cortar nuestras vacaciones, nos vamos a Uganda con el equipo.

Capítulo 17



En la oficina han preparado un pequeño equipo de intervención. Todo se ha acelerado, aunque va a ser una misión sencilla y volveremos pronto a casa. Amelia y yo nos juntaremos con el equipo en la base y de ahí iremos a Kenia pasando la frontera por carretera. Mi segundo, Joseph, está indispuesto y no vendrá esta vez. Tenemos activos en la zona y volveremos a casa con la mayor celeridad.

Amelia gruñó cuando la desperté para decirle que no podía terminar sus vacaciones y que teníamos que marcharnos, pues nos reclamaban. Desde la central, habían dispuesto todo para que saliéramos esa misma mañana, así que tras muchas quejas, se levantó y empezó a preparar su equipaje.

Ha estado semi gruñendo hasta que hemos subido al avión que nos llevará a Nairobi. No ha dicho mucho, solo contestaba de vez en cuando con monosílabos del tipo “*noggh*” o “*sehhgrr*” que para el caso era un simple sí o no. Ahora está sentada en el asiento que da a la ventanilla mirando con admiración lo poco que se puede distinguir a esta altura desde un avión.

A nuestra llegada al aeropuerto internacional de Jomo Kenyatta están esperándonos dos personas que nos acompañarán por carretera hasta Kampala en Uganda. Ante nosotros nos encontramos con más de doce horas de coche, si todo marcha bien. Y, no, no todo marcha bien. Nada más salir de Nairobi nos encontramos con obras en la carretera, lo que nos hace tener que permanecer más de una hora parados dentro del coche con el terrible sol que cae sobre nosotros. Aprovechamos para bajar del coche y comprar alguna bebida fría en una pequeña tienda cercana. A los pocos kilómetros tenemos que dejar la A104 por cortes de carretera durante unos minutos y tras cuatro horas en las que apenas hemos avanzado ochenta kilómetros, la A104 empieza a aparecer frente a nosotros despejada. Vamos turnándonos al volante y cuando es mi turno, Amelia se sienta en el asiento del copiloto y va con medio cuerpo fuera del coche, entusiasmada con la ventanilla bajada señalando el paisaje que nos vamos encontrando. Sé que ella estuvo una temporada larga en esta zona, pero

nunca me había hablado de ello hasta ahora. Me habla de pequeños detalles o anécdotas sin ninguna importancia para nuestra misión, pero que son recuerdos increíbles para ella. Conoce muy bien la zona y las costumbres.

Todavía nos quedan unas dos horas de camino cuando oscurece y decidimos detenernos en un pequeño hotel después de cruzar la frontera con Uganda.

—Definitivamente ya sé por qué no decoras ninguna de tus casas —dice Amelia entrando a su habitación.

—No te entiendo —digo dejando su bolsa del equipaje sobre una silla que hay en el pequeño cuarto.

—No decoras tus casas y así cuando salimos en las misiones y tenemos que dormir en cuchitriles como éste, no las añoras porque te sientes como en ella —susurra mirando por la ventana.

Fuera está todo oscuro y solo se ven pequeñas luces a lo lejos, así que cierra la cortina y me mira tranquila. Yo permanezco observándola.

—Mi casa está donde esté mi corazón y en estos momentos es aquí, junto a ti. Lo demás es superficial, me da igual —sentencio con una media sonrisita.

—Te has ganado un beso y un abrazo enorme, *merenguito* —dice con una pequeña risita nerviosa acercándose a mí.

Amelia pasa sus manos por mis hombros y pesar de que lo dice con una sonrisa puedo notar el cansancio en sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunto apoyando mi frente en la suya.

—¿Sabes? He estado pensando —dice cerrando los ojos en un suspiro.

—Y, ¿qué has pensado? —pregunto rozando mi nariz con la suya.

—Que no debería haber sido todo así. No sé..., hemos perdido tanto tiempo entre nosotros y ahora nos mandan al culo del mundo... —explica en una especie de mohín infantil.

—Joder Amelia, qué susto. Deberías dejar de pensar en cómo debería de haber sucedido y vivir lo que puede llegar a ser —digo abrazándola más fuerte, mientras la acerco todo lo que puedo a mi cuerpo sintiendo el calor del suyo.

Ella da un salto rápido y resuelto rodeando mi cintura con sus piernas. Paso una de mis manos por su cuerpo para sujetarla y la otra la llevo a su hombro, le bajo el tirante de la camiseta lentamente y se lo cubro con una lenta sucesión de pequeños besos que se acercan a su cuello. Sus brazos rodean mis hombros con firmeza, mientras hunde su cara en mi cuello y suspira profundamente. Se mueve contra mi cuerpo y me besa con vehemencia entre

pequeños gemidos que salen de su garganta apretando su pecho contra el mío.

—Amelia, espera, espera... —le pido intentando controlar la situación.

—¿Qué sucede? —pregunta desconcertada—. ¿No te apetece?

—Joder, sí me apetece..., muchísimo, demasiado, pero tenemos un problema —respondo mientras mi pecho sube y baja intentando controlar los impulsos de mi cuerpo—. No podemos llegar hasta el final.

—Ahh... —responde Amelia sin entender.

—Me refiero a que..., no se me ha ocurrido meter condones en el equipaje —mascullo desilusionado—. Nunca he tenido que utilizarlos. Ya sabes, siempre vamos con el equipo...

—¡Joder, qué susto! —exclama Amelia en un suspiro todavía en mis brazos—. Podemos hacer otras cosas —replica levantando las cejas con un gracioso gesto—. Y, puede que sea un buen momento para decirte que mi última revisión fue perfecta, tomo la píldora y siempre he usado condón.

Vuelvo a besarla. Amelia se estremece y, al sentir ese pequeño temblor de su cuerpo mi cuerpo reacciona y necesita más de ella.

—Revisión perfecta, no tomo la píldora y siempre he usado condón..., hasta ahora —reconozco con una sonrisa cuando nuestras miradas se encuentran.

Me devuelve la sonrisa y tomándola entre mis brazos la llevo a la cama. Amelia coge aire, echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suave gemido de sus labios. Con rapidez vamos quitándonos la ropa el uno al otro mientras nuestros labios se unen en un apasionado y desmedido beso. Mis manos recorren su cuerpo con desesperación. Voy bajando recorriendo su cuerpo con mis labios mientras ella, jadeante, se agarra con fuerza a la almohada. Creo que con el sonido que sale de su pecho estoy perdiendo totalmente la razón cuando, me atrae de nuevo hacia sus labios y me empuja rodando sobre mi cuerpo hasta tumbarme en la cama. Se coloca a horcajadas con decisión y una enorme sonrisa. Mueve la cabeza echando el pelo hacia atrás y apoyándose en mi pecho. Entonces se agacha hacia mí y sus labios buscan los míos que se abren anhelando el contacto con su lengua húmeda. Las manos de Amelia van bajando, besa mi cuello, mis clavículas, mi pecho y deteniéndose a cada instante, explorando mi cuerpo. No puedo evitar susurrar su nombre cuando una violenta corriente sacude todo mi cuerpo. Estiro los brazos atrayéndola de nuevo hacia mi boca y Amelia con una sonrisita, agarra mis manos y las sujeta por las muñecas contra la cama. Se coloca sobre mi cuerpo. Suave, lentamente, sin desviar la mirada de mis ojos. Sonríe mientras despacio

empieza a moverse arqueando su cuerpo. No puedo dejar de mirar sus ojos, su rostro, su cuerpo, me tiene totalmente hipnotizado. Ladea el cuello llevando la cabeza hacia tras en una especie de gruñido. No tardamos en acelerar nuestros movimientos entre susurros y gemidos reteniéndola por las caderas sobre mi cuerpo. Me incorporo abrazándola y sujetándola en mi regazo. Amelia se apoya en mis hombros mientras no cede en el vaivén de sus caderas. Siento que un fuego intenso empieza a recorrernos aumentando la velocidad y la intensidad de nuestros movimientos hasta explotar en una sacudida de placer que corre y se extiende por nuestros cuerpos mientras permanecemos totalmente abrazados, mientras somos uno. Le doy un cariñoso y suave beso tras intentar recuperar el aliento. No quiero que esta sensación acabe nunca. Ha sido brutal, y tan inesperado, que ambos permanecemos sin poder hablar e incluso respirar con normalidad. No puedo apartar mis ojos de su mirada. Ella sonrío mordiéndose el labio inferior sin decir nada con sus labios y diciéndolo todo con su mirada. Le aparto un mechón de pelo que cae sobre su rostro, continuamos abrazados y de pronto salen las palabras de mi garganta.

—Te quiero —susurro dándole un lento beso en los labios y acariciando su espalda desnuda.

—Y yo a ti —dice respondiendo a mi beso.

No acudo a mi habitación y dormimos abrazados toda la noche con el pequeño ventilador de pie que hace la función de aire acondicionado. Amelia se revuelve en una ocasión con un pequeño gruñido, pero la acerco más a mi cuerpo y medio dormido le doy un beso en la frente y continúa durmiendo. Nos despertamos al alba y, tras ducharnos, bajamos a la recepción. El resto del equipo todavía duerme, así que decidimos tomar el desayuno en la terraza del jardín trasero del pequeño hotel. No es muy abundante ni con ningún lujo. Las mesas de plástico blanco contrastan con la espesa y verde vegetación de la zona.

—Me encantan los sitios tan románticos a los que me traes —dice Amelia al ver el estado de la vajilla.

—Bueno, yo intento suplir todas las cosas materiales con muchos besos —digo caminando detrás de ella y acercando mis labios a su cuello—. Además, cuando terminemos aquí te llevaré adonde tú quieras, todavía nos

quedan días libres.

—Eso me gusta —responde con una amplia sonrisa.

Todavía nos quedan tres horas y media para llegar a Kampala. El viaje no se hace tan largo como el día anterior y antes de darnos cuenta estamos sumergidos en la vorágine del tráfico de sus calles repletas de innumerables motocicletas. Nos dirigimos hacia el punto de contacto y cuando aparcamos el coche nos ponemos las gorras y las gafas de sol, mientras que Amelia se cubre parte de la cabeza con un pañuelo ligero. Intentamos pasar lo más desapercibidos posible, aunque es difícil siendo blancos en una población negra, así que nos dividimos en dos grupos. Amelia sigue mis pasos entre la multitud con la cabeza bastante gacha. No es difícil encontrar las indicaciones que nos dan, así que tras permanecer en una especie de salón durante varias horas, obtenemos gran parte de la información que necesitamos para localizar alguno de los campos de entrenamiento que Kattanga tiene en diferentes países de la zona para no ser descubierto. Nuestros contactos se comprometen a acompañarnos hasta una especie de pequeña base que tienen en el país casi en la frontera con Kenia situada cerca de Mbale. Es tarde, pero nos aseguran que es mejor que circulemos de noche hasta llegar allí, para no ser vistos ni llamar la atención, así que, a pesar de ser bien entrada la noche, nos ponemos en camino. Las cuatro horas y media se convierten en siete, y en dos ocasiones por la policía nos para y nos exige una cuota para poder continuar con nuestro camino. No queremos problemas, así que pagamos y continuamos. Nos hemos ido turnando conduciendo y el resto ha dormido como ha podido en el cuatro por cuatro, así que llegamos bastante agotados. Hay momentos en los que las carreteras se convierten en caminos y caminos que sin esperarlo desaparecen entre la maleza para volver a aparecer unos metros o kilómetros más adelante. No hubiéramos podido acceder a esta zona si no llega a ser por la ayuda que hemos tenido. Nos acercarnos lo máximo que creemos seguro, tras dejar escondidos los cuatro por cuatros y andar durante kilómetros a través de la frondosa vegetación. Tras la exploración, volvemos sobre nuestros pasos y mandamos una señal de localización.

Se ha hecho de noche otra vez y volvemos con sigilo. No es muy seguro quedarnos en esa zona del país tal y como están las cosas en estos momentos, pero tampoco es buena idea que un coche vaya por la carretera con gente extranjera a estas horas, así que decidimos buscar un hotel, descansar y salir a

primera hora de la mañana hacia la frontera. Paso toda la información a central y dan el visto bueno. Nos comunican todos los datos del hotel que reservan al instante para nosotros. No está lejos, lo que nos da tranquilidad. Con esta oscuridad no queremos seguir por caminos que aparecen y desaparecen y con hombres de Kattanga controlando la zona.

El hotel no es como el anterior. Este es más internacional, podríamos decir. En la recepción ya nos están esperando y nos dan nuestras llaves. Las habitaciones están al fondo del pasillo en la primera planta. Nos vamos distribuyendo y Amelia se queda la última del pasillo.

—¿Nos duchamos y vamos a comer algo? —digo ayudando a Amelia con su bolsa cuando los compañeros ya se han metido en sus habitaciones.

—Es una de las dos cosas que más necesito en estos momentos, comer —contesta insertando su llave.

—¿Y la otra? —pregunto suspicaz.

—Dormir —dice con una risotada.

Tras ducharnos salimos los cuatro a cenar a un local cercano, ya que el restaurante del hotel ya ha cerrado. Hace una buena noche, así que con el trabajo hecho y más relajados, cenamos y conversamos de cosas triviales de la vida. Amelia ha cogido del mostrador de la recepción todo tipo de información sobre los recursos naturales de la zona, qué hacer o qué visitar. Nos lo va mostrando mientras lee. Asegura que es una pena que estemos tan cerca de sitios con tanta belleza natural y no podamos disfrutar de ellos. Cuando salimos de la cena y nos dirigimos hacia el hotel de nuevo, Amelia se da cuenta de que se ha dejado el pañuelo en la mesa y así decidimos separarnos. Yo acompaño a Amelia y lo recogemos. Estamos cansados, mucho, pero a la vez estamos contentos por toda la información nueva que tenemos y por marcharnos hacia casa para poder descansar tranquilos. Caminamos juntos y Amelia ríe mientras va decidiendo dónde pasar los próximos días libres que nos quedan. Creo que le apetece ir a cualquier sitio del mundo con playa, no quiere desiertos ni en pintura. También cree que es buena opción que nos vayamos a un retiro de yoga a Camboya de donde no podamos regresar pronto y para que no nos quieran localizar y tener que regresar para alguna otra misión. Yo la miro sorprendido por su determinación y con ganas de ir donde ella quiera y sea feliz. Me basta con estar a su lado

sea en La Haya, Camboya o la Patagonia.

En varias ocasiones me giro. Tengo una sensación rara, como si alguien nos estuviera observando, pero no encuentro a nadie. Continuamos caminando, no hay mucha gente a esas horas de la noche moviéndose por las calles. Es un silencio confuso, así que sin decirle nada a Amelia acelero el paso con la excusa de descansar para mañana madrugar y poder marcharnos.

Le pido a Amelia que se quede en mi habitación esa noche, pero ella insiste en que sea en la suya que está más apartada de los compañeros y según ella, podamos “hablar” sin que nos oigan. Mientras ella va a su habitación, yo entro un momento a la mía a recoger algo de ropa y el cepillo de dientes.

—Tienes la mejor habitación —digo cuando Amelia me abre la puerta de su cuarto.

Y no es mentira, hace esquina y parte de ella da al jardín lateral, mientras la mía da toda a la parte delantera y sin ningún tipo de vistas bonitas.

—Además, tengo cama grande —dice con un divertido movimiento de cejas.

Dejo mis cosas sobre el armario del recibidor y pasándole una mano por la cintura la atraigo hacia mí.

—Deberíamos dormir, ¿no? —pregunto con una sonrisa.

—Deberíamos —dice sacándome la camiseta por fuera de los vaqueros.

Sus manos van ávidas recorriendo mi pecho mientras yo busco a tientas los botones de su vestido. Tropezamos en dos ocasiones hasta caer muertos de risa en la cama cuando de repente escucho varias detonaciones. Llevo mi dedo índice a los labios para indicar a Amelia que no haga ruido.

—Eso es una AK- 47 —susurro intentando escuchar más detenidamente.

Nos envuelve un silencio frío en el que podemos escuchar hasta el sonido del latido de nuestros corazones. De repente se escucha una ráfaga de disparos y gritos, creo que desde la recepción.

—¡Joder! —exclama Amelia.

—No hagas ruido y conecta inmediatamente tu teléfono con la central —

digo levantándome de la cama y empezando a vestirme apresuradamente.

Amelia se viste de inmediato y llama a la central activando la cámara en el momento en el que suena una fuerte explosión que hace que las paredes de la habitación tiemblen.

—¿Tienes tu arma? —pregunto acercándome a la puerta.

—Sí —me confirma buscándola y sacándola de la funda.

Se vuelven a escuchar de nuevo ráfagas y tiros sueltos de armas. Por cómo se solapan los sonidos, sé que mínimo hay cuatro personas disparando. Se escuchan más gritos y el llanto de un bebé que no cesa de llorar. Gritan en la recepción, es suajili.

—Están buscándonos —dice apagando todas las luces y abriendo una de las ventanas—Joder, tienen barrotes. Puta decoración.

Escuchamos cómo van abriendo las puertas y disparando en las habitaciones que hay en el pasillo. Miro las ventanas, por mucho que lo intento es imposible mover los barrotes y abrirlos suficientemente como para que alguno de los dos pueda salir. Entro al cuarto de baño en el momento en que escuchamos un terrible grito que viene de una de las habitaciones. Es alguien del equipo. Miro la ventana del baño, es pequeña, pero si impulso a Amelia, estoy seguro de que cabrá por ella. Volvemos a escuchar gritos desgarradores que vienen del pasillo y golpes.

—Ame, ven aquí —pido en un susurro haciéndole un gesto y le pregunto — ¿Llevas todo lo importante?

Amelia se toca el bolso que cruza sobre su pecho y asiente.

—Sí.

—Ame, escúchame. Voy a descolgarte por esta ventana, no hay otra salida —empiezo a decirle cuando veo que mira a un lado y a otro, nerviosa —. Ame..., Ame, mírame. Intenta no escuchar lo que está sucediendo fuera.

—Tú no cabes por ahí —dice nerviosa agarrándose a mis manos—. Hay que buscar otra salida.

—Por una puta vez en tu vida, hazme caso —digo enfadado lo que causa que Amelia empiece a temblar—. Voy a dejarte caer por la ventana, no

estamos a mucha altura, no te va a pasar nada y necesito que cuando salgas de aquí te escondas entre los coches que hay detrás. No mires atrás, escuches lo que escuches. Escóndete y si no sabes de mí cuando amanezca, necesito que llegues hasta la frontera y la cruces. Estoy seguro de que mandarán un equipo de ayuda.

Veo como las lágrimas empiezan a correr por su cara en silencio mientras yo le doy un rápido abrazo. Los gritos y los disparos cada vez están más cerca. Si no me equivoco están torturando a quien no han matado.

—No puedo dejarte aquí —susurra desconsolada.

—Yo buscaré otro sitio por donde salir —digo abriendo la ventana.

—No hay otro sitio —confirma Amelia resistiéndose a que la sujete—. Puede que si nos enfrentamos los dos podamos hacer algo...

—Amelia, nos ganan en número, nos matarán a los dos. Yo encontraré la manera de salir y encontrarte —digo acunándole la cara en mis manos. Le doy un suave y rápido beso en los labios y le ordeno—. No mires atrás. Aléjate todo lo que puedas. Te quiero.

Agarro a Amelia por la cintura y la elevo para que con las manos se impulse hacia fuera y pase parte del cuerpo. Escucho un golpe contra el suelo y cierro la ventana. Me dirijo a la habitación cuando escucho de nuevo una especie de llanto desgarrador de uno de nuestros compañeros mientras le gritan preguntando por nosotros. No contestan, y se oyen nuevos golpes. Abro apenas unos centímetros la puerta de la habitación. No hay nadie por el pasillo, aunque se ve luz que sale de algunas puertas abiertas. A escasos metros de la habitación hay una puerta que tiene un cartel de mantenimiento. Así que salgo en silencio mientras rezo para que la puerta esté abierta. Giro el pomo de la puerta y con un suspiro rápido abro. Es minúsculo, pero lo suficiente para que pueda entrar. Bloqueo la puerta firmemente y hago hueco en un lateral, intentando no quedar tras la puerta. Junto con los gritos de nuevo, escucho pasos por el pasillo. Creo que ya están en mi habitación. Se mueven con gran desesperación, y por lo poco que entiendo buscan a dos blancos más. Un fuerte golpe se escucha tras la puerta seguido de una ráfaga de disparos y gritos. Dejo de respirar en el momento que giran el pomo de la puerta e intentan abrir. Discuten entre ellos y luego disparan a la puerta que atraviesan con sus balas. Por esos huecos entran pequeños rayos de luz, pero continuo sin

moverme en el lateral. Vuelven a discutir entre ellos y escucho pasos alejándose al no poder abrir la puerta. Oigo los gritos y quejidos de los dos compañeros. Tengo que salir de allí y encontrar la manera de ayudarlos ahora que sé que Amelia está a salvo. Salgo despacio y miro por la puerta de las escaleras que sube al piso de arriba, desde donde se escuchan ruidos y disparos. Subo despacio, y cuando consigo ver a un solo hombre con una AK-47 rematando a clientes del hotel que hay ensangrentados y tirados por todo el pasillo, decido esperar a que se acerque hasta mí y detenerlo. Cuando pasa frente a la puerta de la escalera, abro por detrás de él y pasando uno de mis brazos por el cuello apretando todo lo que puedo, lo dejo casi sin sentido hasta quebrarle el cuello dejándolo caer con suavidad para no hacer ruido. Cojo su arma y me la cruzo por el pecho mientras lo arrastro y lo meto en el hueco de las escaleras. Escucho gritos desde el exterior reclamando que nos entreguemos, solo espero que Amelia esté ya lejos de aquí escondida. Voy caminando despacio asegurándome de que no haya nadie más en la planta cuando por las escaleras principales veo aparecer al segundo de Kattanga mascando algo y riendo de manera grotesca. Todavía no se han marchado todos. He estado comprobando los teléfonos, pero no hay señal. Decido deshacer el camino y volver sobre mis pasos para bajar de nuevo a la planta baja. Se me congela el alma cuando escucho susurrar a Amelia por el pasillo. «¿Qué cojones hace aquí?», pienso totalmente cabreado. Todo lo que sigue son gritos, golpes, varios disparos y risas maniáticas. Ya no escucho a Amelia, así que solo me queda rezar para que la quieran viva. Salgo del hueco de las escaleras y me dirijo hacia el cuarto donde están. La imagen es de lo más dantesca. Hay sangre por todas partes, y dos de ellos permanecen de pie mirando como el segundo de Kattanga intenta sujetarla contra un pequeño mueble bajándose los pantalones y luchando con ella para arrancarle la ropa. En los gritos de Amelia se puede percibir el terror del momento mientras se retuerce bajo sus garras mientras la golpea en la cara. Disparo, y dos rápidos y certeros impactos dan en las cabezas de dos de ellos cuando siento la fría presión de un arma en mi cabeza que me empuja hacia el suelo. Levanto las manos y en silencio me pongo de rodillas. Veo a Amelia convulsionándose por el llanto cuando Kattanga se acerca a ella y acercándole la cara a su rostro destrozado por los golpes, le susurra algo y, rasgándole el vestido con un viejo cuchillo, le marca la piel. Amelia da un terrible grito al sentir como su piel se va desgarrando. Intento soltarme, pero recibo un fuerte golpe en la cabeza que hace que se me nuble la vista. Amelia se deja caer al suelo sin fuerza y se hace

una especie de ovillo llevándose las manos a la herida que sangra de manera bastante preocupante. La levantan de un fuerte tirón de pelo haciendo conmigo lo mismo. Nos sacan de allí y nos meten en un cuatro por cuatro abierto en la parte trasera. Amelia se retuerce en el suelo. A mí me han atado las manos con bridas, pero a ella no. Kattanga y sus hombres celebran su captura con gritos y disparos al aire.

—Ame, Ame, mírame. Necesito que seas fuerte. Vamos a salir de ésta, ¿me escuchas? Ame, cielo, vamos a salir de ésta —susurro muy cerca de ella intentando que se mueva.

No puedo decidir si mis palabras son para convencerla y darle fuerza para que aguante todo lo que siento que nos viene encima, o para hacerlo yo. Necesito tener la mente fría y encontrar la manera de escapar. Nos llevan a unos cuarenta minutos en el coche entre gritos y disparos hasta que bajan las luces de los tres vehículos en los que vamos y disminuyen la velocidad. Por lo que he ido calculando estamos por la zona boscosa cerca de unas cataratas que ha nombrado Amelia durante la cena. Llegamos a una especie de campamento donde hay un fuego encendido y la imagen que nos recibe es de lo más sobrecogedora. A uno de nuestros compañeros lo han colgado de un árbol con una cuerda por debajo de los hombros y lo balancean gritando y dándole golpes con machetes contra su cuerpo, mientras al otro a quien han amputado un pie lo izan de igual manera.

—Amelia, no mires. No mires... —susurro cuando veo el terror de sus ojos al apartarse el pelo del rostro ensangrentado.

Recibo un fuerte golpe en la espalda que hace que pierda el equilibrio y caiga al suelo de bruces. Me agarran de las bridas y me empujan de nuevo hacia arriba obligándome a levantarme. Nos llevan a una especie de edificación con dos espacios. En uno de ellos hay una especie de viga en la que cuelgan unas cadenas. Me enganchan de ella dejándome en suspensión mientras tiran de un empujón a Amelia contra el suelo. Los gritos de dolor que nos llegan desde el exterior hacen que no pueda pensar con claridad mientras veo a Amelia tirada en el suelo temblando. Llevo más o menos una hora colgado de esa viga cuando se enciende una tenue luz y veo a Kattanga entrar con su segundo. Me escupe algo maloliente a la cara y empieza a golpearme el cuerpo con una barra de metal para que hable y le diga qué estamos haciendo allí. No digo nada hasta que se agacha coge a Amelia del cuello y la levanta

del suelo contra la pared. No toca el suelo y la está asfixiando así que decido llamar su atención. Ella cae al suelo de golpe llevándose las manos a la garganta, tosiendo e intentando respirar. Kattanga levanta la barra de hierro golpea de nuevo mis costillas repetidas veces hasta que pierdo el conocimiento. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero en el exterior se escuchan fuertes gritos de dolor mezclados con risas y tiros al aire. Muevo la cabeza, creo que en el último golpe me han roto algo. Intento enfocar la mirada en la oscuridad. Amelia está tirada y acurrucada, creo que sin conocimiento en una esquina.

—¡Ame! ¡Ame! —susurro intentando llamar su atención—. Ame, despierta.

No contesta y, no se mueve hasta que empiezo a balancearme con mi propio peso y arrastro un cubo de agua que hay en el suelo.

—Déjame —dice en un susurro.

—Ame, joder. Levántate, no puedes dormirte. Te han dado un golpe en la cabeza. Habla conmigo —susurro intentando que reaccione.

—No quiero hablar, solo quiero que esto acabe. Quiero que esto acabe, quiero que acabe... —empieza a rezar temblando en el suelo.

De repente es interrumpida por un joven que iba en todo momento al lado de Kattanga. Cierra la puerta cuando nos escucha hablar y empieza a golpearme con una ferocidad que nunca había visto. Siento caer la sangre por mi cara. Mi cuerpo intenta encogerse ante los innumerables golpes. Estoy a su merced y por primera vez rezo para que se descontrolen y acabe con nuestras vidas sin que Amelia pase por lo que le han gritado que iban a hacer con ella. El joven se siente valiente y continúa golpeando hasta que mi cabeza ya no puede más, mi cuello cede y se dobla hacia delante sin fuerzas. Rezo para que se vaya y poder recuperarme hasta que vuelvan, pero no se marcha. Mira con ferocidad hacia donde se encuentra Amelia. «No, no, no», grita mi mente. Empieza a manosearla y a apartarle la ropa. La levanta con fuerza del pelo y la empuja contra la pared. Ella ya no opone resistencia, es como un muñeco de trapo mientras le arranca de un tirón la ropa interior. Amelia cae al suelo cuando él intenta bajarse los pantalones con una sola mano.

—No puedes hacerlo. Te matarán —escupo con rabia—. Ella es de

Kattanga. Mira su marca.

Me callo unos instantes rogando para que eso le detenga y nos de algo de tiempo. Se gira hacia mí con los pantalones bajados y con la punta de un sucio machete empieza a recorrer parte de mi pecho, causando que la piel se vaya abriendo y dejando a su paso la sangre que asoma por mi piel, mientras él ríe.

—Soy hijo legítimo de Kattanga y me follaré a la blanca hasta reventarla —dice con odio escupiéndome a la cara y manoseándose él solo, añade—. A ti te mataré solo después para que puedas ver cómo le meto mi enorme polla.

No puedo evitar intentar sacar fuerzas de donde sea y con una patada llegar hasta él. Gruño, me estoy destrozando los brazos intentando que mis piernas consigan empujarle. Se agacha de nuevo y levanta a Amelia estampándola de nuevo en la pared. Amelia da un terrible grito que retumba en mi corazón cuando empieza a violarla. Intenta oponer resistencia hasta que le da un puñetazo en el rostro.

—Aaaahhhggg —grito sacando fuerzas que jamás pensé que me pudieran quedar.

Con un impulso elevo las piernas y lo estampo contra Amelia que cae al suelo. Con rabia se gira hacia mí y vuelvo a levantar mis piernas cruzándolas sobre sus hombros en un movimiento rápido apretando con fuerza. Él se revuelve e intenta soltarse, pero lo tengo bien cogido.

—Amelia, Amelia, coge el machete. Ame, cariño, por favor, coge el machete —repito casi sin fuerza.

No reacciona. Continúa en el suelo mientras yo mantengo una lucha encarnizada para no soltar al hijo de Kattanga. Me estoy quedando sin fuerzas cuando veo que Amelia se mueve, agarra el machete y se levanta a duras penas manteniendo el equilibrio. Levanta el machete justo en el momento que yo aparto mis piernas y el hijo de Kattanga llevándose las manos al cuello se tambalea hacia Amelia que deja caer con toda la fuerza el machete sobre su cabeza matándolo en el acto. El machete se queda incrustado en el cráneo, pero Amelia enajenada intenta desengancharlo y empieza a golpearlo en la entrepierna desnuda, una y otra vez.

—Ame, cielo. Está muerto. Ame, tenemos que salir de aquí. Dame las llaves. Las lleva en el cinturón —digo con esperanza para que Amelia vuelva

en sí y me escuche.

Pasan unos instantes hasta que Amelia se gira con la mirada perdida y saca las llaves del cinturón y me las pasa. Ella no va a llegar, así que le pido que me las coloque en la boca y con los últimos resquicios de fuerza, me sujeto fuertemente con las manos y elevo mi cuerpo hasta poner la llave en la cerradura. Cuando caigo al suelo estoy seguro de haberme dislocado un hombro, pero no hay tiempo que perder. Hay una portezuela trasera, así que cojo el machete, el AK-47 que me cruzo sobre el pecho y agarro a Amelia y la obligo a caminar. No quiere hacerlo, pero voy tirando de ella. La dejo escondida junto a una frondosa vegetación de la zona trasera de esa especie de campamento y yo me dirijo a comprobar el estado de nuestros compañeros. Me doy cuenta de que ha vuelto a oscurecer. Hemos estado allí casi veinticuatro horas. Cuando me acerco y puedo ver donde colgaron a nuestros compañeros, veo sus cuerpos desmembrados y quemados todavía suspendidos en el aire. Vuelvo raudo adonde he dejado a Amelia y empiezo a obligarla a caminar a mi lado todo lo rápido que podemos ver en la oscuridad, alejándonos de allí. Cerca está la frontera con Kenia y tenemos que ir hacia allí. Amelia se revuelve en dos ocasiones en especies de ataques de ansiedad golpeándome sin cesar para que la suelte. La agarro con fuerza tapándole la boca para que deje de gritar y que no nos oigan, mientras llevo nuestros cuerpos contra un frondoso árbol y me agacho con ella, que continúa luchando entre mis brazos.

—Ame, Ame. Soy yo, soy yo. Nos vamos a casa. Ame, por favor, no grites —susurro en su nuca.

Pasan varios minutos hasta que Amelia se calma mientras la mezo suavemente intentando tranquilizarla. Me examino el hombro y, tras comprobar que lo tengo dislocado, me agarro fuerte a un árbol y golpeo mi cuerpo contra el tronco escuchando a continuación un fuerte crujido del hueso. Esto hace que pierda la fuerza y las rodillas se me doblen cayendo al suelo. Escucho el ruido de agua cerca de allí así que, tras intentar inmovilizar el hombro con el cinturón de mi pantalón, agarro a Amelia por la cintura y casi la arrastro conmigo. De vez en cuando murmura cosas que no alcanzo a entender. Consigo que crucemos el río y una vez en la otra orilla y resguardados por la espesa vegetación apoyo a Amelia contra un árbol y le dejo descansar. Las primeras luces del alba empiezan a despuntar. Me acerco de nuevo al río y

arrancándome un trozo de camiseta, la empapo bien con agua fría y vuelvo donde Amelia descansa en el suelo.

—Ame, déjame verte las heridas —digo acercándome. Ella se encoje sobre sí misma, pero insisto—. Ame, estás perdiendo mucha sangre, por favor. No voy a hacerte daño. Tenemos que limpiarlas y continuar caminando.

—No —farfulla todavía recostada en el suelo—. Déjame aquí, no quiero seguir. Déjame aquí, quiero morir.

Empieza a murmurar las mismas frases con la mirada perdida. Y, cuando intento acercarme a ella para intentar ver la herida de su vientre, me golpea con fuerza en repetidas ocasiones.

—Vale, vale, vale —digo con un tono de voz cariñoso intentando tranquilizarla y levantando mis manos para que vea que no voy a acercarme a ella de nuevo—. Toma, hazlo tú. Intenta taponar un poco la herida.

Amelia abatida hace lo que le pido, pero con la mirada perdida no deja de decir que siga yo y que la deje a ella. Creo que ha perdido demasiada sangre y está en estado de *shock*, así que tras convencerla de que no le voy a hacer daño consigo acercarme a ella, le paso mi brazo sano por la cintura y casi cargo con ella de nuevo. Empiezo a caminar con ella que resbala y cae en tres ocasiones. No he escuchado ruidos a nuestra espalda, pero eso no quiere decir que no nos vayan pisando los talones, así que apenas me doy permiso para descansar. Caminamos por espacios llenos de vegetación torpemente, intentando no dejar rastro. Vuelve a hacerse de noche y decido buscar un sitio donde resguardarnos para continuar cuando haya de nuevo luz y poder ver por dónde caminamos. No he conseguido que Amelia me conteste nada coherente, aunque he intentado hablarle durante todo el día. Finalmente, encontramos un enorme hueco en el tronco de un árbol que nos resguardará durante la noche, así que apoyo a Amelia en el suelo y me siento a su lado. Intento juntar su dolorido cuerpo al mío intentando que no sufra más por la bajada de temperaturas en la madrugada, pero me es imposible. Me rechaza constantemente y se aleja de mí. Por un momento caigo rendido y me despierto sobresaltado cuando toco a mi lado y siento que Amelia no está. Me levanto como un resorte. Se está haciendo de nuevo de día, pero no la encuentro por ninguna parte.

—¡Ame! —susurro caminando alrededor del tronco—. Ame, ¿dónde

estás?

Veó un rastro de pisadas y empiezo a seguirlo. A unos cien metros en unas rocas lo pierdo y, es cuando con terror miro hacia bajo y veo el cuerpo de Amelia tendido en el suelo. Bajo a toda prisa golpeándome la espalda contra el suelo. Ha caído por una cuesta muy empinada y cuando llego a su lado la veo con los ojos abiertos y la cara pegada al suelo farfullando de nuevo.

—No puedo seguir, déjame morir —repite una y otra vez.

—Ame, cariño. Creo que tienes fiebre. Ame, vamos, levántate —digo intentando quitarle el pelo del rostro, pero lo tiene pegado a la sangre y las heridas de la cara.

—Yo quiero morir, déjame, no quiero seguir—repite en susurros sin cesar un leve vaivén de su cuerpo—. Quiero morir, quiero morir.

—Cariño, no digas eso. Voy a sacarte de aquí, tienes toda una maravillosa vida por vivir. Vamos, Ame, no me hagas esto. Te necesito para salir de aquí, yo no puedo hacerlo solo.

Me doy cuenta de que estoy llorando y que no puedo dejar de hacerlo viéndola allí tirada en el suelo totalmente rota, herida, sin ganas de vivir. Me siento a su lado, doblando mis piernas y apoyando el codo en una de mis rodillas llevándome la mano a la cara. No puedo dejar de llorar. No son las innumerables heridas de mi cuerpo las que me detienen, mi corazón no deja de sangrar al verla en ese estado. Tiene la cara deformada por los golpes, cortes y más golpes por todo el cuerpo. La ropa totalmente manchada de sangre y su mirada se ha perdido. Por un momento pasa por mi cabeza tumbarme a su lado y simplemente permanecer allí hasta morir. Ya no sé qué hacer. Me va a estallar la cabeza. No puedo más y no sé dónde cojones estamos. Puede que, hayamos estado perdidos dando vueltas, puede que nos estén pisando los talones y nos maten finalmente. No sé qué es lo que cambia, pero me seco las lágrimas con el dorso de mi mano y me levanto.

—Vamos Amelia. Tenemos que seguir caminando —digo en un susurro. Amelia no se mueve y continúa con la mirada perdida. Unas gotas de sudor perlado le han aparecido en la frente, definitivamente tiene fiebre.

—No quiero seguir —contesta en un susurro.

—Amelia, saldremos de ésta. Las heridas con el tiempo curarán, todas, y te juro por mi vida que vas a ser feliz en esta puta mierda de mundo —digo con rabia—. Así que levanta. No pienso dejarte aquí. Ame, mírame. He dicho que te levantes, joder.

Hace caso omiso a mi orden, pero no opone resistencia cuando la agarro y la levanto. Caminamos con dificultad varias horas hasta que a lo lejos escuchamos el ruido de los coches circular por una carretera. Caminamos en esa dirección, hasta que, sin un ápice de fuerza en el cuerpo, vemos la frontera con Kenia.

Capítulo 18



No sé si es un espejismo, pero veo a parte del equipo. Han cruzado la frontera y corren hacia nosotros con sus impecables uniformes. Mientras, yo sujeto a Amelia como puedo. Va con una mano en el vientre en todo momento, arrastrando los pies sin fuerza en la polvorienta carretera que nos llevará a Kenia.

—Joder, jefe —dice llegando hasta mi Joseph—. Llevamos más de veinticuatro horas buscándoos.

Alguien del equipo acude a ayudar a Amelia que reacciona y se revuelve con las pocas fuerzas que le quedan y, al final, cae al suelo asustada.

—Para, para, *paraaa*—grito al instante al compañero al ver como se resiste Amelia—. Ame, cielo. No pasa nada, ya nos vamos a casa —digo agachándome a su lado. Ella sigue rechazando la ayuda tirada en el suelo—. Vamos, yo te ayudaré, salgamos de aquí.

Con todo el esfuerzo del mundo, nos volvemos a levantar y caminamos pesadamente hacia el puesto fronterizo.

—Tenemos ayuda médica en la frontera y un avión cerca de Nairobi preparado para despegar —dice Joseph observándonos y caminando a nuestro lado.

—No llevamos ningún tipo de documentación, va a ser complicado... —digo casi sin esperanza.

—Jefe, no se preocupe. Llevamos la llave mágica —dice tocándose el bolsillo.

Efectivamente, cuando llegamos a la garita nos desvían por un lateral sin hacer preguntas y salimos por una puerta trasera. No nos da tiempo ni a tomar aire mientras veo a Joseph pagar un fajo de billetes. Nos espera una especie de coche medicalizado. Les pido que atiendan a Amelia, quien ha perdido el conocimiento varias veces. Estoy muy seguro de que tiene fiebre y se queja mucho de su herida. No permite que nadie la toque. Me acabo de dar cuenta de que rechaza cualquier contacto con el género masculino, así que se lo hago ver

a la única mujer del equipo quien se acerca a ella con cariño y empieza a tranquilizarla. La tumban en la camilla. La imagen es de lo más terrible; lleva golpes y sangre por todas partes. Empiezan a examinarle las heridas y los médicos deciden trasladarnos urgentemente a un centro médico de una base cercana. Todo sucede como a cámara rápida, no sé qué me pinchan en el cuerpo que cuando me doy cuenta ya estamos en la base. Despierto y no veo a Amelia, creo que el corazón se me va a salir del cuerpo.

—Tranquilo, tranquilo —dice Joseph apoyando una mano en mi pecho—. Le están haciendo pruebas.

Siento una presión en la cabeza que antes no tenía. Me llevo la mano hasta allí, llevo un fuerte vendaje que me tapa parte del ojo derecho. Empiezan a lavar, curar e incluso coser muchas de las heridas. Mientras, Joseph a mi lado va poniéndome al día de todo lo sucedido. Les llegaron las coordenadas del campamento y luego la llamada de Amelia. El teléfono había caído en la habitación y continuó mandando todo el audio de lo que sucedía. Enviaron un equipo urgente a por nosotros y al ver la matanza que ante ellos se mostraba en el hotel, dudaron de que continuáramos con vida. Pero nadie había reivindicado nada, así que buscaron el campamento. Cuando llegaron vieron a nuestros compañeros y pensaron que habíamos perecido todos hasta que uno de los terroristas confesó que dos blancos habían escapado. Kattanga no estaba, pero sí parte de sus hombres. Habían estado buscándonos por la zona, pero les había sido imposible por la espesa vegetación y lo escarpado del terreno. Sabían que, si habíamos escapado, lo primero que haríamos sería intentar cruzar la frontera del país. Mientras Joseph continúa poniéndome al día yo gruño y me quejo en alguna que otra ocasión mientras intentan terminar de curarme las heridas de mi tullido cuerpo. Me piden que me tumbe en una cama que hay en la sala, pero no puedo hacerlo, no sin saber cómo está Amelia. Así que le pido a Joseph que averigüe dónde la tienen para ir tan pronto como me dejen salir de esta estúpida sala de curas. Cuando Joseph vuelve a entrar por la puerta veo el gesto de preocupación en su rostro, me observa con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —pregunto inquieto.

—Nada, nada. Están intentando bajarle la fiebre, lo tienen todo controlado —dice serio—. Xavi, deberías descansar. Tienes un aspecto horrible.

—¿Dónde está? —pregunto con determinación.

—En el pasillo de la derecha —revela Joseph.

Cuando salgo de la sala, en el cristal veo mi reflejo. Tengo un aspecto de lo más funesto. Llevo una fuerte venda elástica que comprime mi pecho, el brazo en cabestrillo, media cabeza vendada y apósitos ocultando heridas por el resto del cuerpo. Eso sin nombrar el fuerte hematoma que llevo en parte de la cara con la nariz y el labio hinchado. Camino apoyándome en la lisa y blanca pared, despacio, mientras una enfermera me insta a que vuelva y descanse. Finalmente, Joseph me pide que me siente en una silla de ruedas que no sé de donde narices ha salido y me asegura que él me llevará al lado de Amelia. Hago lo que me pide y despacio me conduce por un estrecho pasillo hasta una puerta. Toca con los nudillos y una enfermera sale a nuestro encuentro.

—No puede estar mucho tiempo —me informa con voz amable.

—Yo te esperaré fuera —dice Joseph, acercando la silla a la cama.

Espero a que cierren la puerta. Amelia esta girada hacia un lado de la cama. Tiene una vía puesta, y el monitor cardíaco no deja de lanzar retumbantes sonidos rompiendo el silencio.

—Ame, soy Xavi —digo sin saber qué decirle. No obtengo ninguna respuesta así que continúo —. Ame, vas a ponerte bien...

—Te odio —escucho en un susurro la voz de Amelia totalmente quebrada —. No quiero que estés aquí, no quiero que te acerques a mí, te odio más que a mi mierda de vida. No me hiciste caso, yo no estoy preparada para esto, no quiero vivir, sé que no voy a poder con ello...

—Ame, cielo. Claro que vas a poder con esto. Eres fuerte y las heridas curarán y volverás a reír... — susurro apoyando mi mano en el borde de la cama intentando contener las lágrimas al verla en ese estado.

—No volveré a reír, no quiero vivir, no puedo hacerlo con toda esta carga. No quiero, no puedo y te odio por sacarme de allí... —espeta entre sollozos —. Te pedí que me dejarás allí, pero tú tenías que comportarte como un puto caballero andante de mierda y ahora siempre que te mire a la cara volveré a escuchar los gritos de dolor que llegaban del exterior, las manos de esos hombres tocándome, golpeándome, su aliento en mi boca... te odio porque nada va a hacer que esta pesadilla desaparezca...

—Ame, aunque ahora crees que no puedes, lo superarás. Créeme, merece la pena levantarse y pelear por lo único que realmente nos pertenece, la vida. Y estoy convencido de que lo harás. Lucharás y volverás a vivir —susurro nervioso.

—Vete, no quiero que estés aquí. Si tengo que continuar mi vida con esta

carga no quiero que tú me la estés recordando a cada instante —dice con la voz entrecortada sin moverse o girarse hacia mí.

—Descansa, tienes fiebre y...—susurro quitando la mano de la cama.

—No quiero que te acerques a mí —sentencia con voz firme.

Amelia comienza a sollozar de manera más fuerte y el pitido que sale de la máquina empieza a tener el ritmo cada vez más acelerado. De un manotazo se quita el oxímetro de su dedo índice y la vía del brazo provocando que una mancha roja empiece a extenderse de manera descontrolada por las sábanas blancas. Dos personas del personal médico aparecen e intentan atenderla mientras yo me aparto de la cama. Su situación me está rompiendo el alma. Una enorme losa cae sobre mí mientras continuo pensando en todo lo que podría haber hecho para haber podido evitar llegar a este extremo. Dejarla atrás muriendo en el frío suelo en una tierra hostil, no es una de ellas.

Amelia tiene una infección grave y con el fuerte golpe que lleva en la cabeza temen subirla a un avión ya que con la presión de la altura puede sufrir algún daño. Su estado de salud empeora a las pocas horas y entra en coma. Permanecemos allí más de tres semanas. Cada día me levanto y antes de hacer cualquier cosa, voy a verla. Como siempre, está tumbada, quieta sin un solo movimiento ni un solo gesto. Parece tan indefensa y cansada que me estoy volviendo loco. El equipo ha vuelto a casa, pero yo decidí permanecer aquí hasta que Amelia mejorara. La echo tanto de menos que hay momentos en los que creo que estoy perdiendo la cordura. Mis heridas han ido mejorando y ya no tengo el terrible dolor de las costillas presionándome el pecho. La hinchazón de la cara ha disminuido y ya, excepto algún que otro rastro, soy el mismo de siempre. Sé que a Amelia le encantaba leer, así que busco dónde comprar un libro y leérselo cada día. Empecé leyéndole la prensa diaria, pero tras hacerlo durante dos días decidí que el noventa por ciento de las noticias que publicaban eran deprimentes, así que cambié al libro. El personal médico siempre me trata con amabilidad. El incidente del asesinato de dos ciudadanos internacionales corrió como la pólvora por los telediarios y creen conocer el infierno por el que pasamos, a pesar de que, por nuestra seguridad, el expediente se ha clasificado. Y a eso se reduce mi vida en estos momentos, dormir, levantarme, venir cada día con la esperanza de que vuelva a hablar, sentarme a su lado en una silla que me han cedido y han puesto junto a su cama, hablarle sin recibir ninguna contestación, leerle, comer con ella, dormir incluso la siesta en esa incómoda silla y volver a mi habitación de nuevo, ya que no me dejan pasar la noche allí. Todo exactamente igual hasta que una

mañana, cuando entro por el pasillo principal, una enfermera me sonrío cariñosamente y me felicita por la mejoría de Amelia. Ha abierto los ojos y entonces a mi mente acuden sus últimas palabras que me golpean en el pecho como una barra de metal dejándome paralizado en el pasillo. «No puedes entrar ahí. No te quiere ver. Amelia te odia», me grita mi mente. Por un instante siento que me tiemblan las manos. Uno de los médicos que la han atendido durante este tiempo viene por el pasillo y cuando llega a mi lado me estrecha la mano.

—Enhorabuena, tiene que estar contento, usted nunca se rindió —dice amablemente mientras me da un par de palmadas en el hombro.

Y así es, nunca me rendí, pero ahora estoy aterrado de volver a enfrentarme con ella. Sin pensarlo, mis pies giran sobre ellos y empiezo a caminar hacia la salida. Cuando la puerta principal se cierra, camino. Y no dejo de caminar hasta que el cansancio me hace ver la distancia que he recorrido. Estoy aterrado. Mientras ella estaba allí tumbada no tenía que enfrentarme a su rechazo y a que mi vida con ella hubiera terminado, pero ahora va a ser real y la presión que siento en el alma hace que mi respiración se acelere y tenga que volver a detenerme llevándome la mano al pecho. No es hasta que anochece que me atrevo a acercarme a su habitación. Todo está en silencio y cuando una enfermera me dice que me han echado hoy de menos, se me cae el alma a los pies. Entro despacio y allí está Amelia descansando y con una respiración tranquila y regular. Tengo pánico a hacer algún ruido y despertarla, así que me quedo un rato observándola con admiración y cariño. El personal de la noche me comunica que tengo que marcharme y que puedo volver mañana. No duermo en toda la noche dando vueltas a mi cabeza y moviéndome impaciente en mi incómoda cama. A la mañana siguiente, tras ducharme decido enfrentarme a ello y, cuando entro y me dirijo hacia la zona en la que Amelia está ingresada, la veo de espaldas caminando junto a una enfermera despacio, muy despacio. Se la ve tan frágil que intento que no me vea mientras la observo avanzando.

No es hasta el cuarto día, cuando los médicos nos dan autorización para poder marcharnos de allí, me decido a enfrentarme a todo. Con miedo toco con los nudillos en la puerta un par de veces. Oigo su voz débil, cansada, que me da paso.

—Hola. —Es lo único que consigo decir tras tanto tiempo.

—Hola —susurra incorporada en su cama.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto inquieto temiendo que vuelva a

pronunciar las últimas palabras que me dedicó.

—Bien —susurra Amelia con un gesto nervioso en las manos.

Dice que está bien, pero la sombra de dolor y tristeza de la mirada no ha desaparecido.

—Los médicos han autorizado que podamos volver a casa. Lo he preparado todo para mañana —digo intranquilo.

—Bien —vuelve a susurrar.

—Amelia... —susurro de pie en mitad de la habitación sin tener valor para acercarme más.

—Xavi, tengo muchas lagunas. Recuerdo muy pocas cosas, pero tengo sensaciones muy angustiosas y terribles. Me vienen a la mente como pequeños *flashbacks*, desordenados y hay mucho que no entiendo. Los médicos dicen que con el tiempo tú puede que consigas ayudarme a rellenar esos huecos —susurra turbada.

—¿Desde cuándo no recuerdas? —pregunto serio.

—No sé..., Joseph, tú y yo. Yo caí por una ventana. Me hice daño..., no sé, es todo tan confuso, hay tantas imágenes dolorosas... —dice angustiada.

—No te preocupes, yo te ayudaré en lo que necesites —digo más tranquilo.

—Xavi..., sé que tú y yo habíamos empezado una relación, pero... —dice, y ese pero me corta la respiración— mereces a alguien que te quiera sin todos estos traumas a sus espaldas. Te mereces algo bueno y yo ya no soy esa persona.

Amelia me deja totalmente paralizado.

—Amelia, por favor, no lo hagas —susurro desesperado.

—Lo siento. Necesitamos distanciarnos por ahora. Si me quedo a tu lado nos haré daño a los dos...

—Amelia, no lo hagas, te necesito.

—Tengo miedo a recordar cada segundo de lo que pasó... no puedo, por ahora no puedo y no sé si conseguiré algún día hacerlo —dice con lágrimas en los ojos.

—Ame, por favor. Te recuperarás. Yo creo en ti, lo harás...

—Aléjate de mí. Necesito que lo hagas y continúes con tu vida. Yo no puedo cargar con esto, y saber que te estoy haciendo daño —susurra.

—Cariño, no me vas a hacer daño —digo acercándome a su cama.

—Te mereces algo bonito y yo ya no soy esa persona —sentencia firme —. Por favor, necesito estar sola y necesito tiempo. Quiero que te vayas.

En estos momentos no quiero que Amelia sufra más por mi culpa y, aunque a mis piernas les cuesta reaccionar, me obligo a marcharme de allí. Cierro la puerta, pero el sonido de su desolado llanto me persigue en la cabeza durante días. Los médicos me han dicho que lleva todavía una fuerte medicación y que las lagunas en su mente son innumerables, así que no pierdo la fe en que recuerde el cariño que nos hemos tenido y lo felices que hemos sido en ese corto periodo de tiempo.

No hablamos mucho más en el avión que nos lleva a casa, Amelia va mirando por la ventana en silencio o dormitando. Para mi sorpresa, cuando llegamos a La Haya nadie la está esperando. En silencio se despide y llama a un taxi rechazando cualquier otro ofrecimiento. Parece triste y su mirada está apagada. Es como si estuviera consumiéndose por dentro y me destroza no poder ayudarla y este horrible muro que ha levantado entre los dos.

No pasa por el trabajo, pero pide una excedencia y me lo notifican. Se la conceden al instante. Nadie sabe nada de ella y así es como antes de que me dé cuenta, Amelia me ha apartado totalmente de su vida. Yo vuelvo al trabajo y poco a poco se van acallando los rumores de todo lo sucedido. Los compañeros me miran con condescendencia. Todavía llevo el brazo en cabestrillo y poco más. Me obligan a pasar una última revisión médica y una valoración psicológica para poder reincorporarme. Las supero sin ningún problema, claro que no reconozco que sin permiso he puesto una alerta a la cuenta bancaria de Amelia que me indica dónde está y de todos sus movimientos. Sigo sin tener noticias de ella, pero sé que está ha acudido dos veces a un psicólogo. Al principio usaba muy poco la tarjeta y eso me tenía desconcertado, pero últimamente veo que sale y compra por Internet. Eso me deja más tranquilo. Sé que parezco un psicópata acosador y que si se enterara ella o alguien del trabajo podrían expedientarme, más bien despedirme, pero en estos momentos me importa una verdadera mierda lo que pueda pasar. Solo quiero que ella esté mejor que el último día que la vi. Y así pasan las semanas, e incluso un par de meses.

—Va a volver —me susurra un día Gabrielle mientras almorzamos.

—¿Qué? —pregunto distraído sin saber en esos momentos a que se está refiriendo.

—Amelia, va a volver —confirma Gabrielle.

—No lo sé, no me han comunicado nada —digo confuso con el ceño fruncido.

—Te lo confirmo yo. Se reincorpora en unos días —sentencia Gabrielle

—. Sé que has estado muy preocupado por ella y realmente no sé nada de lo que sucedió en ese viaje, pero creí que deberías saberlo.

Es extraño y más cuando el último rumor que había era que Amelia iba a ampliar su excedencia o incluso renunciar a su puesto. Pasa el tiempo y llega el día en el que una mañana, con más nervios que de costumbre acudo al trabajo esperando volver a verla.

Tras una reunión tocan a mi puerta. Estoy distraído y sin ni siquiera mirar en dirección a la puerta, continúo con lo que estoy haciendo. Vuelven a tocar y esta vez sí levanto la mirada, y allí está ella de pie en el vano de la puerta de mi despacho.

—Hola. Disculpa que te moleste, pero he creído conveniente pasar a hablar contigo —dice soltando todo el aire que parece que ha estado reteniendo en sus pulmones.

No puedo negar que estoy nervioso por su presencia. Realmente me he quedado sin palabras. Se ha aclarado un poco el pelo y le da un aspecto más..., no sé cómo expresar este tipo de cosas, más fresco. Por primera vez en semanas, no puedo evitar mirarla y volver a sonreír.

—Hola —respondo intentando ocultar mi alegría por volver a verla—. ¿Cómo estás?

—Bien —dice, y cuando me levanto a darle un abrazo de bienvenida, me tropiezo con que ella guarda totalmente las distancias. También me doy cuenta de lo incómoda que está por lo tensa que se pone al contacto—. ¿Tienes unos minutos? Me gustaría solicitar unos cambios y me gustaría comentarlos contigo.

—Me parece perfecto, ¿quieres un café? —pregunto invitándola a que se siente en una de las sillas frente a mi mesa.

—No, estoy bien —dice sentándose rígida frente a mí.

—Adelante entonces. Dime, ¿qué necesitas? —digo amable invitándola a que me cuente lo que necesita.

Amelia se muerde el labio inferior, está realmente nerviosa y muy tensa. Me echo hacia atrás en el sillón y espero atento a sus palabras.

—Me gustaría que a partir de ahora..., me gustaría, solo..., me gustaría —titubea— que a partir de ahora no reclamaras mi presencia en las misiones.

—Entiendo —digo pensativo levantando una ceja sin saber a dónde quiere llegar.

—No quiero perder mi trabajo, adoro mi trabajo, pero hasta que no pueda descubrir si realmente puedo volver a realizarlo, me gustaría que solo

contaras conmigo como analista —dice acelerada y angustiada.

Amelia espera inquieta mi contestación retorciéndose las manos sobre el regazo.

—Me parece bien —digo finalmente.

Veo que se relaja un poco más en su asiento, aunque no se mueve y sé que necesita decirme algo más.

—Y..., bueno, no sé. Ya iremos hablando y tropezándonos por aquí —susurra dudando.

Sé que no es eso lo que pasa por su mente, se lo noto en los gestos que está mintiendo, pero decido darle una tregua.

—¿Cuándo te reincorporas? —pregunto serio.

—Hoy mismo si quieres —dice en un suspiro.

—Perfecto, necesito que revises estos datos y estos otros—digo dejando frente a ella un par de expedientes enormes.

Da un suspiro y los coge con nerviosismo de la mesa levantándose para marcharse.

— Lo tendrás esta semana —dice abriendo la puerta.

—Ame —digo llamando su atención y cuando se gira cohibida añado—. Me alegra que vuelvas y de que te encuentres mejor, pero necesito el informe médico y psicológico sobre mi mesa esta misma semana si quieres colaborar con el equipo.

Observo como todo su entusiasmo inicial se desinfla y es cuando me doy cuenta de que todavía no ha superado lo sucedido y que mucho de lo que tengo frente a mí es una fachada que se ha creado.

—De acuerdo —musita de manera casi inaudible.

Amelia vuelve al trabajo, pero no como todo el mundo la recordaba. Se ha vuelto mucho más reservada. Apenas habla o se relaciona con el resto de compañeros. Es como si su despacho fuera el único sitio donde realmente se siente segura y por eso no sale apenas de él. Pasa horas y horas encerrada, incluso deja de bajar a almorzar a la cafetería, así que decido descubrir qué es lo que sucede. Además, todavía no me ha entregado lo que le solicité y estoy haciendo la vista gorda.

Llamo a su despacho, pero la llamada se desvía al teléfono de Daina, porque parece que está atendiendo otra llamada. Cuando ese mismo día bajo a la cafetería y las chicas me dicen que Amelia no va a bajar porque tiene mucho trabajo pendiente, frunzo el ceño molesto. Doy un suspiro y subo a su despacho. Daina está al teléfono, pero con gestos me informa de que Amelia

está ocupada. Toco decidido a la puerta, no me contesta e insisto.

—Ame, ¿qué estás haciendo? —pregunto nada más abrir la puerta y verla con medio despacho con papeles por el suelo.

—Nada, nada... —dice levantándose nerviosa de su sillón, acercándose a mí y empujándome hacia fuera.

—Sabes que tengo autorización de máximo nivel y da igual lo que tengas por el suelo, ¿verdad? —pregunto levantando una ceja presagiando algo que no me va a gustar.

—Vayamos a tu despacho... —dice cerrando la puerta de golpe a su espalda.

—Ame... ¿qué sucede? —pregunto serio.

—Nada —contesta firme.

—Estás mintiendo —digo reacio a irme.

Vuelvo a abrir la puerta de su despacho y entro a pesar de su oposición. Amelia nerviosa cierra tras pasar detrás de mí.

—Estoy trabajando en algo... —reconoce nerviosa.

Me agacho y recojo algunas de las fotografías que hay por el suelo junto a un mapa.

—¿Estás buscando a Kattanga? —pregunto cabreado. Amelia agacha la mirada y no contesta—. Necesito tu informe.

—No he podido ir todavía —espeta airada.

—Pues ponlo como prioridad máxima para hoy —digo serio recogiendo todos los papeles del suelo.

—Todavía no han encontrado tiempo para el test... —dice mintiendo descaradamente.

—Ame, ¿qué cojones estás haciendo? —pregunto cabreado y no sé si es por ella, que me está mintiendo, o por no haberme dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo.

Me levanto recogiendo los últimos folios del suelo y me dirijo hacia su mesa. Giro el teléfono y marco una extensión.

—Necesito un informe urgente. Soy Martínez... Sí..., perfecto..., está misma tarde le viene bien. Navarro, Amelia Navarro. Para dentro de una hora es perfecto. Gracias —digo y cuelgo el auricular del teléfono y girándome hacia Amelia, le informo—. Tienes la cita en la planta baja en una hora, ni se te ocurra poner una excusa o pediré que te suspendan.

—No puedes hacer eso —sisea perdiendo todo el color de su rostro.

—Pruébame y verás si lo hago. Ahh, y esto no te lo pienso devolver hasta

que no lo tengas —sentencio con rabia levantando los folios y fotografías que he recogido del suelo.

—¡No puedes hacerme esto! —exclama con rabia con lágrimas en los ojos apretando los puños contra su cuerpo.

—Sabes que puedo hacerlo y lo haré, por eso estás tan cabreada —digo observando su reacción—. Cuando quieras hablar ya sabes dónde está mi despacho. Te doy veinticuatro horas para tener el informe sobre mi mesa.

—No puedo —dice secándose una enorme lágrima que corre por su mejilla.

—No puedes, ¿qué? ¿hablar? —pregunto impaciente y continúo levantando los papeles que llevo en la mano—. ¿Por qué te escondes aquí? ¿Por esto?

—No lo entenderías —dice derrumbándose en el suelo tapándose la cara con las manos.

—Amelia, habla conmigo... —ruego en un suspiro—. Explícame qué sucede.

Se queda en el suelo callada y decido marcharme de allí.

—La gente me mira —confiesa cuando cree que voy a marcharme—. La gente cuchichea cuando paso y no puedo bajar al comedor.

—¿Y vas a dejar de comer por lo que diga la gente? —pregunto sorprendido—. Además, en el momento en el que la gente te vea dos veces por el pasillo, todo volverá a la normalidad, pero si vas escabulléndote y escondiéndote, les darás carnaza. El expediente es clasificado, nadie sabe nada de lo que sucedió.

—Necesito encontrar a Kattanga —dice entre lágrimas.

Verla allí llorando en el suelo desconsolada de nuevo me golpea en el alma y es como si alguien estrujara mi corazón.

—Ame, yo también, pero necesito que estés bien —digo dejando los papeles sobre la mesa y poniéndome en cuclillas frente a ella para verle la cara.

—No voy a pasar la prueba si bajo —reconoce cabreada.

—Lo sé —digo sincero—. Puede que necesites más tiempo, Ame.

—No necesito más tiempo, me estoy volviendo loca con tanto tiempo libre. Ya no sé en que emplearlo, me aburro y me crea ansiedad. Me he gastado la mitad de mis ahorros en compras por Internet y necesito ocupar mi mente —susurra y añade mirándose con enfado—. Además, tú tampoco has avanzado, no sales con nadie. ¿A qué esperas? Me culpas a mí y tú haces lo

mismo.

—¿En serio me estás justificando tu situación con que yo no salga con alguien? —pregunto estupefacto.

—Ninguno de los dos avanzamos —me reta Amelia con la mirada.

En un instinto de gilipollas, porque otra cosa no se puede decir, saco el teléfono móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y marco un teléfono.

—¿Petra? Sí, soy Xavi. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo juntos? —pregunto con la vista fijada en sus ojos. Si esto es lo que necesita para avanzar, saldré con alguien— ¿Esta tarde? Perfecto, paso a por ti a las seis... Nos vemos...—. Cuelgo y añado dirigiéndome a Amelia—. Recuerda, tienes cita esta tarde

Doy un fuerte suspiro cuando salgo del despacho y cierro la puerta. Nadie puede llegar a imaginarse lo mucho que me ha costado mantenerle la mirada mientras hablaba con Petra por teléfono. Amelia acude a su cita y cuando abro el informe a la mañana siguiente me tropiezo con algo que yo ya sabía de antemano. No ha pasado el test. Proponen una especie de asistencia para controlar el estrés postraumático que tiene con una serie de consultas y creo que es la mejor solución, aunque al teléfono, cuando lo comento con Amelia, me deja claro que no es de su agrado. A la hora del almuerzo me reúno con Gabrielle, Rachel y Bruno. Les he pedido que hoy fuéramos todos a la misma hora, para que Amelia, quien ha asegurado que saldría de su despacho y bajaría a comer, se sienta más arropada. Pero no baja y me desespero.

—¿Vas a bajar o necesitas que suba a por ti? —pregunto molesto tras intentar hablar con ella en tres ocasiones y cortarme la llamada.

No obtengo ninguna respuesta, pero a los cinco minutos veo que entra en la cafetería encogida de hombros mientras se dirige agobiada con paso raudo hasta la mesa donde estamos sentados. Durante días, Amelia me mira con rabia enfadada cuando la obligo a bajar al comedor o a salir de su despacho, pero poco a poco, todo va cambiando. Gruñendo al final accede ir a todas las citas que le han programado en la planta baja antes de hablar del expediente de Kattanga. Yo continúo saliendo con todas las mujeres de La Haya que tengo en la agenda del teléfono móvil. Salimos, charlamos y nos acompañamos, pero en ningún momento sucede nada más. Siempre encuentro la excusa perfecta para rechazar una insinuación, un beso o incluso una invitación a casa de la acompañante de turno. No puedo estar con nadie, no puedo hacerlo porque todavía tengo grabados los besos de Amelia en mi piel y no consigo olvidarla.

Capítulo 19



Los días pasan, las semanas también y de esta manera volvemos a la vorágine de nuestras vidas. Las heridas físicas han curado totalmente. Respecto a las psicológicas, no podemos cerciorarnos de ello. Amelia consigue pasar el test. Sospecho que lo hace con engaños, pero al fin y al cabo no puedo decir nada si le dan el apto. No hemos vuelto a ser los mejores amigos. Últimamente me esquivo más que de costumbre, pero sí que hablamos y ella ha empezado a controlar de nuevo su vida. Lo que pasamos allí fue un verdadero infierno y no voy a negar que hubo momentos en que pensé que no lo lograría superar.

El equipo continúa con su trabajo y volvemos a salir de misión como era costumbre, pero ahora es diferente. Los equipos son más numerosos y Amelia ya no viene con nosotros. La echo de menos, pero intento respetar en todo momento su petición hasta que se recupere y mirar por la seguridad del equipo.

Al regreso de una de las salidas llegamos terriblemente agotados y sin apenas dormir, pero recuerdo que esa noche es la despedida de Schmidt. Mando un mensaje a Amelia nada más aterrizar. Necesito hablar con ella, pero no contesta. Espero que no falte a la despedida o Menno se enfadará. Nos ha mandado un mensaje amenazante a todos para que asistamos. Así que me ducho y salgo acelerado para la cena que se va a celebrar para felicitar a Schmidt por su jubilación. Me colocan en la mesa de jefazos, después de todo, lo soy. Pero me paso media velada intentando averiguar dónde narices se ha metido Amelia. No aparece en toda la cena ni durante los discursos. Salgo a tomar el aire y me tropiezo con Petra. Conoce a Schmidt e insiste en despedirse de él, aunque no pertenezca precisamente a nuestra organización. Decido bajar de nuevo al comedor y allí está Amelia. Me sorprende que esté bebiendo. Ambos recordamos lo que sucedió la última vez que lo hizo y así se lo hago saber. Lleva unos días bastante insoportable contestándome a todo lo que digo. Está enfadada y todavía no he descubierto el porqué. Bruno de

repente me abre los ojos. «¿Amelia vuelve a sentir algo por mí? ¿Qué narices está sucediendo? No me entero de nada. Necesito hablar con ella», pienso de manera acelerada cuando salen por la puerta. Es una sensación rara. Estoy nervioso, pero a la vez emocionado y sobre todo esperanzado.

Durante la noche Petra se empeña en ir conmigo. Hace semanas que le deje claro que no buscaba una relación sentimental, que solo éramos amigos, pero necesito encontrar a Amelia y aclarar las cosas. Durante este tiempo no he querido insistir en detenerme a hablar con ella ya que los médicos siempre dijeron que cualquier detalle podría ser el desencadenante para que de golpe le vinieran todos o parte de recuerdos que se habían quedado bloqueados en su subconsciente y tenía miedo a volver a verla sufrir del modo que lo había hecho anteriormente.

Mando un mensaje a Bruno. Se han ido a comer algo a The Fiddler. No estoy lejos, así que decido ir e intentar hablar con Amelia.

—Hola —le digo mientras me cambio al taburete que está a su lado y que Gabrielle ha dejado libre para ir a la barra con Bruno a por otra ronda de cervezas.

—Hola —contesta lánguida llevándose una patata a la boca.

—¿Vas a escucharme? —pregunto algo nervioso.

—Ya lo hago Xavi, siempre lo hago. No vengas ahora a echarme el sermón, no me encuentro bien —me espeta Amelia sin mirarme.

—Eso te sucede por beber como lo has hecho sin haber cenado, ¿a quién se le ocurre? —le reprendo con cariño recordando lo sucedido el día del karaoke.

—Eso no es asunto tuyo, ya soy mayorcita para cuidarme sola.

—Amelia, tú no eres así... —llamo su atención afable pero firme.

—No, en serio, ¿por qué ahora tanto interés por saber cómo estoy? Ya te lo he dicho, estoy bien —contesta mirándome directamente a los ojos por primera vez en toda la noche.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible? —pregunto nervioso con un hondo suspiro.

—¿Porque he bebido? —me pregunta perdiendo la mirada al frente.

—No —contesto volviendo a suspirar y le pregunto—¿Desde cuándo sientes lo que me ha dicho Bruno que sientes por mí?

—No te preocupes, ya no sucede —contesta con voz irónica mirándome a los ojos.

Es como si me retara furiosa.

—Dios mío, Amelia. ¿Cómo es posible que sucediera?

—En serio, déjalo estar. Ya no sucede, punto. Olvidémoslo —contesta incómoda, avergonzada por el tema.

—Y ahora, porque yo no me di cuenta de tus sentimientos, ¿me odias? Por favor, arreglemos esto ¿Cómo es posible? ¿Desde cuándo ha estado sucediendo sin que yo me diera cuenta? —pregunto consternado.

—¿En serio me estás preguntando eso? —pregunta furiosa por mi insistencia—. Pues sinceramente no lo sé, en serio que no lo sé. Puede que nada más conocerte sintiera que ya eras parte de mí, que te comportaras siempre como el mejor de los amigos y que cuando mi mundo se rompió hace unos meses, tú estuviste allí. Tú me sacaste de allí y aunque creáis que no, me di cuenta, estuviste cada día a mi lado en aquella cama del hospital. Quizás porque cuando quise darme por vencida, tú no dejaste que lo hiciera. Porque me dijiste que lo superaría y lo hice. Porque realmente eras la única persona en la que realmente confiaba y creí en ti.

—Lo siento —contesto tras un momento de silencio.

—No lo sientas. Pero déjame, necesito estar sola —dice con los ojos llenos de lágrimas pugnando por correr por las mejillas.

—Amelia, lo siento. Siento no haberme dado cuenta. Siento haberte hecho daño y que ahora me odies —digo aturdido intentando calmarme.

—Realmente no te odio a ti. De verdad, no lo hago. Me odio a mí porque, por mis estúpidos sentimientos, he arruinado la relación que tenía con mi mejor amigo —contesta cuando dos enormes lágrimas se derraman sin control y surcan mi rostro.

Después de un rato todo se vuelve a ir a la mierda cuando Amelia empieza a beber sin control y se va con un tío que no sé de qué conoce en un taxi, rechazándome otra vez.

El lunes estoy cabreado. No sé si conmigo, con Amelia o directamente con el mundo, y, cuando veo que el tío prepotente con el que se fue Amelia es el nuevo subdirector que sustituye a Schmidt, me entran ganas de darle un puñetazo en su perfecta cara de jefazo estirado. Especialmente por cómo la mira.

Los días pasan y la oficina se convierte en una especie de campo de minas. Tenemos mucho trabajo y hay momentos en los que temo dar un paso en falso y que Amelia se aleje más de nuevo. El nuevo no me cae bien. Creo que me acostumbré a Schmidt y éste parece que tiene demasiado interés en Amelia y no solo en cuestiones de trabajo. Pero nosotros hemos encontrado una nueva

pista y necesito a Amelia. Esta vez no solo de forma sentimental, necesito que ese cerebro que tiene empiece a unir datos ya que nos tenemos que algo terrible suceda en territorio europeo.

El nuevo, Horwood, me saca de quicio. Sigue las normas a rajatabla y parece que la ha tomado con Amelia y conmigo. Nosotros en el trabajo siempre hemos ido un poco por libre. Ahora ya no puedo acudir a mi propio despacho ni con camiseta, debo hacerlo con traje y hay momentos en que la corbata me asfixia..., y él también. Hay veces que hay que saltarse las reglas para adelantarnos a lo que pueda suceder y eso él no lo entiende. Todo son normas, normas, normas y más normas.

Estoy tan desesperado porque Amelia me eche un ojo a unos expedientes que la persigo para que me haga caso. Hoy tiene clase de yoga con Rachel. Es algo que la está ayudando mucho con su ansiedad y no quiero que se la pierda, pero necesito urgentemente que piense en lo que le he pasado, así que cojo una colchoneta y me meto con ellas a clase. Por lo que veo cuando ya estoy dentro, es que solo van las mujeres. No entiendo esto de estar aquí en silencio respirando, tampoco tiene que ser tan difícil. Pronto empiezo a mirar con extrañeza y el cejo fruncido a la profesora. «¿Sé puede saber de qué cojones está hablando?», pienso. Pierdo el hilo de lo que dice cuando habla no sé qué de un árbol y sus ramas extendiéndose y fluyendo en la tierra. «¿Qué narices pinta aquí un árbol? ¿Qué cojones dice de que te salgan ramas por los pies? O más bien, ¿Qué narices se ha fumado antes de dar la clase?», pienso descentrándome de lo importante que es la acetona que se está comprando.

Es el cumpleaños de Bruno y vamos a comer algo en el Hudson, pero para mí desgracia Amelia aparece con Horwood. Vale, sé que hay que ser amable con la gente nueva y más en un país donde al principio no conoces a nadie, pero tengo a este tío atragantado. Además, se nota descaradamente que le gusta Amelia y a ella se la ve relajada con él.

La vida continúa y en una fiesta a la que Rachel se empeña en acudir, busco a Amelia y finalmente la encuentro en la playa.

—¿Qué haces aquí fuera sola? —pregunto acercándome.

—Respirar aire puro que no huela a barbacoa —contesta con una mueca —¿Qué tal Bruselas?

—Bien, parece que todo está controlado —la informo sentándome a su lado y cruzando las piernas.

—¿Estás bien? —pregunto mirando al frente.

—Sí —responde.

—¿Estamos bien? —pregunto esta vez girándome para mirarle directamente a los ojos.

—Estamos bien —responde forzando una sonrisa—. Solo necesitaré algo de tiempo.

—¿Qué nos ha pasado? —pregunto con un tono bastante prudente con miedo a que discutamos de nuevo.

—Lo siento Xavi, no sé qué fue lo que pasó realmente. Creo que confundí cosas. Sentí cosas que no debería haber sentido —dice avergonzada en el momento que le sale un leve rubor en las mejillas.

—Puede que no fueras tú la que confundiera las cosas, puede que simplemente fuera yo el que metió la pata —reconozco serio.

—No hablemos más de ello —dice levantándose y sacudiéndose la arena de la ropa—. Vamos, si seguimos aquí sentados se nos congelará el trasero.

—¿Amelia? —llamo su atención agarrándola suavemente de la muñeca.

—No todo estuvo en tu mente. Sentí que me apartabas y no supe reaccionar... —confiesa mientras mi respiración se paraliza.

—Joder, chicos. Os estamos buscando desde hace un rato. Rachel nos ha apuntado a todos al concurso del toro mecánico —oímos a nuestra espalda haciendo que nos callemos al instante.

Y así es como terminamos nuestra última conversación, montados arriba de un toro dando vueltas y a punto de descalabrarnos, mientras Rachel jalea como una poseída.

Siento que cada día se está apartando más de mí, pero a la vez la encuentro más tranquila. Eso me está destrozando por dentro y para colmo tengo que lidiar en el trabajo con el engreído de Horwood.

Un día en una puta reunión que parece que se descontrola, le dejo las cosas de una vez claras, a ver si así deja de tocarme los cojones en el trabajo y fuera de él.

—Soy el subdirector —espeto arrogante.

—Y yo el jefe de unidad y en estos momentos no hay diplomacia que valga. Estoy al mando le guste o no. Si hay que mandar militares a por ellos yo estoy al mando —contesto dejándole bien clara mi posición.

Llega el día que temía. No puedo seguir protegiendo a Amelia ya que necesito que venga con el equipo a una misión. No va a ser peligrosa, pero me preocupa cómo pueda reaccionar después de tantos meses esquivando el asunto. La cosa empieza a ir mal en el momento en el que sin esperarlo, cuando llegamos a Somalia le da un terrible ataque de ansiedad durante el

trayecto en coche. Tenemos que detenernos y trato por todos los medios de que Amelia recupere la respiración y se calme. Le ofrezco la posibilidad de que cancelemos la misión y volvamos a casa, pero no lo hace. Amelia sigue adelante, además va a volver a reencontrarse con Fatuma. A nuestro regreso a Horwood le da un ataque de soberbia y sanciona a Amelia. Con motivo, pero sin ser la culpa de ella. Ha sido culpa mía por no enviar un correo avisando de que prestaría asistencia a mi departamento. Cuando veo lo enfadada que está Amelia por su suspensión, trato de arreglar todo el asunto. Este gilipollas me está causando muchos problemas y no se da por vencido. Además, Amelia cada día parece más cabreada.

El trabajo dirige realmente nuestras vidas. Últimamente duermo más en los aviones que en mi propia cama y el remate es cuando hay un terrible atentado en Yemen en nuestra presencia. Al principio, creo perder a Amelia entre la confusión del momento. Solo hay polvo, cascotes y gente corriendo y gritando. Me vuelvo loco buscando a Amelia, a quien la multitud arrastra sin control hasta que consigo llegar a ella, le agarro por la cintura y con mucho esfuerzo la saco del gentío. Cuando veo sangre en su rostro, me quedo sin aire.

—¿Estás herida? —pregunto levantándole el rostro con una mano. Con la otra, apunto con el arma y disparo en dos ocasiones.

—No, no estoy herida. Salgamos de aquí —contesta decidida Amelia cubriéndose la cabeza.

Sé que lo ha pasado mal y la observo durante el resto del camino. Es más fuerte de lo que el resto de personas o incluso ella misma cree, pero cuando la veo tan recta y nerviosa decido rebajar la tensión.

—¿Me das un abrazo? —le pido con un mohín levantando una ceja.

Se queda mirándome extrañada y no puede evitar sonreír.

—¿Para qué quieres un abrazo? —pregunta gruñona.

—Porque hace mucho tiempo que no me das uno y lo necesito —contesto resuelto.

Extiendo los brazos y Amelia se acerca. Antes siempre nos dábamos abrazos, incluso antes de que estuviéramos juntos. Finalmente, y tras pensárselo unos instantes, se acerca y me abraza.

—Menudo abrazo tan esmirriado —digo divertido. La envuelvo con mis brazos y la estrecho con más fuerza—. Umm, lo necesitaba. Muchas gracias.

—No te acostumbres —dice huraña.

Parece seria, pero en apenas unos segundos su cuerpo se relaja y deja de estar tan rígida entre mis brazos. Le doy un beso en la frente y me separo de

ella. No quiero que se dé cuenta de lo mucho que la echo de menos. Esa noche es Fin de Año y aunque hayamos quedado todo el grupo, Amelia no aparece. Gabrielle y Rachel me miran con deferencia cuando les pregunto por Amelia. «¡Qué idiota he sido! No me he dado cuenta de lo que estaba pasando y ahora me miran con lástima, pero menudo pedazo de idiota soy. Ella está con alguien y ese alguien temo que es Horwood», pienso incómodo con una cerveza en la mano. No me quedo mucho tiempo tras la entrada del año y a pesar de que la ciudad parece estar en una guerra con los cientos de fuegos artificiales que se están tirando, me marcho caminando a casa. Le doy tantas vueltas a todo que me desespero, incluso no puedo descansar durante los días libres. Por eso, cuando nos reincorporamos al trabajo, estoy de muy mal humor.

—¿Podemos hablar? —me pregunta Amelia a la salida de la segunda reunión en la que coincidimos.

—Por favor, sé breve, tengo prisa —contesto serio con las manos en los bolsillos mirándola desafiante.

De pronto sonrío levemente y yo la miro sorprendido. Es un gesto que siempre hace cuando quiere algo de mí y se siente incómoda.

—¿Almorzamos juntos? —me pregunta frente a mí, cargada con un montón de expedientes en la mano.

—Estoy ocupado —respondo serio y me marcho en dirección a los ascensores.

—Vas a sabotear la ejecución del proyecto de Bruno en Somalia, ¿verdad? —susurra a mi espalda.

Ese comentario hace que me gire cabreado. En silencio doy dos rápidas zancadas y me coloco frente a ella de nuevo.

—¿Crees que lo hago simplemente por capricho? —siseo serio.

—Estás enfadado conmigo y sabes que era mi proyecto —dice intentando apartarse de mí.

—No es el momento —contesto serio. Decido marcharme antes de que diga algo de lo que me pueda arrepentir, pero vuelvo a girarme sin contenerme—. Yo no dejo que mi vida personal influya en la profesional.

—Ah, ¿no? —pregunta airada Amelia.

—No es el momento Amelia. No insistas. Sabes lo que sucedió en Yemen. Todo está muy inestable —contesto serio y, mirándola fijamente a los ojos añado levantando el dedo índice—. Y si estás insinuando que lo hago por fastidiarte, es que no me conoces en absoluto. Yo daría mi vida por ti.

Tras mantenerle la mirada cabreado con ella por dudar, me doy la vuelta

y salgo de allí. Intento evitarla a toda costa desde ese momento. Sus palabras me destrozaron por dentro y estoy muy enfadado así que mejor no tropezarnos y dejar que pase el tiempo.

Finalmente, nos dan autorización para ir a Siria y cuando proponen que venga Amelia me revuelvo en mi sillón. No me apetece tener que cargar con todo este estrés y estar centrado en la misión. Así se lo hago saber, pero con las palabras más delicadas que encuentro.

—Puede que esta vez no sea bueno que vengas.

—Ah, ¿no? —pregunta sorprendida.

—No es buen momento —sentencio y añado tensando la mandíbula—. Es mejor que te quedes.

—Es mejor que me quede ¿porque ya no me necesitáis o porque estás enfadado conmigo y no me quieres en la misión? —pregunta cabreada.

—Joder, Amelia. Simplemente porque es peligroso y tú no tienes el mismo entrenamiento que el resto del equipo —contesto cada vez más tenso.

—Ah, bueno. Perfecto, antes sí que estaba preparada y ahora no. Muy bien —contesta y empieza a examinar un montón de expedientes hasta encontrar exactamente el que busca—. Toma, entonces. Yo no voy a necesitar esto —espeta dejando de mala manera el expediente frente a mí.

Me quedo mirándolo fijamente, es enorme.

—No hay quien os entienda. Es peligroso y no quiero que corramos riesgos.

—Me parece perfecto. Adiós —dice ofendida mirando fijamente la pantalla de su ordenador.

«Menuda cabezota», pienso cabreado.

—Pasado mañana a las tres de la madrugada. Paso a recogerte en tu casa —sentencio cogiendo el expediente de la mesa y marchándome.

—Vale —dice arisca.

—Vale —contesto cerrando la puerta.

No quería que Amelia viniera a esta misión y me arrepiento de haber cedido cuando somos engullidos por una multitud de fervientes seguidores de Ali Hassan Kattanga que vienen hacia nosotros. Y sin esperarlo, nos encontramos casi frente a él cuando ejecuta a un activo de Amelia. Se ha quedado totalmente paralizada. Le sujeto por la espalda mientras tiembla como una hoja en mitad de un vendaval. Aviso para que el equipo esté preparado. Tenemos que salir inmediatamente de allí así que tiro de Amelia que sigue sin reaccionar. La llevo al coche y salimos de allí lo más rápido que

podemos. Nuestras ideas y suposiciones no estaban infundadas. Kattanga está detrás de todo lo que sospechábamos.

De vuelta a la oficina, durante las pruebas dinámicas motivadoras de grupo en el trabajo y jugaremos al *Paintball*, se lanza una moneda al aire. Se forman dos equipos y cuando Horwood elige a Amelia la primera, me entran ganas de saltar sobre él y darle un puñetazo. No puedo con su asquerosa perfección, aunque cuando terminamos de elegir equipo, siento que nuestro equipo será el ganador. Durante la prueba escucho canturrear a Rachel todo el rato. «¿Cómo pretenden que no les pillemos con ese escándalo?», pienso irónico. Sé de buena mano que un impacto con una bala con las que estamos jugando, si es a poca distancia, duelen bastante. Junto con un compañero nos acercamos con cuidado a ellas. Rachel no calla. He decidido no disparar, llevo bridas y eso las detendrá sin hacerles daño. Rachel grita y patalea cuando la sujeto firmemente, incluso me muerde la muy bruta. Mientras, Amelia elimina a mi compañero, pero la sujeto y la inmovilizo también. Está muy cabreada porque las hayamos encontrado y no deja de quejarse por no querer dispararles.

—¡Xavi! Esto no está en las reglas —grita Amelia.

—Créeme que las balas de pintura duelen y no quiero hacerte daño —digo serio llevándome el dedo índice a los labios—. Ahora calladitas, que quedan dos por caer. Luego vengo a por vosotras a desataros.

Les quito las armas para que no puedan utilizarlas y continúo cazando a los dos integrantes que quedan del otro equipo. Ya estoy llegando a la meta cuando me doy cuenta de que Amelia y Rachel se han soltado. Voy caminando despacio. No sé qué han planeado, pero están escondidas detrás de un matorral. De repente las dos corren por mi espalda y Amelia salta sobre mí mientras la tarada de Rachel grita y corre hacia la campana. Escuchar de nuevo la risa de Amelia me estremece. Hacía tanto tiempo que no la escuchaba hacerlo que no lucho contra ella. Simplemente las dejo ganar intentando parecer ofendido y malhumorado. No dejan de saltar y reír las dos, y por un momento me olvido de todo embobado, mirándola con cariño. Rachel me confirma con sus actos que Amelia está con Horwood cuando, intentando disimular, le pide que la lleve en el coche. Eso hace que apenado vuelva al trabajo y me centre durante semanas en ello y en mi entrenamiento.

Uno de tantos días en el gimnasio que estamos entrenando aparece Horwood y la suerte o la fatalidad hace que el sorteo nos empareje. El muy cabrón empieza fuerte. Creo que me tiene ganas desde hace tiempo, pero yo

estoy en mejor forma física que él, aunque no se queda atrás y me atiza con fuerza en varias ocasiones. Ambos peleamos con rabia y nos tienen que separar en dos ocasiones hasta que gano el combate.

—Como se te ocurra hacer daño a Amelia te parto la cara —le advierto con rabia—. Espero que te quede claro.

—Me ha quedado claro —contesta desde el suelo.

No quiero ser un capullo y en el fondo él no ha hecho realmente nada malo. Además, a Amelia se la ve feliz, así que decido alargar mi mano y ofrecerle mi ayuda para levantarse. Más tarde, cuando me miro en el espejo tras salir de la ducha veo una hinchazón en el pómulo, un fuerte golpe en la barbilla y un corte en la ceja. Me han dado tres puntos en la enfermería. Hemos quedado en casa de Gabrielle para hacer una reunión. Por un momento pienso en no ir, pero decido ponerme hielo sobre los golpes unos minutos y marcharme hacia allí. Por un momento temo que Horwood le haya contado a Amelia lo sucedido, pero cuando la veo entrar alegremente por la puerta principal sé que no lo ha hecho. Intento no coincidir con ella, aunque la observo desde la lejanía. Rachel trae más cerveza a la zona donde me encuentro y de pronto me mira con asombro.

—¡Te han partido la cara! —exclama sorprendida.

—¿Cómo sabes que no ha sido un mal golpe? —pregunto arrogante.

—Porque no soy idiota —contesta muerta de risa—. ¿Quieres que te traiga hielo?

—No, no te preocupes, estoy bien —digo con una media sonrisa.

Estoy charlando con Bruno y unos compañeros cuando veo que Amelia viene directa hacia mí.

—Necesito hablar contigo —dice sin mediar ningún mínimo saludo— ¡Ahora!

La sigo a la cocina, parece realmente enfadada y finalmente me pide que salgamos a la terraza cuando se hace el silencio en la cocina y todos nos miran. Dejo mi cerveza sobre la piedra de la cocina y la sigo hasta la terraza cerrando la puerta.

—Tú dirás —digo dubitativo.

—¿Que yo diré? —escupe las palabras totalmente enfadada—. Pero ¿se te ha ido la cabeza? ¿En qué coño estabas pensando? ¡Joder!

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunto sin pensar.

Soy idiota por haber soltado esa pregunta sin pensar y temo lo que va a llegar a continuación.

—¿Qué? Yo no tengo que contarte a ti nada —espeta enfadada—. Pero ¿quién te has creído que eres, mi padre? Yo no te tengo que dar explicaciones de mi vida.

—Perfecto. Ni yo tampoco de con quién entreno —contesto tozudo.

—Pero ¿serás animal? Lo has destrozado y ¿todavía tienes la poca vergüenza de ponerte chulo? —dice cada vez más ofendida dándome un manotazo en el pecho—¿Es que no te das cuenta de que no es militar como vosotros y no entrena en plan bestia ni está preparado para recibir esos golpes?

—Pero ha sido militar. —Intento justificar mientras Amelia se desespera—. Sabe pegar. Me han tenido que dar tres puntos en la ceja.

—¿Se puede saber qué narices te ha hecho para que lo trates así de mal? —pregunta intentando contener el cabreo que lleva. En ese momento me doy cuenta de que todo va a explotar por los aires.

—¿En serio tienes que preguntármelo? —pregunto irónico —...

—Xavier, no sé qué narices te pasa, pero aléjate de mí y no se te ocurra volver a ponerle las manos encima a Aiden —dice sin dejarme terminar la frase—. Hoy has sobrepasado todos los límites.

—Amelia, pero... —digo avergonzado.

—Por favor, no digas nada más —dice y es cuando me quedo sin respiración cuando dos lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. Sé que la he fastidiado, mucho, e intento acercarme a ella, pero me aparta.

—Amelia... —es lo único que logro decir al verla llorar. Soy un verdadero capullo. Le prometí que haría todo lo posible porque fuera feliz y allí estoy jodiéndole la existencia.

Se da la vuelta y se marcha dejándome totalmente hundido por mis estupideces y comportamientos de crío. A partir de ese momento Amelia corta totalmente la relación que teníamos de amistad y me pide de nuevo que me aleje de ella. Soy realmente gilipollas, por querer estar con ella la he alejado totalmente de mí.

Amelia y yo nos tropezamos en alguna reunión, pero ya no hablamos. Nuestra relación es como si nunca hubiera existido a pesar de que solo con la mirada puedo continuar sabiendo cómo se encuentra y últimamente cada vez que me mira es con una mezcla de enfado y tristeza. Ya me he dado por vencido. Sé que no me quiere y que he perdido mi oportunidad por mucho que la eche de menos. Cuando nos aprueban la última misión no sé por qué decido acudir a su despacho para comunicarle que nos marchamos. Por mucho que me

joda, sé que querrá despedirse de Horwood e intento no joder más la situación.

No me gusta cómo se está desarrollando la misión. Hay demasiadas agencias implicadas y demasiada gente que se quiere apuntar medallas. No me gustan los cambios sin estudiarlos previamente y todo parece de lo más extraño. Amelia está nerviosa y, como me pasa a mí, no encuentra lógicos los cambios que se están realizando. Fatuma será el gancho para poder detener al segundo de Kattanga. Todo parecía fácil en el papel, pero por momentos se está convirtiendo en una pesadilla y más cuando nos damos cuenta de que la persona que tenía que aparecer no es quien nos esperábamos. Amelia se da cuenta de que todo es una trampa y sale corriendo hacia Fatuma. Intento retenerla, pero me es imposible y cuando llega casi al punto de encuentro empieza a disparar al aire. Teme por la vida de su amiga y del resto de personas que en ese momento corren por la plaza. Sin esperarlo, se produce una enorme explosión lanzándola por los aires. Corro hacia ella, quien está bajo los escombros de una casa que parcialmente se ha derrumbado, pero, aunque herida, está viva. Conseguimos salir de allí a duras penas, dejando atrás el cuerpo sin vida de su compañera y amiga, Fatuma. Cuando llegamos a La Haya le pido a Amelia que no se quede sola, sé que esto va a traerle muy malos recuerdos además de que se ha herido en un hombro. Creo que por primera vez me comporto como un amigo y me ofrezco a llevarla a casa de Horwood por mucho que me duela, pero lo rechaza y me pide que la lleve a su casa.

Sin darnos cuenta Amelia vuelve a cambiar. Se recluye en su despacho y va ojerosa de un lado a otro con la mirada perdida. Intento hablar con ella, pero me es imposible. En las reuniones se ha vuelto impertinente y todo le parece mal, llegando incluso a discutir con Horwood en público. El mundo se me viene encima el día que Daina me llama aterrada pidiéndome que acuda urgentemente al despacho de Amelia, avisándome de que no se encuentra bien. Sé que es algo grave cuando me llaman. Salgo corriendo y entro en el despacho como una exhalación. La imagen es de lo más triste. Amelia está teniendo un ataque de ansiedad y se ahoga llorando sin poder parar en el suelo.

—¿Qué cojones le has hecho? —pregunto furioso dándole un empujón a Horwood.

—Yo no he hecho nada —contesta Horwood respondiendo a mi empujón.

—Déjala en paz. ¿No ves la presión que le estás causando? —increpo

colérico.

—Vosotros sois los que la estáis matando con vuestras misiones—se encara Horwood—. Lleva sin dormir bien desde hace semanas.

—¡Basta! —grita Amelia hacia nosotros llorando—. No puedo más. ¡Basta! Me estoy volviendo loca. No sé cómo parar y vosotros no dejáis de discutir.

Me acerco a ella y me pongo en cuclillas intentando que me mire.

—Vamos Amelia, tranquila. No va a pasar nada. Eres una persona muy fuerte Amelia —digo con voz tranquila y amable.

—No, no lo soy. No puedo más. Lo intento, pero no puedo más. No puedo hablar con nadie y ya no sé qué hacer. Nadie entendería el dolor que puede aguantar el alma al ver que queman y cuelgan vivos a dos de tus compañeros y saber que tú vas detrás. Y ahora esto. Lo hicimos mal Xavier, la matamos. Por nuestra culpa Fatuma murió. Ella confió en nosotros y permitimos que la mataran, a ella y a los niños, por un puto error. Y no puedo hablarlo con nadie. ¡Nadie! Y me está quemando el alma. No puedo más con este dolor.

—Nada de eso ha sido culpa tuya. Hay informes que lo demuestran. Te jugaste la vida por ella —digo sentándome a su lado y pasando un brazo por sus hombros—. Yo estoy aquí. Lo superaremos juntos. Ya lo hicimos una vez y lo volveremos a hacer. Yo estaré aquí, siempre. Pase lo que pase.

—¡Ohh! Xavier, no consigo dormir y la cabeza no me deja tranquila. No consigo olvidar ni un solo instante de lo que sucedió y te echo de menos, te echo tanto de menos —cuenta llorando hasta hipar—. Y todo se estaba enderezando. Cuando regresamos de Uganda todo se torció y creí morir. Pero tú estabas allí y se me rompía el corazón cada vez que te veía. Y de pronto, dejaste de quererme.

—Nunca dejé de quererte, solo dejé de insistir. ¿Recuerdas aquella noche, los dos en Uganda? Es el recuerdo más bonito que poseo y que jamás pueda ocupar mi mente—le susurro atrayendo su cuerpo hacia el mío.

—Tenía tanto miedo de que dejaras de quererme y me daba tanta vergüenza que ya no me quisieras por lo que había pasado allí, que me aparté de ti. Y de pronto apareció Aiden y todo empezó a cambiar hasta que empezamos de nuevo con la misión en Somalia. Nunca había querido despedirme de nadie, pero ese día fue diferente. Ese día no pude despedirme de él. Había tantas cosas que no había dicho que me rompía por dentro y no podía hablarlo con nadie. Estar lejos de él me hace daño y tenía tanto miedo. Oh, Dios mío, me sentía tan sola de repente que creí morir —dice

rompiéndose en un desgarrador llanto—. Teníamos que habernos negado a continuar con la misión cuando dejamos de tener el control.

—Respira, Amelia. Mírame, respira conmigo, ya lo hemos hecho otras veces. Vamos, respira. —Le pido cuando veo que le falta el aire—. No tuvimos elección. Nuestras decisiones, lo creas o no, salvan vidas. Siempre estamos antes de que las cosas sucedan y hacemos que no pasen.

—No consigo olvidar y eso me está matando —dice abrazada a mí por primera vez en mucho tiempo.

—¿Por qué no me habías contado que habían vuelto las pesadillas?

—Porque todos parecéis tan fuertes que yo no quería defraudar a nadie —dice en un quejido—. No puedo más. Mientras vosotros me admiráis, yo solo siento culpa.

—Pediremos autorización y podrás hablarlo con él, si es lo que necesitas —susurro con cierta mezcla de dolor y cariño—. Y ten por seguro de que cazaremos a ese cabrón y pagará por lo que hizo en Uganda y en Somalia. No descansaré hasta que pague por aquello.

Capítulo 20



Al día siguiente me llega un aviso a la agenda de que Amelia ha pedido días libres. Bueno, más bien parece una excedencia de nuevo. Ayer, cuando irrumpió Rachel en el despacho, nos pidió que nos fuéramos y las dejáramos hablar. Ahora no sé si hice bien en dejarla. Anoche le mandé un mensaje, pero no me contestó. Mientras termino de hablar con un compañero la veo salir por el pasillo en dirección a los ascensores. Le llamo intentando llamar su atención, pero antes de que llegue hasta ella las puertas del ascensor se cierran. Apoyo mi mano sobre las puertas metálicas y doy un fuerte suspiro. Miro el reloj, tengo una reunión en cinco minutos en la octava planta, pero cojo aire y abriendo la puerta que da acceso a las escaleras empiezo a descender sin pensarlo dos veces. Cuando llego a la puerta principal, no la veo y me dirijo a la zona de aparcamiento de las bicicletas. Allí está la suya, perfectamente en su sitio con su timbre de colorines. Me giro buscándola y es cuando veo que está entrando por la garita de seguridad. Parece inquieta, pero yo me apoyo junto a la bicicleta y decido esperarla.

—No voy a morderte —digo al ver que no se acerca cuando me ve.

—Lo sé —dice en un hilo de voz casi inaudible.

—¿Te marchas? —pregunto.

—Necesito hacerlo —contesta empezando a andar hacia la bicicleta.

—Estás huyendo, lo sabes, ¿verdad? —le digo cariñoso intentando que reaccione.

—Puede, pero es lo que necesito en estos momentos —contesta sacando las llaves del candado de la bicicleta.

Le tiemblan las manos, tanto que es incapaz de abrir el candado que sujeta la bicicleta.

—Tranquila Ame —susurro intentando tranquilizarla quitándole las llaves de la mano y soltando el candado. Con un movimiento firme y resuelto, giro la rueda con el pie y coloco la bicicleta a su lado—. Amelia, estoy aquí, quiero que lo recuerdes. Estoy y siempre estaré, nunca permitiré que vuelvas a

caer. Llámame si necesitas hablar o simplemente respirar.

Le cedo la bicicleta y la agarra por el manillar, me acerco a ella y tras darle un cariñoso beso en la frente me marcho a la reunión. No puedo hacer nada más por ella, al menos por ahora.

Ese mismo día, para mi sorpresa Rachel me manda un mensaje.

Rachel E. Walker_03: 44 PM

No te preocupes. Cuidaré de ella.

Si te necesitamos, te llamaré.

Yo_03:47 PM

Gracias, Rachel.

No dudes en llamar sea la hora que sea.

Ese escueto mensaje me deja más tranquilo, sé que no la van a dejar sola y la estarán apoyando hasta que decida volver.

Lo siguiente que sé es que las chicas se van a París. No puedo decir nada malo de ellas, lo están intentando todo para ayudar a su amiga. Aunque no puedo evitar el instinto protector que tengo hacia Amelia y espero impaciente el siguiente mensaje de ellas. Mandan al grupo una foto en Montmartre con un gnomo horrible por medio. Amelia sonríe, pero sus ojos..., sus ojos denotan tristeza y eso me deja preocupado. Sin permiso, vuelvo a ponerle una alerta en su cuenta bancaria. Han pasado más de diez días y me estoy preocupando. No contesta a llamadas ni mensajes. Los únicos movimientos que se están realizando en la tarjeta de crédito son en un supermercado cerca de su casa en España y los cargos son bastante elevados cada día. Ya he visto a compañeros pasar por este tipo de situaciones. Por desgracia es una de dos, o está comiendo como si no hubiera un mañana, o está comprando alcohol. Acabamos de regresar de una pequeña misión en Alemania y tengo días libres, así que tras mirar la pantalla y ponerle un rastreo a su teléfono móvil, compro un billete de avión. Aquí no hago nada, además estoy cansado de discutir con el “señor Perfecto” en cada una de las reuniones.

Cuando aterrizo en Valencia voy directo a su casa, ni siquiera aviso a mi familia que estoy allí. Toco al telefonillo de la puerta del edificio, pero no obtengo ninguna contestación. Finalmente, una vecina sale y aprovecho para subir a su piso. Acerco el oído a la puerta, todo está en silencio hasta que la

segunda vez que toco a la puerta escucho algo estrellarse contra el suelo. Vuelvo a tocar y nadie contesta.

—¡Amelia, abre la puta puerta o la tiro abajo! —espeto cada vez más preocupado al otro lado de la puerta.

Amelia abre confundida la puerta. Parece que no espera a nadie. Todo está oscuro a pesar de ser las cinco de la tarde y el sol brillar en el exterior. Cuando abre la puerta me viene un fuerte olor a alcohol del interior como si fuera una puta taberna de mala muerte, confirmándome mis peores presentimientos. El aspecto no solo de la casa, sino de ella, es de lo más deplorable. Intenta discutir conmigo para que me vaya, pero me niego a dejarla allí en esas condiciones. Así que la aparto y entro encendiendo la luz. Y cuando entro al salón, se me viene el mundo encima. Hay botellas de alcohol por todas partes, una incluso rota en el suelo. Pero lo que más llama mi atención es un bote de pastillas que abro, viendo con sorpresa que está casi vacío. «¡Joder!», es lo único que pienso. Verdaderamente no sé si va borracha o drogada en estos momentos, pero lo que sí sé es que ha perdido completamente el rumbo y está en pleno proceso autodestructivo.

Tras mucho discutir y llevarme una tremenda bofetada por intentar que Amelia abra los ojos, consigo que se duche y meterla en la cama. Ni siquiera encuentro su ropa, así que saco de mi maleta un pijama que le viene enorme. Del tremendo enfado ha pasado al llanto, un llanto totalmente desgarrador que ha hecho que mi corazón deje de latir. Jamás la había visto tan desolada, tan hundida, tan destrozada, a excepción de aquel día que la encontré tirada en el suelo pidiéndome sin cesar que la dejara morir. Tengo miedo de que no pueda con ello y me prometo a mí mismo que, aunque me odie, la sacaré del pozo donde se ha metido. No me atrevo a dejarla sola, así que cuando me agarra de la mano y me pide que no la deje sola, coloco un sillón a su lado e intento dormir junto a la cama. Su piel está más pálida de lo normal y grandes ojeras oscuras adornan su cara de manera tétrica. No consigo dormir y al verla a ella tan plácidamente dormida me dedico a limpiar, poner orden en todo el piso e incluso hago la compra. Decido comportarme como lo que necesita en estos momentos, su amigo. Durante los siguientes días poco a poco voy ganándome su confianza hablándole y sobre todo escuchándola. Así se va relajando, aunque le cuesta mucho. Le doy su espacio y por extraño que parezca pasamos días casi completamente en silencio. Un día empieza a confiar y me cuenta todo lo que la atormenta. Se echa la culpa de todo lo malo que ha sucedido durante este último año en cada una de las misiones y lo peor no es eso, es que

ha estado recordando todo lo que tenía olvidado de lo que sucedió en Uganda y no ha dicho nada a nadie. Está aterrada e intento que pueda ver que no es su culpa nada de lo que ha sucedido y que gracias a su trabajo también podemos contar cosas positivas. Es muy autoexigente y eso la está matando. Cuando finalmente nos abrimos y hablamos sin ningún tipo de miedo, le hablo de la culpa que siento por no haber sabido protegerla mejor y de mis propias pesadillas. Poco a poco, no solo ella, sino los dos nos vamos recuperando y volvemos a La Haya.

Empezamos una nueva etapa, incluso hemos salido a entrenar juntos. La veo más segura de nuevo y eso es algo que admiro en ella. Es fuerte y saldrá adelante, eso es lo que digo cuando me llaman preguntando en su evaluación. Ella está más nerviosa que nunca, pero allí está de nuevo, enfrentándose a sus miedos.

El primer día que se reincorpora, tiene una actitud de lo más extraña. Está enfadada y desafiante cuando se entera que he solicitado una evaluación adicional, pero debe entender que lo hago por su bien y por el bien del equipo, y que es bastante normal. Así se lo hago saber. Por otro lado, va escondiéndose por los rincones para no ver a la gente, así que me la llevo a entrenar al gimnasio y nos relajamos un poco dando golpes entre risas.

El sábado me pongo tenso cuando la veo con una copa en la mano. Sin darme cuenta me pongo en plan insoportable y protector. Amelia se enfada conmigo con razón. Ella se abrió totalmente a mí con sus problemas, confió en mí y ahora yo, lo primero que hago nada más verla, es desconfiar de sus promesas. Me llevo un buen y merecido rapapolvos por su parte.

Las reuniones últimamente se han vuelto de lo más entretenidas. No hay momento en el que no salgan cuchillos volando de un lado y otro, mientras, yo intento comer todo lo que llevan a esas reuniones, observando e incluso lanzando mis propias dagas. El día que se reincorpora Amelia, para mi sorpresa no solo vuelan cuchillos, ese día vuela la cubertería entera con las indirectas de unos y otros. Hasta Horwood se comporta de una manera extraña con Amelia. No deja de mirar a ella y luego a mí. Estoy totalmente alucinando hasta que me doy cuenta de que creo que le está dando un terrible ataque de celos, con Amelia y conmigo. No puedo más que reír y disfrutar como un crío, aunque este hombre esté totalmente equivocado. Amelia y yo no tenemos nada que no sea una relación de trabajo profesional en estos momentos.

Pasan los días y una mañana estoy a punto de escupir el café cuando me cuentan que Amelia ha intentado colarse en la planta sin autorización saltando

por el cristal blindado. Me cuesta tanto creérmelo que pido que me envíen las imágenes. Efectivamente, allí veo a Amelia completamente empapada por la lluvia consiguiendo colarse en la planta. Debo reconocer que solo le ha faltado un poco de destreza para que no saltara la alarma y admito que cada vez que la recuerdo espachurrada en el suelo, no puedo evitar que una sonrisa enorme aparezca en mi rostro. Entrar a la planta de esa forma solo se le puede ocurrir a ella. No baja a almorzar ese día, supongo que, para evitar comentarios o cuchicheos, ya que a las diez de la mañana era el tema de conversación principal en varios corrillos de compañeros. Le llevo algo para almorzar y aprovecho para ver como está y pedirle que revise unos datos. Salgo con el equipo, quiero dejar todo en sus manos para ver si puede adelantar algo de trabajo para nuestra vuelta. Antes de marcharme le recuerdo que debe realizar su evaluación y me confirma que no se le pasará y que confíe en ella.

Para mi sorpresa, a mi vuelta los de arriba han utilizado a Amelia para un rápido intercambio en Kenia sin avisar. «No puedo creer que lo hayan hecho con tan poco tiempo y sin contar con el equipo», pienso cuando aterrizamos de madrugada. Voy directo al trabajo sin pasar por casa. Cuando miro el reloj veo que en una hora habrá aterrizado y quiero supervisar la misión. He intentado dormir en el vuelo de regreso, pero aun así cuando llego al trabajo, me preparo un café doble y me meto en la sala de control. Cuando su vuelo aterriza la llamo para ver cómo se encuentra. No dejo de pensar que está sola en un país donde empezó una de sus mayores pesadillas y no sé si su mente lo soportará. Sorprendentemente me contesta tranquila a la llamada y bromeamos. Todo va a ser rápido así que mientras observo las cámaras de seguridad del aeropuerto hablo con ella tomándome el café. Cuando cree ver a su contacto, cuelga y yo continúo buscándola en las cámaras, aunque sé que siempre intentarán buscar un ángulo muerto. Me doy cuenta de que algo va mal cuando un espeso humo empieza a aparecer en uno de los bordes de la cámara de la zona y antes de que nos dé tiempo a reaccionar vemos como se produce una detonación y la gente nerviosa, empieza a correr. El equipo que hay en la sala intenta cambiar las imágenes de la zona para ver si la vemos aparecer. Directamente me coloco los auriculares y la llamo instantes antes de verla en buen estado salir en una de las pantallas cubierta con un pañuelo. Inmediatamente Amelia reacciona y la ayudamos a salir de allí y el día que regresa voy a buscarla al aeropuerto. Es muy temprano y a pesar de la cara de sueño que lleva, me saluda con una sonrisa como si no hubiera habido ningún

problema. Estaba preocupado de que todo lo hubiera vuelto a traer recuerdos del pasado, pero me doy cuenta de que yo no lo hubiera hecho mejor y, con admiración y orgullo la llevo a casa. Debe descansar.

Nunca pensé que una mujer me hiciera sentir esta inestabilidad en el carácter. Por un lado, no puedo evitar sonreír y llenarme de orgullo cuando veo a Amelia que continúa adelante y poco a poco vuelve a ser la misma de antes y, por otro me enerva ver que eso se debe a otra persona que no soy yo. Uno de tantos días de trabajo, en la cafetería es como si definitivamente me echaran no un jarro, me tiran un enorme depósito de agua helada cuando en mitad del almuerzo Horwood se acerca a ella y la besa. Eso significa que va mucho más en serio de lo que jamás había llegado a imaginar. Lo han hecho público en el trabajo. Yo me quedo totalmente paralizado, por suerte recibo una llamada y puedo huir de enfrentarme a Amelia en esos momentos. Soy idiota, ella y yo trabajamos juntos, sabía que lo nuestro era muy difícil de recuperar. Me paso los siguientes días esquivándola, no sé si por ser realmente un gilipollas que no acepta perder ante otro tío o por el vacío que he empezado a sentir al ver que la he perdido definitivamente.

No sé cómo canalizar mi ira y a pesar de que ella no tiene culpa de nada, cuando intenta hablar conmigo antes de salir en una misión acompañando al departamento de Bruno, yo me comporto de nuevo como el más idiota de todos los hombres sobre la faz de la tierra. Aquel día, sentado a su lado en el suelo, le prometí que iba a hacer que fuera feliz en esta mierda de mundo. Eso no implicaba que fuera conmigo, pero eso solo lo he llegado a entender cuando con una tremenda tristeza en su mirada se retira para que nadie vea que está llorando. Soy el peor amigo que se pueda tener por no alegrarme por su felicidad.

Decido tragarme mi orgullo y al menos empezar a ser el mejor de los jefes posibles hasta que consiga controlar mis emociones. Aunque vuelve a excederse en su cometido durante la misión, gracias a ella y a la ayuda de un dron que utilizamos abortamos uno de los planes más despreciables que tenía Kattanga para reclutar niños para utilizarlos en su particular guerra, y para sacar dinero con todo el personal humanitario de la zona con varios secuestros a sus espaldas. Bruno y Amelia regresan a La Haya. A pesar de haber sido clave para toda la información, ella no es militar y no va a poder seguir ayudándonos.

Cuando vuelvo de la misión me encuentro varias llamadas de Amelia, quien me solicita que revise nuestro expediente de Somalia. Al principio no

entiendo el interés por él hasta que me confiesa que ha empezado a tener pesadillas y que está inquieta por quien lo pueda ver. Accedo a él con mi clave de seguridad, pero hace tiempo que nadie lo ha visto, es más, es muy poco accesible por la cantidad de información que hay y casi toda ella es clasificada, así se lo hago saber. Le insto a que hable con Horwood. Nosotros hablábamos de todos estos temas y creo que no tiene nada que temer. Por mucho que odie a ese gilipollas, lo he investigado y creo que no he encontrado ni una puta mancha en su expediente y creo que le hará bien confiar en él.

Mientras me resisto a que estén juntos entramos en una especie de caos dentro de nuestro orden persiguiendo a la organización de Kattanga y todas sus ramificaciones por medio planeta. Kenia, Uganda, Congo, Yemen, Pakistán, Turquía. El equipo no para y no dejamos de movernos de un lado a otro impidiendo nuevos movimientos del grupo terrorista. En cuanto a los pocos aliados que les quedan, a estas alturas muchos de ellos dudan de su poder e importancia en la zona. Lo estamos consiguiendo. Agradezco el enorme ajeteo y la gran cantidad de trabajo, así no puedo pensar en nada más. Hace meses que no salgo con los amigos un fin de semana, pero tampoco lo echo de menos. Solo echo de menos a Amelia y esa sensación de bienestar que me recorría el alma sabiendo que estábamos juntos y que podía hablarle, abrazarla, besarla... que siempre podía contar con ella. Nunca en mi vida me había encontrado a una persona que creyera en mí como lo hacía ella y que pensara que valía la pena estar conmigo y con mi trabajo, hasta que la conocí. Amelia hizo que yo volviera a creer en mí de nuevo, a querer ser diferente, mejor persona y cuando me refiero a mejor persona incluyo ser más abierto con la gente, menos desconfiado, menos estricto con la vida y sentir lo que era vivir. Durante esos días me elevó a lo más alto para de repente volver a caer al vacío sin opciones a más. ¿Cómo puedes continuar viviendo después de haberlo tenido todo y perderlo de la peor forma posible?

Durante el verano, Bruno, Amelia y yo somos los únicos que quedamos por la ciudad, ya que muchos de los compañeros como Rachel y Gabrielle están de vacaciones. Bruno está saliendo con una chica y Amelia me obliga a tragar a “don Perfecto” y, por lo que puedo ver, también lo obliga a él a tragarme a mí. Siempre habrá algo que nos distancie y a la vez nos una y, esa cosa creo que es la cosa más importante para ambos, y es Amelia.

Durante un viaje a Berlín, Amelia saca el tema de la despedida de Rachel. Se marcha a vivir con James a California y van a celebrarlo en casa de Horwood. Eso me causa que tuerza el gesto.

—¿Por qué lo odias tanto? Él lo intenta y tú no haces nada por dar tu brazo a torcer. Xavier, yo no decidí de quien me enamoré. Sabes que para mí eres alguien muy especial y que me duele cada vez que nos enfadamos, pero no me hagas elegir. Los dos sois partes de mi vida.

En el fondo me apena ver a Amelia angustiada, pero por mucho que lo intento, no puedo superarlo, al menos no ahora.

El día de la fiesta sorpresa de la despedida de Rachel, acudo a cuatro reuniones. Creo que las dos últimas las puse inconscientemente para no tener la obligación de ir a casa de Horwood. Una cosa es aceptar la derrota y otra es que te lo restrieguen por la cara. Salgo tarde y cuando estoy entrando en casa, me llega un mensaje de lo más sensato de parte de Gabrielle. Últimamente me ha llamado en alguna ocasión. Creo que es la única que realmente nos conoce a todos y se ha dado cuenta de lo difícil que todo esto está siendo para mí. No dejo de pensar en ello hasta que entro en la ducha y decido tragarme el orgullo e ir. Voy a echar mucho de menos a Rachel y me doy cuenta de que la pequeña familia que habíamos formado está desquebrajándose. Cuando finalmente aparezco veo la enorme sorpresa en el rostro de Amelia y no puedo más que abrazarla cuando se acerca. Detrás de ella, Gabrielle me mira con una leve sonrisa sabiendo lo mucho que me ha costado. Tras ella abrazo a la homenajeada que para mi sorpresa me abraza con fuerza y se separa con lágrimas en los ojos por la emoción. Creo que esta primera separación nos está afectando a todos.

—Creo que ninguno de nosotros pensó nunca en esto —dice Gabrielle acercándose a nosotros —Nunca pensamos que llegaría el día en el que nos separaríamos y principalmente que fuera Rachel la primera en hacerlo.

Y efectivamente era así. Puede que en alguna ocasión lo hubiéramos pensado, pero siempre lo vimos como algo muy lejano y no le dimos importancia hasta ahora. Creo que por todo esto y con la marcha de Rachel nos sumergimos aún más de lleno cada uno en su trabajo. En las últimas misiones he notado a Amelia más apagada y temo el día que me diga que se ha cansado de recorrer el mundo y exponerse a tantos peligros cuando sé perfectamente que también puede realizar un buen trabajo desde la central sin necesidad de correr tanto riesgo. Ya lo he visto suceder con otros compañeros cuando empiezan a tener más vida fuera del trabajo. Ya no solo se preocupan por su vida y su bienestar, también lo hacen por la persona que dejan atrás y que generalmente es la que peor lo pasa.

Los siguientes días en el trabajo son complicados. Sabemos exactamente

dónde está Kattanga. Está a las afueras de Mogadiscio, una zona totalmente inestable en estos momentos. Así que pido la autorización para entrar en el país y actuar a pesar de todas las advertencias que me da Amelia.

—Xavi, escúchame. No es seguro, no lo hagáis —me ruega mientras recibo la autorización.

—Amelia, es ahora o nunca —digo serio y así es como lo siento.

—Estaréis totalmente desprotegidos. No podrían entrar a la zona a ayudaros. Xavi, por favor. Recuerda que yo he revisado los datos, no lo hagáis —casi me suplica—. Se esperan revueltas y ha habido dos atentados en la zona.

—Intentaremos volver de una pieza —digo cogiendo el papel con la autorización.

Sé que es una de las misiones más peligrosas a las que me he enfrentado en mi vida, pero debo hacerlo, no solo por el trabajo. Debo hacerlo por intentar cerrar esa dolorosa etapa de mi vida. Le doy un inesperado beso en la frente y me marcho dejándola allí plantada en mitad de su despacho.

Cuando aterrizamos en una base cercana nos avisan del caos que está viviendo en esos momentos el país y principalmente la zona en la que nos vamos a meter. Hablo con mi equipo, pero todos confirman que están allí para darle el golpe final a Kattanga y que debemos entrar. Después de años tras él, es el momento. Entrar por carretera es un verdadero suicidio, así que lo intentamos por aire. Esperamos al momento en el que la actividad en la zona baja y nos subimos al helicóptero que nos llevará al sur de la ciudad.

Cuando estamos a escasos tres kilómetros de distancia del punto en el que el helicóptero nos dejará, sentimos una especie de fuerte bache y al instante la nave empieza a girar violentamente entre fuertes chirridos. En apenas diez segundos el helicóptero choca contra el suelo de manera violenta. Hemos sido alcanzados por un misil lanzado con un lanzagranadas por la milicia somalí desde tierra. El impacto contra el suelo me deja inconsciente y cuando recobro la conciencia me doy cuenta de que estamos a las afueras, en una de las zonas más pobres de la ciudad, y no parece que haya mucha actividad de la milicia. Después de comprobar que gracias a la pericia del piloto el equipo no ha sufrido bajas, comprobamos que nadie en el equipo tiene heridas importantes. Sin embargo nos avisan de que un grupo bastante importante de milicianos exaltados se dirigen hacia donde hemos caído. Es hora de intentar movernos, disponemos de munición limitada para enfrentarnos en tierra hostil a gran cantidad de enemigos. Sin poder evitarlo, no tardamos

mucho en encontrarnos en mitad de una verdadera batalla campal, y a pesar de que luchamos y matamos a una cantidad elevada de componentes de la milicia, pronto nos quedamos sin munición y la ayuda exterior no puede llegar hasta nosotros. Estamos solos y nos damos cuenta de que tenemos que movernos o moriremos cuando vemos la cantidad de enemigos siguen llegando sin cuartel. Pronto somos rebasados por hombres y sobre todo por armas. Cuando se dan cuenta de que ya no disponemos de munición, deciden atacarnos en masa y empezamos a luchar cuerpo a cuerpo golpeando al enemigo e intentando sorprenderles por nuestra determinación luchando con sus propias armas. Somos golpeados fuertemente con puños y fuertes patadas. Nos damos cuenta de que vamos a morir. Por momentos dego de sentir partes de mi cuerpo de los golpes que estamos recibiendo. Veo a Joseph cerca de mí e intento quitarle a golpes a dos personas que se ensañan con él. Si tenemos que morir lo haremos luchando. De repente vemos que un hombre me agarra por la parte trasera de chaleco y empieza a disparar al aire deteniendo el caos en el que estamos envueltos. Grita disparando al aire disipando a la población que intenta golpearnos con furia. Por suerte o por desgracia para nosotros, ha pensado que, después de la paliza que acabamos de recibir, le puede ser de ayuda mantenernos cautivos a los que quedamos con vida, para vendernos o conseguir algo a cambio. Nos lleva en una especie de pasillo que se forma mientras grita y empuja a la gente que nos escupe e intenta continuar golpeándonos. El resto del equipo ha perecido tras horas y horas de lucha y sus cuerpos son arrastrados y levantados en el aire por la multitud enfurecida. En el trayecto vemos también el rastro de cuerpos sin vida de la milicia que hemos dejado antes de caer. No calculo el tiempo transcurrido mientras nos mantienen prisioneros con total hostilidad hasta que vemos a Kattanga frente a nosotros. Es detestable la forma de reír enseñando sus blancos dientes cuando me reconoce. Amelia y yo matamos a su hijo y, me deja muy claro todo lo que voy a sufrir por ello.

Rápidamente somos vendidos a Kattanga quien, entre golpes, pronto nos obliga a grabar un mensaje para dar a conocer nuestra captura. Los tres que quedamos del equipo sabemos que nuestros gobiernos o la gente para la que trabajamos no darán su brazo a torcer y que al final nos ejecutarán de la peor manera posible y supongo que de manera televisada. Nos llevan a donde se encuentra su cuartel general en la zona y nos meten en unas apestosas celdas en una especie de sótano. El tiempo pasa y ejecutan a uno de mis compañeros. Solo quedamos Joseph y yo. Joseph hace bromas de lo más macabras y de vez

en cuando reímos recordando las situaciones por las que hemos pasado. Nuestra mente ya ha dejado de luchar y sabe que pronto será nuestro final. Es imposible salir de allí. Tumbados cada uno en una especie de futón lleno de polvo, hablamos y hablamos durante horas. Duermo cuando escucho en mis sueños la voz de Amelia, que me está llamando. Puede ser también por la fiebre que parece que tengo al no haber podido mantener limpias las heridas y que se me han infectado. Vuelvo a escuchar esa suave voz de Amelia que viene a visitarme en sueños. Con los ojos cerrados recuerdo su rostro, su cuerpo, su mirada, su sonrisa.

—Xavier —escucho ruido a mi espalda intentando mover la puerta. Me giro, parece que estoy teniendo visiones. Ella está allí— ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, me han dado una paliza que te cagas —contesto en un quejido intentando sonreír al ver tan real esa especie de sueño—. Te he echado de menos enana.

—¿Dónde están las llaves? Es imposible abrir esta puerta sin tirar abajo la edificación —dice seria agarrándome a los barrotes.

«Joder, que es real», pienso con asombro cuando aprieto con fuerza los ojos y vuelvo a abrirlos.

—Las lleva Kattanga —digo haciéndome cargo de la situación—. Es imposible abrirlas.

—Hay que salir de aquí. Os van a ejecutar —dice angustiada.

—Ame, tenéis que salir de aquí. Es imposible abrir la puerta sin las llaves —confieso acariciando levemente una de sus manos que se aferran a los barrotes. Yo lo he intentado todo y sé que es imposible.

—No pienso largarme de aquí sin ti —dice tozuda mientras tres de los hombres suben de nuevo hacia el piso de arriba para intentar conseguir las llaves.

—Ame, cariño. Mírame, no vais a poder sacarnos de aquí. Ame, por favor, mírame —digo poniendo mis manos sobre las suyas en los barrotes—. Estoy listo, no pasa nada. Debéis marcharos.

—¿Qué mierda estás diciendo? Discrepo contigo —dice enfurecida dándole una patada al barrote—. Pues yo no. Yo no estoy lista para dejarte aquí. Quiero decirte tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Solo tú podrías utilizar el verbo discrepar en una situación como ésta —digo intentando que se calme.

—No te hagas el gracioso —espeta furiosa.

Le hago un gesto al compañero, mientras se escuchan disparos en la

planta de arriba. Es muy peligroso estar aquí en estos momentos y le pido al equipo que se la lleven. No me hacen caso, así que cabreado por el pasotismo de mi petición hago valer mi rango. Esto no hace más que Amelia se enfurezca.

—Te juro por Dios que como me pongan una mano encima gritaré con todas mis fuerzas de tal manera que por tu culpa nos matarán a todos —sisea con rabia amenazándome—. Me importa una puta mierda tu rango. Hemos venido a sacaros de aquí y eso haremos.

Me comunican que tienen un predator²⁰ y que viene hacia aquí. Van a reventar parte de la edificación para que podamos salir. Mientras todo el equipo se marcha para resguardarse Amelia se acurruca cerca de mi celda. No me había dado cuenta de lo mucho que sentía por Horwood, cuando sabiendo que todo lo que estamos diciendo lo está escuchando todo el equipo en la central, ella le manda un mensaje de lo mucho que le quiere y que acepta casarse con él. «Se va a casar», pienso agarrando su mano en el instante en el que empiezan una pequeña cuenta atrás. La explosión hace que por un momento crea que vamos a morir todos sepultados por el derrumbe, pero tras el desconcierto inicial veo que continuamos vivos. Hay escombros y polvo por todas partes. Debemos movernos rápido. A pesar de las heridas Joseph me ayuda a incorporarme y a intentar salir de ese agujero. Fuera se oyen las aspas y el rotor de un helicóptero. Tenemos que darnos prisa, especialmente cuando veo que Kattanga, herido, levanta un machete dirigiéndose hacia Amelia. No lo pienso y simplemente disparo. Una y otra vez. Estoy enloquecido descargando todo el cargador del arma contra su cuerpo mientras no deja de venirme a la mente aquella fatídica noche en Uganda, mis compañeros ejecutados a golpes, la gente inocente... Salimos al exterior cuando empiezan a llegar milicianos que intentan derribar el helicóptero que se mueve de manera violenta mientras desde él responden con disparos certeros. No hay tiempo para evacuarnos y Amelia me engancha a la soga que cuelga y ella se engancha a mí. El fuego cruzado se recrudece y siento como tres terribles impactos golpean en mi espalda. Abrazo a Amelia con todas mis fuerzas cubriéndola con mi cuerpo como puedo cuando dos impactos más sacuden mi cuerpo. Nuestras miradas se cruzan por un instante, nuestras almas se despiden y yo, con una extraña paz, me dejo vencer cuando siento que nos izan dentro de la cabina.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme un día en una habitación aséptica y a Amelia con su cabeza apoyada contra mi mano descansando sobre las sábanas blancas. Me mira con ojos llorosos cuando siento que intento

mover mi mano bajo su cabeza y rápidamente aprieta un botón y empieza a llorar dándome las gracias por haber despertado. Todo ese entusiasmo inicial desaparece en el momento que empiezo la recuperación. Se cabrea de manera excesiva cuando estoy a punto de rendirme en varias ocasiones en la rehabilitación. Jamás pensé que llegara a ser tan dura con las palabras, pero gracias a ella y a su cabezonería que no me deja rendirme y vuelvo a mover partes de mi cuerpo que pensé que nunca volverían a hacerlo. Cada día llega con comida y se sienta en la habitación trabajando con su ordenador portátil sobre las rodillas. Noto el cansancio en su rostro, ha adelgazado y tiene unos enormes surcos bajo los ojos. Cada vez que insisto en que se marche a casa a descansar discute conmigo y se enfada, pero no se marcha y continúa a lo suyo.

Así finalmente me recupero y ella consigue organizar su planeada boda con Horwood.

Capítulo 21



En la boda, cuando la veo que se dirige hacia Horwood mi mundo empieza a desmoronarse. No puedo soportarlo y girando sobre mis talones empiezo a caminar sin rumbo alejándome a cada paso de esa pequeña iglesia mientras temo que mi corazón se detenga por el dolor que siento. Me aflojo el nudo de la corbata cuando ya he arrancado el coche. Empiezo a conducir sin rumbo fijo. La cabeza me da mil vueltas hasta que mis pensamientos son interrumpidos por el sonido de una llamada entrante. Es Gabrielle. Las dos primeras llamadas las ignoro, pero a la tercera descuelgo.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta y noto un deje inquieto en su voz.

—No lo sé, creo que llegando a Bélgica —contesto confundido al darme cuenta de que llevo bastante tiempo al volante.

—Amelia te ha estado buscando... —susurra nerviosa—. ¿Qué quieres que le diga?

—¡Joder! —exclamo cabreado conmigo mismo—. Lo siento Gabrielle, siento ser tan capullo, dile que me han llamado y he tenido que irme por trabajo.

—¿Seguro que quieres decirle eso? —pregunta preocupada.

—Gabrielle, tú nos conoces mejor que nadie. No he podido, lo siento, no he podido... —digo ofuscado deteniéndome en una zona de descanso.

—Xavi, seguirás adelante, continuarás con tu vida y estoy segura de que encontrarás a una persona maravillosa y seréis felices —dice cariñosa al observar mi desesperación.

—Ohh, Gabrielle. Ya la encontré, pero la perdí, y ahora pienso en ella cada segundo del día. La tengo grabada en el alma. No hay momento del día en el que no añore despertarme a su lado. Imaginar que eso ya no puede suceder el resto de mi vida me está matando. Mi mente no deja de recordarla. Adoro todo de ella, todo lo que me hace sentir, sus sonrisas, su forma de hablar, de moverse, de sentir... y entiendo que necesite alejarme de ella para conseguir

dejarla que sea feliz —confieso casi sin respirar. Se oye un silencio absoluto en la línea de teléfono. Creo que he dejado sin habla y añadido—. Gabrielle, debo colgar.

—Xavi, recuerda que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites —susurra amable—. Conduce con cuidado y avísame cuando llegues adonde necesites llegar.

—Gracias Gabrielle —digo y corto la llamada.

Vuelvo a entrar en el coche, paro el teléfono móvil y lo lanzo al asiento del acompañante. Necesito conducir, así que, tras reconectar el GPS, miro las opciones y me decido por la ruta de la costa, aunque sea mucho más larga. Tengo ante mí unas cuatro horas para aclarar la mente, aunque cuando llego a La Haya y me recibe un terrible chaparrón no he solucionado nada. Durante un par de días estaré prácticamente solo en la ciudad. Todos pensaban quedarse el fin de semana en Étretat y Amelia se iría de viaje de novios. Solo pensar en eso es como si me clavaran un puñal en el corazón hundiéndomelo poco a poco.

Nada más llegar a casa saco el ordenador portátil y me vuelco en el trabajo. No paro y salgo al exterior hasta que decido ponerme la ropa de deporte y entrenar por los bosques cercanos a pesar de la lluvia. Vuelvo, me ducho y me enfrasco de nuevo en un expediente en Siria que ha empezado a llamar poderosamente mi atención. Son las tres de la madrugada cuando me doy cuenta de que me duele el estómago. No he comido nada desde el desayuno y mi cuerpo no está acostumbrado a ello. Miro en la nevera, donde poca cosa puedo encontrar. No me apetece nada de lo que tengo en los armarios así que finalmente cojo la bicicleta y decido ir al único sitio que conozco abierto a estas horas de la madrugada. El tugurio al que fui con Amelia aquel día. Cuando abro la puerta me reciben con una sonrisa y me señalan una pequeña mesa al fondo. Nuestra mesa, pienso al instante. Pido un desayuno completo recordando cada instante de aquel día con ella riendo frente a mí. Parece que haya pasado una eternidad desde aquello. Cuando termino, paseo en la semi oscuridad de la noche por el muelle mientras el fuerte aire me golpea en el rostro. Recuerdo su risa aquel día, lo felices que fuimos. El momento más feliz del día era cuando mi mirada se cruzaba con la suya y ahora aquí, solo en mitad de la noche, me doy cuenta de que sin ella, están muriendo todos los lugares donde fuimos felices. Cuando llego a casa mando un correo electrónico. Tengo que salir de allí así que después de revisar concienzudamente la misión en Siria, he decidido qué es lo que debo

hacer. Marcharme para empezar de nuevo sin esa cruel sensación de vacío que siento desde hace días.

La misión que estaba preparando se aprueba enseguida. Llevo semanas trabajando en ello y en menos de tres días voy cargado con mi petate camino de la base de operaciones de la zona. Cuando aterrizo tengo varias llamadas en mi teléfono móvil; Bruno, Gabrielle, Rachel y hasta Amelia me ha dejado un mensaje de voz.

“Te eche de menos en la celebración de la boda, por tu culpa sobró mucha comida. Espero que todo vaya bien en el trabajo. Yo estaré desconectada durante los días que estemos fuera, pero si necesitas algo estoy segura de que sabrás localizarme. Te llamo a mi regreso. Xavi, cuídate..., te quiero”

No contesto a ningún mensaje y guardo el teléfono móvil al fondo del cajón que me han asignado. Mis días en la base son bastante intensos. Nos despertamos al amanecer y ya no paramos hasta bien entrada la noche. No echo de menos ni mi cama debido a lo cansado que llego a ella en la base. Sin darme cuenta pasan los días y las semanas, y yo sigo inmerso en el control y estudio de diferentes grupos radicales que han perpetrado varios atentados contra ciudadanos de la zona y enviados especiales de observación de distintos organismos internacionales. No he vuelto a hablar con nadie que no sea de la base. He contestado algún mensaje de wasap, pero estoy tan desconectado que hay semanas en las que mi teléfono móvil se queda sin batería en el fondo del cajón y no me doy ni cuenta.

Una mañana a la vuelta de una salida me avisan de que tengo visita. No me dan más datos, solo que está con Joseph, quien no ha venido hoy con nosotros. Extrañado acudo al barracón donde me espera. Veo de espaldas a mi compañero hablando animadamente con alguien y cuando se aparta a un lado la veo a ella. Me quedo paralizado frunciendo el ceño, pero ella sonrío cuando me ve y hace que la sala se ilumine. «¿Qué demonios hace aquí? Ya no trabaja en operaciones», pienso dando un fuerte suspiro.

—Os dejaré solos —dice Joseph dirigiéndose a mí y dándome un pequeño golpe en el hombro—. Me ha encantado volver a verte, te echamos de menos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto paralizado.

—Puede que la pregunta no sea esa. Puede que sea, ¿qué demonios haces tú aquí? —dice acercándose a mí—. ¿Tanto me odias que no vas ni a saludarme?

—Perdona, es que acabamos de volver y no me he lavado —digo aturullándome sin saber cómo reaccionar después de tanto tiempo separados, y por todas las emociones encontradas que estoy sufriendo—. Estás..., estás muy guapa.

Amelia se acerca a mí y sin pensar en su impoluta ropa, me abraza. Al principio no sé cómo reaccionar, pero al final la abrazo y es como si los ladrillos que hubiera puesto en mi corazón para protegerlo, empezaran a tambalearse y estuvieran a punto de caer. Amelia está radiante, incluso creo que ha cogido unos kilos.

—Te he echado de menos —susurra casi completamente pegada a mi cuerpo—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, con mucho trabajo —contesto con la cabeza gacha cuando se separa—. ¿Qué haces aquí? No me has avisado que vendrías.

—He venido a verte. Generalmente tienes el teléfono parado y nunca contestas a nuestras llamadas o mensajes —me reprocha seria.

—He estado ocupado... —contesto apartándome de ella.

—¿Tanto como para no acordarte de tus amigos y de tu familia? —pregunta enfadada.

—¡Joder! Amelia, no vengas a echarme la bronca. Estaba pasando un mal momento, necesitaba estar solo —refunfuño girándome y llevándome una mano a la nuca en un profundo suspiro.

—Y ¿por qué no acudiste a mí? Yo podría haberte ayudado... —dice sorprendida.

—¿Me estás preguntando por qué no acudí a ti?... Pues simplemente porque era de ti de quien tenía que alejarme —espeto enfadado—. ¿Sabes? Aquel día en Uganda jure al cielo que si salíamos de allí no permitiría que sufieras de nuevo y juré también que ibas a ser feliz en esta puta mierda de vida... y lo eres, eres feliz, no conmigo, pero eres feliz.

—¿Cuántas? ¿Cuántas veces vamos a empujarnos fuera de la vida del otro haciéndonos daño? —pregunta en un susurro.

—Las veces que sean necesarias hasta que suceda —sentencio firme.

—Yo no puedo ser feliz si tú no lo eres... —dice Amelia compungida.

—Amelia, no me hagas esto... —digo en un susurro nervioso—. Te perdí, eres feliz y lo acepto. No me necesitas en tu vida.

—Xavi... —musita sorprendida.

—Me gritaste que me apartara de ti, y lo hice. Hice lo que me pedías en todo momento. Tenía terror de que solo con ver mi cara recordaras aquel

infierno. Me aparté de ti para no hacerte daño y te fuiste con otra persona dejándome solo, roto. Amelia ¿sabes por el infierno que he tenido que pasar todo este tiempo sintiéndome culpable por no haber sabido protegerte mejor? Esa es mi penitencia. Así que dejadme seguir con mi vida y mi castigo—digo enfurecido.

—Tú no fuiste el culpable de nada de lo que sucedió. Fui yo la que no siguió el protocolo y por poco te matan —dice con lágrimas en los ojos, y brama enfadada—. Pero cuando desperté no estabas, no viniste en varios días y cuando llegamos a casa empezaste a salir con unas y otras. Te faltó tiempo para olvidarme.

—Me habías pedido que me fuera. Maldita sea, Amelia. Yo fui cada puta día y permanecí a tu lado cada instante en aquel maldito cuarto y cuando despertaste tuve miedo. ¿Sabes? Yo tuve miedo de perderte. Jamás había querido a nadie como lo hice contigo y tú me escupiste a la cara que te dejara sola y que no querías volver a verme porque siempre te recordaría lo sucedido... Y, ¿sabes? Yo te echo de menos. Cada minuto de cada día y sé que lo arruiné todo por no protegerte.

—Yo no dije eso... —dice angustiada llorando—. Tú me sacaste de allí, me salvaste la vida...

—Lo hiciste —sentencio triste—. Y para que te quede claro de una puta vez, tú fuiste la que se empeñó en que saliera con otras, pero lo que no sabes es que jamás me acosté con ninguna de ellas. Te tenía grabada en el alma y necesitaba recuperarte. Dios sabe lo mucho que he sufrido por no haber podido protegerte mejor aquella noche. Aquella noche fue el principio del fin de mi vida. Siempre he hecho todo para que salieras adelante, ahora déjeme que sea yo el que lo consiga. ¿No lo entiendes? Te he querido cada instante de cada día desde que te conocí.

No puedo evitar que las lágrimas acudan a mis ojos sin poder detenerlas. «Joder, todos estos putos meses en este infierno no han servido de nada», pienso cabreado.

—Me querías y ahora ni siquiera puedes mirarme a la cara —susurra temblando—. Lo siento, siento haber destrozado lo que teníamos, siento no recordar parte de lo que dije en aquel maldito hospital y, sobre todo, siento haberte hecho tanto daño —dice entre lágrimas—. Me aparté de ti por miedo a que me odieras por todos los golpes que tuviste que soportar por mi culpa, por

miedo a que ya no me quisieras. Me daba vergüenza..., tú estabas allí, lo viste todo, y tenía miedo de que no lo superara y arrastrarte conmigo a mi pesadilla. Lo siento, siento haber venido a recordarte todo aquello. Por favor, sigue adelante y sé feliz. Yo no volveré a molestarte más. Si lo que quieres es esto, yo lo aceptaré.

—Amelia..., necesito tiempo —reconozco al fin—. Todavía no puedo imaginar mi mundo sin ti.

—Te entiendo, pero por favor, no nos cierres la puerta a todos —dice sacando un pañuelo de su bolso—. Me marcharé en el primer avión que salga de la base. Lo siento mucho Xavier.

A la mañana siguiente veo a lo lejos que Joseph se despide de Amelia. Y de repente, como si supiera que estoy observándola, levanta la vista y su mirada se tropieza con la mía. Parece triste y se nota que ha estado llorando. Se me parte el alma, pero no me acerco a ella y me despido con un leve movimiento de cabeza cuando ella levanta un poco su mano en mi dirección.

Continúo con mi rutina en la base hasta que dos semanas más tarde de su visita recibo una llamada.

—Sé que vuestra relación no pasa por el mejor momento y que cuando se entere de que te he llamado se enfadará conmigo, pero Amelia está en el hospital —dice Horwood al otro lado de la línea.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. Inmediatamente pido un permiso y me planto en Nueva York tras diecisiete horas metido en aviones. Horwood me informa de todo antes de pasar a su habitación. Nada más abrir la puerta la veo acurrucada girada hacia la ventana. La habitación está en semi penumbra y temo despertarla. Tiene varias máquinas conectadas que hacen diferentes ruidos que me inquietan.

—Ame —susurro cerrando la puerta.

Amelia se gira y se me parte el alma cuando veo su rostro lleno de lágrimas con unas enormes ojeras. Y es justo en ese momento cuando me doy cuenta de lo estúpido que he sido con ella y con mi orgullo.

—Xavi —susurra triste.

—¿Puedo pasar? —digo nervioso.

—Sí, sí, pasa —dice secándose las lágrimas—. ¿Qué haces aquí?

—Venir a ver cómo estás —digo guiñándole un ojo.

—Pues no me pillas en el mejor momento —dice con un mohín.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto acercando una silla a su cama y acariciándole el dorso de su mano con mi pulgar.

—No sé, estabas tan enfadado... —susurra con ojos tristes.

—No deberías de haber viajado hasta allí —digo inclinándome y dándole un beso en la frente.

—Puede, pero no nos contestabas y estaba preocupada —contesta llevándose una mano al vientre—. Xavi, no quiero perderla...

—No lo vas a hacer. Ahora estás en buenas manos y haremos todo lo que te digan los médicos —digo convencido—. Siento no haberme dado cuenta...

—No se nota mucho cuando llevo ropa... lo único que parece que no dejan de crecerme son las tetas —dice frunciendo el ceño.

—Sí, eso sí que me di cuenta —contesto con una sonrisita.

—Pervertido —dice dándome un pequeño golpe en el brazo con su mano—. ¿Quién te ha avisado?

—Horwood —confieso.

—¿Alguna vez lo llamarás por su nombre de pila? —pregunta socarrona.

—Seguramente no, pero dame tiempo —digo guiñándole un ojo.

Mientras Horwood asiste a numerosas reuniones que tienen programadas, yo me dedico a hacer compañía a Amelia y a empujarla, para que no se canse, en una silla de ruedas por un pequeño jardín trasero que tiene la clínica. Y casi sin darnos cuenta nuestras almas vuelven a estar en paz, una al lado de la otra. Para mi sorpresa Amelia me confiesa que tiene terror al momento del nacimiento. Es algo que me choca después de haberla visto en las situaciones de peligro en las que hemos estado.

—Vendrás a conocerla, ¿verdad? —me pregunta inquieta el día que le dan el alta.

—No me lo perdería por nada del mundo —confieso con una media sonrisa.

—Pues afeitate esa barba que llevas —sentencia seria para mi sorpresa—. No quiero que nada más nacer le pegue un infarto al verte con esas greñas.

No vuelvo a verla hasta meses más tarde cuando pido permiso para ausentarme de la base durante un par de semanas. Mi relación con Amelia vuelve a ser la de dos personas con un pasado en común que se quieren y se respetan. Cuando llego a Nueva York, Amelia se sorprende de que le haya hecho caso y me haya cortado el pelo y afeitado. Se ha vuelto muy gruñona desde que le quedan pocos días para dar a luz. Al día siguiente de mi llegada, mientras paseamos haciendo las últimas compras antes del nacimiento, no deja de discutir hasta que me agarra de repente del brazo y cuando la miro veo que está completamente blanca.

—¡Joder, creo que he roto aguas! —exclama paralizada mientras me aprieta el brazo—. Llama a Aiden, por favor.

No puedo más que asombrarme cuando la veo retorcerse de dolor y respirar como lo hace. Cuando llega Horwood siento un gran alivio y decido ir a por provisiones a la máquina expendedora de comida. No sé qué hacer, estoy nervioso. Finalmente, Alessa llega al mundo. Es tan pequeña que no puedo dejar de admirarla. Parece que le gusto y cuando la cojo en mis brazos hace una especie de gruñiditos cerrando sus puñitos. Horwood y Amelia me piden que sea su padrino y yo, lo acepto con el mayor de los honores.

Tras pasar un par de días más en Nueva York, vuelvo al trabajo. Todo se está complicando y están enviados observadores internacionales debido a las numerosas denuncias que se están recibiendo de posibles ataques químicos en la zona. Además, parte del foco informativo de esa zona está dificultándonos el trabajo. Nada más llegar Joseph me pone al día de todo lo que ha estado sucediendo.

Esa noche, me presenta a un grupo de observadores dirigidos por un tal Ian Roberts, que cenan tranquilamente en el comedor. Parece muy buena gente y vienen muy preparados. En unas mesas más al fondo veo a una mujer joven con el pelo moreno y bastante corto que no deja de observarnos. Cada vez que giro la cabeza hacia ella, rápidamente desvía la mirada hacia el resto de personas que hay en la mesa que ocupa. Cuando terminamos de cenar y nos dirigimos con nuestras bandejas para depositarlas en el carrito, veo que recoge todo lo que tiene sobre la mesa y se marcha precipitadamente. A la mañana siguiente todavía tengo grabado su rostro en mi mente y al no verla de nuevo pregunto a gente del equipo. Parece que nadie ha reparado en ella. Nadie sabe de quién hablo y no la vuelvo a ver.

Salimos en varias ocasiones con el equipo de Ian Roberts. Buscan armas químicas en las diferentes zonas donde hay combates entre partidarios del gobierno y sus detractores. Nosotros vamos apoyando el convoy de observadores y es la excusa perfecta en ese medio hostil para continuar con nuestras investigaciones sin ser observados con lupa. Pasan las semanas y los meses, todo transcurre con una lentitud aborrecible mientras los civiles de la zona sufren las consecuencias de la guerra sin que podamos ayudarles.

A mi regreso de Nueva York después del segundo cumpleaños de Alessa, me entero de que el equipo ha organizado una especie de barbacoa en el exterior del barracón que alberga la cafetería. Trato de hacerles ver que llevo muchas horas de vuelo y que necesito descansar, pero insisten en que va a

acudir parte del personal. Además, Ian Roberts ha regresado con su equipo a la base y quieren darle la bienvenida. Sé que es cualquier excusa que se han buscado para divertirse y les prometo que más tarde acudiré y pasaré un rato con ellos. Antes necesito hablar con uno de mis superiores. Cuando me acerco a la zona de su despacho, escucho una conversación acalorada y cuando voy a tocar a la puerta con los nudillos, ésta se abre y la persona que sale tropieza de bruces contra mí.

—*Pardon* —dice ruborizada por su torpeza.

Es ella, la recuerdo perfectamente del día que la vi en la cafetería. La ayudo a recoger del suelo unos papeles que le han caído y se los entrego con una leve sonrisa.

—Martínez, ya era hora que regresara. Se me acumula el trabajo, pase, pase —dice mi superior desde el despacho.

Mientras me habla allí sentado, no dejo de preguntarme quién será la mujer que acaba de salir de ese mismo despacho. Cuando terminamos la reunión, decido preguntar y salir de dudas. Mi superior me comunica que es una joven periodista francesa con hambre de una buena historia y que les obligan a tenerla en la base pese a sus reticencias. Todavía tengo tiempo hasta la hora de la barbacoa, así que decido darme una ducha y descansar en mi cama durante un par de horas. Cuando salgo en dirección al barracón de la cafetería me tropiezo con parte del equipo de Ian que se dirige hacia allí. Parece que han montado una bienvenida por todo lo alto. Pedimos unas cervezas en la barra y nos apoyamos en las improvisadas mesas altas que han dispuesto. Levanto la mirada y allí está ella. Sola, sentada en unos ladrillos que hacen de sillas habitualmente y fumándose un cigarro con gesto nervioso en las manos. No puedo dejar de sonreír mientras la observo allí tan retraída. De repente levanta la mirada y cuando se tropieza con la mía, nerviosa mira hacia otro lado. No puedo evitar sorprenderme del poco disimulo que tiene al mirar en la dirección donde nos encontramos. Decido pedir dos cervezas y me acerco a ella.

—Hola —digo cuando ya estoy casi a su lado.

—Hola... —contesta nerviosa girando hacia atrás para asegurarse de que es a ella a la que saludo.

—Soy... —digo antes de ser interrumpido.

—Martínez —dice ella nerviosa—. He escuchado tu nombre cuando entrabas antes al despacho. Además, te he reconocido por aquel vídeo que salió en todas las noticias...

—Puedes llamarme Xavier —digo con una sonrisa intentando que se relaje.

—Ahh, yo soy Joséphine Toussaint—dice extendiendo su mano aceptando mi saludo—. Bueno, mis amigos me llaman Jo, pero... como no nos conocemos, puedes llamarme Joséphine.

No puedo evitar enarcar una ceja sorprendido por su verborrea nerviosa y con poco sentido.

—¿Te apetece una cerveza? —digo ofreciéndole uno de los botellines que llevo en la mano.

—Gracias. ¿Un cigarro? —dice ofreciéndome la cajetilla de tabaco.

—No fumo —contesto rechazándolo con la cabeza.

—Yo no bebo, pero hoy he tenido un día de *merde* —dice bebiendo un trago.

—¿Por qué estás aquí sola? —pregunto con curiosidad.

—Soy periodista y vosotros últimamente nos odiáis. Además, soy periodista o lo intento y, seguro que si intento acercarme a cualquier mesa de esas con gente tan importante callarían al instante por mi presencia y no quiero incomodar a nadie —responde sincera con cierta pena en el rostro.

—No siempre hablamos de trabajo —digo haciéndole un guiño.

—El noventa por ciento de las veces —contesta resignada.

Pasa el tiempo sin darnos cuenta y al final Joseph nos trae dos platos con una hamburguesa y otra bebida. Habla con nosotros un rato y luego se marcha. Descubro muchas cosas de ella en esa primera noche. Es francesa, pero lleva años viviendo en Nueva York. Estudió periodismo por su abuelo y, tras hacer de chica de los recados durante un par de años en un periódico, cree que su jefe quiere librarse de ella mandándola aquí con la excusa de que consiga una buena noticia. Pero se da cuenta de que sus compañeros que cubren esta zona son muy reacios a darle algún tipo de consejo. Fuma como una descosida y adora el chocolate, pero dice que en la base no lo encuentra fácilmente. Que es su segunda visita a la zona y que me recuerda de la cafetería. Yo también la recuerdo a ella, pero no se lo confieso. Al cabo de una hora hablando, no sé si es por la cerveza que dice que no suele tomar, pero le falta poco para darme hasta el número de su cuenta bancaria. Tiene un carácter alegre, pero nervioso. Por momentos pienso que está loca, pero a la vez es adorable. Tiene unos grandes ojos marrones que te hipnotizan, una naricita respingona y unos bonitos labios pintados de color rojo intenso. Hoy lleva su pelo corto alborotado dejándole la suave piel de su cuello al descubierto con su vestido

de tirantes. Poco a poco la gente del campamento se va retirando a sus barracones. Mañana tenemos que madrugar. Le pregunto si quiere que le acompañe, pero de repente se levanta de un salto y dándome las gracias se despide marchándose. Veo que tropieza contra una silla llevándose un buen golpe y está a punto de caer, pero se gira nerviosa con la cara totalmente colorada y grita que está bien.

Joseph viene a mi encuentro para marcharnos a dormir. Mañana tenemos una salida.

—Es muy guapa —dice cómplice.

—Mucho —contesto sin darle más datos.

A la mañana siguiente madrugamos y salimos con el equipo de Ian Roberts. Tenemos que acercarnos a una zona donde se ha denunciado el lanzamiento de barriles explosivos de gas cloro contra la población. El equipo espera a una cierta distancia mientras que el equipo de Ian inspecciona la zona y coge muestras. Pasamos allí varias horas y a nuestro regreso veo a Joséphine sentada sobre una piedra cerca de donde estacionamos los coches, fumando. Cargo con el equipo de trabajo y veo que lanza el cigarro al suelo, lo pisa y al ver que la observo sorprendido, vuelve a coger la colilla del suelo y viene hacia mí.

—Necesito un favor —dice directa con una sonrisita.

—¿Qué necesitas? —pregunto intrigado.

—Tú eres jefe —dice alegremente.

—Sí, ¿y? —pregunto enarcando las cejas sin saber a dónde quiere ir a parar.

—Mañana —dice con una amplia sonrisa y sentencia —... Llévame con vosotros.

Giro la cabeza con el ceño fruncido llevándome mi mano libre a la mejilla y la froto con determinación. No tengo mucho que pensar.

—No —respondo contundente.

—¿No? —pregunta sorprendida.

—No

—¿Y eso es todo? —pregunta sorprendida por mi rotundidad—. Vamos, somos amigos.

—Te llamo Joséphine —digo con una media sonrisa al verla tan testaruda.

—Pero te permito que me llames Jo si me llevas con vosotros mañana —dice con una amplia sonrisa y un gracioso movimiento de cejas.

—No puedes venir con nosotros, Joséphine.

—Vamos, hombre. Dime por qué —dice con una especie de puchero que la hace todavía más adorable.

—¿Has estado alguna vez en zonas de combate? —pregunto deteniéndome en seco causando que casi choque contra mí.

—No

—¿Has tenido que usar alguna vez un arma o sabes cómo se utiliza? —pregunto serio.

—No..., pero puedo aprender —dice segura.

—¿En una tarde? —pregunto irónico.

—Lo haré si es necesario —sentencia.

—Jo, no puedes venir con nosotros —digo volviendo a empezar a caminar hacia el barracón para descargar el equipo.

—Pero me acabas de llamar Jo y eso es que somos amigos y cuidamos el uno del otro —dice con una amplia sonrisa.

—No puedes venir con nosotros, es peligroso —resuelvo alejándome de ella.

—¿Seguro? —pregunta gritando en mi dirección.

—Seguro —contesto sin girarme.

A partir de ese momento nos espera cada día a nuestro regreso para intentar convencerme para que la lleve con nosotros. Es terca como una mula y un día me entero que ha sobornado a un soldado para que le enseñe a disparar. Es desesperante.

—Jo, no. No puedes venir mañana —digo uno de los días que detenemos el coche cerca de donde se sienta a fumar cada día antes de que venga hacia mí a preguntar incesantemente.

—Da igual —dice tranquilamente fumándose su cigarro.

Giro la cabeza y la miro sorprendido. Puede que haya pensado en cambiar de táctica, así que me dirijo al barracón y dejo el equipo. Cuando acudo a cenar la veo a lo lejos hablar con un soldado, pero no se queda a cenar y se marcha. No sé qué es, pero algo trama.

Al día siguiente cuando regresamos a la base no nos está esperando. Joseph me mira sorprendido. «¿Dónde demonios se habrá metido?», pienso inquieto. Después de dejar el equipo y ducharme salgo a dar una vuelta para ver si la veo. Finalmente, la encuentro sentada en el exterior de la cafetería fumándose un cigarro.

—Hola —digo acercándome a ella.

—Hola —contesta levantando la mirada sonriendo.

—Hoy no te he visto —digo curioso.

—Estaba ocupada —contesta dándole una honda calada a su cigarro.

—Y, ¿puedo saber en qué? —pregunto intentando sonsacarle.

—Ya sabes, investigando aquí y allá —dice tranquila—. Y vosotros ¿qué tal?

—Bien, mucho trabajo —contesto sentándome a su lado.

Es agradable estar a su lado y hablar de cosas que no solo sean del trabajo.

Al día siguiente, a nuestro regreso tampoco está esperándonos en su silla improvisada fumando. Frunzo el ceño pensando qué narices estará investigando. De pronto nos giramos y la vemos a lo lejos caminando con una persona local hacia la entrada de la base. A unos cien metros, se despiden y continúa caminando tranquilamente hacia la entrada. Doy el equipo a Joseph y voy a su encuentro.

—Jo, ¿quién era ese hombre? —pregunto serio.

—Una periodista nunca revela sus fuentes —contesta con una sonrisa.

—Esto no es un juego, es una guerra —espeto colocándome frente a ella.

—Tranquilo, es una zona deshabitada —dice volviendo a caminar segura.

—Y, ¿no me vas a decir qué zona es? —pregunto cada vez más intrigado caminando a su lado.

—Eres un *curiosote* —dice con una mueca graciosa y añade orgullosa—. No te preocupes, sé cuidarme.

Sus palabras todavía resuenan en el aire cuando tropieza con sus propios pies y está a punto de caer al suelo. Se vuelve a erguir y se gira con las mejillas sonrosadas por la turbación del momento mientras ríe levantando las manos en un movimiento gracioso.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —pregunto viéndola marchar.

—Sí, sí. Nos vemos esta noche —dice dirigiéndose al barracón de comunicaciones.

A la hora de la cena voy a buscarla y caminamos juntos hasta la cafetería. Es alegre, divertida, muy francesa y a la vez un verdadero despiste andante que tropieza con todo lo inimaginable. Cuando entramos veo que Ian me hace una señal y le pido que nos acompañe. Al principio duda, pero la animo a relacionarse con más gente de la base. Puede que así consiga la noticia que está buscando. La velada es de lo más agradable e Ian y ella comparten su

pasión por la ciudad de Nueva York en la que viven habitualmente. Tras la cena la acompaño a su habitación. Me gusta pasar tiempo con ella y no puedo evitar reír con sus locuras y la pasión que le pone a la vida. Disfruto de su compañía como no lo hago con nadie en la base y poco a poco hemos ido forjando una pequeña amistad que va creciendo con los días. Esa noche no puedo evitar besarla. Es la primera mujer a la que me apetece besar desde Amelia. No voy a decir que me he comportado como un eunuco durante todo este tiempo, pero siempre habían sido actos reflejos, sexuales más bien. Con ella es diferente, me apetece conocer cada una de sus locuras, sus sueños, sus risas, sus besos... Jo responde a mi beso y eso hace que la abrace y la atraiga hacia mi cuerpo. No pasamos a más. Ella comparte habitación y antes de que se nos vaya de las manos, nos despedimos con una sonrisa. No puedo evitar morderme el labio inferior cuando giro sobre mis talones y me dirijo a mi habitación. No me la quito de la cabeza.

Al día siguiente espero verla sentada donde siempre la veo a nuestro regreso, pero tampoco está. Y cuando la veo entrar por la puerta de la base trae un aspecto bastante cansado. Joseph frunce el ceño cuando la ve andar tan pesadamente, así que nos acercamos a ella.

—¿Estás bien? —pregunto inquieto.

—Muy cansada. Esto de cargar todo el día con la mochila haciendo fotos y con el solazo que hace aquí, es agotador —dice tosiendo y frotándose los brazos.

—¿Dónde habéis estado?

—No sé, pero era una zona que olía súper bien. Me recordaba algo así como tropical... —dice con una sonrisa volviendo a toser.

—Jo, ¿habéis estado en el sur de la ciudad? —pregunto asustado.

—Sí, creo que sí —confiesa ante mi insistencia.

—Ese olor que dices... ¿olía como a piña? —pregunto mirando a Joseph.

—Exacto, eso era —dice abriendo mucho los ojos sorprendida porque haya adivinado el olor.

—Joder, Jo. Os habéis metido en una zona deshabitada porque hace unas semanas hubo un ataque con gas cloro —digo enfadado—. Joseph, llama a Roberts.

Miro alrededor y lo primero que veo a escasos pasos son los vestuarios del barracón del gimnasio. Entro acelerado con ella casi a rastras y sin pensarlo dos veces la meto en las duchas de hombres y abro el grifo del agua. Jo da un respingo, pero asustada hace lo que le ordeno.

—Sácate la ropa —le ordeno inmediatamente mientras le hago preguntas de lo que ha estado haciendo.

—*Perooo*, pero... esto es el vestuario de hombres... —titubea asustada.

—Jo, sácate la ropa, puede que tu ropa se haya impregnado con partículas y pueden ser absorbidas por el organismo a través de la piel —digo serio.

Ian Roberts acude a los pocos minutos mientras Jo permanece bajo el agua en ropa interior tiritando. Tras darle una toalla la llevan a la enfermería. Allí permanece un par de horas antes de que pueda entrar a verla. Parece que no ha estado muy expuesta, pero la tienen en observación y con oxígeno para ver como evoluciona. Le doy las gracias a Ian por su ayuda cuando me dice que puedo pasar a verla.

—Hola —dice con una especie de puchero infantil sentada en la cama quitándose la mascarilla de la cara.

—Hola. Te he traído chocolate —contesto acercándome a ella y entregándole una chocolatina que he conseguido y que acepta con ilusión—. ¿Cómo te encuentras?

—Frustrada —contesta sincera.

—Jo, ¿por qué no me dijiste adónde ibais? —pregunto serio acariciándole la mejilla con el dorso de mi mano.

—Porque nadie me toma en serio —dice obstinada—. Todos tienen sus contactos y a mí nadie me toma en serio y necesito una noticia, Xavier. La necesito.

—Pero no puedes poner en riesgo tu vida —le digo dando un profundo suspiro.

—Van a despedirme —reconoce apesadumbrada—. Por eso te acosé de esa manera durante los quince días, pero como nunca me hacías caso..., intenté hacerlo por mi cuenta.

—Cuando te recuperes, hablaré con Roberts y vendrás con nosotros un día —digo al ver su abatimiento.

—Ohh, gracias, gracias, gracias —exclama levantando los brazos al cielo con una enorme sonrisa.

Me acerco, le doy un beso y ella me abraza con fuerza. Debo marcharme, tengo una reunión.

—Vendré luego a verte —digo guiñándole un ojo con una media sonrisa.

—Y, ¿te quitarás la ropa? —pregunta risueña.

—¿Para? —pregunto sorprendido por su repentina pregunta.

—Para estar en igualdad de condiciones. Tú ya me has visto sin ella — dice revolviéndose en la cama.

—Y estabas preciosa —contesto vacilándole.

—Pervertido —contesta divertida—. ¿Podrías pedirle a Roberts que me deje fumar?

—Ni se te ocurra encenderte un cigarro aquí con el oxígeno. Harías que saltáramos todos por los aires —espeto asustado por sus ocurrencias—. Además, deberías dejar ese vicio.

—Dicen que relaja más que el sexo... —contesta poniéndose de nuevo la mascarilla, estirando las piernas y moviendo sus descalzos pies.

—No lo creo —le contesto burlón acercándome y haciéndole cosquillas en la planta del pie provocando que se retuerza con risas en la cama—. Tendré que hacerte ver que tienes una muy errónea creencia en ese asunto —digo con un gracioso movimiento de cejas.

No puedo más que marcharme de allí con una enorme sonrisa. Todo ha sido un enorme susto y adoro escuchar su risa, su descaró y cómo me mira.

A los dos días, cuando nos dirigimos a los coches para una de las últimas salidas con Roberts, la veo fumando un cigarro y con su mochila al hombro junto a uno de los coches con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunto cargando parte del equipo en el maletero del coche.

—Dijiste que cuando me recuperara me dejaríais ir con vosotros —dice con una enorme sonrisita dando saltitos a mi alrededor.

—¿Eso dije? —pregunto levantando una ceja.

—Sí —sentencia firme.

La escudriño con la mirada y graciosamente se pone recta y me mira imitando mi mirada. Me llevo las manos al rostro dando un fuerte suspiro. Joseph pasa a nuestro lado y suelta una carcajada al vernos allí a los dos. No quiero que se exponga a ningún peligro, pero sé que si no viene con nosotros lo intentará de otra forma y así al menos la tendré controlada.

—Ve a buscar un chaleco y un casco —digo cediendo intentando no arrepentirme al instante—. Pero no puedes fumar y no te despegarás de nosotros y harás todo lo que te digamos...

—No os vayáis sin mí. Vuelvo enseguida —dice alejándose alegremente para conseguir su equipo.

Pasamos la mañana de un lado a otro ayudando al equipo de Roberts, mientras mi equipo se asegura de que la zona esté controlada. Jo no discute ni

una sola de las ordenes que le damos y se mueve torpemente entre escombros con el equipo. Habla con Roberts y se informa de los posibles problemas para la población acerca de toda la guerra que sacude al país. En un momento dado se queda atrasada haciendo unas fotografías y le llamo la atención para que acelere el paso. Ya es hora de volver a la base cuando escuchamos un par de tiros desde una casa en ruinas. Jo cae al suelo en una violenta sacudida, mientras nosotros respondemos al fuego. Todo se queda en silencio cuando corremos hacia ella tendida en el suelo, mientras parte del equipo se pone a cubierto y nos cubre.

—Jo, Jo —digo llegando hasta ella y cubriéndola con mi cuerpo.

—¿Estoy muerta? —pregunta angustiada.

—Creo que no, todavía hablas —digo respirando de nuevo cuando veo que le han dado en el chaleco—. ¿Puedes respirar?

—No lo sé. ¿Voy a morir? —pregunta mirándome a los ojos.

—No, al menos no por ahora —digo con una sonrisa.

—Creo que no estoy hecha para la guerra —dice en un suspiro revolviéndose el pelo.

—Yo también lo creo —confirmando ayudándola a levantarse para protegernos.

Sin esperararlo, me enamoré de Joséphine. Ella hacia que los días en la base fueran diferentes. No podía dejar de mirarla y admirarla ahora que se relacionaba con más gente. Muchos en la base la empezaban a tratar diferente, la incluían en planes, y ella con su locuacidad intentaba sonsacarles a todos, información. Nuestra relación cada día ha ido a más y descubrió que el sexo la relajaba mucho más que un simple cigarro. Me ha prometido que va a intentar dejarlo, pero por ahora dudo de que lo haga. Hoy es su último día en la base. Finalmente, consiguió la noticia que buscaba y su jefe la reclama en la central tras la repercusión que ha tenido. No puedo dejar de besarla y apartar mis manos de su cuerpo sabiendo que estaremos dos meses sin vernos, pero sé que pronto estaremos juntos y esta vez, el corazón me dice que será para siempre.

Epílogo



Es tarde cuando miro el reloj del ordenador. Hoy hace un día espléndido y suspiro porque poco a poco todo en mi vida se ha ido colocando en su sitio. Después de todo lo sucedido, jamás pensé que volviéramos a tenernos el mismo cariño que antaño. Tocan al timbre de la puerta principal. Es fin de semana y a pesar de eso, estoy sola en casa. Mientras bajo las escaleras, veo la silueta de la pequeña golpeando con sus puños en el cristal de la puerta principal. Aiden siempre dice que se parece a mí en los aspectos más hoscos de su personalidad y eso no me hace más que reír.

—Mami, mami —grita lanzándose a mis brazos con sus manitas manchadas de chocolate.

—¿Le has dado chocolate? —pregunto seria. Tras ella veo a Xavi que se encoje de hombros. Miro sorprendida una jaula que lleva en una de sus manos —. ¿Qué es eso?

—Es Chulo, mi conejo —dice Alessa emocionada.

—¿Le has comprado un conejo a la nena? —pregunto frunciendo el ceño.

—Joder, Amelia, no me mires así —dice entrando a casa.

—Xavi, la boca —le recrimino en el momento que Alessa empieza a canturrear «joder, joder, joder» dando saltitos por toda la entrada y lanzando los zapatos contra la pared de un golpe—. Alessa cariño, eso no se dice.

—Ehhh, ¿qué quieres que haga? Me tiene dominado y sin darme cuenta hago todo lo que me pide. Es peor que tú —dice abatido.

—Pero si solo te la has llevado un par de horas y simplemente teníais que ir a la biblioteca y luego al parque —digo sorprendida.

—¿Tú sabes la energía y el carácter que tiene esa cría? —susurra sentándose en uno de los taburetes de la cocina.

No puedo más que reír al verlo tan agobiado. Debo reconocer que Alessa es una niña muy vivaracha con una energía desbordante, pero él está acostumbrado al ejercicio físico.

—Mami, mami. Necesito hablar con la tita Rachel —dice Alessa alargando sus manitas hacia mí mientras se las limpio con una toalla humedecida.

—¿Qué necesitas de la tita cariño? —pregunto acercándole su vaso especial de agua y sirviéndole uno a Xavier que mira los mensajes de su teléfono móvil.

—Cosas de chicas —dice con una sonrisita presumida escalando en el taburete que hay junto al de Xavier, quien le ayuda a subir.

Ya es casi la hora de almorzar, así que cojo mi teléfono y marco una video llamada con Rachel mientras le paso el teléfono móvil a Alessa que lo coge con ambas manitas mientras sonrío a la pantalla con sus dos coletas.

—*Bicho* —se escucha la voz de Rachel al descolgar.

—*Tita* —contesta riendo Alessa.

Xavi levanta una ceja y me mira negando con la cabeza.

—Tita, tengo que hablar contigo —dice poniéndose seria.

—Tú dirás... —le anima Rachel.

—Necesito un nuevo novio para tu boda —dice con un puchero.

—Pero bichito, ¿qué ha pasado? —pregunta Rachel con cariño—. ¿No ibas a ir con el tío Xavier?

Yo frunzo el ceño mirando fijamente a Xavi y a Alessa sin saber qué está sucediendo.

—Él ya no me quiere —dice rompiendo a llorar provocando que Xavi sorprendido suelte el teléfono de golpe y me mire sin saber qué pasa.

—Pero cielo, claro que te quiero —dice cariñoso Xavi pasándole la mano por la espalda para tranquilizarla.

—Tiene novia y la ha besado —dice entre sollozos. Rachel pega un grito al teléfono, Alessa continúa sollozando y yo miro con estupefacción a Xavier que se ha quedado blanco mientras Alessa continúa—. Me ha comprado a Chulo para que no os dijera nada, pero estoy triste.

—¿Le has pedido a mi hija que me mienta y la has sobornado con un conejo? —pregunto furiosa a Xavier dándole una colleja.

—Xavi, ¿qué es lo que no nos has contado? —se oye a Rachel desde el teléfono riendo sin parar.

—Joder, con vosotras es imposible guardar un secreto —se queja Xavier desconcertado.

—Bichito, cálmate —dice Rachel al otro lado del teléfono alegremente—. Y ahora cuéntanoslo todo.

—Habla raro, tiene el pelo corto y negro. Es divertida, el tito ríe con ella y la coge de la mano —empieza a enumerar Alessa para horror de Xavier.

Xavier coge el teléfono de las manitas de Alessa.

—Rachel, luego te llamamos —dice totalmente pálido.

—No, no. No me dejéis así, necesito saberlo todo. Además, necesito saber quién es para añadirla a la lista de invitados... —grita Rachel antes de que Xavier corte la llamada.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que los niños lo cuentan todo? —lo reprendo con cariño al verlo tan agobiado—. Dame un momento.

Voy al despacho que tenemos junto a la cocina, abro un cajón, saco un montón de lápices de colores y varios folios en blanco. Se los pongo en la pequeña mesa roja que tiene Alessa en la cocina para colorear y ella empieza a canturrear mientras pinta concentrada. Saco una cerveza de la nevera y se la ofrezco a Xavier. Siempre pensé que cuando llegara este momento me sentiría molesta o incómoda, pero sin esperarlo es una noticia que me hace inmensamente feliz al ver que Xavier sonríe tímidamente.

—¿Quieres hablar? —pregunto con cariño—. No la habrás dejado fuera en la calle, ¿verdad?

—No, no. Se ha marchado a casa —confiesa llevándose el botellín de cerveza a los labios y bebiendo un trago—. Amelia, perdóname, no sabía cómo decírtelo, sé que ha pasado mucho tiempo..., pero quería estar seguro de todo antes de contarlo.

—¿La quieres? —pregunto mirándole a los ojos conociendo la respuesta antes de que él la verbalice.

—Mucho —dice mientras se le ilumina el rostro.

En ese justo instante entra Aiden por la puerta y Alessa corre a sus brazos gritando.

—El tito tiene novia, el tito tiene novia.

Xavier se lleva una mano a la frente y cierra fuertemente los ojos. Aiden entra en la cocina con Alessa en sus brazos y al ver a Xavier no puede evitar sonreír y guiñarme un ojo. Le da un pequeño golpe en el hombro a Xavier a modo de saludo, para después acercarse a mí y darme un cariñoso beso en los labios.

—Horwood —responde Xavier con voz desesperada.

—Y..., ¿por qué la novia del tito Xavier no ha venido con vosotros? —pregunta Aiden con una sonrisa a Alessa que se encoje de hombros sin saber qué contestar.

—Es muy guapa —confiesa Alessa con una sonrisita llevándose la manita a la boca—. ¿Puede venir a jugar conmigo algún día?

—*Buenoooo*, supongo que le gustará más jugar con el tito Xavi —dice

sin poder evitar reír y añade—, pero podemos invitarla a venir un día.

—¿A cenar? —pregunta emocionada Alessa.

—Sería un honor que vinieran a cenar con nosotros, ¿verdad? ¿Me ayudarías a preparar la cena? —pregunta Aiden con cariño a Alessa—. Vamos, dejemos a la mami y al tito un rato solos, que seguro quieren hablar de la cena mientras nosotros jugamos en el jardín.

—A ella le gusta el chocolate. —Va explicándole Alessa en los brazos de Aiden.

—Desembucha —le pido sentándome a su lado—. ¿Cómo se llama? ¿Tienes fotos? Debes ir en serio para arriesgarte a que Alessa lo cuente todo.

—Yo no sabía que lo contaría todo —dice abrumado—... la conocí en la base hace unos meses. Es francesa, pero vive aquí, periodista, vivaracha, alegre, alocada...

—Y la quieres con locura —digo confirmando lo que refleja su mirada cuando habla de ella, y añado con una sonrisa—. Ahora entiendo mejor tu traslado.

—Amelia, pensé que jamás me iba a volver a enamorar, pero apareció ella y, no sé cómo explicarlo...

—Y sin darte cuenta tu corazón volvía a latir y no podías evitar sonreír cada vez que estabas con ella —digo con una amplia sonrisa entendiendo lo que intenta explicarme—. ¿Tenéis planes esta noche? ¿Venís a cenar?

—¿Estás segura? —pregunta Xavier serio.

—Segurísima —contesto dándole un empujón con mi hombro en el suyo.

—De acuerdo, le mandaré un mensaje a ver qué contesta —dice mientras teclea en su teléfono móvil.

A los pocos segundos llega un mensaje confirmando que le parece bien que cenemos esa noche juntos.

—Me alegro mucho por ti, Xavi. Eres un hombre maravilloso y te mereces ser feliz —digo con una sonrisa abrazándolo con cariño.

—Solo una cosa —me advierte—. No saques tu vajilla buena...

—Y, ¿eso por qué? —pregunto desconcertada.

—Tú hazme caso. Nada de vajilla buena —sentencia levantándose de la silla para marcharse.

Cuando Xavier se marcha salimos a almorzar algo a una terraza cercana del barrio y luego entramos al supermercado para comprar todo lo necesario para la cena. Caminando volvemos a casa. Aiden carga con la bolsa de la compra en una mano, mientras Alessa camina agarrada de los dos dando saltos

y parlotando. Está emocionada porque su tita Rachel va a vestirse de princesa y ella quiere un traje parecido. También llevará flores que lanzará a los asistentes. Debo reconocer que con el carácter que tiene, esto último me tiene un poco preocupada, ya que temo que le lance la cesta entera a alguien en la cabeza. Cuando entramos a casa, Alessa ni siquiera se agacha a desabrocharse los zapatos, se los saca fácilmente un pie con otro y, con una sonrisa los coge del suelo y los lanza con fuerza contra el zapatero. Aiden me mira e intenta no reír cuando la ve marcharse toda pomposa con su vestidito a la cocina para ayudar a preparar la cena.

Tres horas más tarde tocan a la puerta. Aiden sale de la cocina a abrir la puerta mientras yo intento convencer a Alessa que no puede bajar a recibir a los invitados solo con braguitas y que debe ponerse algo de ropa. Cuando bajamos las escaleras y miro con curiosidad, los veo a los tres en la entrada. Aiden les coge las chaquetas y las pone en el armario, mientras Xavier le presenta a Joséphine. No puedo más que sonreír al ver la mirada de orgullo que hay en su rostro. De pronto, Xavier se gira hacia mí y sonríe. Parece nervioso y debo reconocer que yo también lo estoy un poco. Alessa baja el resto de escalones corriendo cuando ve a Xavi y se lanza a sus brazos para que la coja abrazándolo con todas sus fuerzas. Debo reconocer que no lo ha visto mucho, pero que lo adora. Cuando Xavi va a presentarme a Joséphine, ésta tropieza con el mueble de la entrada y no puede evitar sonrojarse al ver que del golpetazo mueve un jarrón con flores que está a punto de caer.

—*Pardon* —dice avergonzada.

—No pasa nada. Amelia y yo en muchas ocasiones también tropezamos. Nunca entenderé para que sirve un mueble en la entrada que no sea para tropezar con él —dice Aiden con una sonrisita mirándome.

Jo es una mujer encantadora y creo que hacen una pareja perfecta. Ambos se buscan con la mirada y no dejan de sonreír durante la cena. En varias ocasiones Jo está a punto de tirar su copa y cuando insiste en ayudarme a retirar los platos, tropieza y casi rompe parte de la vajilla. Creo que empiezo a entender la advertencia que me hizo Xavi. Yo no puedo evitar sonreír mientras los observo y Aiden me da la mano por debajo de la mesa dándome un pequeño apretón.

Sin esperarlo ha llegado el día en el que estar de nuevo con Xavier me hace sonreír. Jamás pensé que esta situación pudiera ocurrir, pero aquí estamos los cuatro junto a Alessa compartiendo una pequeña reunión, hablando de la vida y disfrutando de ella. Nos han puesto muchas pruebas para

llegar hasta aquí, hemos caído en innumerables ocasiones, pero algunas veces antes, otras después, siempre nos hemos levantado, hemos cogido aire y nos hemos enfrentado de nuevo a la vida. Porque la vida era y es eso... vivir, no solo sobrevivir.

Agradecimientos



Como agradecí en la bilogía de Mientras mirábamos al cielo y Mientras soñábamos mirando al cielo, esta vez me gustaría ponerlo en un sitio destacado y principal.

Agradecer de manera especial y con el corazón a todos los que ni puedo ni debo mencionar (vosotros sabéis quienes sois y os quiero mogollón), a esos que sin sospecharlo, trabajan incansablemente y arriesgan sus propias vidas para que todos podamos vivir en un mundo mucho más bonito y con muchos menos problemas.

A mi familia, a la tradicional y a la familia que va más allá de la sangre. GRACIAS por estar, por el cariño, los abrazos, las risas, los sueños...

No voy a mentir, cuando me pongo a escribir los agradecimientos es una de las partes más complicadas para mí. Los que de verdad me conocéis sabéis lo reservada que soy, pero también sabéis que todo lo que pueda expresar aquí será mucho menos de lo que os merecéis y estoy convencida de que seguro que os he enviado un audio y os he dicho lo que siento.

Quiero agradecer con especial cariño a Merce, por ser la mejor editora. Por todo el tiempo que empleas en dar alas a mis sueños. Sabes que esto no sería posible sin ti.

A Rachel, como no lo vas a entender y te lo tendré que traducir... me inventaré cualquier chorrada con la que luego podamos reír... Por ser mi camarada, mi compinche, mi amiga ... Por esas charlas y esas risas interminables... gracias por ser y estar siempre a cualquier hora del día estemos a miles de kilómetros o a escasos metros de distancia.

A Carmen, sabes que necesitaría más que unas simples líneas para agradecerte todo. Sabes que esta historia es muy especial para mí y espero que desde el día de la publicación también lo sea para ti. Vuelvo a darte las

gracias por apoyarme siempre y por todo el cariño que pones para que mis historias vuelen alto.

A Joselyn, por creer siempre en mí, por emocionarse, por impulsarme, por todas esas charlas y risas, incluido algún que otro llanto. Sabes lo mucho que te quiero y no solo por ser mi *Twin*. Gracias por aquel día entrar en mi vida... haces que desde ese día sea todo más “*chulooo*”.

A Begoña, ¿qué decirte que no sepas ya?. Que te quiero amiga y todas esas cursiladas que nos decimos de vez en cuando por teléfono. Tengo muchas ganas de verte y no te mentiré, de secuestrar a Cuatro durante un pequeño ratito.

A todas las lectoras que participan en mis redes sociales. Gracias por el ENORME cariño que siempre me dais y por enamoraros de Xavier tanto como lo hice yo. Gracias por vuestros comentarios, mensajes, valoraciones de las historias en las diferentes plataformas, por compartir y emplear esos ratitos de vuestras vidas en hablar de las historias y sus personajes conmigo. ¡GRACIAS!, sin vosotras esto no sería posible.

Y llegados a este punto, solo desear que Xavier os haya hecho pasar unos bonitos momentos de lectura.

Un abrazo enorme,
Carol

Para saber más en:

Página de Facebook: C.G. De La Cruz

Grupo de Facebook: Las Lectoras de C.G. De La Cruz

Twitter: @C_G_DeLaCruz

Instagram: c_g_delacruz

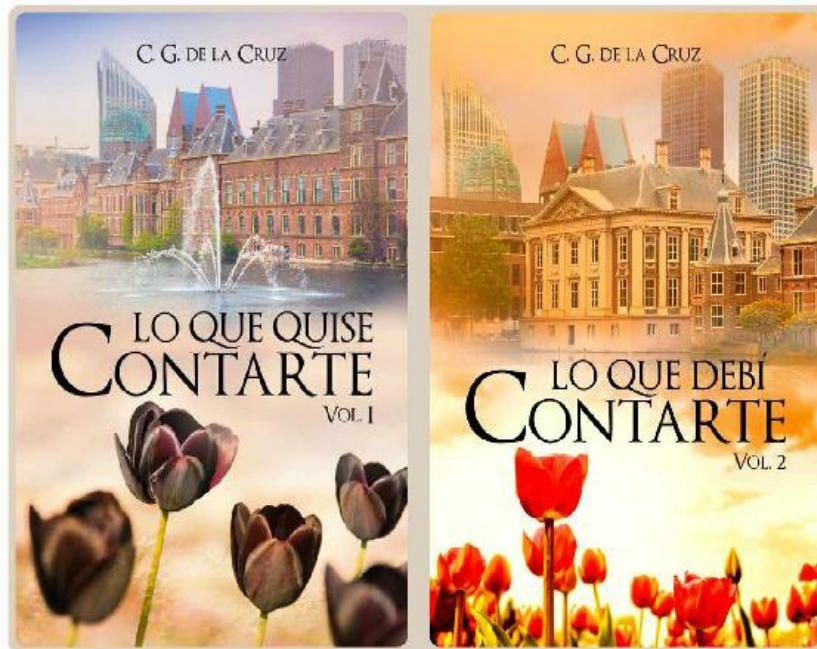
Encuentra la lista de canciones de esta novela y otras en:

Spotify: C.G. De La Cruz

Otras Obras de la Autora



Disponibles en todas las plataformas de Amazon en papel y formato digital.





1. Enzo Anselmo Ferrari fue el fundador de la famosa escudería Ferrari y de la marca de coches italiana.

2. Término utilizado en la zona de Valencia para familiarmente llamar a los hermanos.

3. Barrio de la ciudad de Alicante (España) donde se encuentra la sede del Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra Español.

4. Centro comercial de la ciudad de Valencia.

5. Canción de F.R. David - Words

6. También llamada pasta de alheña, es un tinte natural de color rojizo que se usa entre otras cosas para la coloración con diferentes símbolos de la piel de las novias para alejar a los malos espíritus antes de la boda.

7. Túnica hasta los tobillos ancha que llevan los hombres. Generalmente blanca en verano y de colores más oscuros en invierno.

8. Velo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar las mujeres musulmanas en presencia de hombres que no pertenezcan a la familia inmediata.

9. Parque de más de diez hectáreas cerca de la estación central de La Haya que sirve tanto para pasear como para organización de eventos como eventos musicales, militares o festivales varios.

10. Canción de Maroon 5 - Girls Like You ft. Cardi B

11. Crepe dulce, relleno con una mezcla de mantequilla, azúcar, zumo de mandarina o naranja y generalmente flameados con Grand Marnier (brandi)

12. Canción de Lady Gaga - Bad Romance

13. Canción de Miley Cyrus - Wrecking Ball

14. Serie de televisión infantil protagonizada por muñecos llamados Fraggles de unos treinta centímetros de alto.

15. Cadena más grande de supermercados holandeses.

16. Canción de Lady Gaga - Shallow

17. Canción de Mabel - Don't call me up.

18. Espectáculo pirotécnico en el que un gran número de petardos de gran potencia sonora se disponen a una cierta altura y otros son lanzados mediante cañones de una forma rítmica. Detonando siempre de menor a mayor potencia llegando a un apoteósico final. Es típico en las fiestas de la Comunidad Valenciana.

19. Lugar donde los componentes de las comisiones falleras se reúnen, durante los días festivos se convierte en el epicentro de las actividades para sus componentes y vecinos.

20. Vehículo aéreo no tripulado que se utiliza principalmente, para misiones de reconocimiento con capacidad para incorporar dos misiles.